

Lo peor de enamorarte de tu psicólogo es que... ¡sabe demasiado!

La última cita

**ARLETTE
GENEVE**

LA ÚLTIMA CITA

Arlette Geneve

Copyright © 2017 Arlette Geneve

Sello: Independently published

Foto: ©Pexels

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización escrita de los titulares del copyright.

[PRÓLOGO](#)

[CAPÍTULO 01](#)

[CAPÍTULO 02](#)

[CAPÍTULO 03](#)

[CAPÍTULO 04](#)

[CAPÍTULO 05](#)

[CAPÍTULO 06](#)

[CAPÍTULO 07](#)

[CAPÍTULO 08](#)

[CAPÍTULO 09](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[CAPÍTULO 11](#)

[CAPÍTULO 12](#)

[CAPÍTULO 13](#)

[CAPÍTULO 14](#)

[CAPÍTULO 15](#)

[CAPÍTULO 16](#)

[CAPÍTULO 17](#)

[CAPÍTULO 18](#)

[CAPÍTULO 19](#)

[CAPÍTULO 20](#)

[CAPÍTULO 21](#)

[CAPÍTULO 22](#)

[CAPÍTULO 23](#)

[CAPÍTULO 24](#)

[CAPÍTULO 25](#)

[CAPÍTULO 26](#)

[CAPÍTULO 27](#)

[CAPÍTULO 28](#)

[CAPÍTULO 29](#)

[CAPÍTULO 30](#)

[CAPÍTULO 31](#)

CAPÍTULO 32

CAPÍTULO 33

EPÍLOGO

PRÓLOGO

París, 1990

Tenía la inquietante sensación de que la observaban.

El cosquilleo en la nuca se había vuelto incesante durante esos días. Deslizó los brillantes ojos por la cafetería para mirar detenidamente a los clientes. El lujoso café parisino invitaba a la relajación: a charlas íntimas y cómplices. En un extremo de la larga barra se encontraban dos hombres que reían y conversaban de forma animada. En una de las mesas del rincón, una mujer esperaba a alguien: tamborileaba con los dedos encima de la mesa de forma impaciente. Acababa de encenderse un cigarrillo que había extraído de una pitillera dorada. Los labios rojos quedaron marcados en el filtro cuando inhaló por primera vez y exhaló el humo que, suspendido encima de su cabeza, formó un círculo. El resto de las personas que había en la bulliciosa cafetería del hotel donde se hospedaba no le parecieron lo suficientemente interesantes como para seguir con su escrutinio. Volvió sus ojos al cuadernillo que tenía en las manos y siguió devorándolo con sumo placer.

Miró el reloj de su muñeca: pasaban veinte minutos de las seis de la tarde. Sus amigos, que habían decidido ir al cine, tardaban más de la cuenta, aunque la escapada en soledad para comprar recuerdos había resultado más interesante de lo que había previsto. La visita al Louvre había sido demasiado corta, pero intensísima. Solc disponía de cuatro días y ya había agotado tres, aunque los había aprovechado al máximo. Habían decidido entre todos los amigos dejar para el último día lo mejor: la visita a la Torre Eiffel.

Volvió a alzar su vista de las hojas bellamente ilustradas del cuadernillo que había adquirido en *Montmartre* a un precio demasiado elevado, pero que valía la pena por su valor y significado. Los dibujos de los edificios resultaban impactantes por el efecto de realidad que el pintor había logrado imprimirles: elegantes plazas, tiendas repletas de recuerdos con fotografías en blanco y negro, y las interminables escaleras que se podían encontrar en el barrio parisino.

La hermosa pintura de la espectacular basílica del *Sacre Coeur* le había robado el aliento en el mismo momento que la vio. La iglesia estaba situada en una colina en la zona norte de la ciudad y había sido la primera visita obligatoria de esas mini vacaciones. Tanto ella como dos de sus amigas iban a cursar la carrera de Bellas Artes; así que la visita al famoso templo en París había sido de obligatoria asistencia.

Alins volvió a mirar en derredor suyo esperando encontrar los ojos insidiosos que perturbaban su tranquilidad. El barman seguía preparando cócteles que el camarero repartía entre las diversas mesas con aire de fingida concentración. Ella volvió a alzar la mano: con un gesto quería indicarle que le trajera la cuenta. Tenía la

cartera con el dinero apoyada en el piso y palpó debajo de la mesa para pagar la adición. De repente, se dio cuenta de que le faltaba un zapato. ¡Maldita costumbre tenía de descalzarse sin que importara el lugar donde estuviese! Tanteó con el pie desnudo más allá, cerca de la silla vacía que tenía enfrente para localizarlo. Se hubiese muerto si alguien se percataba de su torpeza y se notaba que estaba metiendo la cabeza por debajo de la mesa para tratar de verlo.

Dejó el cuadernillo y bajó la mano hasta el suelo, pero, por más que tanteaba, no lograba encontrarlo. El camarero, con más rapidez que amabilidad, le dejó la cuenta sobre la mesa. Alins pagó.

Cruzó una pierna sobre la otra en un suave balanceo: el blanco mantel ocultaba sus piernas a la perfección. Nadie podía advertir que había perdido uno de sus zapatos. Cuando se aseguró de que en la sala ninguna persona le prestaba la más mínima atención, bajó la cabeza con la suficiente rapidez para buscarlo, pero no lo vio por ningún sitio. Estaba contrariada: debía de haberlo empujado sin querer por debajo de la silla en la que estaba sentada; por lo que, para cogerlo, tendría que levantarse.

—¿Busca esto? —la voz profunda le hizo alzar la cabeza de golpe.

Tenía su zapato a la altura de los ojos. Una mano morena y fuerte se lo tendía. ¿Cómo había ido a parar el diabólico calzado a las manos de un extraño? Alins no le dedicó ni una mirada de curiosidad.

—¡Gracias! Se me ha debido de caer sin darme cuenta y lo he debido de empujar por debajo de la silla mientras leía. —La explicación había sonado estúpida y lo sabía, pero el timbre de voz del extraño la había inquietado más de lo que quería admitir.

—¿Me permite invitarle un café? —ella negó rápidamente con la cabeza. No solía aceptar invitaciones de desconocidos, aunque hablasen en su idioma. Menos aún, si le hablaban en su idioma en una ciudad extranjera. Tal vez, a ese hombre pertenecieran los ojos insidiosos que la perseguían. Sin dudas, no solo sus ojos, sino también sus oídos. Dio un ligero vistazo al hombre moreno y le ofreció un saludo leve:

—Gracias por su amabilidad, pero tengo que irme. —Alins se colocó el zapato y, sin mirar al extraño ni una vez, salió apresuradamente del café en busca de sus amigos.

El hombre observó, perplejo, la huida cobarde de la muchacha. Desde que había entrado en el café, no había podido quitarle la vista de encima. Se había sentido poderosamente atraído por la mujer de ojos color coñac. No debía de tener más de veinte años, pero sus ojos inteligentes y su gesto amable, aunque desconfiado, lo habían atrapado por completo. La había visto contemplar los bellos dibujos de París con la candidez de una niña pequeña demasiado absorta y feliz. Intuyó, por la forma crítica en que los miraba, que debía de ser una estudiante de Bellas Artes. Lástima

que la muchacha se mostrase tan desconfiada: él solo pretendía invitarle un café y lograr que el tiempo que le restaba hasta la conferencia fuese más ameno. Sin embargo, ella no le había obsequiado ni una palabra amistosa: acababa de recibir un golpe a su vanidad.

Alins estaba achispada luego de un almuerzo de comida rústica francesa y buenos vinos. No entendía del todo la explicación que le estaba ofreciendo el recepcionista. ¿Por qué de los cinco amigos era ella la única que iba a tener una suite doble para ella sola?

—¿Ha entendido, *mademoiselle*? —Alins asintió con la cabeza, aunque no había comprendido prácticamente nada. La interminable degustación de tintos terminaba por pasarle factura—. Dado que ha sido un error nuestro, la hemos cambiado a la planta séptima sin costo adicional para usted.

Ahora debía alojarse cinco plantas más arriba que sus amigos. La visita imprevista de un actor famoso que había alquilado completamente la planta tercera la despachaba a ella a las esferas superiores. El recepcionista siguió informándole.

—Hemos cambiado sus pertenencias a la suite número setecientos quince. "Un bonito número", pensó ella. Afortunadamente, no eran escalones a subir.

—¿Qué suerte tienes! —la voz fuerte de Miguel le hizo dar un respingo.

—No seas vulgar —le recriminó Elena.

—Tu última noche en París y duermes en una de las suites del *Ritz*, las más caras de la ciudad, mientras nosotros debemos contentarnos con las habitaciones comunes. —Marta le dio un codazo cariñoso.

—No es mi culpa que reserves todas las habitaciones menos la mía en la segunda planta —se quejó Alins, pero la crítica no le hizo mella a Elena que había sido la encargada de efectuar la tarea.

La miró y le replicó con humor:

—Pero no hay mal que por bien no venga. Has estado tres días sola y, esta noche, la mejor, la última, la vas a pasar como una verdadera estrella, arriba, en el firmamento.

El recepcionista miraba el alborotado grupo de amigos con algo de resignación.

—¡Vamos ya! Tenemos un paseo hasta el *Moulin Rouge* y no quiero que lleguemos tarde —la exclamación de Andrés les hizo volver la cabeza a los cuatro.

—¿Desea llevarse la tarjeta de su habitación? —le dijo el conserje mientras blandía una de esas tarjetas que hacen las veces de llave en los hoteles modernos.

Alins negó con la cabeza.

—Prefiero dejarla aquí: no quiero perderla.

El recepcionista le hizo un amago de sonrisa. Salieron presurosos de la recepción y encauzaron sus pasos hacia el popular club parisino.

Los esperaba una noche maravillosa.

No podía meter la tarjeta en la cerradura. La cabeza seguía dándole vueltas por la cantidad de alcohol que había ingerido viendo el espectáculo del *Moulin Rouge*. Estaba deseando meterse en la cama y esperar paciente al día siguiente, aunque sabía que la resaca iba a ser monumental: un merecido castigo por sus excesos. La tarjeta entró al fin y tanteó la pared para encender la luz. ¿Es que habían cambiado las luces de lugar? Luego de vanos minutos de intentar dar con el interruptor, desistió. Se quedó parada en el oscuro y pequeño pasillo vestidor apoyada en la pared. Si lograba llegar a la cama antes de caer al suelo inconsciente, sería un milagro. Se fue quitando la ropa con movimientos torpes y lentos. No le importó en absoluto que quedase tirada en la alfombra. Tenía un solo propósito en ese momento: llegar a la cama como fuese. Estaba en ropa interior. Se quitó el *brassiere* pero se dejó la parte de abajo del conjunto de encaje que solía llevar. Se sentó en el colchón y abrió las sábanas. Una vez que se hubo introducido en el suave y fresco lecho, cerró los ojos a las sensaciones desagradables de su estómago poco habituado al alcohol. Trató de pensar en el sensual espectáculo del que había disfrutado y lamentó que su última noche en París no hubiese sido como ella había imaginado: cortejada por un apuesto y atractivo francés ducho en las artes amatorias. Ahora, lo único que se iba a llevar de recuerdo era la resaca.

Cerró los ojos, consciente de que le iba a resultar muy difícil conciliar el sueño.

Sintió una mano en su pecho que la despertaba a una llamada primitiva. Su pezón se tensó ávido por más: los firmes labios que la recorrían se iban deslizando por la base de su garganta en repetidos besos que le producían miles de cosquillas en todo su cuerpo, sensible y despierto a la lascivia. La mano insolente seguía el recorrido de su piel hasta el vértice entre sus muslos, que se abrieron a la exploración sin una queja. Un gemido salió de la garganta de Alins que se abandonó a las sensaciones que el sueño le estaba produciendo.

Arqueó la espalda cuando un dedo grueso y suave se introdujo dentro suyo produciéndole una convulsión inesperada. La boca, con el sabor más embriagador que había probado en su vida, la reclamó con una necesidad aplastante, urgente, posesiva.

La lengua fue trazando un círculo con la suya en una caricia que la desarmó. Le habían dado muchos besos, pero ninguno tan profundo y largo como el que le estaba dando su amante en el sueño. Un sueño muy placentero, erótico. Casi parecía real, y ella deseaba disfrutarlo por completo.

Levantó sus manos y las guió hacia la cabeza de él. Enredó sus dedos largos en la espesa melena y lo atrajo aún más a su boca. Anhelaba fundirse con él, que sus cuerpos fuesen uno. Él se posicionó sobre ella y se introdujo con cauta exactitud en su interior. Alins arqueó la garganta para ahogar el gemido estrangulado que se había gestado en su vientre al verse colmada por entero. Los suaves movimientos en zigzag la fueron llevando a un punto donde no había forma de volver sin una explosión de los

sentidos, pero no le importó. Quería su noche de amor en París y, aunque fuese en sueños, ¡por Dios que la iba a tener! Dejó que el placer fuese tomando por asalto cada rincón, cada punto nervioso dentro de su mente para acumularse y estallar poco después como un volcán. Su amante aceleró el ritmo para, a continuación, volver a disminuirlo. Alins se mordió el interior del labio para no gritar de placer. La boca de él reclamó la suya cuando el orgasmo hizo su presencia, y los azotó como un vendaval inesperado.

Sentía la garganta llena de alfileres. El martilleo incesante de la cabeza le producía unas terribles náuseas que apenas podía reprimir. Sentía el estómago tan revuelto que la acidez subía sin mostrar piedad alguna. Nunca volvería a mirar el champán con tanta complacencia! pero, como la anterior había sido la última noche en París, había optado por aprovechar hasta el último minuto. El espectáculo del *Moulin Rouge* había resultado soberbio. Incitante, muy erótico: circunstancias que la habían inducido a tener un sueño sensual que la avergonzaba despierta, pero que había sido glorioso y había culminado en un fantástico orgasmo del que aún sentía los estertores.

Debía levantarse y hacer la maleta. El vuelo salía a la una de la tarde y por nada del mundo quería llegar con retraso. Aún tenía que comprar en el aeropuerto algunos recuerdos que no había podido encontrar por falta de tiempo. Al volverse para reincorporarse, su mano rozó un cuerpo duro y caliente. Contuvo la respiración. A pesar de la oscuridad de la habitación, distinguió con claridad la enorme silueta recostada en la cama junto a ella. Por un momento, la abandonó la lucidez y la golpeó el desconcierto: todos los recuerdos de la noche pasada la espolearon sin compasión. Sintió un escalofrío violento ante la evidencia que aparecía ante su rostro: su sueño había sido real.

Intentó, con un esfuerzo sobrehumano, armar el rompecabezas de los hechos de la noche anterior. La resaca, de todos modos, le jugaba una mala pasada. ¡No podía ser posible! ¿Qué había hecho? El cuerpo que estaba junto a ella se movió y Alins contuvo la respiración a duras penas.

La escasa luz de la habitación no le permitía ver la cara de su desconocido amante, solo atisbo a ver su melena oscura y espesa. Por su estatura, debía de ser un hombre muy grande y fuerte. Él se removió inquieto, pero siguió profundamente dormido. Alins cerró los ojos consumida por la vergüenza: no podía mirar a la cara al desconocido que había dormido junto a ella, que la había poseído y que le había dado un placer que nunca había sentido antes.

Tras varios minutos que le parecieron siglos, se levantó con todo el cuidado que pudo. Sin mover el enorme colchón, fue recogiendo sus prendas caídas en el suelo una a una y se las puso a toda velocidad. Sin volver la cabeza, abrió la puerta que daba al largo pasillo. Salió y la cerró con cuidado tras de sí. Miró el número de la habitación: ¡la setecientos cinco! Algo que subió desde su estómago se asentó en el comienzo de

su garganta. Le habían dado una llave equivocada. Detuvo sus pasos cuando llegó al ascensor. Tomó una decisión de inmediato. Giró por las escaleras y bajó los peldaños con cuidado.

¿Debía poner en conocimiento del hotel que le habían dado una tarjeta equivocada?, pero hacerlo significaría revelar que había dormido con otro huésped, y quería ahorrarse la vergüenza de tener que dar explicaciones a sus amigos. Sopesó con meditada calma que lo mejor era mantener la boca cerrada. Lo que había sucedido entre esas cuatro paredes, debía quedar escondido en un rincón de su memoria. Pero... ¿cómo iba a olvidar la desinhibición alocada de esa escapada a París? Ahogó una maldición: ella había bromeado durante esos cuatro días sobre lo mucho que le habría gustado tener una noche ilícita en la ciudad del amor y, muy a su pesar, la había tenido. Confirmó otra vez que no había sido un sueño: recordaba perfectamente las fuertes manos sobre su piel, trazando en suave pasada los recovecos más escondidos de su cuerpo. Pudo casi oler el aroma de su amante y el sabor a menta de su boca que recibía con cada beso. Besos que ella había devuelto ansiosa y ávida. La vergüenza se apoderó de ella. Estaba feliz por su audacia y asustada de sí misma, de su propia desinhibición.

Alins se recostó contra la pared intentando recobrar el aliento. De nuevo, inspiró para tratar de organizar sus pensamientos y lo que debía hacer a continuación. Dio un paso, después otro, y cerró los ojos ante la locura que la había poseído durante esas breves horas que preceden al inicio de un nuevo día.

Cuando llegó al mostrador de recepción, el color de su cara se había tornado carmesí por las imágenes vividas y reales que acudían a su mente. Aunque era incapaz de ponerle un rostro a la persona que había despertado en ella tanto deseo, era completamente capaz de enumerar cada detalle de esa entrega furiosa y apasionada que la había hecho sentir más mujer que nunca.

Tocó la campanilla con impaciencia.

—Soy la huésped de la habitación setecientos quince. Necesito mi llave.

El conserje, un hombre de mediana edad, la miró con indiferencia. Se volvió hacia el casillero y le dio la tarjeta solicitada. Alins le agradeció e hizo un amago de volverse, pero lo pensó mejor:

—¡Disculpe! —el recepcionista alzó la vista de un sobre que tenía en las manos—. ¿Podría decirme el nombre del huésped de la habitación número setecientos cinco?

El empleado negó con su cabeza:

—Es información confidencial. No nos está permitido revelar detalles personales sobre nuestros clientes.

Ella asintió sin sentirse conforme con la explicación.

—Necesito contactarlo. ¿Puedo dejarle una nota?

El conserje arrancó una hoja en blanco de una libreta que guardaba bajo el

mostrador y le ofreció un bolígrafo con el nombre del hotel impreso en un lateral. Alins garabateó unas líneas que se abstuvo de firmar. Dobló la hoja en dos mitades y se la dio al señor que seguía teniendo la misma expresión. El recepcionista metió la hoja en un sobre inmaculadamente blanco con el logotipo del hotel. Consiguió con disimulo otear de forma breve lo que escribió en el sobre: "Monsieur Emanuele". Se volvió con rapidez. Un nombre desconocido que no le decía nada, salvo que se trataba de algún italiano patriota —Vittorio Emanuele era el padre de la patria en Italia, —al que nunca volvería a ver y que quedaría enterrado en la profundidad de su memoria, así como el paradero de sus sandalias que, en el apuro por vestirse, no se había puesto.

CAPÍTULO 01

Alicante, 2005

Tocó el timbre y una voz salió del intercomunicador.

—¿Alins? —le preguntó la misma voz con la que ella había hablado días atrás para concertar la entrevista. El profesional, entonces, le había dado cita a las siete y cuarenta y cinco, la última cita de la tarde, la última de los viernes y, por lo tanto, de la semana.

—Soy yo —contestó con algo de timidez.

Había llegado unos minutos adelantada, y ahora la ansiedad le jugaba una mala pasada.

—Pase y aguárdeme unos instantes. Estaré con usted a la hora convenida.

La sala de espera resultaba fría. El moderno mobiliario no ayudaba a aligerar la sensación de fría impersonalidad. Las blancas paredes y los muebles grises le parecieron faltos de calidez. Alins volvió a mirar su reloj de pulsera: iban a dar las siete y cuarenta.

Volvió a enderezarse en el asiento de cuero sin saber dónde podía colocar el bolso. El sillón le resultaba bastante incómodo, porque era demasiado estrecho y alto. La falta de ángulos en el respaldo con forma curva no resultaba apto para colgar su bolso. Tuvo el reflejo de coger una revista, pero no había. "Esto no es lo mismo que el dentista", se dijo. Contempló, no sin cierta admiración, la biblioteca que se erguía frente a ella. Observó los libros. Había de todo: clásicos literarios, pintores surrealistas, y libros de psicología. En un intento por calmar sus nervios buscó en su bolso el paquete de caramelos que guardaba para las emergencias. El sabor del mentol lograba despejarle la mente que en esos momentos tenía llena de dudas, preguntas e incógnitas. Alins comenzó a enumerar las tareas que tendría que realizar al día siguiente. Chasqueó la lengua con impaciencia: su trabajo, su hija, su casa, las clases; apenas le quedaba tiempo para nada. Balanceó el pie cuando recordó que al día siguiente tenía una reunión escolar. ¿Por qué pondrían las reuniones para padres a las dos de la tarde? Era el peor momento del día. No le daba el tiempo suficiente para preparar la comida.

Tenía que ir a recoger las alfombras que había llevado a su limpieza semestral y tenía que llevar a la modista el vestido de fiesta de París, su hija se había encargado de dejar arruinado. Los catorce años siempre resultaban tremendos, y en ella aún más. Nunca llegaría a comprender de dónde sacaba tanta energía. Era un metro sesenta y cinco de combustible inagotable. A veces, lamentaba no poder seguirle el ritmo a la velocidad que ella imponía, pero no se quejaba.

Estiró una pierna impaciente y volvió a mirar los libros: tuvo deseos de tomar

alguno y leerlo. Guardó el paquete de caramelos en el bolso y sacó la agenda para no olvidarse de lo que tenía que terminar antes de poder irse a dormir.

—Pase, Alins —la voz de los llamados y del intercomunicador comenzaba a tener cuerpo: apenas un torso que se asomaba desde la puerta.

Alins cruzó el umbral que separaba la sala de espera de la consulta. El hombre le tendió la mano y ella la tomó y lo saludó enérgicamente. Lo miró a los ojos, pero no se detuvo en ellos, se sentía intimidada por la situación y prefirió bajar la vista al suelo de inmediato.

—Solo un momento más —Alins asintió con la cabeza un poco molesta por tanta espera.

Observo la elegante estancia exquisitamente amueblada, y completamente diferente a la sala de espera. La mesa de cerezo brillaba: parecía que nadie había pasado sus manos por ella en todo el día, como si los papeles que descansaban en su superficie no hubiesen sido examinados ni una sola vez. Miró a su alrededor buscando el diván y no encontró ninguno, ¿Desde cuándo un psicólogo no tenía diván? Alins siempre había esperado verlo, amplio, de cuero negro. ¡Ya empezaba con sus críticas! Cruzó los pasos que la separaban del escritorio y alcanzó la ventana. Miró a través de ella, después de descorrer la cortina de raso color caramelo.

Estar en el décimo piso junto a la explanada mostraba una vista espectacular. Vio el puerto que a esa hora comenzaba a menguar en el bullicio que lo caracterizaba. Miró las alegres terrazas de bares llenas de visitantes: la mayoría turistas que degustaban postres variados. Un carraspeo la hizo volverse de pronto con cierta culpabilidad por haber estado husmeando tras la ventana. Soltó un suspiro ante la visión que se extendía hacia ella, ahora que se animaba a mirarlo.

¡Qué sonrisa! No esperaba una sonrisa tan franca en casi un metro noventa de hombre. Vio su mano extendida y volvió a saludarlo. Solo reaccionó cuando el hombre se sonrió: no la estaba saludando, sino indicándole la silla en la que debía sentarse. Tenía los ojos brillantes y una postura de amabilidad que la desarmó.

—¿Señora de Vera? —dijo él mientras anotaba algunos datos básicos en una ficha.

Alins negó con la cabeza varias veces, incluso carraspeó hasta que le salió la voz.

—Solo Alins Vera.

El psicólogo alzó las cejas de manera casi imperceptible.

—Tome asiento, por favor —ella seguía dura como una estatua junto a la ventana. El timbre de voz le hizo sentir un escalofrío que no supo explicarse. Se decidió a aceptar la invitación, por fin, y sin apartar la vista de los ojos de él.

Inspiró con profundidad cuando él cogió una carpeta que tenía delante y se puso a examinar los papeles que iba sacando uno a uno de forma concienzuda. Alins se entregó a un escrutinio del hombre con todo el descaro, consciente de que su

observación no iba a ser percibida. La masa de pelo negro que, a pesar del perfecto corte terminaba rizándose en la nuca, atrajo poderosamente su atención. Detuvo su mano que se había alzado involuntariamente para colocarse una guedeja detrás de la oreja y siguió con su observación minuciosa. Miró sus pómulos, la nariz recta que debía de ser herencia. Ahogó una risa absurda: ¿desde cuándo ella era una experta en herencias nasales? Cruzó una pierna sobre la otra y comenzó a balancearla en un intento por calmar su nerviosismo. Miró las manos de él que pasaban las hojas con calmada meditación, daban la impresión de ser fuertes y suaves a la vez, de uñas cuidadas y limpias. No llevaba anillo que delatase... Se llamó estúpida a sí misma como diez veces: los hombres ya no llevaban ninguna prenda que delatase su... Él alzó la vista y ella pegó un brinco.

Sentía como si la hubiese pillado en una travesura.

—No tiene por qué estar nerviosa.

Alins no estaba nerviosa, estaba hecha gelatina.

—Es la primera vez para mí —le dijo, él volvió a sonreírle—. ¡No haga eso! —exclamó ella.

El hombre dejó la carpeta de nuevo en una esquina de la mesa y la miró pausadamente.

—¿Qué no haga qué? —la instó.

—Sonreír constantemente. —Si la solicitud lo extrañó, no dio muestras de ello

—Las sonrisas suelen ser el primer intento de acercamiento entre los seres humanos.

—Usted... no puede ayudarme —concluyó a media voz.

—Es cierto. Yo solo puedo tratar de que se ayude a sí misma.

La respuesta la ablandó porque le pareció auténtica y sin florituras.

—Siempre he tenido prejuicios sobre los... —él no la dejó terminar.

—¿Terapeutas? —Alins se mordió el labio inferior.

—Psicólogos —el hombre asintió con un gesto amable.

—¿Cómo ha contactado conmigo? —ella volvió de su ensimismamiento.

—Por teléfono. Hemos hablado. ¿Lo recuerda? —el hombre ocultó a tiempo un amago de sonrisa que su respuesta rápida y lógica le había causado.

—Me refiero a si conoce mi trabajo por recomendación personal o, simplemente, me ha buscado en la guía telefónica.

—Su nombre es el primero que salió del interior de un bote con otros nueve nombres más. Los escogimos de entre las páginas amarillas.

—Entiendo.

—Pero sigo creyendo que no es el adecuado.

Una chispa de diversión, que, para sorpresa de ella, no escondió, acudió a la pupila de él.

—¿Demasiado intimidante? —ella negó con la cabeza.

—Demasiado de... ¡todo! —admitió con franqueza.

Ahora el sorprendido fue él.

—Afortunadamente no tiene que auscultarme —murmuró ella en un susurro.

—La apariencia no es importante —intervino él y la hizo sonrojarse.

"Para nada", pensó ella con ironía.

—¿Qué la decidió a iniciar una terapia?

—¡Esa sí es una pregunta absurda! —contestó rápida.

—Que no sea fácil de responder no la vuelve absurda —dijo él y comenzó a tamborilear sus dedos en el escritorio.

Alins, al ver su gesto, comprendió que debía de limpiar la mesa entre paciente y paciente,

—Estoy aquí para escucharla —insistió ante el silencio femenino.

La mujer había detectado un cierto acento en su voz, pero no supo ubicarlo.

—¿Es español? —disparó ella sin pensar si le correspondía o no hacer preguntas.

—Mi madre era española, mi padre nació en Italia —ahora él tenía las manos entrelazadas encima del escritorio.

—No es que sea importante, pero no conseguía saber exactamente de dónde provenía su acento.

—El particular acento es regalo paterno.

—Gracias.

—De nada.

El silencio volvió a instalarse entre ellos de nuevo.

—Tengo un dilema —él la instó con un gesto a que continuase—. Creo que me tomo las cosas con demasiada tranquilidad.

—Y... —su voz seguía siendo suave.

—Deseo saber cuál es el motivo por el que esa circunstancia me agobia.

—Una buena decisión.

Alins se encogió un poco en su sillón, mientras su mano derecha jugaba con el brazo. Estaba incómoda y no sabía bien de qué hablar. Los motivos de su consulta salían como retazos desordenados. Como si sus ideas encontraran un rumbo, pero también lo perdieran con facilidad.

—Me gustan estas sillas, resultan cómodas a pesar de la primera impresión que causan. —Bajó sus ojos hacia su falda estampada que alisó de forma instantánea—. Normalmente no suelo mostrarme tan nerviosa —se excusó. Hizo una pausa y volvió a ser ella la que preguntaba—. ¿Siempre es tan callado?

—No soy yo el que tiene cosas que contar —Alins se mesó el pelo con inquietud tratando de que sus rizos se mantuviesen en su sitio—. Por qué se siente nerviosa?

Alins bufó con incredulidad:

—Porque tengo que contarle mis más íntimos secretos a un hombre que es

demasiado atractivo para ejercer la profesión de psicólogo.

—Agradezco sus palabras.

—¿No me cree? ¿No es demasiado atractivo para su profesión? —él alzó los hombros con indiferencia y preguntó:

—¿Qué profesión sería la adecuada para mí? —quería que ella se relajase.

—¡Modelo! —la rápida respuesta volvió a hacerlo reír.

—Me sigue pareciendo más interesante mi trabajo.

Alins, por fin, pudo mostrar una sonrisa que nada tenía que ver con los nervios. Reflexionó sobre lo que había dicho y quiso disculparse:

—Tiene razón. Le ruego, me disculpe —él siguió callado—. ¿No tiene diván? —preguntó concisa.

—¿Lo considera necesario? —respondió cauto.

—Sinceramente, no.

—Me gusta que las personas estén sentadas como yo y no recostadas, ya que esa posición suele dejarlos en clara desventaja y vulnerables. Con los años, el diván ha caído un poco en desuso.

Ella agradeció que se refiriese a quienes trataba como personas y no como pacientes.

—¿Utiliza la hipnosis?

—Creo, Alins Vera, que ha visto u oído demasiadas cosas sobre los psicólogos. Las películas no siempre cuentan la verdad. A veces, la ficción exagera ciertas cuestiones para que su trama pueda ser apreciada por el público.

—Acepto su corrección.

—¿Seguimos? —ella asintió con la cabeza.

—Voy contra la corriente —el hombre la escuchaba—. Mis amigas se quejan de la falta de tiempo. Siempre están estresadas: el trabajo, la casa, los niños. Y yo debo de ser un bicho raro, porque me encanta todo lo que hago. Incluso disfruto planchando la ropa, cocinando.

—¿Cree que es acertado lo que ellas opinan? —Alins asintió con la cabeza—. ¿Le molesta? —meditó en sus palabras un momento largo.

—Realmente, no —hizo una breve pausa—, pero no es ese el motivo por el que estoy aquí.

—¿Y cuál es ese motivo?

A ella comenzaba a gustarle el sonido de su voz: grave, profunda, con una serenidad que lograba tranquilizarla.

—¡Soy una bomba de relojería a punto de explotar! —Alins se fijó en sus ojos, pero no advirtió ni un parpadeo de sorpresa.

—¿Es así como se ve? —ella volvió a asentir con la cabeza—. ¿Le gustaría decirme por qué? —la mujer lo pensó un solo segundo.

—Mi marido murió en un accidente de moto hace diez años.

El psicólogo cerró los ojos en un gesto adusto.

—Debió de ser terriblemente doloroso.

Alins asintió enérgicamente.

—Todas las muertes suelen ser terribles y dolorosas.

—¿Cómo se sintió?

—Usted ha dicho que su madre era española... ¿también murió?

Alins creyó que no iba a contestarle, pero, contra toda lógica, lo hizo. No era lo habitual, pero el profesional lo consideró necesario para que ella se abriera un poco más. Todavía seguía contándole las cosas de una manera un tanto confusa y errática.

—Murió por una infección luego de dar a luz al más pequeño de mis hermanos. Una negligencia de los médicos.

—Lo lamento.

—Igualmente.

De nuevo, silencio.

—Al principio me puse furiosa por él, por mí, por mi hija... —las palabras se le atascaban en la boca.

Se quedó un tanto pensativa y atrapada por los recuerdos.

—¿Se sintió culpable?

—¡No iba montado encima de mí! —de nuevo él volvió a tamborilear con sus dedos en el escritorio—. Lo lamento, no quise mostrarme impertinente.

El aceptó sus palabras. Tras meditarlo un momento, ella prosiguió:

—En un principio, sí: me sentí culpable —afortunadamente ya no se le iba la voz—. Lo volvían loco las motos de gran cilindrada y deseaba con fervor tener una. Aunque me opuse en un inicio, terminé accediendo porque quería verlo feliz. ¡Qué cara cuesta la felicidad! —miró hacia la ventana: era como si necesitara tomar algo de aire para continuar—. Por eso me sentía furiosa con él. Era consciente del riesgo que corría cada vez que se subía encima de ciento noventa caballos de fuerza. Mi hija también sufrió mucho con la pérdida.

—Los accidentes escapan a nuestro control.

Ella lo miró directamente y continuó:

—Tomó mal una curva y terminó por despeñarse en un barranco.

—¿Eso lo cambió todo para usted? —Alins cada vez se sentía más relajada.

—No puedo culpar a un conductor borracho o al exceso de velocidad de otro vehículo. Mi marido jugó sus cartas y perdió la partida.

—¿Sigue sintiendo su falta? —ella alzó la cabeza con suspicacia.

—Soy humana: de una pérdida así, no se recupera uno nunca.

—¿Cree que debe comenzar a vivir de nuevo? —a la pregunta de él comenzó a morderse una uña pensativa.

—Mis amigas opinan que sí.

El gesto con la cabeza del terapeuta le indicó que continuase. Estuvo un tiempo

sin saber qué decir. No tenía una respuesta propia a esa pregunta. Apenas podía decir lo que sus amigas le aconsejaban.

—Bueno, se ha terminado nuestro tiempo.

—¿Tan pronto?

A ella le había resultado rápida la entrevista, pese a sus nervios.

—Piense en lo que hemos conversado, Alins. Tal vez, debería encontrar una respuesta suya a la última pregunta. No solo importa lo que digan sus amigas.

—¿Nos vemos el viernes? —dijo Alins y le estrechó la mano con una sonrisa.

—Hasta el viernes.

CAPÍTULO 02

—Alins, puede pasar.

Ella se levantó de su asiento de la sala de espera con una sonrisa en la boca. Antes había tenido lugar el ritual del intercomunicador; su psicólogo que le abría la puerta desde la sala de la consulta y ella que pasaba al pequeño salón de espera. Sabía, porque había averiguado entre amigos y conocidos, que los psicólogos dejaban un prudencial tiempo de quince minutos entre paciente y paciente para que, en lo posible, no se cruzaran. La relación paciente-terapeuta debía ser personal y despojada de interferencias. Por otro lado, ese tiempo le servía al profesional para despejarse entre una consulta y la otra. El hecho de que Alins llegara siempre unos minutos adelantada hacía que tuviera que esperar en vez de iniciar directamente su sesión.

— Ya estoy con usted —dijo él desde un cuarto al que ella no tenía acceso.

La mujer se conocía el ritual. De nuevo dirigió sus pasos hacia la ventana y descorrió la cortina, que tan suave era al tacto. Nunca había visto cortinas tan bonitas en ninguna consulta. Bueno, si tenía que ser sincera, salvo las del dentista no había visto muchas, y las de la seguridad social no entraban en la valoración porque eran deprimentes hasta decir basta. En todas las ciudades, en todos los pueblos, en todos...

—¡Buenas tardes! —las palabras del profesional interrumpieron sus pensamientos.

Alins se volvió y esta vez aceptó el saludo de la mano que él le ofrecía con agrado.

—¿Cómo está?

—Esa pregunta me corresponde a mí hacérsela —respondió él, y ella entrecerró los ojos risueña—. Tome asiento.

Ella lo pensó un segundo y después cuestionó:

—¿Y si quisiera mantenerme de pie?

—Entonces tendría que secundarla.

—¿Por lo de la desventaja? —inquirió curiosa.

—Clara desventaja de vulnerabilidad.

Alins tomó asiento y cruzó una pierna sobre la otra.

—¿Ha pasado una buena semana? —le preguntó con cortesía.

—Los tipos de interés han subido medio punto —respondió una trivialidad para ver si él respondía algo. Después reflexionó:—, de nuevo me voy por las ramas.

El asintió sereno.

—¿Qué quiere que le cuente hoy? —aventuró la mujer.

—La pregunta sería: "¿qué deseo contar hoy?"

Alins miró su pelo negro como un cuervo que hacía un contraste muy seductor con los ojos grises. Distinguió unas canas alrededor de las sienes que le daban una

apariencia más atractiva y menos de modelo publicitario. ¿Estaban allí la semana anterior?

—He descubierto por qué no estoy tan estresada como mis amigas con respecto a sus familias, al trabajo... en fin, a todo.

—¿A qué conclusión ha llegado? —meditó un instante antes de responder:

—Es la agenda —calló un segundo—. Todo tiene que ver con la agenda.

Él le ofreció una sonrisa de comprensión y ella continuó:

—Miré con detenimiento el contenido de la agenda que uso a diario y repasé todo lo que hago habitualmente en un día. El resultado fue sorprendente. Si mis amigas se guiasen por una agenda, tendrían tiempo para casi todo —algo la hizo reflexionar sobre lo que estaba diciendo, y recordó una característica que la distinguía de sus amigas. Su hija, su pequeña era ya una adolescente, distinta de los niños pequeños de sus amistades.

—Una hija casi adulta reduce el trabajo considerablemente —Alins se encrespó un poco por la afirmación. ¿Le estaba quitando mérito?

—¿Cuántos hijos tiene? le preguntó en un impulso.

Él sopesó si podía ser útil a la terapia responderle. Evaluó que no sería incorrecto contestarle, que haría que ella contase más de sí misma. También se advirtió mentalmente que estas preguntas sobre su vida privada no podían continuar mucho más. Respondió a la pregunta:

—Ninguno.

Alins abrió los ojos perpleja. Debía de rondar los cuarenta años e imaginó que la falta de hijos sería voluntaria. Tal vez no. ¿Estaría casado? ¡Por supuesto que debía de estar casado! Un hombre tan apuesto no podía estar sin pareja. O tal vez sí.

—Entonces no sabe el trabajo que da una adolescente que es puro nervio, y que gasta tanta ropa al cabo del día, que la lavadora termina temblando cada vez que ella cruza el umbral de la cocina.

Él asintió con una inclinación de cabeza frente a lo que ella decía y sonrió ante esa descripción de una adolescente en plena revolución hormonal. Su estrategia para hacerla hablar daba resultados, pero no debía contar mucho de su propia vida privada. Estaban allí para hablar de ella. Se dijo que iba a mantenerse lacónico.

—Sigamos —avanzó ella—. La conclusión a la que he llegado por tener una agenda programada con cuidado es que el problema no está en mí —Alins soltó su cabello. Estaba comenzando a tener dolor de cabeza. Siempre le ocurría cuando castigaba su pelo con apretadas colas de caballo—. Por lo tanto, no soy un bicho raro —sentenció feliz por su conclusión.

—Yo estaba convencido de ello de antemano —respondió el hombre, y ella le agradeció la confianza con una sonrisa.

—Pero sigo siendo una bomba a punto de estallar.

Ella insistía con esa idea.

—¿Por qué se siente así?

Alins meditó un rato antes de hablar.

—Porque siempre he actuado como se esperaba de mí, nunca como quería realmente.

—Todos estamos obligados a actuar como se espera de nosotros.

Alins se rebeló y él sonrió para sus adentros: la había provocado para que esa rebelión aflorara.

—¡Esa es la palabra: "obligación"! —machacó triunfante—. Nuestros padres nos indican cómo debemos actuar y cómo debemos proceder. Luego le pasan el relevo al marido y, después, cuando creemos que al fin podremos desplegar las alas, los hijos se encargan de atarlas de nuevo.

—¿Siente rabia por ese control? —miró fijamente a las pupilas del psicólogo con cierta sorpresa ante la pregunta.

—Una sola vez en mi vida hice lo contrario de lo que me indicaban.

—¿Y el resultado?

—Una preciosa hija de catorce años a la que amo con locura.

El terapeuta intentó ocultar un destello en sus pupilas que ella no supo interpretar. Decidió continuar con su relato:

—La concebí cuando tenía apenas dieciocho años —suspiró profundamente—. Mi madre me instaba cada momento a que no continuase con el embarazo. Alegaba que iba a echar a perder mi vida siendo una madre tan joven pues acababa de comenzar la Universidad y ella no deseaba esa responsabilidad para mí —volvió a quedarse callada por un instante—. Casi, casi lo consigue, pero el amor por la vida puede más que cualquier razonamiento lógico que abandere la madurez.

—¿Le guarda rencor a su madre por ello? —Alins estaba perdida en sus pensamientos.

—Creo que sí. Me hizo sentir su desaprobación desde el primer momento que le confesé que estaba embarazada.

—¿El padre de la criatura se responsabilizó?

—No deseo hablar sobre ello —la voz se le había vuelto ronca.

—Entiendo.

—¡No diga eso! —la exclamación dolida de Alins lo tomó por sorpresa porque resultó inesperada.

—Es muy duro asumir toda la responsabilidad cuando se necesitan dos para crear una vida, Alins. Es usted una mujer valiente.

Ella entrecerró los ojos turbada.

—Una vida es una vida. Y nunca hay que despreciarla por un efímero bienestar —respondió al fin con un brillo doloroso en la mirada.

—¿Su madre la obligó a abandonar su casa? —la mujer soltó un suspiro violento y se levantó de golpe.

—¡Por supuesto que no! —él se levantó junto con ella—. ¿Es normal hacer este tipo de preguntas tan a boca de jarro? —preguntó exaltada.

—Es mi forma de trabajar. Necesito, de vez en cuando, hacer preguntas inesperadas.

—Me he sentido ofendida, si le sirve saberlo.

—Pero es indudable que existe un dolor escondido que usted se niega a sacar a la superficie.

—¿Podemos cambiar de tema? —la pregunta la hizo con un hilo de voz.

—Por supuesto —ambos se volvieron a sentar—. Hábleme de ella —no había comprendido su pregunta—. Hábleme de su hija —pidió el terapeuta con suave amabilidad.

Pretendía hacerla volver del lugar amargo en el que se había refugiado.

—Es casi tan alta como yo —relató llena de orgullo—, y tan buena estudiante que podría darle lo que quisiera si me lo pidiese. Colabora en las tareas del hogar como una socia al cincuenta por ciento —Alins terminó por relajarse en el asiento. Sus ojos comenzaron a emitir un brillo de amor mientras hablaba—. Cuando estoy enfrascada en los quehaceres de la casa o mandando e-mails, suele aporrear las teclas del piano con fuerza para llamar mi atención hacia ella —sonrió de nuevo—. Es su forma de pedirme que me desconecte de las cosas superficiales y que comparta con ella unos minutos de las melodías que sus manos le arrancan al piano. No sé de dónde le viene el talento musical, porque yo soy un cero a la izquierda en lo que a él respecta. El único sonido decente que suelo conseguir es el de la aspiradora.

—Quizás sea una habilidad que ha heredado de su familia.

Alins abrió los ojos perpleja.

—¡Lo dudo! Mi padre, el único instrumento que tocaba con cierta regularidad, era el cepillo de dientes eléctrico, y con respecto a mi madre, ni le cuento —después de unos instantes concluyó:—, es mi hija. No sé qué más decir.

Había tanto orgullo en su voz que el doctor carraspeó un tanto desconcertado.

—La ama —aseveró el profesional.

—Nunca supe lo que era realmente el amor hasta que la vi por primera vez. Tiene un precioso pelo castaño que se ondula de forma que ella considera irritante. Sus ojos son grises cuando está contenta y, cuando el enfado alcanza el punto de ebullición necesario, se vuelven del color de la plata bruñida —los recuerdos la asaltaron como en toda la conversación—. Cuando sentí su primera patadita, mi corazón sufrió un espasmo de dicha que me cortó el aliento por unos momentos. Me di cuenta de lo inmensamente afortunada que era por poder tener ese pedacito de gloria dentro de mí.

—Las mujeres son seres afortunados en todos los sentidos.

Alins volvió de sus recuerdos.

—¿Por qué no tiene hijos?

—Uno no llegó a nacer. Desde entonces, me ha faltado el valor para intentarlo de nuevo. —Se arrepintió enseguida de haberle dicho eso. Era demasiado.

Alins sintió una auténtica compasión por él que reflejó en su mirada.

—Se pierde algo maravilloso.

—Estábamos hablando de su hija.

Ella le sonrió con afabilidad.

—Sí, de la maravillosa hija que tengo el privilegio de custodiar.

—¿Echa de menos a su padre? —Alins negó con la cabeza.

—No lo conoce. Mi marido, que fue como su verdadero padre, falleció cuando tenía apenas cuatro años.

—¿Seguimos con la bomba de relojería? —ella asintió y detalló un poco más:

—Siento que debo hacer cosas que hasta ahora no me había planteado.

—¿Qué se lo impide?

Ella se negó a mirarlo.

—Me falta el valor suficiente para llevarlas a cabo —después de esas palabras, un leve rubor cubrió sus mejillas. En sus pensamientos evocaba aquello que quería hacer, pero que aún no había dicho.

El psicólogo intervino:

—Podría enumerarlas en una hoja según sus prioridades. Luego las va tachando a medida que va realizándolas.

Alins alzó una ceja con incredulidad.

—Suele dar resultado. —Él buscó las palabras precisas—. De la misma forma que tiene una agenda para cada hora del día, puede tener una lista de prioridades y metas que le gustaría alcanzar.

—No me atrevería.

La animó con una sonrisa y le preguntó:

—¿Cuál sería la primera? —la mujer dudó.

—No sabría decidirme. Hay muchas fantasías que me gustaría realizar y que el sentido común me insta a no considerar ni un segundo.

—Siempre la encrucijada.

—Las normas, las reglas; es desesperante —calló un momento.

—Algunas son necesarias —aclaró él.

—Demasiadas cargas para una vida tan corta —respondió la otra.

—La sujeción, en ocasiones, la necesitamos para mantener el rumbo.

—Un timón encajado en la misma dirección y que nos conduce al precipicio emocional.

—¿Qué siente que le falta? —ella trató de encontrar las palabras justas. Solo se le ocurría una:

—¡Vivir! —contestó sin reservas.

—Defina el concepto. ¿A qué llama "vivir"? —Alins reflexionó un momento la

manera de expresar en una frase el deseo de toda una vida.

—¡Libertad!

—La responsabilidad la ha marcado mucho.

Con los ojos cerrados, ella parecía no estar allí. Recordaba lo que había dicho hacía un instante. Lo repitió en voz baja y fue como si degustara la soberbia palabra.

—¿Alins? ¿Sigue conmigo? —ella volvió a la carga:

—¿Es mi deseo disculpa suficiente para obviar la responsabilidad para con mi hija? —el profesional la escuchaba atentamente.

—Su hija tiene catorce años; es casi una adulta —le recordó.

—Y yo le concedo la independencia y la responsabilidad que debe tener una persona de catorce años.

—La línea que separa el cuidado de los hijos de la sobreprotección es muy fina.

Ella lo miró de forma inquietante.

—¿Es mejor pasarse o no llegar? —le preguntó directamente.

—Depende de la situación —respondió cauto.

Alins paseó sus ojos sobre los cuadros antes de continuar.

—¿Entonces, en mi caso, es mejor pasarse o no llegar?

—Siempre depende de la situación. Tiene que buscar las respuestas usted misma —comentó él.

—Pero a veces tengo miedo de encontrarlas —acotó ella y se quedó pensativa durante unos momentos.

Y en silencio consumió los últimos minutos que le quedaban de terapia.

CAPÍTULO 03

El hombre de treinta y cinco años se mantenía erguido mientras leía. El pelo negro le caía por la frente de forma descuidada y lo hacía parecer un tanto travieso. Una ligera sonrisa comenzó a asomar por entre sus labios finos y juguetones. Seguía con un dedo la línea de lectura y, de tanto en tanto, sus pupilas mostraban un destello ante lo que encontraba plasmado en el papel.

—¡Te he advertido muchas veces que no leas mis anotaciones!

El aludido pegó un respingo ante la voz fría y grave de su hermano mayor.

—Tengo que aprender de ti —la excusa lo enfadó todavía más.

—¿Tienes algo interesante que decirme? ¿Por qué has arrastrado tus pies hasta mi presencia? —la pregunta en tono gélido le arrancó una sonrisa de disculpa al que se había entrometido en los papeles del otro. Después le anunció:

—Es el cumpleaños del abuelo y tengo la honorable tarea de llevarte a casa de una oreja si hace falta. Es hoy y no tienes escapatoria.

—Aún faltan un par de horas, y yo necesito terminar unos resúmenes.

—Podría ayudarte. —El ofrecimiento no lo tomó de sorpresa, era otra provocación más de su hermano.

—Es información confidencial, Yago. No es ético que mires mis anotaciones, y esta es la última vez que te lo advierto —Dante miró duramente a su hermano menor, pero este siguió con su risa insolente como siempre—. Los pensamientos de mis pacientes no son un juego. —La voz de siguió siendo muy fría—. Si vuelvo a verte husmeando entre mis notas, prohibiré tu entrada a mi consultorio, a mi casa y a mi coche.

Dante dejó la taza de café que tenía en la mano en el rincón del escritorio donde estaba sentado su hermano menor. Le quitó los folios que Yago había estado desordenando y leyendo de forma indiscriminada y aleatoria.

—Te doy mi palabra de que no volveré a mirar tus observaciones. Te ofrezco una disculpa por mi indiscreción imperdonable —lo tranquilizó, y Dante no supo si creerle o no—. Papá llamó para decir que asistirá a la cena —el rostro de Dante se endureció durante un segundo—. Tienes que aceptarlo de una vez —siguió Yago.

—¿Es una cena de cumpleaños o una emboscada? —Dante intuía que su hermano estaba preparado para esa pregunta.

Y el hermano contestó casi enseguida:

—Papá opina que muestras una actitud desmesurada y algo rencorosa.

Dante hizo una mueca, luego agregó:

—Nuestro padre espera demasiado de mí. Tal vez, nunca me acerque a su ideal de hijo. En especial en lo que se refiere al perdón y la comprensión.

La crítica no hizo mella en el hermano menor.

—¿Qué le has comprado al abuelo? —preguntó el otro.

—¿Qué se le puede comprar a alguien que lo tiene todo? —respondió Dante.

—Hoy estás de un humor difícil de clasificar.

—Estoy demasiado ocupado para perder el tiempo con tu cháchara superficial.

Yago soltó un bufido incrédulo y se volvió hacia la puerta.

—Nos vemos en casa del abuelo —dijo y salió con rapidez.

Dante se dirigió hacia la ventana. A esa hora de la tarde, la explanada estaba llena de gente. Los puestos ambulantes en el paseo marítimo atraían a los turistas. Metió sus frías manos dentro de los bolsillos de sus pantalones Burberry e inclinó la cabeza en muda contemplación. Los recuerdos aún le producían un dolor sordo. Tener que ir a esa fiesta y fingir que ese dolor no existía le producía un nudo en la garganta, pero contra sus deseos optó por asistir.

La avenida Maisonnave estaba demasiado concurrida. El mes de diciembre era una gran ciudad transformaba todo en un caos. La circulación vehicular se volvía imposible; los grandes comercios se atestaban de personas que comenzaban a buscar los regalos de Navidad para sus familiares, incluso con tres semanas de anticipación. Dante detestaba todas las celebraciones que se caracterizaban por sus excesos; las navideñas las que más. Guió sus pasos hacia el parking de la segunda planta, con el regalo de su abuelo envuelto en papel de color verde y una cinta dorada. El envoltorio típico de las tiendas de regalos. Tenía escasamente quince minutos para llegar a la Playa de San Juan y con el embotellamiento de ese viernes a las nueve y media, le iba a resultar imposible. Divisó su coche apenas abandonó el calor de la tienda de varios pisos y entró en el frío cemento del parking; el Porsche 911 de color plata era fácilmente visible. Antes de que Dante llegara al automóvil, con un suave pitido, el deportivo destrabó sus puertas. Pocas cosas le producían más placer que conducir su coche: la sensación de libertad resultaba adictiva.

Con una acelerada de satisfacción, salió del estacionamiento.

Más rápido de lo que había creído, estacionó el vehículo frente al paseo de la playa. El mar estaba tranquilo, aunque una ligera brisa le hizo levantarse el cuello de la chaqueta Lacoste. Se quedó durante un instante mirando el oscuro mar y a los diversos pescadores que bebían cerveza en la orilla con sus cañas clavadas en la arena. Algunos viandantes más osados caminaban de forma placentera con los pies descalzos justo en el límite donde el agua rompía con olas salpicadas de espuma blanca. Él deseó por un instante estar en otro lugar, pero, resignado, cruzó la calle y dirigió sus pasos hacia el bloque de apartamentos que se destacaba en el entorno de edificios por sus inmensos ventanales. El ático de su abuelo tenía un valor inmobiliario incalculable. Las vistas sobre el mar eran espectaculares. Los grandes balcones saludaban al sol desde el naciente hasta el poniente. A Dante le gustaba oír que el mar llegaba a la playa con un bramido y que se marchaba tras romper con un jadeo.

El timbre sonó con un zumbido. Dante preparó la sonrisa más impersonal que tenía y se dispuso a soportar el evento con una actitud estoica. Su padre, Ricardo, le abrió la puerta con una crítica:

—¡Llegas tarde! —Dante lo miró un breve instante y el saludo se le quedó atascado en la garganta:

—Hay más tráfico del que suponía —Ricardo se hizo a un lado para que pasara su hijo—. ¿Estamos todos? —Dante hizo la pregunta con un hilo de voz.

—Sí. —El escueto monosílabo indicó que Ricardo estaba irritado.

Ambos cruzaron el vestíbulo y se dirigieron al salón donde permanecía el resto de la familia que había acudido a la celebración. Con un gesto con la cabeza, Dante saludó a su hermano mayor, Uriel, y a su esposa, Ángela. Su hermano menor, Yago, estaba cómodo en el enorme sofá de piel, con una pierna cruzada sobre la otra y con una copa de vino en la mano. Dante alzó las cejas en un gesto interrogante, y Yago le devolvió otro gesto que le decía a su hermano: "Prepárate".

—Aquí tienes tu bebida.

Dante recibió de su abuelo un vaso lleno hasta el borde de un ponche que él mismo elaboraba. Dante seguía mirando la sonrisa de su hermano menor que hizo un brindis en el aire con su copa.

—Abuelo, feliz cumpleaños. —Dante hizo un amago de abrazarlo, pero él no se lo permitió.

Rehusó la muestra de afecto con un gruñido:

—¡Cada vez llegas más tarde! —no hubo respuestas para esa crítica.

—Me alegro mucho de verte, Dante. —El saludo de su cuñada le hizo asomar una sonrisa a la boca.

—Estás muy guapa Ángela —dijo Dante y la mujer agradeció el cumplido inclinando la cabeza.

—No me explico cómo puedes llegar tarde con ese monstruo de coche que te empeñas en conducir.

Las palabras de Uriel lo hicieron lanzar un suspiro.

—Uriel, hermano, Dante tendría que tener una aplanadora para poder pasar por encima del resto de los vehículos que circulan por la calle.

La broma de Yago lo hizo relajarse un poco.

—Hola, Dante.

Estaba de espaldas a ella: la nueva mujer de su padre lo saludó y él se volvió lentamente. Reconocía su acento, aunque muy disimulado, de los países nórdicos. Hacía años que vivía allí, llegada de Suecia, y sin embargo, su impronta al hablar permanecía intacta.

—Hola, Isobel. Veo que luces tan bien como siempre.

La sonrisa de su boca se esfumó aún antes de darse vuelta para mirarla. Para todo aquel que lo observase, la incomodidad que sentía delante de ella resultaba

obvia. Tenía la mano derecha cerrada en un puño que pegó al costado de su pierna.

—Imagino que tu consultorio funciona a las mil maravillas —dijo Isobel y Dante no supo cómo tomarse esas palabras: ¿eran un cumplido sincero o una ironía?

—Es inaudito que un hijo mío haya optado por una edulcorada práctica psicológica —criticó Ricardo.

La censura en boca de su padre le dolió a Dante por lo severa y fuera de lugar. Los viejos rencores estaban todavía presentes. Su padre tampoco le perdonaba que no siguiera en la clínica psiquiátrica que él había fundado, y en la que había proyectado que lo acompañarían sus hijos. Le decía que la psiquiatría superaba a la psicología, porque tenía bases científicas más profundas. Estaba claro que no creía en sus propias palabras, que era solo una manera de provocar a su hijo.

—La psicología es lo mismo que haces tú, padre, pero sin el negocio de vender medicamentos. —Dante pegaba con la misma intensidad y el mismo escaso convencimiento, Ricardo lo miró con acritud en sus ojos:

—Aún no entiendo que te fueras de mi clínica para abrir una consulta de amas de casa.

—Las amas de casa también necesitan alguien que las escuche.

Ricardo lo miró con fría severidad. Dante optó por mantenerse callado, no quería seguir con esa discusión absurda. Su padre no había aceptado su marcha de la gran empresa familiar. Tanto su hermano mayor como él habían estudiado psiquiatría como su padre, y terminaron trabajando juntos en la misma clínica que había comenzado veinte años atrás.

—La psicología y la psiquiatría trabajan en conjunto. Vamos, padre, sabes que puede derivarnos pacientes. No queríamos perderlos —dijo Uriel en broma para aplacar los ánimos.

Esas palabras le arrancaron una sonrisa a Dante.

—Comencé una tradición a la que he dedicado la mayor parte de mi vida. Esperaba que mis hijos siguiesen mis pasos y pudiesen expandirla.

Tanto Uriel como Dante y Yago decidieron mantenerse callados. Ricardo era una autoridad en el campo de la psiquiatría y ellos no deseaban iniciar ningún altercado esa noche. Yago, el menor, era el único que no había estudiado la carrera de la familia. Se destacaba como abogado.

—Bueno, basta ya. Pasemos al comedor y mantened ese tono beligerante lejos de mi presencia —dijo Fabio, el abuelo, y sus palabras no admitieron discusión alguna.

La cena transcurrió de forma lenta. Dante se mantenía un tanto distante de la conversación que monopolizaban su padre y su abuelo. De tanto en tanto, su hermano menor le daba pequeños puntapiés por debajo de la mesa para traerlo de vuelta a la realidad y sacarlo de los pensamientos en los que se ocultaba. Dante había perdido el hilo de la conversación. Se estaba realizando un brindis. Todos estaban con las copas llenas de champán alzadas.

—¡Muchas felicidades! —Él había creído que el brindis era por su abuelo; estaba claro que no.

—¡Es una noticia maravillosa! —exclamó Ángela, y esas palabras le hicieron sentir a Dante un escalofrío.

Sabía lo que implicaban.

—Es inaudito que tenga tres hijos adultos y que ninguno se anime a hacerme abuelo —proclamó su padre.

Dante comenzó a transpirar y fue el único que no bebió de su copa. La dejó encima de la mesa sin tocar.

—Nosotros lo seguimos intentado, ¿verdad, cariño? —la candidez de Ángela quedó plasmada tras esas palabras, tanto como el ceño fruncido de resignación de Uriel.

—No beber tras un brindis es una clara muestra de desprecio.

Dante escuchó que su padre le hablaba y miraba, severo, la copa que todavía tenía llena en la mano.

—Me he perdido las palabras del brindis. —Fue todo lo que alegó en su defensa.

—Isobel está embarazada, ese es el motivo.

Se lo había temido desde el principio. Siguió con la vista fija en su padre, pero sin alzar la copa.

—Le daré mi felicitación una vez que lo tenga, si es que decide hacerlo. Ya se ha arrepentido otras veces, aunque no contigo, claro.

Las duras palabras le arrancaron un gemido a Ángela.

—¡Discúlpate ahora mismo! —exigió Ricardo.

Dante hizo una especie de reverencia que podía entenderse como una disculpa, pero mantuvo su boca sellada y la mirada severa.

—No se lo tengáis en cuenta. —Isobel habló con voz dulce que a Dante le sonó falsa—. Sin duda ha sido una sorpresa inesperada —siguió ella, y el amplio comedor se mantuvo en silencio.

Dante sintió un resquemor subir por su garganta. Inspiró varias veces para tratar de bajar la repulsa que la noticia le había ocasionado. Después habló:

—Es una sorpresa para mí que hayas decidido tener al hijo de mi padre, cuando no quisiste tener el mío. Eso es todo. Supongo que aún no he asimilado del todo que seas la pareja de mi padre, después de haber sido la mía. Creo que esto simplemente ha colmado el vaso.

Dante había hablado con calma. Había expuesto sus razones con una frialdad que resonó más que los gritos que bien podría haber proferido. Ricardo se levantó con ímpetu y terminó volcando la silla de la cabecera de la mesa con un fuerte estrépito.

Increpó a su hijo:

—Esa cuestión quedó zanjada hace mucho tiempo.

Dante alzó los ojos con un brillo peligroso en ellos.

—¿Cuestión? Lo haces ver muy simple. Hay heridas que tardan más en sanar — contestó Dante y se levantó contrariado y arrojó la servilleta sobre la mesa—. La que fue mi prometida no quiso a nuestro hijo. Luego, se casó con mi padre por el prestigio de su nombre y por las mayores comodidades económicas. ¿Es eso una "cuestión" a zanjar? ¿No deberías concederme, padre, el beneficio de no estar cómodo con la situación? ¿Se supone que debo brindar por la ambición de Isobel y su falsedad?

Yago se incorporó y le puso una mano en el brazo, intentado calmarle los ánimos. Dante se soltó con demasiada brusquedad.

—¿Como mi esposa la respetarás!

—El respeto hay que ganárselo, padre. Disculpa si con Isobel me tomo más tiempo que con alguna otra de tus conquistas.

—Entonces te quiero fuera de mi vista hasta que recapacites sobre tu actuación rencorosa.

Ya estaba todo dicho. Dante miró durante un instante a su padre con profundo dolor en sus ojos.

—Puedo asegurar que no es rencor, padre, lo que incita a mi corazón a salir por mi boca —hizo una pausa—. Es la profunda decepción que siento al contemplar la bajeza de un ser humano codicioso y lleno de una ambición desmedida.

El abuelo carraspeó, pero ni padre ni hijo cedían en su postura.

—Tendrás que aceptarla como miembro de la familia o no quiero saber nada más de ti.

Ricardo habló y las palabras fueron claras y contundentes.

—Que así sea —replicó Dante.

Luego, se dio media vuelta y abandonó la habitación con pasos resueltos. Antes de salir por la puerta, dejó el regalo de su abuelo encima de la repisa de mármol de la chimenea del salón. Tomó su chaqueta y salió por la puerta. Los demás, todavía en el comedor, suspiraron aliviados.

CAPÍTULO 04

—Alins, un minuto, por favor. —La misma rutina desde hacía semanas.

Hacía ya dos meses, desde que lo había visto por primera vez a finales de octubre. Pasó al consultorio y, desde el "cuarto inaccesible", como ella lo llamaba, Dante se asomó y con un gesto la conminó a que esperase, Alins se sentó en esta ocasión; no tenía ganas de observar la explanada bulliciosa a esa hora de la tarde. Se sentía contenta por los logros que había obtenido desde que mantenía esas conversaciones con el psicólogo. Aunque escéptica al principio, terminó por aceptar que los diálogos con él la ayudaban a seguir el rumbo que se había marcado. Sonrió, debería haber dicho "monólogo", porque él solía hablar muy poco. Era ella la que hablaba hasta por los codos, pero de eso se trataba: de sacar las dudas y los temores que uno albergaba en lo profundo de su corazón. Se alisó la falda en torno a sus piernas y se dedicó a observar los libros que llenaban una estantería baja detrás del escritorio. Se sabía de memoria ya los de la sala de espera, pero estos casi ni los había contemplado.

—Ahora sí, buenas tardes.

Ella se levantó y extendió su mano derecha para saludarlo.

—Hoy tengo muchas cosas que contarle —dijo Alins y, durante un breve instante, sintió la tuerza y el calor que le transmitía la mano de él.

La sensación de seguridad la tomó desprevenida. ¿Cuánto tiempo hacía que no se sentía segura? Demasiado, se respondió.

—Comencemos cuanto antes —la animó él.

Ella le ofreció una sonrisa sincera.

—Se lo ve preocupado —fue lo primero que dijo.

Quería hablar de ella, pero verlo con esa expresión la había desconcentrado. Dante alzó sus ojos del folio que tenía delante y la miró con sorpresa:

—Se supone que el profesional soy yo —contestó en un tomo neutro, ella entrecerró los ojos con cierta burla.

Luego, por impulso, siguió hablando de él.

—Tiene una cana más en la sien derecha —el esperaba cualquier comentario menos ese.

—¿Una cana más? —no sabía qué decir.

—Soy muy observadora —le confesó—, y usted me deja demasiado tiempo para escudriñarlo cuando ojea esos papeles. Por cierto, ¿qué son?

—Anotaciones de sus anteriores entrevistas —la mujer asintió con la cabeza.

—He conocido a alguien —dijo por fin Alins. Comenzaba a hablar de lo que quería. Él siguió con la mirada baja—. Salía de este mismo edificio una tarde. —Un leve destello de interés asomó a los ojos de él, pero desapareció demasiado rápido.

Alins se preguntó si lo habría imaginado—. Tropezamos justo cuando yo entraba. Terminé en el suelo y el contenido de mi bolso quedó esparcido por la acera. Me ofreció una disculpa en forma de café. Al principio, rehusé, pero él se negó a aceptar una negativa. Siguió ofreciéndome el café durante dos semanas. Terminé rindiéndome a lo inevitable.

—Ha dado un paso más.

Alins inclinó la cabeza hacia la derecha, pensativa:

—No pude resistirme a su encanto. Su sentido del humor y galantería me conmovieron.

—¿Cree que puede estar enamorándose? —Alins negó:

—Es muy pronto para saberlo, creo. Pero no hay dudas de que él intenta que me enamore con todas sus fuerzas. Estoy convencida de que, si se lo permito, lo conseguirá.

—¿Lo ve a menudo?

—Suele esperarme en un banco abajo en la explanada. Nos tomamos un café al lado del casino y después me acompaña a la estación hasta que sale mi tren.

—¿No vive en la capital, Alins?

—¡Imposible! Esta es una ciudad hermosa para visitarla, no para vivir en ella.

—¿No le gusta el bullicio?

—Soy una persona tranquila, vivo en la ciudad de Elche —Dante alzó una ceja con escepticismo y comentó:

—Elche es una ciudad grande y casi tan bulliciosa como esta.

—La zona donde vivo es muy tranquila. Tengo una casita en el barrio del Raval con un patio y un jardín.

—¿Le gusta la tranquilidad?

—Por eso elegí esta hora de la tarde para nuestras reuniones. Al ser viernes, aunque llegue tarde, los sábados por la mañana no tengo que ir al trabajo.

—No le gusta conducir. —Alins lo pensó un momento.

—Conduzco todos los días, pero el tren me relaja. Puedo leer mientras me acerco a la ciudad y, después, de la estación hasta la consulta, solo restan quince minutos a paso ligero. No me resulta un problema.

—Cuénteme cosas de él —la mujer inspiró profundamente:

—Debe rondar los treinta años.

—¿No sabe su edad?

—No, porque no se lo he preguntado. No me interesa.

—Continúe —la instó.

—Tiene unas manos maravillosas, manos de pianista.

Dante no dijo nada.

—Mi hija tiene manos de pianista también. Las reconozco en otros por ella: dedos largos y delgados, de líneas suaves y uñas cuadradas, por cierto, ahora que

miro las suyas, se parecen bastante.

—Aparte de sus manos, ¿le ha llamado algo más la atención?

—Su acento. Posee un acento melodioso; me ha dicho que es de familia italiana. ¿Qué coincidencia verdad? —Dante parpadeó pensativo.

—¿Percibe que la hace sentir bien? —Alins asintió con rapidez—. ¿Le cuenta cosas sobre él, sobre su familia, sobre sus metas? —se sintió sorprendida por la pregunta.

Respondió casi de inmediato:

—No hablamos de la familia aún. Conversamos sobre literatura, pintura y arte en general —Dante comprendió.

—¿Le ha comentado a qué se dedica?

—Pinta. ¿Puede creerlo? —el profesional siguió con las preguntas:

—¿Le atrae esa faceta de su vida?

—Una persona a la que le gusta ese arte en concreto, suele tener una sensibilidad que otros mortales no poseemos —ella pensaba en su hija que adoraba tocar el piano.

—¿Siente que su relación con él es buena para usted? —Alins no lo pensó ni un segundo:

—Absolutamente sí —calló un momento—. Después de diez años de soledad, un hombre ha despertado el suficiente interés en mí como para plantearme la posibilidad de llegar a tener una relación seria con él. Por supuesto que eso es bueno para mí.

—¿Qué pasos dará a partir de ahora?

—Aún no lo sé. Imagino que dejaré que los acontecimientos sucedan y sigan su curso natural.

—¿No teme sufrir de nuevo? —meditó durante un largo momento en su pregunta.

—¿Cree que debería? —Dante le respondió calmadamente:

—No sentir temor ante la posibilidad de sufrir nuevamente es una manera de crecer emocionalmente. Madurar significa llegar a situaciones en las que debemos tomar una decisión que puede ser buena o menos buena, pero ante las que no nos asustamos. La madurez está también asociada a poder evaluar la situación con inteligencia y perspectiva. Sin ser tan impulsivos.

Alins asintió ante las palabras de él.

—Entonces, no daré un portazo. Por las dudas.

CAPÍTULO 05

—Alins, ya estoy con usted.

Le había abierto en persona, la había hecho pasar raudamente a la sala de consulta y se había metido en el cuarto inaccesible. Ella no sabía qué hacía allí y la intrigaba, pero no se animaba a preguntárselo. ¡Y eso que le había preguntado otras cosas más personales! Sin embargo, una cosa era preguntar en medio de una conversación, y otra muy distinta, hacerlo de buenas a primeras, como algo que se viene reflexionando hace tiempo. Dante, su psicólogo, bien podría decirle que su pregunta no era pertinente a la terapia. Tal vez, él solo hiciera tiempo, porque ella siempre se adelantaba un poco.

Comenzó a quitarse los guantes y la bufanda. Esa tarde en concreto había bajado la temperatura, y el termómetro rondaba los dos grados. Una temperatura inhabitual a orillas del Mediterráneo. Faltaban apenas tres días para Nochebuena, y ella tenía muchos proyectos y expectativas en mente. Su vida había dado un giro de ciento ochenta grados, y no sabía si sentirse complacida u horrorizada. Se frotó las manos heladas y guardó los coquetos guantes de piel en el bolsillo de su abrigo que dejó pulcramente doblado en una silla, junto a su bolso.

—Ahora sí. Buenas tardes.

Ella le devolvió el gesto de saludo y una sonrisa como cada viernes desde hacía dos meses.

—Tiene las manos frías, Alins.

—Y el corazón caliente. —El hombre no esperaba esa respuesta.

—Por sus palabras, deduzco que se siente feliz.

—Estamos en una época del año en la que el corazón suele estar lleno de alegrías. Es como un motorcito que va generando calor, por eso dije lo del "corazón caliente".

—¿Le gusta la Navidad? —no lo pensó ni un momento:

—Me gustan todas las épocas en las que la gente se muestra confiada y feliz.

—Estoy convencido de que hoy va a sorprenderme —dijo Dante para predisponerla a la sorpresa.

Le parecía oportuno encauzar la conversación hacia cuestiones menos generales y más íntimas. Estaban haciendo progresos y no quería que se detuvieran en comentar la época navideña.

—¿Cómo lo ha adivinado? —inquirió con coque suave.

Ambos se miraron durante un momento. El brillo caliente en los ojos de él la tomó por sorpresa. Alins se sorprendió ante su apariencia serena. Esa tarde estaba muy atractivo. Seguía vistiéndose con las mejores marcas y lucía impecable. Camisa, corbata y un traje del que ella dedujo, por el corte, que debía de ser un Armani. ¿Y

por qué estaba pensando en el traje de él como si fuese algo importante?

—¿No le gusta la Navidad?

La pregunta de ella se salía del registro. Necesitaba llevarla de nuevo al terreno de sus asuntos, de sus intimidades. Solo así podría ayudarla. Ensayó una respuesta sencilla para salir de ahí. Decidió darle a su voz un tono neutral al responderle:

—No me gusta el despilfarro que conlleva.

—Es un roñoso, en definitiva.

Esas palabras lo descolocaron por completo.

—¿Roñoso? —repitió él.

Alins le sonrió.

—Me refiero a la tercera acepción del diccionario: "miserable, tacaño" —Dante abrió la boca incrédulo y la cerró inmediatamente.

—Usted no me conoce lo suficiente para calificarme así.

"¿Qué tiene esta mujer que logra distraerme? ¿Cómo consigue siempre que le responda, que le siga el juego, cuando yo soy el experto? ¿Me estaré equivocando en la forma de tratarla? ¿O me estoy involucrando más allá de la relación habitual con una paciente?", pensó Dante de inmediato. Se dijo, poco convencido, que lo mejor era dejarla hacer, que ya encauzaría la conversación hacia lo más importante: lo que le sucedía a ella.

—Me atrevería a emitir un juicio sobre usted con bastante acierto —lo desafió Alins.

Dante la miró con ojos entrecerrados y no se amedrentó:

—¿Desea jugar, Alins? —ella asintió con la cabeza sin abandonar la sonrisa—. Juguemos entonces.

Dante se recostó en el sillón de piel y cruzó una pierna sobre la otra. Con la mano derecha comenzó a tamborilear sobre el escritorio, mientras con la otra se apoyaba en el brazo del sillón. Alins dudó durante un instante, más que nada por la temeridad de su iniciativa, pero había algo en él que la cautivaba. Un halo de misterio que la incitaba a intentar descubrir qué ocultaba tras ese aire de sufrida melancolía. Lo miró directamente a los ojos. Fríos, inteligentes. Observó la línea dura de su boca, allí donde el cinismo había causado verdaderos estragos y donde ella, curiosamente, deseaba indagar.

—Es un hombre inteligente.

—Gracias.

—Pero frío, —ella no lo dejó que la interrumpiera—. Vive rodeado de frialdad —hizo una breve pausa—. Ha sido un hombre idealista, pero ha descubierto la realidad de la forma más brusca y demoledora. Y, claro, ha abandonado esos ideales.

—Dante la miró inquieto—. Le han hecho daño. Quizás una mujer, quizás un familiar al que ama mucho y no puede llegar hasta él por más que lo intente.

—¿Cómo llega a estas conclusiones? —preguntó el profesional.

Alins lo meditó un solo instante.

—Tiene una arruga crónica en el ceño.

—¿Crónica? —ella asintió.

Y desarrolló su teoría:

—Es una arruga de sufrimiento —la miró con sorpresa mal disimulada y ella continuó—. Las arrugas de alegría salen en otro sitio.

—Prosiga —la instó.

—Debe de tener hermanos menores. La responsabilidad la lleva en los hombros: a veces como un trofeo, a veces como una carga —él rió sincero por fin—. Todo esto lo puede adivinar hasta una niña pequeña —dijo Alins un poco molesta por la risa de él. Jugó a invertir los roles—. Es un paciente terrible. No me deja continuar con esas interrupciones constantes.

Él se disculpó divertido.

—Ha estudiado lo que le gustaba a sus padres, no lo que realmente le hubiese gustado a usted; y esa es una carga difícil de sobrellevar. —Dante sintió una sacudida ante la perspicacia de ella—. Sin duda es un buen psicólogo, pero su apariencia, su paciencia y sus gustos no congenian con esta profesión.

Ahora sí que alzó las cejas con absoluta sorpresa.

—¿Qué tiene que ver la apariencia con la profesión?

Ella le sonrió cándidamente.

—Muchísimo.

La instó a que continuara.

—Tendría que haber sido músico —sentenció Alins y lo desarmó por completo—. Lleva siempre el mismo alfiler de corbata: esa semicorchea es muy significativa. Además tiene una colección completa de ópera.

Él la interrumpió:

—La música clásica le gusta a mucha gente.

Ella asintió.

—Pero solamente un verdadero melómano conoce a Jacopo Peri y su Dafne —le dijo señalando la estantería llena de libros—. Usted me hace esperarlo y miro su biblioteca. Tiene un libro completo sobre Peri y el caso de Dafne, su ópera desaparecida.

—Pero eso no es indicativo de nada.

—Se equivoca —lo interrumpió—. Una persona a la que le gusta la ópera escucha mayormente a Rossini, Bellini y Donizetti, es decir el *bel canto*, tan popular entre los compositores italianos del siglo XIX. Pero es difícil que escuche a Jean-Baptiste Lully.

—Puede que me guste la ópera francesa.

Alins sonrió antes de continuar.

—Solamente he visto una colección tan completa de ópera italiana, francesa y

alemana, además de la suya —calló un momento y observó los discos compactos, en su mayoría de la *Deutsches Gramophon*, el famoso sello de música clásica, que se amontonaban junto a los libros—. Y es la del profesor de mi hija, Vladimir Ivanovich. —Dante quiso agregar algo, pero ella sonriente no se lo permitió—. Sigamos con mi juicio de apreciación. Debe de conducir un deportivo —la indiferencia que mostró él no la afectó—. La velocidad exterioriza otras carencias sobre nuestra vida. Es una forma de control —siguió casi en voz baja—. Controlar mediante un volante la velocidad suelta la adrenalina en muchos sentidos.

—Conduzco un deportivo —admitió él.

—Y su casa debe de ser tan moderna y gris como este consultorio, además de gigante, claro —volvió a reír con los ojos, aunque no con la boca—. Siente que debe estar a la moda siempre —criticó ella.

—¿No le gusta el minimalismo?

—¿Así se llama a esa falta de vida en los elementos que elegimos?

—Para gustos, los colores —replicó él y ella terminó por reírse.

—Me atrevo a decir que tal vez le gusta más lo clásico.

—Me gustan las cosas clásicas —aceptó él.

—Pero, como desea romper con lo impuesto, opta por lo moderno para contrarrestar.

—No la comprendo.

—Yo creo que sí.

—Explíquese.

—No faltaría más. Debe de rondar los cuarenta y tantos. Si me equivoco por mucho, le pido disculpas desde ya —dijo Alins un tanto solemne—. Está soltero y conduce un deportivo. Debe vivir en la explanada o en la rambla. Es decir, en lo más *in* de toda la ciudad —el de nuevo asintió—. Se mantiene aislado y solo no porque le guste, sino para paliar el golpe que el destino le ha dado en un momento de su vida. Es decir, no hace tanto.

El silencio que sobrevino les sirvió para examinarse mutuamente.

—Interesantes observaciones.

—¿Me he equivocado mucho? —preguntó ella.

—Solo en algunas cosas —respondió él.

—En lo de la música, no —aseveró Alins con una mueca.

Dante sonrió y mostró una hilera de dientes blancos y cuidados.

—En lo referente a la música, no —ella se lo agradeció en silencio—.

¿Continuamos con nuestra sesión? —preguntó él.

—Sí —respondió ella.

—Así que tiene el corazón caliente.

Alins se sorprendió del tono de burla que dejó traslucir sus palabras. Intuyó que a él le había molestado lo que le había dicho. Más, tal vez, por los aciertos, que por

los errores.

—Un profesional no debería tomarse a la ligera mis deducciones, pero no se lo tendré en cuenta, porque me ha dejado hacerle un análisis concienzudo sobre su vida.

—¡Alins! —la amonestó.

—Lo siento, hoy tengo muchas ganas de bromear. Estamos en Navidad.

Dante miró el reloj estratégicamente ubicado detrás de donde se sentaban los pacientes y comprendió que ya no había tiempo para encauzar la sesión. Se maldijo en voz baja por el curso que habían tomado las cosas. Él era un buen profesional, pero esa mujer tenía algo que lo desviaba del rumbo. Se paró, como hacía cada vez que anunciaba el fin de la entrevista. Alins lo secundó en silencio y le dio el dinero que siempre llevaba preparado de antemano, prolijamente doblado. Sin embargo, para continuar con la inversión de roles, fue ella la que dijo:

—Nuestra hora se ha acabado.

CAPÍTULO 06

—Alins, pase a la consulta y espere un momento.

Ella terminó de meterse el caramelo en la boca y miró al intercomunicador. Luego, un leve sonido hizo temblar a la puerta y ella la empujó para acceder a la sala de espera que atravesó raudamente. Entró a la consulta y apoyó sus cosas en la silla. Dudó entre sentarse o mirar a través de la ventana. Se decidió por esto último. Cor pasos decididos, alcanzó la distancia que la separaba del frío cristal y, sacándose un guante, corrió con suavidad la resbaladiza tela que se escapaba de entre sus dedos.

Fijó sus ojos en los pequeños cuadraditos que componían el paseo de la explanada, unos en color rojo, otros en crema marfil y el resto en negro. Buscaban en armonía imitar las olas del cercano mediterráneo. Había leído en algún sitio que se habían utilizado más de seis millones y medio de pequeños cuadrados de mármol que se veían embellecidos por las altivas palmeras. Las diversas cafeterías, heladerías y restaurantes miraban hacia el mar, y las palomas jugaban a ganar terreno a los pies de los transeúntes que generosos les obsequiaban semillas que se vendían en puestos ambulantes.

Un hombre sentado en un banco captó inmediatamente su atención. Vestía un pantalón oscuro y un abrigo de lana gris. El rojo de su suéter de cuello alto lo hacía resaltar entre las demás personas. O, tal vez, ella quería verlo así. Como si sintiera que estaba siendo observado, el hombre, de unos treinta años, giró su cabeza hacia donde estaba ella y, aunque no la vio, alzó la mano en un gesto de saludo. La estaba esperando y ella supo quién era él. Sus labios le brindaron una sonrisa, aunque sabía que no podría verla.

—Buenas tardes, Alins.

Ella se volvió con las mejillas ruborizadas y los ojos brillantes de expectativas.

—Hola, Dante.

Lo llamaba por su nombre hacía poco y le gustaba hacerlo. Dio los pasos que la separaban de la silla.

—¿Ha tenido una buena semana? —preguntó ella.

—No mejor que la suya, por lo que deduzco de su sonrisa —respondió él, y ese comentario, la hizo reír con una mueca.

Se sentó en la silla, y cruzó una pierna sobre la otra. Al apoyarse en el sillón de forma descuidada, hizo que su blusa blanca se ajustase sobre sus pechos, aunque no se dio cuenta de la mirada llena de interés que no se perdió detalle de su gesto.

—He tomado una decisión importante.

—Todas las decisiones que tomamos son importantes.

Alins cuestionó la respuesta.

—¿Decidir sobre la marca de champú es una decisión importante? —Dante

sonrió, porque su paciente se mostraba demasiado aguda.

—He decidido tomar la iniciativa, pero antes de llevar a cabo la importante decisión sobre mi vida que he tomado, he de saber su opinión al respecto.

—Mi opinión puede coaccionar su libertad —su respuesta no la amilanó:

—De eso se trata —esta vez, Alins sí atisbo un ligerísimo brillo de perplejidad en los ojos grises—. El hombre que he conocido es increíblemente maravilloso —hizo una pausa—. Me hace reír —otra pausa—. Y por fin he decidido dar rienda suelta a mis fantasías. —Alins comenzó a balancear el pie con impaciencia. Dante seguía mirándola callado—. Su silencio no me ayuda mucho.

El profesional carraspeó:

—Estoy aquí para escucharla.

Alins bufó incrédula.

—Las paredes escuchan y no tengo que pagarles. Si quisiera que me escucharan sin hablarme me dirigiría a ellas.

Dante comenzó a tamborilear con los dedos en el escritorio, señal inequívoca de que ella se estaba desviando del asunto.

—Creo que se está apartando del tema de la conversación. Volvamos al hombre que ha conocido. No necesita mi aprobación. En todo caso, sí mis consejos profesionales. Hable, Alins, de lo que ha venido a hablar.

Alins se ofendió:

—Si deseara pasar mi hora hablándole de la importancia de las babas del caracol, se lo tendría que aguantar, que para eso le pago —él no se inmutó.

Ella continuó:

—A veces me recuerda a mi hermana.

—¿Tiene una hermana?

—Sinceramente, no: tengo un castigo con piernas y brazos que se cree mi conciencia.

La instó a que continuara:

—Decía que iba a dar rienda suelta a sus fantasías —Alins volvió del pensamiento de su hermana de golpe.

—He decidido que ya es hora de dar el paso decisivo —Dante la escuchaba en silencio—. He decidido darle vida a una de mis fantasías eróticas —más silencio—. Me está poniendo nerviosa.

Él carraspeó con cierta incomodidad.

—Nada más lejos de mí intención. Continúe —Alins volvió a acomodarse en la silla intentando encontrar la postura justa.

—He decidido liberarme en una limousine. Siempre he soñado con hacer el amor dentro de una limousine grande, negra. Yo debería estar vestida con lencería seductora y teniendo todo el control. —El silencio que sobrevino la irritó pues quería una respuesta—. Ahora mismo parece que le estoy hablando a esa mota de polvo que

está sobre el escritorio, inmóvil.

—Es una decisión que le atañe únicamente a usted, Alins. Mi intervención puede ser contraproducente.

—Pero yo se la estoy pidiendo.

—Puede ser un arma de doble filo.

—¿Cree que a él puedo parecerle demasiado libertina?

—¿Quiere usted mostrarle eso? No habría nada de malo en ello. ¿Pero es usted así? ¿Es esa la apariencia que quiere mostrarle a este hombre que ha entrado en su vida?

—Pero, Dante, usted me aconsejó hace unas semanas que comenzara a realizar mis fantasías.

—Si es lo que realmente desea.

—Estoy convencida de que a cualquier hombre le gustaría —casi susurró las palabras.

—Entonces no necesita la aprobación de nadie. Piense, también, qué le gustaría a usted. Le aconsejo que cumpla sus fantasías, pero también, cuando estas incluyen a otra persona, evalúe que las cumple con la persona correcta.

—No sé por qué, pero su aprobación me resulta importante. En estas semanas estoy aprendiendo más sobre mí misma que en toda mi vida.

—Para eso ha venido, ¿verdad? Volvamos a sus fantasías.

—Cierto. Como le decía, creo que ha llegado el momento de que me desinhiba por completo. Durante mucho tiempo he estado amordazada en mi manera de ser.

—Tan complicado es no llegar como pasarse.

—Esas son mis palabras —le recordó con censura.

—¿Cree que ese hombre la merece? ¿Merece su entrega total? ¿Que libere sus fantasías con él?

—No lo sé y creo que, por esa misma razón, me siento impulsada a hacerlo. No tengo miedo de lo que pueda pensar y de esa manera comenzaré a dar los pasos para mi libertad.

—No es lo mismo estar lista para desinhibirse, que hacerlo con quien no lo merece. Usted necesita también respeto y comprensión; no solo soltarse.

—Hoy está de un pesimismo negro.

Dante volvió a sonreír.

—¿Se siente enamorada? —ella meditó durante un instante largo antes de contestar.

—No.

—¿Y entonces?

—No deseo comprometerme emocionalmente. Aún no.

—Esa puede ser una actitud egoísta por su parte.

Alins lo miró fijamente.

—Es la misma actitud que tienen los hombres para con nosotras.

A Dante le costaba aguantar el temple ante sus réplicas, esa defensa de género le parecía divertida y extravagante.

—Si su pareja desea una relación seria, entonces... —Dante dejó la frase inconclusa.

—Yo he sido muy clara al respecto, y él dice que mi sinceridad es lo que más lo atrae de mi persona. No le he prometido nada que no pueda cumplir.

—¿Se sentía feliz en su matrimonio?

Alins dio un respingo involuntario.

—Defina el concepto felicidad, por favor —le pidió.

Dante meneó la cabeza ante su descaro.

—Es un estado de ánimo del que disfruta la persona que desea algo y lo consigue. Es una satisfacción, una alegría...

—¿Sinónimos? Me decepciona usted.

—Bien, ¿cómo lo definiría usted, entonces?

—Infarto cerebral ante un estado de satisfacción puro.

—*Touché* —replicó él con un extraño brillo en los ojos.

—Acabo de dejarlo en jaque.

Él asintió con una inclinación de cabeza.

—¿Fueron satisfactorias sus relaciones sexuales anteriores?

Alins abrió la boca por la sorpresa y un rubor carmesí le coloreó las mejillas de vergüenza. Ese tipo de preguntas tan inesperadas la sacaban de quicio, no se acostumbraba a ellas.

—Directo al corazón sin fallar un milímetro —respondió con cierta acritud.

—Debo sorprenderla con la guardia baja para que su respuesta sea lo más sincera posible.

—Creo que sí. Aunque no las he tenido con tantos diferentes hombres como para armar un elenco.

—¿En estos diez años de viudez no ha tenido ningún encuentro amoroso?

Alins no lo dudó ni un momento.

—Los dedos de la mano hace milagros cuando una se siente sola y acuciada por el deseo —hizo una pausa y disparó—. ¿Está casado? —el ya había negado con la cabeza antes de percatarse de ello—. ¿No lo ha pensado nunca?

La miró atónito por su audacia. Debía darle una advertencia sobre hacerle preguntas personales, pero, aún así, le respondió.

—Mi prometida se casó con mi padre.

Ahora la sorprendida fue ella. Alins se recostó en la silla y lo miró llena de incredulidad.

—¡No me extraña que conduzca un deportivo! —dijo entre risas.

—Pero no estamos aquí para hablar de mí.

Ella intervino:

—Le ofrezco una disculpa.

—Aceptada.

—¿Seguimos? —preguntó esperanzada, aunque sabía que ya era tarde.

—Se ha terminado nuestra hora.

Dante se levantó de su sillón y se acercó a la amplia ventana que daba a la explanada. Las sesiones con Alins se estaban convirtiendo en un desafío profesional: su sentido del humor y ese chispeante ingenio que lograba hacerlo reír demasiado a menudo, lo descolocaban. Sus pensamientos volvían constantemente hacia ella sin que él pudiese hacer nada por evitarlo, y pocos de esos pensamientos estaban relacionados con la práctica psicológica.

La noche había caído en la ciudad llena de vida. El bullicio de la calle era perceptible desde la décima planta del edificio. Miró a través del frío cristal a los transeúntes que llevaban bolsas de regalo en sus manos, y una cierta desazón le mordió el corazón por un momento.

Presintió la silueta de ella aún antes de verla. Su falda verde con vuelo y su blusa blanca eran inconfundibles; no se había puesto el abrigo de lana negro. Dirigió sus pasos hacia un banco determinado. Un hombre apuesto se levantó y le rodeó los hombros con un brazo antes de besarla.

Ella tenía una sonrisa en los labios. El corazón de Dante se detuvo ante la imagen que contemplaban sus ojos grises. Siguió con la mirada a Alins caminar con su pareja hasta perderse en el paseo. Frunció el ceño sin percatarse, y una sombra de duda paseó por sus ojos llenándolo de aprensión. Volvió sobre sus pasos y, con el teléfono en la mano, marcó el número de su hermano.

CAPÍTULO 07

Ese día, su casa estaba tan fría como él. Su apartamento situado en la plaza de Puerta del Mar le parecía sobrio y falto de calidez. Las vistas sobre la plaza no le producían ninguna sensación de paz, ni calmaban sus agitados pensamientos, como en otros momentos. Siguió revisando la correspondencia. Pasaba las cartas una a una entre los dedos: facturas, invitaciones, propaganda y una multa de tráfico de su hermano menor.

Se levantó del sillón y se masajeó su cuello tenso. Dirigió sus pasos a la moderna cocina gris y se sirvió un vaso de agua fría. El intercomunicador de la puerta sonaba. Por la pequeña cámara pudo ver a Yago que gesticulaba: Dante odiaba que su hermano se hiciera el gracioso delante de la cámara. "Sigue siendo un niño", pensó y le abrió. Luego fue hasta la puerta de casa y, antes de que el otro llegara, la abrió. Yago dobló por el pasillo y vio a Dante parado en la puerta. Desde allí le habló:

—Te han puesto otra multa y ya van diez.

Yago alzó sus ojos con una sonrisa.

—Es culpa del ayuntamiento.

Dante lo miró con severidad.

—¿Por qué sigue viniendo tu correo a mí casa? —Yago levantó los hombros:

—Confío en tu discreción más que en la de papá. Y nunca daría la dirección de mi casa: sabes que soy nómada. Nunca sé cuánto duraré viviendo en el mismo lugar.

A Dante no le sorprendió esa revelación.

—Siéntate; en un minuto estoy contigo.

Yago separó sus pies y se quedó mirando a su hermano con el ceño fruncido.

—Hoy no estoy de ánimo para aguantar tu talante malhumorado.

Dante reapareció y no hizo caso a lo que su hermano le decía:

—¡Sígueme! —Yago lo ignoró.

Dante se volvió con rapidez al ver que su hermano se mantenía quieto.

—O cambias el tono, o me marchó ahora mismo.

Dante se mesó el pelo con cansancio:

—Tengo motivos más que suficientes para estar enfadado contigo —el hermano hizo una mueca.

—Yo no tengo la culpa de la emboscada de papá en el cumpleaños del abuelo.

No se dignó responderle. Miró a su hermano menor que tenía una postura insolente apoyado en el marco de la puerta de la cocina.

—Necesito aclararte algunas cosas y no pienso hacerlo en la cocina.

Yago se encogió de hombros. Siguió a su hermano al despacho. Ambos se sentaron y el silencio reinó durante un momento.

—Te prohíbo terminantemente que sigas teniendo contacto con Alins. Es una de

mis pacientes —le ordenó Dante, y un brillo extraño cruzó los ojos de Yago.

—No puedes decidir sobre ello.

Dante apoyó la espalda en el sillón y le ofreció a su hermano menor una mirada de advertencia. Luego siguió:

—Tu encuentro con ella no fue fortuito. No necesitas darme excusas.

—Tienes mi palabra de que sí. No es ninguna excusa. La tarde que vine a recordarte el cumpleaños del abuelo fue cuando la conocí. En mi prisa tropecé con ella que entraba al edificio y terminé por tirarla al suelo. Amablemente la invité a un café y aceptó. Un suceso llevó a otro.

—Sabías perfectamente quién era. —La voz potente de Dante hacía que Yago comenzara a ponerse tenso—. Leíste mis informes sobre ella y te aseguraste de conocerla de la forma más despreciable.

Yago fingía no comprender del todo el enfado de su hermano.

—Aunque fuese cierto, ya no tiene importancia.

—¡Pero no es ético, cretino! —Dante se calló durante un momento—. Si ella llegase a sospechar que provocaste nuestro encuentro, ¿qué opinaría al respecto? ¿Y dónde quedaría mi reputación profesional?

Yago se movió inquieto en la silla.

—Solo te preocupa tu reputación, ¿no es cierto? Poco te importa que haya conocido a la mujer más extraordinaria de mi vida. Esta vez creo que va en serio, hermano.

Dante lo miró con excesiva dureza y le dijo con enojo:

—No puedes hacerle eso. —Yago miró a su hermano mientras escuchaba atento sus palabras—. Juegas con ventaja sobre ella, y el día que lo descubra se sentirá vulnerable, utilizada y, lo más preocupante, herida.

—Estoy enamorado de ella —admitió franco.

Los ojos grises lo taladraron con desdén. Después dijo con meditada pausa:

—A mí me has colocado en una situación de desprestigio profesional. ¿Cómo puedo mostrarme imparcial con una persona que está viéndose con mi hermano menor? ¿Has meditado su reacción el día que decidas presentarla a la familia y me vea, si es que decides ir en serio? ¿Cuál crees que puede ser su reacción ante la burla de la que la has hecho objeto?

—¡No la presentaré a la familia!

Dante exhaló hastiado:

—Tienes que terminar esta relación antes de que sea demasiado tarde.

Yago bajó los ojos al suelo.

—Ya es demasiado tarde para mí —dijo como una forma de escapar de allí. La ansiedad en las palabras de Yago hizo que Dante maldijera:

—¡No te creía tan estúpido! —el menor alzó los ojos oscuros y miró a su hermano lleno de furia. Después agregó:

—No todos tenemos tu frialdad para tratar asuntos de faldas.

Dante deseaba golpear el escritorio con el puño, pero se contuvo.

—Parece mentira que me recrimines algo así. Presumo que mi familia no me perdona que haya dejado a Isobel. Esta forma de hablar no es propia de ti. La podría esperar de papá, incluso del abuelo, pero no de ti, Yago.

—Yo le contaré a Alins que soy tu hermano, pero necesito antes saber a ciencia cierta que siente ella por mí.

Dante cada vez estaba más furioso.

—¡No! —exclamó colérico—. Lo vas a hacer de inmediato o lo haré yo.

La intimidación no resultó efectiva.

—¿Y por qué no dejas de tratarla tú?

Dante lo miró estupefacto. Su hermano sabía cómo sacarlo de sus casillas. Yago, incluso detrás de su enojo, parecía divertido.

—¿Y qué crees que debería decirle? Algo así, por ejemplo: "Señora Vera, como está saliendo con el idiota de mi hermano, me veo en la obligación de suspender nuestras sesiones, porque no resultaría ético que me contara sus intimidades".

El sarcasmo le hizo fruncir el ceño a Yago que comentó muy tranquilo:

—Tú mismo sabes que no le dirás eso. Entonces, deja que yo lo resuelva a mi modo y cuando lo crea oportuno.

Dante seguía mirándolo con ojos tan fríos como el hielo.

—¡No! —la vehemente exclamación le dio el indicio a Yago de que ya estaba llegando al límite.

—¿Qué escondes detrás de esa negativa tajante? —preguntó Yago, y Dante no le respondió—. Percibo que hay otros motivos —Dante respiró con cierta agitación—. Me enamoré de ella por tus descripciones —confesó Yago y solo recibió silencio—. Es tu paciente, cierto, pero es mi chica. No lo olvides.

—Desde este momento tienes prohibida la entrada a mi casa y a mi consultorio.

Yago se encogió de hombros, como si no le importara. Continuó con su alegato:

—Sé que en algunas ocasiones he obrado mal leyendo tus informes confidenciales. Pero te juro que los de Alins cayeron en mis manos por casualidad.

—¿Crees que soy un estúpido?

Yago hablaba en un tono de voz monocorde, como si repitiera un discurso estudiado de memoria:

—Estaba revisando los detalles de tu viaje a Praga para el Congreso, haciendo mi tarea de asesor, cuando tu informe fue a parar a mis manos. Al principio, no sabía qué estaba leyendo. Creía que era un pasaje poético, como si, de repente, te hubieras transformado en un escritor. Lo hacías tan bien, que me transmitiste algo muy potente. Cuando me di cuenta de que describías a una paciente, me pudo la curiosidad, y tuve la necesidad de conocerla. Es cierto, fragüé ese encuentro supuestamente casual y la seduje.

Dante no podía soportar más esa charla. Su hermano parecía estar burlándose de él.

—La culpa de tu estupidez la tengo yo. ¡Por supuesto! —replicó agrio.

—Que sepas que el sarcasmo no se te da bien —Dante no sabía qué responderle —. Tienes una facilidad de palabra que me encanta y la desperdicias con insultos. Papá adora esa faceta tuya, el gran hijo orador. —Yago sonrió y le guiñó un ojo.

—Te estás yendo por la tangente, hermanito. Tienes la obligación moral de terminar la relación que iniciaste de forma tramposa —le ordenó.

—Hermano, sé razonable. Estás haciendo una montaña de un grano de arena.

Dante lo miró con la más absoluta incredulidad reflejada en su rostro. Trató de aclararle lo que Yago parecía no entender:

—Esto no es un juego. Te he dado un ultimátum y lo vas a cumplir enseguida.

—Bien. Si no deseas nada más, me marcho.

—¿Yago? —Dante dejó la pregunta en el aire.

—Tienes mi palabra de que lo arreglaré.

Dante no sabía por qué, pero no creía del todo en la promesa de su hermano menor. Yago se retiró rápidamente, y cuando llegó a la calle, sonrió. Las cosas estaban saliendo como las había planeado.

Seguía sentado en la misma posición y con la mirada perdida, cuando volvió a sonar el timbre de la puerta. Dudó si ignorarlo o levantarse para abrir. Ante la insistencia de la llamada, decidió con aburrimiento acudir a ella.

La expresión de cansancio de su rostro se borró al instante. Quedó olvidada ante la máscara que mezclaba sorpresa e ira y que ocupó el lugar de su rostro cuando contempló a la persona que tenía delante. En un acto reflejo, había abierto la puerta. Enseguida se arrepintió. Hizo amago de cerrarla, pero un pie femenino se lo impidió.

—¡Vete de aquí!

—Necesito que me escuches.

—¡No puedo escucharte! ¡No quiero hacerlo! Aún estoy furioso contigo.

Con el hombro, Isobel empujó suavemente la puerta, que se abrió a ella sin problemas. Cruzó el vestíbulo y se dirigió al salón. Dante no supo qué fue lo que lo impulsó a seguirla.

—Esta hostilidad ha de terminar de una vez. No es bueno el enfrentamiento constante con tu padre ni conmigo.

Dante decidió mostrarse irónico:

—¡Cuánta preocupación, señora!

—Alguna vez debes de aceptar y comprender la decisión que tomé en aquel momento.

Dante se apoyó en la pared y cruzó los brazos sobre su pecho. Sentía una inquietante sensación de vulnerabilidad cuando estaba con ella. Todavía parecía que

no había encontrado el antídoto para su veneno. Le dolía incluso el esfuerzo de mirarla. No la toleraba o no se toleraba a sí mismo, tan débil aún frente a Isobel.

—De ti no tengo que aceptar nada —dijo, por fin, Dante.

La sequedad de él fue elocuente, así como el brillo de despecho en sus ojos grises.

—Tu padre espera una disculpa de tu parte.

Dante alzó las cejas con calculada frialdad. Entonces se defendió de esa mujer, y para hacerlo tuvo que atacar:

—Ya has dicho lo que tenías que decir. Ahora: ¡vete!

Isobel se mordió el labio al mismo tiempo que entrecerraba sus ojos bellamente maquillados. Lo conocía demasiado como para sentirse intimidada. Dante la observó con el detenimiento que dedica un hombre cuando una mujer le interesa. La vio vestida y maquillada de manera impecable.

Se sintió asqueado. Por todo. Porque no creía en la impostura que representaba ella: la mujer fatal, la mujer elegante y fatal convencida de que es capaz de conseguir lo que quiere. Y porque él podía verla representar ese papel, pero también creía en él. Tras un instante de silencio, Isobel volvió a hablar.

—No estaba preparada entonces.

Dante sabía perfectamente a qué se refería ella, pero continuó en silencio. Ella se empeñaba en hablar del pasado de ambos y del hijo perdido. Continuó:

—Lamento tu decepción, pero una decisión tan importante sobre mi cuerpo, solamente la podía tomar yo.

Dante apoyó la nuca en la pared e inspiró profundamente. Quiso ser hiriente:

—No confundas la decepción con el desprecio.

Isobel terminó por apoyarse sobre un pie mientras medía las palabras que iba a decir.

—Aún recuerdo cuando me decías que una mujer tiene la elección final sobre su vida, su cuerpo.

El hombre entrecerró los ojos hasta reducirlos a dos rendijas negras.

—¿De qué estamos hablando? ¿De algo teórico o de nosotros dos? ¿O de mi padre y tú? —Isobel no se amilanó ante la cruda pregunta. Siguió como si no la hubiera dicho:

—No estaba preparada para ser madre.

—Nunca lo estarás —le respondió con desdén—. Eres incapaz de superar tu propio egoísmo.

—Estoy casada con tu padre. ¡Acéptalo! —Dante lanzó una carcajada sin humor.

—¡Estás casada con la cuenta bancaria de mi padre! Eso es lo que acepto.

—Ya veo que tratar de hablar contigo es perder el tiempo.

No se resintió por la crítica; todo lo contrario, la sintió como un bálsamo sobre su corazón.

—¡Ahí tienes la puerta! —le dijo, y esperaba de verdad que ella se fuera. No podía seguir haciéndose el duro mucho tiempo más. Quería que se fuera, la detestaba. Pero no podía resistírsele aún. Algo lo hizo pensar en Alins. Le indicó la salida a Isobel con la mano y se encerró en su despacho. Isobel terminó por marcharse. Cerró la puerta con un estruendo.

CAPÍTULO 08

Dante se sentía incapaz de controlar el estado de ansiedad que le producía la visita de su abuelo. Había llamado para anunciarle que, en pocos minutos, llegaría a su casa. Fabio Emanuele Rossi se había hecho a sí mismo. Destilaba, a pesar de su avanzada edad, una seguridad que producía envidia, pero esa misma seguridad lo volvía arrogante y frío. Dante y sus hermanos habían carecido de la más elemental muestra de cariño por parte del abuelo Fabio. Solo Ricardo, el padre, superaba a su abuelo en desdén y soberbia. Dante no había vuelto a ver a su abuelo desde la cena de cumpleaños en su casa de Playa San Juan. Sabía que esa tarde lo iba a amonestar por cómo se había comportado con su padre y su madrastra.

Dante se mesó el pelo con una cierta vacilación en su mano. Volvió a fijar sus grises ojos en el reloj de pared que hacía transcurrir los minutos a una velocidad alarmantemente lenta. Cómo extrañaba el calor de su madre: su serena y cándida sonrisa, las manos suaves y amorosas cuando le ofrecían tiernas caricias dándole ánimos ante cualquier eventualidad. Si ella siguiese con ellos, equilibraría el talante huraño de su padre y el de su abuelo. Su vida, sin embargo, parecía seguir siendo un erial enmarañado donde no cabía la posibilidad de cosechar nada.

Su hermano menor se mantenía apartado: la advertencia seguía en el aire y él sabía que Yago, tarde o temprano, tendría que claudicar en su empeño, pero toda esa situación se le estaba escapando de las manos. Y Dante no era bueno intentando controlar la impetuosidad de su hermano menor. Pretendía mantener sus sentimientos bajo un férreo autodomínio, pero que Yago se hubiese enamorado de una de sus pacientes superaba cualquier estupidez que hubiese hecho en el pasado. Y eso que había hecho unas cuantas.

El timbre de la puerta lo sacó de sus cavilaciones. Los pasos que dirigió hacia la entrada de su casa fueron lentos y pesados. La figura de su abuelo seguía siendo imponente. El saludo seco le hizo chasquear la lengua con resignación y no intercambiaron más de tres palabras en el ritual del café que ambos bebían con un silencio embarazoso.

—¡Debes portarte como un hombre! —Dante casi suelta el sorbo de café al escuchar a su abuelo.

—Hasta dónde sé, me comporto como me ha enseñado. —Fabio lo miró con disgusto.

Sus ojos tenían la misma tonalidad gris que los de su nieto.

—Yo no permitiría jamás a una mujer estar en medio de dos hombres —Dante se recostó en el mullido sofá de piel marrón. Quería escuchar. Quería representar el papel de psicólogo delante de Fabio como una forma de defensa. Lo instó con un gesto a que continuara—. Con esa actitud le otorgas más poder del que tiene, querido

nieto.

Dante intervino:

—El único poder que tiene es el del bolsillo de mi padre.

—Tu sarcasmo me produce dolor de cabeza. —Dante cruzó una pierna sobre la otra, pero no dijo nada.

Fabio siguió con los reproches:

—Cometiste un error al abandonar la clínica familiar.

—Hubiese cometido uno mayor quedándome.

—Es solo una mujer. ¡Maldita sea! —Dante sabía lo que vendría a continuación y dijo algo que lo provocaría:

—Es su nuera, querido abuelo.

Fabio bufó con desprecio.

—Lo es y por eso vas a tener que tragarte tu orgullo.

Dante no pudo contener la lengua.

—¡No hay mayor desprecio que no hacer aprecio! Aquí parece que la humillación a la que me ha sometido mi padre no importa. Todo esto no se parece en nada al respeto que usted me enseñó. Al respeto que nos debemos entre las personas de la familia. Eso ha sido lo que me ha inculcado toda mi vida, abuelo.

Fabio lo miró con frialdad.

—Tu padre está sufriendo mucho.

Dante comenzó a mover el pie con impaciencia.

—Todo hombre tiene su límite, nadie va a marcarme el mío. Yo no disfruto con todo esto, créame.

—¡Eres un desagradecido!

—Mi padre escogió. Yo hago mi elección. ¡Es mi derecho!

—Tu padre no sabe de qué forma encauzar un encuentro contigo.

—Pero supo encauzar un encuentro con ella, a pesar de que estaba prometida a mí.

—Tu padre no tuvo la culpa de vuestra ruptura. —Dante no tuvo más remedio que darle la razón a su abuelo.

—No la tuvo, pero no tenía que casarse con ella. ¿O sí? Además, ¿por qué maldita razón cree que con él será mejor persona que conmigo?

—Tu padre está enamorado de Isobel —respondió el abuelo en un susurro.

—¿Y?

—Tú no lo estuviste nunca —Fabio hizo una pausa—. Isobel nunca tuvo poder sobre ti, por eso hincó sus garras en tu padre. Esa razón debería bastarte para no permitir que se salga con la suya.

Dante pensó que su abuelo se equivocaba. Isobel todavía tenía poder sobre él, aunque no el que ella exigía. Dante nunca se había entregado del todo. Siempre se había reservado un refugio para sí mismo.

—¿Y qué propone, abuelo? —preguntó cauto.

—Que te comportes como si no hubiese ocurrido nada.

El nieto soltó una carcajada llena de ira.

—Mi hijo, ahora, podría tener cinco años —le espetó dolido.

—Asumes muy fácilmente que era tuyo. ¿Estás seguro? ¿No crees que esa podría ser una razón para que ella hiciera lo que hizo?

Dante abrió los ojos con absoluta perplejidad. El corazón se le había detenido en una pausa dolorosa. En un hilo de voz, preguntó:

—¿Tiene pruebas que demuestren sus palabras? —la pregunta hecha puso alerta a Fabio.

—Isobel es una mujer ambiciosa y la dejabas sola durante mucho tiempo. No tengo que decirte más.

—Pero no puede soltar algo así y quedarse tan tranquilo —le recriminó.

—Tan solo te he dado otra perspectiva a tener en cuenta, nada más. Tú sabrás pensar en alguien. Sabes que tu padre no ha sido. Nunca se hubiera inmiscuido entre vosotros. Isobel lo atrapó con su red mucho después de romper contigo. Hizo a la perfección el papel de mujer despechada.

—Me niego a creerlo. Sería demasiado cruel. ¡Imposible!

—Escúchate. Es tu amor propio el que habla, no tu razón.

Dante miró a su abuelo antes de decir algo.

—Es muy duro conmigo revelándome algo así —Fabio ladeó la cabeza pensativo. Luego agregó:

—Siempre has sido un muchacho fuerte, acostumbrado a salirte con la tuya. ¿No crees que tu orgullo está más lastimado que tu corazón? —Dante le respondió con acidez:

—¿Qué importan mi orgullo o mi corazón? Isobel sigue entre nosotros y su ponzoña se expande por esta familia.

—Así no llegamos a ningún punto. Abandona ya ese lugar en el que te has puesto. Aunque tuvieras razón, no hay nada que hacer. Es la mujer de tu padre.

Dante alzó los hombros con indiferencia:

—Me gusta el punto donde estoy. Y lo demás me tiene sin cuidado.

Fabio se levantó con furia y lo taladró con la mirada.

—¡Deja de faltarme el respeto!

—Disculpe, abuelo. Este asunto me hiere profundamente, y me asombra que se muestren todos indiferentes a mis sentimientos.

—¡Haz las paces con tu padre! Él no ha querido herirte. Las cosas se le fueron de las manos.

Dante creía que iba a perder los nervios de un momento a otro. Inspiró profundamente para calmarse antes de responder.

—Mi padre hizo una elección. Yo hice la mía.

—Escapa a mi comprensión esta actitud tan terca.

—¡Suficiente, abuelo! Sabe que lo respeto, que le profeso un profundo cariño, pero un hombre tiene un límite de golpes a recibir y hoy he recibido más de las que puedo soportar.

—Solo intento ayudar. Quiero a la familia unida de nuevo.

—Pretende que actúe como si no hubiese ocurrido nada —Dante se lo recordó agriamente.

—Te mantienes aislado no solo de tu padre sino de tus hermanos. Y eso es algo que debes solucionar de inmediato.

Dante se levantó del asiento y dirigió los pasos hacia la ventana.

—No puedo cambiar de actitud. Es más, no pienso hacerlo.

—Esta es la última vez que intercedo entre tu padre y tú. Lo que hagas a partir de ahora es asunto tuyo.

—Siempre lo fue. Yo no pedí que usted mediara —dijo Dante a modo de conclusión.

—¡Búscate una mujer y comienza de nuevo!

—Es tarde, abuelo —dijo por toda respuesta.

Lo despidió con voz seca.

—¡Quédate con Dios!

Dante mostró una sonrisa cínica.

—Prefiero quedarme con el diablo.

Sin embargo, Fabio no oyó la respuesta de su nieto. Había alcanzado la puerta y salió por ella de forma precipitada sin mirar atrás.

CAPÍTULO 09

¿Qué podía hacer con el chicle? No lo había pensado y Alins se maldijo por no haberlo tirado en una papelería de camino al edificio. Buscó un cenicero que no encontró, un cesto que tampoco. Consideró arrojarlo por la ventana, pero finalmente, se lo tragó. Prefería los caramelos a la goma de mascar, pero se le habían terminado esa misma tarde.

De nuevo sentada en la consulta oscilaba un pie sobre otro, tenía la mirada puesta en los libros que tenía enfrente. Ninguno le llamó la atención de forma particular, y optó por recostarse en la silla tapizada que le resultaba muy cómoda.

Había sido una semana de locura. Había tenido que quedarse hasta muy tarde en la galería para hacer inventario después de la Navidad. Afortunadamente, su hija no se quejaba mucho. Debía hacer arreglar su coche: perdía aceite y no sabía por dónde. Rió: ella también perdía aceite la mayoría de los días. Luego, su boca floreció con una sonrisa, cuando recordó que esa noche iba a asistir a una ópera: *Macbeth* con música de Verdi, que daban en el teatro principal de la ciudad. Estaba más ilusionada que un niño con un juguete nuevo.

Se miró el atuendo intentando no encontrar nada fuera de lugar. Aunque la gente ya no asistía de gala al teatro, a ella le gustaba vestirse de forma especial, más que para otro acontecimiento como ir al cine o a un buen restaurante.

Alins volvió a mirar el reloj de pared, faltaban cinco minutos para las ocho, ignoraba el por qué Dante la hacía esperar tanto esa tarde. Buscó nerviosa en su bolso. Se le había olvidado apagar el teléfono móvil. Aún antes de haber vuelto a su silla, se abrió la puerta de forma silenciosa. Dante se quedó parado en el umbral y con un brillo de admiración en sus ojos.

—Disculpe la demora. Si puede, nos quedamos unos minutos más para compensar —hizo una pausa—. Se la ve muy atractiva esta tarde, Alins.

Ella decidió responder con humor:

—Ponle una cinta de raso a una alcachofa y parecerá una flor.

Dante extendió la mano con una sonrisa.

—Y tiene buen ánimo.

Ambos se sentaron a la vez.

—Tengo una cita con Giuseppe —él asintió con la cabeza pues sabía a lo que se refería.

—¿Le gusta Verdi? —preguntó él.

Alins hizo una afirmación con la cabeza y agregó:

—El "Va, pensiero" de la ópera Nabucco me sigue poniendo los pelos de punta.

—¿Qué tal la semana? —quiso saber él.

—La bolsa se ha desplomado, pero es habitual después de las alzas de Navidad.

Dante al principio no captó su respuesta, cuando lo hizo, chasqueó la lengua resignado. Alins siguió:

—Las hipotecas siguen siendo un escándalo. Deberíamos hacer un boicot entre todos.

Dante no pudo evitar hacer una broma al oírla:

—Deberíamos acampar frente al ayuntamiento o en los jardines públicos durante un fin de semana. Sería el caos para la administración.

Alins abrió la boca con sorpresa. Dante alzó las cejas para reforzar la broma con el gesto.

—¡Ha dicho una broma! —concluyó ella risueña.

—El sentido del humor no es algo ausente de la práctica psicológica. Además, tengo sangre italiana y los italianos presumen de su buen humor.

Alins seguía boquiabierta. La transformación en los rasgos de él la sorprendió.

—Me voy a caer de espaldas, si me sigue obsequiando esa sonrisa arrebatadora —terció ella.

Dante no podía mostrarse serio y Alins no contuvo sus palabras.

—Hoy parece que ninguno de los dos tiene ganas de terapia —reflexionó ella durante un instante con los ojos entrecerrados—. Y la risa es la mejor terapia que existe —concluyó.

Dante no consideró prudente contradecirla. Casi sin pensar soltó:

—Le propongo un juego.

Ella asintió de inmediato, aun antes de saber en qué consistía. Le ganó el entusiasmo.

—El juego consiste en contar aquellas situaciones en las que nos hemos sentido más ridículos —explicó Dante y la sonrisa de Alins parecía que iba a llegarle hasta los hombros.

—¡No pienso jugar sola!

Dante temía que dijera eso. Trató de condescender con el pedido de Alins. Creía que podía ceder a muchas cosas que ella le pidiera.

—Acepto contar un par de anécdotas —dijo mostrándose distante.

Alins lo miró con calculado interés.

—¿Qué apostamos?

Dante se puso algo más serio. No quería que las cosas perdieran su cauce, aun cuando lo deseara.

—Intercambiamos —rectificó él.

—¿Saliva?

Alins no sabía de dónde había sacado la pregunta y Dante le hizo una advertencia con los ojos que ella aceptó de inmediato.

—Un libro.

Ella se acomodó en su silla sin encontrar las palabras adecuadas. No sabía si se

sentía decepcionada o turbada. Finalmente, aceptó las reglas:

—Me parece bien.

—Por caballerosidad comenzaré yo. Cuando teníamos unos doce años, mi hermano Uriel y yo asistíamos con regularidad a clases de lucha dos veces a la semana, los miércoles y los viernes. Entre Uriel y yo siempre ha existido una cierta rivalidad. Aprovechamos cualquier oportunidad para molestarnos mutuamente y para robarnos la ropa. Recuerdo que, un viernes en concreto, me fui al gimnasio una hora antes que mi hermano y para molestarlo me llevé sus zapatos sin decírselo. Él, cuando se dio cuenta, buscó unos zapatos raídos y gastados y los cambió por los que yo me había llevado, que eran suyos. Grande fue mi sorpresa cuando al salir no veo los zapatos de Uriel por ningún sitio. Me llevé un susto tremendo creyendo que alguien se los había llevado por error o que alguien los había robado. Tenía la certeza de que Uriel se iba a enojar mucho por haberle perdido los zapatos. Movilicé a todo el gimnasio para buscarlos, incluso a los profesores. Inspeccioné los pies calzados de todos. Los únicos zapatos que quedaban en el casillero eran los viejos que había llevado Uriel y que había dejado allí a propósito. Aún hoy día tengo que aguantar las bromas de algunos amigos cuando me recuerdan aquello.

Alins había cerrado los ojos al escuchar la historia, le parecía increíble la rivalidad por unos zapatos.

—¿No se había dado cuenta de que los viejos zapatos los había dejado su hermano? —Dante negó con la cabeza. Agregó:

—Y lo peor fue que, al llegar a casa, mi hermano, estaba descoyuntándose de la risa al imaginar mi cara cuando no viese sus zapatos. Sigue siendo motivo de burla cuando desea molestarme. Pasé tanta vergüenza que me costó volver a las clases.

Alins supo que era su turno.

—En uno de los viajes que hicimos mi marido y yo a Londres, visitamos el museo de cera de Madame Tussaud. Durante las horas de espera en la interminable cola, se le ocurrió a mi marido comprar algo para comer en un puesto ambulante. Mi sorpresa fue mayúscula cuando observo, con absoluto horror, que se había manchado el pantalón por el culo, como si se hubiese sentado encima de tiza. Me acerqué a él y, a medida que le iba increpando su descuido por mancharse, le iba limpiando el culo con la mano. Le daba palmadas constantes y las manchas no se iban. Cuanto más las sacudía, más aparecían. Alcé mis ojos para recriminarle con dureza su descuido y me encontré unos ojos que no conocía, una sonrisa socarrona, y una ceja alzada con un interrogante. Mi marido estaba muerto de la risa viendo como golpeaba a un extranjero allí y lo insultaba. Quería que me tragase la tierra y desaparecer de inmediato. No podía controlar la vergüenza de haber estado tocando de forma tan descarada a alguien que no conocía. Aún hoy no he podido superarlo. Lo pienso y me ruborizo.

Las mejillas de Alins se volvieron de un rojo intenso.

—Yo tampoco hubiese podido superar algo así.

Alins lo miró con la cabeza ladeada y respondió un tanto nerviosa:

—Yo, al menos, no le robé los zapatos a nadie.

Dante terminó por mostrar esa sonrisa que tanto la cautivaba a ella.

—Estamos en tablas —dijo él y Alins asintió con la cabeza—. Y ahora vamos a contar sensaciones que nos han marcado.

Alins no esperaba la pregunta, pero aun así contestó sin dudar:

—Fácil, los dolores de parto de mi hija —respondió sin pensar.

—Eso se llama don de la oportunidad, pero no son esas las sensaciones que quería que contara.

—No había especificado qué contar —añadió sin perder la sonrisa.

—Me refiero a alguna experiencia que nos haya dejado una sensación de plenitud. Puede ser un recuerdo lejano, pero que su evocación nos dé una idea de culminación.

Alins no comprendía del todo a lo que se refería él.

—Si cierro los ojos —comenzó Dante—, puedo ver el rostro de una mujer que me sonrío. Hasta mi nariz llega su perfume suave y fresco: olor a madre selva en la primavera. Aunque no las puedo tocar, sé que sus manos son suaves, cariñosas, llenas de una amabilidad infinita. Mi piel se estremece a su contacto y mi corazón comienza a saltar lleno de júbilo e impaciencia ante la expectativa de su cercanía. Sus ojos chispean con alegría o con enfado, pero sin dejar el brillo cautivador que me atrae hacia ella de forma constante. Expresan tanto amor que buscarlo se vuelve imprescindible en mi vida: lo único verdaderamente real y valioso. Su voz es melodiosa, aunque enérgica. Penetra en el interior de mi alma como un goteo de miel tibia, de forma constante. Me produce una sensación de paz y de armonía que me vuelve literalmente loco. Sus labios, cuando susurran mi nombre, se abren como pétalos de flor en una mañana clara —Alins había cerrado los ojos, absorto ante la descripción que le estaba dando. Casi podía mecerse al ritmo de su narración. Cuando él paró su descripción, ella abrió los ojos embelesada—. Mi madre —especificó él. Alins se mantuvo callada—. Tenía cinco años cuando murió.

La mujer abrió los ojos como platos. Que él tuviese esas sensaciones después de haberla perdido hacía tanto tiempo la llenaba de perplejidad, confusión y envidia. Se sentía incapaz de pronunciar palabra. Ensayó contar cosas de su hija: la sensación de tenerla por primera vez en brazos, sus juegos, las cosas de su niña, las experiencias con su marido. Evocó una noche que había vivido en París hacía quince años. Perc sus palabras no se acercaban a la belleza de las de Dante. Miró el reloj acuciada y fue ella la que dijo:

—Se ha terminado nuestra hora.

CAPÍTULO 10

Dante estaba muy enojado con Yago. No podía creer, después de todo lo que le había dicho para que entrara en razones, que se empeñara en continuar una relación cada vez más seria con su paciente. Dante se sentía al límite de la tolerancia. Miró a través de la ventana sin ver, en realidad, nada. Pensaba en la frágil situación con su familia. A la pelea con su hermano por la relación que él mantenía con Alins, tenía que sumarle los desafortunados eventos que habían resquebrajado el vínculo con su padre. Él seguía en el terco recorrido de la indiferencia, y Dante había adoptado la calma que precede a la tormenta. Se mantenía aislado, lo sabía, pero se sentía incapaz de ordenar los sentimientos contradictorios que sufría desde hacía más de cinco años. Tarde o temprano tendría que ceder, pero aún no estaba preparado para la estocada final. Seguía rebelándose ante el egoísmo extremo y nada ni nadie iba a conseguir doblegar sus propias ideas al respecto.

El timbre de la puerta lo sacó de sus atribulados pensamientos; miró el reloj y comprobó que apenas eran las siete de la tarde. No tenía nada que hacer ese sábado en concreto. Incluso era posible que agradeciese un poco de compañía, aunque fuese el mismo diablo quien llegara hasta su casa para chamuscarlo un poco con su fuego.

La presencia de un mensajero lo descolocó. No era lo que esperaba. Tomó con firmeza el sobre pulcramente escrito que le tendía. No tenía remitente, pero el hombre permaneció allí, impassible. Dante rasgó sin miramientos el papel y sacó su contenido. No pudo contener una exclamación de sorpresa:

“Un coche pasará esta noche cerca de las nueve a recogerte. Solo necesito la promesa de que escucharás todo lo que tengo que decirte sin decir nada: son tantas las palabras que necesito que escuches que no puedo esperar hasta nuestra siguiente cita. Sigue mis indicaciones”.

Dante estaba perplejo; el corazón se le transformó en una madeja de hilo enmarañado. Dudó durante un momento tan largo que el mensajero carraspeó por la espera. Dante se preguntó por qué no se iba.

—¿Dónde firmo?

—No necesito su firma, debo llevar una respuesta. Así es nuestro servicio. Un mensaje personalizado en tiempos de comunicación impersonal —recitó el lema de la compañía con indiferencia y sin convicción—. La persona que le ha enviado la carta espera una respuesta que será llevada en breve a su domicilio. El remitente ya ha pagado todo el servicio. ¿Qué desea responder?

Dante seguía en silencio dudando entre aceptar o rechazar la invitación. Alins estaba rompiendo todas las normas elementales que se establecían entre psicólogo y paciente, pero sopesó si lo que tenía que contarle sería importante o no. Despertó su curiosidad hasta un punto alarmante y juzgó que quizás fuese la forma de poner fin a la

relación profesional que los unía.

Regresó sobre sus pasos y escribió una respuesta en la que se rendía a los términos de Alins. Se la dio al mensajero y se dispuso a esperar impaciente.

No quería pensar en lo que le hacía sentir cada vez que la contemplaba. Tarde o temprano tendría que definir su vínculo con ella. Si su terco hermano no se hubiese situado en medio, tal vez la decisión a tomar no resultaría tan demoledora y difícil. No sería el primer profesional que se implicaba emocionalmente con una paciente. Algo censurable, inoportuno, pero no tan inhabitual. Lo correcto sería no hacer nada y dejar que los acontecimientos siguieran su curso, pero no pretendía engañarse. Ella había plantado en su corazón una semilla que empujaba y empujaba para salir a la superficie causándole un dolor punzante, aunque lleno de esperanza. Sabía que no debía aceptar un encuentro con ella, pero su determinación se fue al diablo ante la posibilidad de un acercamiento real, tangible, próximo.

Dante suspiró y decidió darse una ducha; la necesitaba.

Cuando vio la *limousine* negra que se detenía en la puerta de su casa, casi sufrió un desmayo fulminante: nada lo había preparado para ello. Sintió en su carne miles de agujas que se clavaban sin compasión ante la expectativa de lo posible, lo incierto, y su mente comenzó a especular tan llena de pesimismo como de esperanza. Tenía que negarse, lo sabía, pero la curiosidad y el deseo de verla fueron más fuertes. Seguía clavado en el suelo mientras sentía, con absoluta vergüenza, que su corazón estallaba de alegría y la ansiedad lo embargaba. Qué necia la certidumbre de que se puede cambiar algo. La falsa creencia de que podemos comernos el mundo, la ambigua perspectiva de que todo puede ser posible y, encima, terminar bien.

Ya giraba para volver a su casa cuando un hombre uniformado lo detuvo apoyando la mano en su brazo. Con un gesto negó con la cabeza y le dio una misiva. Dante evaluó la idea de romperla en el acto y olvidarse de todo, pero, en el fondo de su mente, supo que sus sentimientos se habían impuesto a la razón. Abrió la hoja cuidadosamente doblada; leyó su contenido con una cierta timidez:

“Permite que el conductor de la limousine sea tus ojos: que te guíe hasta que llegues a mí. Recuerda, tengo tu promesa de silencio. Haz que mi esfuerzo no sea en vano. Alins”.

El hombre pretendía taponarle los ojos con un pañuelo negro. Dante negó repetidamente con la cabeza mientras torcía la boca en una mueca cínica, pero, tras la insistencia del conductor, finalmente optó por ceder, creyendo que Alins no quería que supiese el lugar adonde lo conducía. Reacio, pero impaciente, consintió que le cubriera los ojos. Un momento después, notó que le abría la puerta de la *limousine* y lo ayudaba a meterse en su interior. El habitáculo estaba completamente negro: las luces del interior habían sido desconectadas, y la negra noche no ayudaba a distinguir nada bajo la velada tela.

El perfume llegó hasta sus fosas nasales inmediatamente. Percibió con

delicadeza los suaves aromas de la fragancia. Pudo distinguir la combinación absolutamente encantadora de sus notas cítricas: mandarina y bergamota, el lujo de las flores: jazmín que florece de noche y gardenia, la equilibrada madera. Supo que la fragancia pertenecía a Alins: su consultorio se llenaba de ella todos los viernes a las siete cuarenta y cinco de la tarde.

La última cita de los viernes.

Sentía deseos de arrancarse la venda, pero había dado su palabra y la mantuvo. Entonces, como si de un soplo de aire se tratase, percibió la presencia femenina a su lado, y todo su cuerpo se tensó involuntariamente. Subió su mano hasta el nudo que ataba el pañuelo detrás de su cabeza. Una voz suave se lo impidió.

—Me lo has prometido —dijo ella.

Nada podía salir bien de esa insensatez, estaba convencido, pero a la vez, profundamente intrigado.

—Esta ha sido la única forma de llegar hasta ti.

Una mano suave se posó en los labios de Dante para callar la réplica que pugnaba por salir de su garganta. Ella continuó:

—No puedes verme, porque yo lo he decidido así; y no puedes hablar, porque me has hecho una promesa.

Dante estaba atónito ante su juego. ¿Qué pretendía? ¿Qué trataba de demostrar? Abrió su boca para decirle algo, pero ella de nuevo se lo impidió con un dedo y un susurro en su oreja que a él le produjo una descarga eléctrica:

—Necesito contarte muchas cosas que en otra situación no me atrevería.

Dante dudaba, como si la vacilación lo marcara a fuego. Sin embargo, obedeció y mantuvo su silencio.

—Cuando te vi la primera vez supe que contigo sí podía realizar mi sueño, y para ello debo describirte paso a paso lo que tengo en mi mente y guardo en mi corazón.

Dante había comenzado a respirar con dificultad.

—Muchas veces me he imaginado sentada frente a ti a horcajadas.

Él se sintió vibrar, cuando notó que ella hacía precisamente eso: pasó sus brazos por el cuello de él y se ajustó sobre sus muslos. Estaba comenzando a asfixiarse.

—Estás muy tenso —dijo Alins y sus manos comenzaron a aflojarle la camisa.

Dante trató de tragar el nudo en su garganta que iba aumentando de tamaño a medida que la olía sentada encima de sí. No poder verla le estaba costando un esfuerzo, pero exacerbaba sus otros sentidos y su imaginación.

—No te resistas —lo apremió con dulzura—. Solo trato de que estés cómodo.

¡Por Dios! ¡Eso era imposible!

Alins llevó la mano izquierda de él al brazo de la puerta, y, estupefacto, sintió cómo se la anudaba con un pañuelo de seda que ella cuidadosamente había preparado. Intentó negar con la cabeza. Ella de nuevo volvió a susurrarle al oído con voz

melodiosa:

—Necesito que tengas las manos atadas para lo que te tengo preparado.

Parecía que el corazón se le iba a salir del pecho. Su mano derecha parecía que iba a correr la misma suerte. Sin embargo, para sorpresa de él, Alins la ató con un pañuelo a su propia muñeca. Entonces, cada vez que ella alzaba su mano, la de Dante recorría el mismo camino.

—No debes preocuparte por el conductor, es un profesional que sabe hacer su trabajo perfectamente, y este habitáculo está separado de la cabina, en donde no se escucha ni se ve nada de lo que pasa aquí.

Él estaba comenzando a sudar. Sentía el movimiento suave del vehículo que marchaba hacia un destino desconocido.

—Ahora te desabrocharé la camisa.

Dante ya no pudo aguantar más:

—¡No! —gritó casi, y su voz desesperada le arrancó una risa cantarina a ella.

Alins acercó su rostro hacia el oído de Dante, rozó el lóbulo apenas con sus labios juguetones y con una cadencia melosa le susurró:

—No tienes elección. —Dante no dijo nada—. La tuviste cuando te hice llegar mi mensaje, pero ahora es tarde para arrepentirse.

El hombre decidió que, si ella quería jugar, jugarían.

—Te quitaría la chaqueta —dijo Alins. Él mantuvo la boca cerrada, pero la abrió con sorpresa al sentir el delicado y suave encaje deslizarse por su rostro. Ignoraba qué era, pero le resultaba muy agradable. Cuando volvió el rostro para sentirlo de nuevo, Alins lo alejó: —pero es mi deseo dejártela puesta.

Estaba desbordado por tantas sensaciones.

—Pronto te soltaré —dijo ella.

A Dante, la expectativa lo estaba matando y, por momentos, su pene, se ponía más y más duro: iba a reventar dentro de los pantalones.

—Solo llevo puesta una camisola negra con un ribete de encaje. Eso es lo que has sentido hace un momento. Me encanta acariciarte con ella. ¿Verdad que es muy suave? Esto es lo único que viste mi piel, aunque deja mis pezones al descubierto cuando me inclino. Ahora mismo podrías verlos.

Dante notó el movimiento de ella al inclinarse sobre él. Pensó que luego le echaría en cara todo lo que lo había hecho padecer, todo lo que le había negado ver y disfrutar. Sin embargo, en ese momento, moría por seguir escuchando sus palabras sensuales y eróticas.

—¿No me crees?

Cuando Dante sintió la lengua de Alins acariciarle la comisura de los labios, una descarga fulminante le recorrió el cuerpo. Ella seguía incitando su deseo.

—¡Voy a besarte! —soltó Alins entre suspiros y se bebió sus palabras de protesta cuando introdujo su lengua en la cavidad húmeda que Dante había dejado

abierta para ella. Exploró con delicadeza los recovecos aterciopelados que sabían a café.

Dante sufrió una descarga al sentirla recorrer el interior de su boca. Su sabor lo mareaba: el aroma íntimo que desprendía aunado con el olor a flores lo afectó como si de una droga se tratase. Como si un potente tóxico comenzara a recorrer sus venas rápidamente para marearlo y confundirlo por completo. La lengua de él salió de su asombro y comenzó una intensa actividad dentro de ella: la exploraba con suavidad, lamía con avaricia su interior. De pronto, los labios de Dante se tornaron duros, exigentes. Necesitaban alimentarse de la boca de ella, imperiosa, imaginando una rendición que ya les había sido ofrecida. Entre las piernas de Dante se comenzaba a generar una ansiosa incertidumbre.

Alins le desabrochó la bragueta y Dante lanzó un gemido e hizo una mueca de dolor.

—Estoy tan impaciente por tocarte que quizás te he hecho daño con mi lujuria.

Él negó con la cabeza, completamente desorientado. Cuando ella liberó el miembro que se había despertado tras el requerimiento de sus caricias, lucía grandioso. Dante volvió a gemir consciente de las pulsaciones que lo sacudían.

—Necesito sentirte dentro —dijo ella por fin y Dante creyó que se iba a morir ante lo que se avecinaba.

Alins lo fue introduciendo poco a poco en su interior al mismo tiempo que lanzaba gemidos entrecortados. La mano de Dante se alzó junto a la de Alins cuando ella trató de mesarse el pelo, y él comprendió que le había dado la oportunidad que ansiaba: poder tocarla, comprobar por sí mismo la textura de su piel. Varió el rumbo que ella pretendía, pero a Alins no le importó. Estaba tan concentrada tratando de acoplarse a él que apenas se percató de las intenciones que perseguía. Cuando Dante atrajo la cabeza de ella hacia su cuerpo, se dejó guiar de forma sumisa. Enredó sus dedos en el pelo sedoso de ella al mismo tiempo que seguía azotándola con su lengua hambrienta. De una sola embestida se enterró en su vientre. Se quedó quieto un segundo, como una forma de recuperarse. No se sentía dueño de la situación, pero no le importó en absoluto.

Alins gimió de forma seductora al sentir su miembro duro y pulsante dentro de ella abriéndose camino hasta su misma esencia. Ese sonido maravilloso acabó por romper las barreras de la precaución por completo. Dante ahogó un grito de placer. Ella había desatado un vendaval dentro de él que iba a terminar por arrasarlo todo. Alins dirigió su mano unida a la de Dante hacia el rostro de él, pero Dante tenía otras intenciones. Apenas sin esfuerzo fue deslizándose la palma caliente por la suavidad del cuello de ella. Cuando llegó a sus senos, Alins trató de deslizarla sobre su hombro. Sin embargo, él volvió por el camino ya transitado y tocó uno de sus pechos. Debía de estar a la altura de sus ojos: no podía verlo, pero lo presentía. Ella, consciente de las intenciones de él, acercó su cuerpo todavía más, ofreciéndoselo como un regalo.

Lamió con avidez uno de los pezones mientras seguía con las caderas quietas. Necesitaba saciarse de su sabor. Volverlos enhiestos a su reclamo. Alins no quería esperar y comenzó un vaivén acompasado que acabó por hacer que él se decidiera: le sujetó las caderas y comenzó a darle largas embestidas mientras seguía bebiéndose los jadeos femeninos con su boca.

Lamentaba tener la otra mano atada. No poder tocarla como quería le estaba resultando demoledor, pero seguía moviéndose como si su vida dependiera de ello. Alins enterró la cabeza de él entre sus pechos. Levantaba sus caderas para, a continuación, volver a descender con un ritmo cadencioso y constante. Estaba a punto de explotar.

—¡No puedo esperarte!

Él notó cómo se contraía su vagina. Parecían pulsaciones que vibraban y apretaban su miembro. Esa sensación fue su perdición: con un gemido gutural se enterró aún más y vació su esencia en el interior de Alins. Tras el potente orgasmo, ambos seguían con la respiración entrecortada. Ella seguía sosteniendo su cabeza entre sus senos, tal vez para impedir que abriese la boca. Dante se sentía incapaz de moverse, estaba exhausto. Era como si las emociones que había sentido lo sobrepasaran y lo hubieran dejado hecho un muñeco de trapo. Feliz e inmóvil.

Alins desató su muñeca que estaba unida a la mano de él con una promesa:

—Cuando llegemos te soltaré la otra.

Dante seguía sin ver nada, sin poder decir nada y completamente agotado. Había sido el orgasmo más extraordinario de su vida. Carraspeó para aclararse la voz que no le salía.

—Es... —ella no le permitió continuar.

Con un dedo volvió a sellar sus labios.

—¡Shhh! Me lo has prometido, ¿recuerdas?

Dante estaba a un paso de romper esa promesa, pero el coche se detuvo de pronto con un suave frenazo. Percibió cómo ella se movía con movimientos ligeros. Escuchó perfectamente cuando la puerta se abrió y ella comenzó a descender del vehículo. Antes de irse, sin embargo, Alins volvió hacia él y lo besó con una intensidad que lo dejó perplejo, confuso y con una incipiente necesidad de poseerla de nuevo.

No supo cuándo le había soltado la única mano que todavía permanecía atada, pero, cuando la sintió libre, trató de aferrar la cabeza de ella para volver a besarla. Alins no se lo permitió. Con sumo cuidado cerró la puerta del coche. El aire fresco que se había introducido en el interior tras su marcha despejó la confusión que lo tenía atontado.

Dante se sintió emocionalmente devastado. Ya con las manos libres se quitó la venda que cubría sus ojos. Ella le había cerrado la bragueta, ¿cuándo? Lo ignoraba. Jamás en su vida había sentido un placer similar. La imposibilidad de ver y la

promesa de no hablar habían resultado determinantes. ¿Por qué bendita razón lo había elegido a él? ¿Cómo transcurriría la próxima cita entre los dos? Dante no se animaba a hacer ninguna suposición o conjetura al respecto. Trató de bajar la ventanilla, pero estaba cerrada. También lo estaba la mampara que separaba el interior de la *limousine* del habitáculo del conductor. Creyó que lo más conveniente sería relajarse hasta la llegada a su destino. Necesitaba seguir evocando la salvaje entrega que había hecho de sí misma.

CAPÍTULO 11

Alins no había vuelto a la consulta. Sus citas estaban canceladas desde hacía cuatro semanas. Dante sabía por qué. Tenía que verla y tratar de convencerla de que su entrega había significado mucho para él. No saber qué pensaba ella seguía echando raíces en su corazón. Lo aprisionaba. ¿Desde cuándo lo había elegido a él para realizar sus fantasías? ¿En qué momento del camino dejó de verlo como a su psicólogo, para verlo como su amante? La mente de Dante era un hervidero de especulaciones. Volvió a mirar el reloj que marcaba las ocho menos cuarto. Era viernes. En ese momento, debería estar allí con ella. Tomó una decisión en el acto. Buscó en su fichero la dirección de Alins. Luego llamó a los amigos con los que cenaría al teléfono móvil para avisarles que no pasaran a buscarlo, que le había surgido un compromiso de último momento.

El timbre sonó. No el de los pacientes, sino el otro. El de la puerta que daba al "cuarto inaccesible", como lo había bautizado Alins y que solo conocían él y sus familiares. Volvió a sonar con insistencia. Dante decidió ir a ver quién era: Yago estaba allí. No quería hablar con él, pero la insistencia del timbre y un que otro "sé que estás ahí" lo convencieron.

—¿Qué le has dicho? —Dante sabía a quién se refería.

—No la he visto desde hace cuatro semanas, ha cancelado todas sus citas.

—¿Le hablaste de mí? —el hermano negó con la cabeza.

—Y, ¿entonces? —Dante alzó los hombros.

—Debes olvidarte de ella —le dijo a Yago, que lo fulminó con la mirada.

—¿Qué le has dicho?

—Nada —hizo un pausa.

No sabía qué contarle de lo ocurrido.

—Ella no te corresponde, Yago, lo sé —dijo poco convencido.

Yago le dirigió una mirada llena de incredulidad y llena de despecho.

—Debías dejar que yo se lo dijera, Dante. Era todo lo que te había pedido.

El tono lastimoso le hizo sentir una punzada de remordimiento. Si Yago supiera la verdad, sus palabras serían mucho más fuertes.

—Tienes mi palabra de que no le he hablado de ti —Yago mostró una gran incredulidad—. Pero las cosas han cambiado —comentó Dante enigmático. Yago trataba de comprender la incógnita en las palabras de su hermano mayor. La pregunta cobró vida sin que Dante pudiese hacer nada.

—¿Qué has hecho, hermano?

—No me culpes a mí de tu mal proceder.

Yago siguió mirándolo entre la incomprensión y los celos.

—Si me entero que has tenido algo que ver, juro que... —no terminó sus

palabras, se dio vuelta y cerró con un fuerte golpe la puerta.

Dante siguió sentado intentado comprender qué sucedía.

Una vez afuera, Yago sonrió. Las cosas se le estaban dando como las había pensado.

Le costó un horror encontrar la calle Luna en el viejo barrio del Raval. Había conseguido dejar el coche a unas manzanas de allí. Una de las fachadas de la casa miraba al río Vinalopó. Miró el número para no equivocarse y, con vacilación, alzó su mano para tocar el timbre. El suave sonido de un piano lo distrajo durante un momento. Reconoció la melodía: Johannes Brahms, *Sinfonía número tres en fa mayor*. Quien la tocara, lo hacía magistralmente. Siguió esperando fuera y escuchando. No se atrevía a romper con el timbre el sonido que en sus oídos resultaba armonioso.

Cuando cesó la melodía, llamó por fin a la puerta con un nervio latiendo en su sien. Dante no sabía quién podría abrirle, no había considerado siquiera que fuera alguien distinto de Alins, pero una risa deslumbrante lo cegó momentáneamente y lo dejó aturdido.

—Te he dicho Pedro que... —la joven calló de golpe. —Tú no eres Pedro.

—Eso es evidente.

La joven seguía sonriéndole, y a Dante le dio un vuelco el corazón, la muchacha poseía la misma sonrisa de Alins, pero mucho más hermosa.

—Busco a la señora Vera.

La muchacha seguía mirándolo como si lo observara a través de un microscopio: entre la curiosidad y la aprensión. No se decidía a actuar.

—Mi madre ha salido un momento. Yo soy París.

Dante alzó las cejas.

—Lo sé. Tu madre habla mucho de ti.

La chica lo invitó a entrar. Dante se sorprendió en el mismo momento que puso un pie dentro de la casa. El amplio vestíbulo destilaba buen gusto. La casa poseía un patio central que estaba lleno de macetas con flores que iban desde el blanco al rojo. La estancia lo sobrecogió por la comodidad que se podía observar en todos los rincones. Los muebles clásicos y bien escogidos daban una apariencia teatral a la pequeña casa. La suya en la ciudad debía de medir el triple, pero él jamás podría conseguir llenarla de tanta personalidad.

—Estaba tocando el piano.

Dante no pudo negarle una sonrisa. La muchacha irradiaba un encanto que lo paralizaba. Observó el instrumento que ocupaba la mayor parte del salón.

—Tocas maravillosamente bien.

París le ofreció un gesto con la cabeza coqueto.

—Eso se merece un vaso de agua —le ofreció amable.

—Lo aceptaré gustoso —le respondió con galantería.

Ambos se quedaron callados cuando escucharon que la llave se introducía en la cerradura de la puerta. Alins venía hablando con alguien que tenía una voz que no era ni de un niño ni de un adulto: debía de pertenecer a un adolescente.

—Te dije Pedro que pasaría yo —dijo París y su voz sonó desencantada.

—Y yo te dije jovencita... —comenzó a reprenderla Alins, pero no pudo continuar. Se quedó paralizada cuando se dio cuenta de quién estaba en el centro de su salón con su hija.

—¡Usted!

—Llámame Dante, por favor —dos pares de ojos iban de un rostro a otro sin decir nada—. París me había ofrecido un vaso de agua.

Alins miró a su hija con una expresión bastante estúpida.

—París, eres incorregible. Le abres la puerta a quien no conoces.

Alins terminó de cruzar el salón y se dirigió a la cocina.

—¡Nos vamos, mamá! —se despidió la hija.

—¡Hasta luego, señora Vera! —Pedro la secundó.

—Si la traes muy tarde, daré un aviso a la Policía y serás el primer sospechoso.

Dante sonrió ante la broma. La puerta se cerró y la casa quedó en silencio. Alins traía el vaso de agua que le había prometido París.

—Siéntate. Puesto que has hecho un viaje desde el centro del universo, bien puedo tutearte.

Dante se atragantó con el agua y ella solícita le dio unos suaves golpecitos en la espalda.

—¡Qué sorpresa verte por aquí! —dijo ella.

Dante no entendía del todo su actitud.

—Has faltado a nuestras citas —dijo por fin.

Alins cerró los ojos antes de responder:

—La última cita de los viernes —calló un momento—. No creas que no la extraño, pero he estado muy ocupada.

Dante se quedó petrificado. Habría esperado, no sabía bien qué habría esperado, pero, desde luego, no esa absoluta indiferencia.

—Creía que había ocurrido algo significativo, que habías dado un paso importante en tu vida.

No supo cómo él sabía lo que había pasado, pero la sorpresa fue más fuerte y no se lo preguntó.

—Y así ha sido —soltó un suspiro suave—, pero las cosas no resultaron tal y como las esperaba —contestó Alins.

El corazón de Dante se había encogido hasta parecer una nuez. Ella siguió:

—Hice una apuesta y perdí. Creía que las cosas podían resultar de otra manera. O que me importaban menos y que, entonces, realizar mi fantasía no iba a traer consecuencias. Pero no fue así. Aposté a ello y no tenía el número ganador en mis

manos.

Dante no entendía por qué hablaba así de sus fantasías y cuál era la apuesta que había salido mal. Ella concluyó con lo que estaba contando:

—Bueno. Ya lo decía mi madre: a rey muerto, rey puesto.

Él estaba perplejo. No había tenido ni un momento de paz en esas cuatro semanas; sin embargo, ella actuaba como si, después de lo que había pasado, todo le importase un bledo.

—¿No llenó tus expectativas? ¿No sentiste tus fantasías realizadas?

Alins lo miró durante un momento largo, pero fue incapaz de comprender el por qué del brillo de decepción que cruzó los ojos de él.

—Llenó una parte de mí que estaba vacía, pero le di más importancia de la que tenía. Ahora pago el resultado de mi acción —no se quejaba, ni estaba ofendida.

—¿Estamos hablando de lo mismo? —quiso saber Dante, confundido.

Alins terminó por invitarlo a sentarse. Él aceptó. El salón parecía demasiado pequeño o, tal vez, era él que lo llenaba todo. La mujer fue consciente de ese detalle en el mismo momento que lo vio en su casa.

—Decidí apostar fuerte. Todo a una carta. No me queda otra cosa más que aceptar mi derrota con honor.

—¡Maldita sea, Alins! No te comprendo.

Alins se sorprendió por las palabras de él y por el tono que había usado.

—Él me trata con indiferencia. Después de aquella noche, las veces que nos vimos no hizo ninguna referencia a lo que pasó entre nosotros —confesó Alins. Dante inspiró aterrado por lo que ya intuía—. No ha querido siquiera hablar del tema. Es como si no hubiera estado allí. Actúa como si nada hubiese ocurrido. Las veces que le hice preguntas discretas sobre aquella noche, hace como si no hubiese ocurrido nada, como si no supiera de qué le estoy hablando.

Dante había dejado de respirar ante la sospecha. Alins continuaba con su relato:

—Me miraba sin comprender. Al principio, me molestó mucho, pero decidí que, para él, no debía de haber resultado tan interesante y decisivo como lo fue para mí.

La sangre se le heló cuando por fin pudo armar el rompecabezas de lo que contaba Alins. No hablaba de él, sino de su hermano. Ella creía que había hecho el amor con Yago y no con él. No podía respirar; se ahogaba. Alins estaba tan centrada en los recuerdos que no se dio cuenta de lo mal que lo estaba pasando él: su cara había pasado del blanco al rojo en un segundo.

—Pensé, erróneamente, que cumplir mi fantasía de la *limousine* sería mucho más trascendente para él, para los dos en común.

Dante quería, no, necesitaba sacarla de su error. Todavía no sabía cómo. Se sentía mareado y decepcionado. Él hubiera preferido enterarse de cualquier otra cosa, pero no de que no había sido él el destinatario del deseo de Alins. ¿Cómo lo había confundido? Repasó mentalmente las posibilidades: su hermano usaba habitualmente

su dirección, ambos tenían el mismo color de pelo y la misma contextura, él tenía el rostro en parte cubierto y no había hablado durante todo el trayecto en la *limousine*, Alins confiaba en que encontraría a Yago y no a él. Las cosas comenzaban a tener sentido. Necesitaba ordenarse para poder hablar con ella y decirle la verdad.

Con aplomo, interpretó el único papel que podía en ese momento: el de psicólogo.

—Tal vez deberías volver a las consultas.

—Es cierto. Veámonos el viernes que viene. Aunque allí no te tutearé y tú tampoco a mí.

—Te espero el viernes.

CAPÍTULO 12

¿Qué tenía la ventana que la atraía tanto cuando lo esperaba en la consulta? Dante la analizó con ojo crítico, pero no vio nada fuera de lo común salvo el brillante colorido del paseo y sus anónimos viandantes. Podía estar horas mirando el vacío sin sentir nada. Tal vez, esa fuese la razón por la que ella se sentía atraída o, tal vez, el verde de las palmeras que se movían oscilantes ante la suave brisa de febrero.

Miró el reloj de pared que volvía a marcar las siete cuarenta y cinco. La última cita de la tarde seguía vacía. Le había prometido ir ese viernes, pero lo había llamado para cancelar. Un mensaje escueto en la cinta del aparato que él detestaba, pero que le resultaba imprescindible para tomar los recados de sus pacientes. Sabía que no iba a poder llenar esa hora con otra persona que no fuese Alins. Dante sabía que jamás podría sustituir sus charlas de viernes por la tarde. La sensación de pérdida lo llenaba de inquietud, de ansiedad y de un malestar infinito. Ella se había excusado con un viaje repentino a Londres para supervisar una colección de pinturas. Lo había tuteado, porque no había vuelto a la consulta y posponía la cita una semana. Sin embargo, él iba a estar fuera de la ciudad.

Llamó a su casa y habló con París. Le dejó el mensaje. La cita debía posponerse dos semanas: una semana por cada viaje. Tenía que verla de nuevo, tratar de explicarle, pero temía conocer su reacción cuando le contara. Él no había sido consciente de que lo confundía con otro. Maldijo a su hermano Yago de nuevo por el embrollo. Había terminado por enredarlo todo. ¿Cómo se le había ocurrido decirle que vivía en la casa de él? ¿En qué estaría pensando para actuar de forma tan ligera?

Su ordenada y apacible vida se estaba desmoronando. Desde la aparición de Isobel, su futuro había quedado marcado por la traición. Sin embargo, justo cuando su corazón comenzaba de nuevo a latir, su hermano se encargaba de derrumbar las débiles esperanzas que tenía alzadas como un castillo de naipes. Un castillo tan frágil que, al más ligero soplo, se derrumbó y sus cartas quedaron esparcidas en el suelo.

—Sabía que te encontraría aquí solo, como siempre.

Dante se volvió rápido a la voz de su hermano menor.

—Creí que me habías devuelto las llaves que tenías de mi consulta.

—Tengo siempre una copia más. Ya me conoces. Y no armes una rabieta como un niño pequeño.

Dante cruzó las manos a la espalda y lo miró con severidad.

—Tienes vetada la entrada a mi casa y a mi consultorio, creo que lo dejé claro en tu última visita no hace mucho —contestó a Yago.

Si su hermano pretendía amedrentarlo, se equivocaba. Yago ocupó la silla que normalmente utilizaba Alins y cruzó una pierna sobre la otra.

—Se ha acostado con otro, ¿puedes creerlo?

A Dante le temblaron las rodillas ante la afirmación inesperada. Miró a su hermano con reserva.

—Ella no es para ti, Yago.

El aludido lo miró con algo parecido a la decepción, pero le sostuvo la mirada con altiva arrogancia.

—¿Qué te apuestas? —Dante no quería más desafíos. Yago continuó con su relato:

—¿Sabes? Solo he tenido que descifrar la x y he obtenido la respuesta a la ecuación —Dante seguía en un cauteloso silencio—, pero admito mi parte de culpa en el resultado. No te creía capaz de actuar en el lugar de otro.

—No tendrías que haberle dado la dirección de mi casa.

—Creí que tú representabas menos peligro que papá; qué ignorante que fui.

Dante avanzó los pasos que lo separaban de Yago y se apoyó en la esquina de su escritorio. Se inclinó hacia su hermano y preguntó:

—¿Te ha dicho lo mal que se sentía después de lo sucedido? ¿Que piensa que eras tú el que estaba con ella? ¿Que siente que la despreciaste? —quiso saber.

—Sí —respondió Yago franco.

—¿Y entonces? —había alarma en su voz.

—Me he disculpado de todas las formas que conozco por haberme tomado a la ligera el asunto y no haberle dado la importancia que merecía. Le he asegurado que su iniciativa me sobrecogió, que me dejó mudo —agregó con ironía—, pero que me encanta que sea ella la que decida nuestros encuentros. Además, le he prometido que pienso compensarla de todas las maneras posibles.

Dante tragó saliva violentamente para soltar después una maldición.

—¡Ni hablar! —gritó iracundo, lleno de irracionalidad.

—Me ama —se defendió Yago. Dante abrió los ojos ante la afirmación de su hermano y no pudo ocultar un destello de duda que Yago aprovechó a la perfección—. Te crees tan importante, hermano, que pensaste que ella te amaba a ti. —Hizo una pausa y frenó con un gesto un intento de Dante de refutar sus palabras—. Estaba convencida de que se entregaba a mí —concluyó y ese era el argumento que sostenía su posición.

Dante inspiró profundamente intentado controlar su furia. Las palabras de su hermano lo habían golpeado duramente. Ese detalle, que le roía las entrañas, lo había ocultado en el rincón más oscuro de su mente, y ahora venía su hermano a recordarle la brutal realidad. Se había entregado a él, sí, pero ella creía que era su hermano. Era un golpe directo a su ego. Algo que lo devastaba. Decidió intervenir:

—Yo se lo explicaré todo.

—¡Te lo prohíbo terminantemente! Vas a mantenerte alejado de ella o no respondo de las consecuencias. —La amenaza de Yago quedó flotando en el aire.

Dante se mesó el pelo intentado encontrarle algún sentido a la situación caótica

que se había creado.

—Ella me ama, Dante. ¡Acéptalo!

Yago contempló la forma en la que su hermano se debatía. Siguió. Quería contarle todo lo feliz que podía ser con Alins:

—Si vieras con qué candor nos mira a su hija y a mí cuando tocamos juntos el piano.

Las palabras de Yago produjeron en Dante el efecto contrario al que pretendía él. Lo llenaron de frustración y no parecía sencillo que cambiara de idea. Yago quería conmooverlo y causarle envidia a la vez.

—Tiene una risa fácil y un genio animado para todo. Participa en todo lo que propongo con un entusiasmo que me deja atónito.

Dante palidecía a medida que lo escuchaba, y su orgullo seguía empequeñeciéndose más y más.

—No pienso parar hasta conseguir que se case conmigo.

Dante despertó del atontamiento en el que estaba sumido y soltó una carcajada que tomó por sorpresa a Yago.

—Y cuando descubra el engaño ¿Qué harás? —le preguntó, hiriente.

—Cuando llegue ese momento estará lo suficientemente enamorada de mí para que no le importe ese nimio detalle.

Dante observó su vacilación y se alegró.

—¿Y cuando le hagas el amor?

Yago no soportó la provocación. De un salto, se levantó y le estrelló el puño en la mandíbula. Tal vez, eso era ir demasiado lejos, pensaría después, pero tenía que ser creíble en su papel. Dante no esperaba el golpe y casi estuvo a punto de caer al suelo.

—Eso por creerte más que yo. Y por hacerme cornudo.

Dante se limpió la comisura de la boca por la que se deslizaba un hilillo de sangre y, sin previo aviso, le espetó con pedantería:

—¡Necio! Para hacerte cornudo debía haber sido tuya.

Yago lo miró furioso, pero no le replicó para no darle importancia. Se arregló la solapa de la chaqueta y miró a su hermano fríamente cuando se levantó para irse.

—Considera esto un aviso, Dante: mantente alejado de ella.

Yago no esperó una respuesta, abandonó la estancia tan rápido como había llegado, y él decidió salir del consultorio. La soledad de su apartamento le parecía el paraíso.

Su padre se encontraba sentado en el sofá de su casa. Dante lanzó una maldición entre dientes que no escapó a los oídos de Ricardo. No le importaba. Estaba cansado de que tanto su consultorio como su casa se parecieran al vestíbulo de un hotel. Todo el mundo entraba y salía a voluntad.

—¿Cómo has entrado aquí? —su padre no dejó que lo intimidara con su tono.

—Yago me ha dejado sus llaves.

Lo tenía que haber imaginado.

—¡No tengo nada que decirte! —su padre siguió mirándolo cáustico.

—Pero tú vas a escucharme, hijo mío. Y de qué manera.

—¡No tengo necesidad de tus sermones!

Ricardo mantuvo el rostro inalterable ante la réplica.

—Te has colocado con respecto a tu hermano en la misma posición que me coloqué yo con respecto a ti.

Dante evaluó si sentarse o mantenerse de pie. Finalmente ganó el sentido común y se sentó. Estaba cansado.

—¿Vas a blandir tus palabras como una espada afilada para que yo entre en razón? —preguntó Dante.

Ricardo negó, y su hijo alzó las cejas con cierta sorpresa.

—Nada más lejos de mi intención.

El hijo se recostó en el sillón un poco más tranquilo: había pensado que tendría que llevar adelante el segundo altercado del día.

—Por primera vez tu hermano está realmente enamorado.

Dante bufó con hastío. Luego agregó:

—Parece increíble que digas algo así. Mi hermano se ha creído enamorado desde que cumplió los doce años y descubrió que a las chicas les crecían las tetas.

Ricardo se sonrió, pero no quiso que su hijo pensara que había ido hasta allí para hacer bromas.

—Esta vez va en serio —aclaró.

—Dejemos que la dama elija —propuso Dante.

—Ella ya eligió, y me sorprende que te lo niegues a ti mismo.

Dante quiso protegerse el pecho, pero había llegado demasiado tarde. Su padre le había lanzado una puñalada que había penetrado hasta el hueso.

—Sabes que lo correcto sería mantenerte al margen y dejarle a Yago el paso libre.

Dante cerró los ojos un momento antes de poder contestar con aplomo.

—Mi hermano le mintió.

Ricardo abrió los ojos con sorpresa.

—¿Y qué has hecho tú?

"Directo al corazón", pensó Dante. Luego dijo:

—Esta situación la coloca en una posición vulnerable. Yo no puedo desaparecer. Es más, no pretendo hacerlo. Tarde o temprano descubrirá que mi hermanito la engañó con premeditación, y en jerga jurídica con alevosía.

—Todo se puede reducir a un pequeño malentendido.

Dante alzó las cejas con curiosidad.

—Lo mejor sería que tu hermano, tú y esa mujer os encontréis, te diría que, incluso, casualmente, y por supuesto, tú mantendrás la boca cerrada.

—¡No voy a prestarme a ninguna falsa!

—Ya. Déjala que se quede con Yago. Él la ama.

Dante comenzó a negar con la cabeza: ¡ni loco iba a representar una farsa! No de ese tamaño. Estaba enojado porque su hermano le había enviado a un emisario para convencerlo y así lo hizo notar:

—Así solo conseguiréis aumentar la pelota de engaños y yo no pienso prestarme a ello. Además, papá, Yago ya es mayorcito como para tener que enviar embajadores que hablen por él.

Ricardo lo miró confuso y descolocado. Obvió lo que decía de Yago y se centró en lo que, para él, era el problema principal:

—¿De verdad vas a pasar por encima de tu hermano como una apisonadora sin tener en cuenta sus sentimientos?

—¡Padre! ¡El sedujo a una de mis pacientes! ¡Buscó en mis archivos y leyó sus intimidades para seducirla! ¡Solo le ha ofrecido mentiras! —Dante no pudo contenerse. Tenía que decir lo que pensaba.

—Hice muy mal —siguió Ricardo impertérrito—, en pasar por alto la ira que Isobel se encargó de sembrar en tu corazón. Ahora tú quieres cobrársela a tu hermano, cuando, en todo caso, deberías cobrar algo a mí —Dante siguió callado—. Isobel no es mala. Solo que no podía alcanzar tus expectativas. Le pones metas muy altas a todo el mundo.

Dante irguió la espalda para prepararse para el ataque.

—¿Y qué me dices de tus expectativas? ¿No las has puesto en mí? ¿Acaso no me reprochas aún que no siga en la clínica, que tenga mi propia práctica?

Ricardo se quedó momentáneamente perturbado. Algo de razón había en las palabras de su hijo.

—Perdí a tu madre demasiado pronto y durante mucho tiempo luché para sacaros adelante. Solo quería lo mejor para vosotros.

Dante encogió los hombros ante los recuerdos. La ausencia de su padre en todos los eventos escolares, los constantes viajes que lo mantenían lejos durante semanas o la indiferencia total ante los pasos que daba cada uno para alcanzar la madurez no se podían olvidar. Por lo menos, él no.

—Un niño necesita a su padre cerca: su consuelo ante las caídas, su ánimo ante los retos —La voz de Dante había sonado amarga.

—Os he dado una buena educación.

—Eso es innegable, pero no ha sido suficiente. Como tampoco es suficiente tu soledad para disculpar tu relación con Isobel.

—Volvamos a tu hermano. Deja que él lo resuelva a su modo.

Dante no dijo nada.

—También el silencio es una opinión a veces —Ricardo siguió mirándolo intentado ver en su rostro la aceptación.

—He de asistir a un Congreso en Múnich que me llevará una semana. Mi hermano tiene ese plazo para resolverlo.

Ricardo asintió con la cabeza.

CAPÍTULO 13

—Alins, pase. En un momento estaré con usted.

Era la voz de Dante que salía del intercomunicador. Ella la había notado distinta: ¿nerviosa?, ¿alegre? Un poco de las dos cosas.

Empujó la puerta y accedió a la sala de espera. Avanzó hacia la consulta, pero con un paso más lento de lo habitual. Parecía que los ánimos la habían abandonado desde hacía un tiempo. No había vuelto a ver a Dante desde aquella tarde en su casa cuando tuvieron la conversación más extraña del mundo. Luego, el trabajo, las agendas y los viajes se interpusieron entre ellos. Más de la cuenta admitió.

Habían pasado casi dos meses desde que Dante la visitó en su casa.

—Ya estoy con usted —dijo un ansioso Dante desde el "cuarto inaccesible", como ya había quedado bautizado y como él también lo llamaba. Alins asintió con la cabeza y esperó. La habitación seguía igual, salvo que esa tarde, ya casi de noche, la ciudad estaba alicaída como su ánimo. Los negros nubarrones solo descargarían electricidad, pero nada de agua, como la mayoría de las ocasiones. El sonido de un trueno le confirmó sus sospechas. Cuando oyó incrédula el ruido de piedras que parecían caer, dirigió sus pasos hacia la enorme ventana y observó con detenimiento. El granizo había tomado por sorpresa a la mayoría de los caminantes que se refugiaban como podían. El suave Mediterráneo se había tornado oscuro, mientras el hielo seguía cayendo sobre los barcos amarrados en el puerto, vacío de golpe.

—No creo que dure mucho.

Alins se volvió asustada: no lo había oído entrar. Dante aún estaba en el umbral de la puerta que separaba al cuarto inaccesible y la miraba con cierta vacilación. ¿Vacilación? ¿De dónde había sacado ella esa idea? Él era el hombre más seguro de sí mismo que había conocido nunca.

—Buenas tardes.

Dante cruzó el umbral y se dirigió hacia su sillón antes de extenderle la mano con una sonrisa afectada.

—Tenía ganas de retomar nuestras conversaciones pues ha pasado mucho tiempo, y ya las extrañaba —dijo ella. Dante la escuchó—. La galería está más tranquila ahora. Siempre ocurre en esta época —Alins comenzó a tamborilear los dedos en el escritorio—. ¿Qué tal su Congreso? —Dante alzó las cejas con sorpresa—. Fue una de las tantas cosas que se interpusieron para no continuar con nuestras entrevistas.

Dante se reclinó hacia atrás y la escudriñó con intensidad:

—Se la ve cansada.

Alins le ofreció una mueca divertida:

—Ni se imagina la locura de mi vida.

A Dante le dio un vuelco el corazón. Propuso retomar desde donde habían dejado la última visita.

—¿Dónde nos quedamos la última vez?

—En describir sentimientos —respondió Alins con una sonrisa—, y creo que me tocaba a mí —la mujer calló durante un momento tan largo que Dante creyó que no iba a hablar, pero se equivocó—. Recuerdo, aunque de forma vaga, unos grandes ojos verdes, con ese brillo tan especial que solo muestran los ojos que aman. Casi puedo sentir la mano de piel morena que se acerca a mi mejilla buscando una caricia. La mano desprende un ligero aroma a romero, y esos dedos que se cierran en torno a mi mejilla me ofrecen el tributo que les solicito. Suben hasta mi pelo, sostienen una guedeja que colocan, con una ternura infinita, detrás de mi oreja —la mujer soltó un suspiro suave—. Sus movimientos son como el aleteo de una abeja que se bebe el néctar de una flor. De nuevo esos ojos, del verde esperanza más profundo, me hacen un guiño pícaro. El día anterior hice una travesura que queda olvidada con su complicidad. El vello de mi nuca se eriza, cuando sus labios se posan en mi sien; y, después del beso tan tierno, los labios se dirigen a mi oído para susurrarme con una voz pausada y melodiosa: "El cielo sigue de luto por el ángel que perdió en mi puerta hace once años". —Dante se mantuvo en silencio. Ella aclaró de qué se trataba el relato—. Mi padre hacía eso cada vez que me daba un beso la mañana de mi cumpleaños. Murió poco tiempo después de que yo cumpliera los once.

Ambos se contemplaron al unísono, perdidos en los recuerdos. Cada uno en el suyo, pero los dos suscitados por las palabras de Alins. Dante sintió como se tejía el hilo que la unía cada vez más a ella. Los dos habían perdido a un ser querido y cercano a temprana edad. El padre, ella; la madre, él. Padecían los mismos síntomas de abandono, de la carencia más fundamental de cariño.

—Él me mintió.

Dante levantó la mirada. Salió, de repente, de sus cavilaciones y se perdió en los ojos de Alins. No mostraban tristeza ni alegría. Tal vez, se vieran algo resignados. Ella siguió:

—Podría perdonarle muchas cosas, pero la mentira es demasiado.

—¿En qué le mintió? —preguntó Dante con calmada voz.

—No quiero decírselo —Alins había respondido algo apresurada.

—¿Cómo se siente? —ella reflexionó pensó un momento antes de responder.

—Herida. Enfadada... —Dante se acomodó en el asiento con lentitud para no romper el hechizo de la sinceridad—. Debería dejarlo; lo sé.

Alins bajó sus ojos hasta su falda negra, deshizo el nudo de sus manos y las volvió a dejar reposadas en su regazo.

—¿Qué se lo impide?

—La responsabilidad que he contraído con él.

Dante iba a decir algo, pero ella, con la mano, le hizo una indicación de que

guardara silencio. Él habló de todos modos.

—La responsabilidad no es excusa para sostener una relación que debería ser de amor.

Alins no esperaba el tono seco de él, ni esa respuesta.

—A veces, sin pretenderlo, hacemos nudos que nos atan. —Dante creyó prudente no interrumpirla—. Debo asumir las consecuencias de mis actos, aunque estas consecuencias no hayan sido las deseadas.

—¿Qué actos? ¿Qué consecuencias? —suavizó el tono—. Cuénteme, por favor.

—Es como, cuando un padre le dice al hijo que no juegue en determinado sitio, y el niño desobedece y se hace daño, como el padre temía, después sufre las consecuencias de esa acción. Aunque haya sido de forma involuntaria, aunque el niño no haya querido hacerse daño, las consecuencias lo marcan de por vida.

Dante se quedó perplejo ante la vaguedad de las palabras de Alins.

—No entiendo por qué usted debe cargar con las consecuencias. Ni a qué acción se refiere —Decidió cambiar de tema—. ¿Está convencida de la mentira?

—Lo sospechaba, pero el paso del tiempo me lo ha confirmado.

—Quizás le ha mentado porque la ama y teme perderla.

—¡Si fuese así de sencillo! —lanzó un suspiro largo y profundo. Luego, aclaró por qué sabía que le había mentado—. Me dijo que no podía tener hijos. Que se había hecho todos los exámenes y que no era fértil.

Dante contuvo la respiración y sus manos se cerraron como garras a los brazos del sillón en un intento por no abalanzarse sobre ella. La revelación de lo que implicaban aquellas palabras lo impactó. Alins siguió adelante:

—¡Qué estúpida! ¡Qué confiada!

Ella no era consciente de la lucha emocional que sufría Dante oyéndola. Continuaba con los ojos fijos en su regazo y no lo observaba. Dante experimentaba lo que sienten los hombres a lo largo de la historia ante una revelación así: alegría inmensa, desconcierto, preocupación por el futuro. Pero en su caso, Dante también sentía una gran desesperanza. Si ella estaba embarazada y ese hijo era suyo, entonces debía confesarle la verdad inmediatamente. Pensó en Yago durante un instante y sintió bronca. Después hablaría con él.

—¡Alins! —dijo casi en un grito, pero ella volvió a silenciarlo con una mano alzada. Luego la dejó caer de nuevo en su regazo junto a la otra.

—Es un hombre de honor —aclaró Alins. Dante intentaba serenarse respirando hondo y escuchándola—. Ha aceptado su parte de responsabilidad, y me acompañará en todo el proceso.

Dante estalló al fin.

—¡Es un hijo de puta!

Alins alzó sus ojos castaños asombrada e indignada a la vez.

—¡Cómo se atreve a insultarlo!

Dante pegó su espalda al sillón de piel e intentó normalizar su respiración. Alins había endurecido sus ojos ante su estallido.

—Tengo que decirte algo muy importante —necesitaba tutearla. Ya se había ido al demonio la relación paciente-psicólogo hacía mucho tiempo.

—No, no soy capaz de aceptar una crítica, no viniendo de ti —Alins lo interrumpió y también había decidido cambiar al tuteo.

A él no le importaba si ella quería oír o no. Tenía que decirle la verdad a como diera lugar. Por más hiriente que fuera.

—Aquella noche... —comenzó. El timbre de la puerta quedaba al cuarto inaccesible les hizo dar un respingo a los dos—. Aquella noche, Alins... —Dante volvió a intentarlo, pero la estridencia del timbre de la puerta trasera lo aturdía y no lo dejaba meditar sus palabras.

Con una maldición, decidió ir a ver quién llamaba.

Su cuñada Ángela y su hermano Uriel estaban del otro lado. Dante cerró la puerta que comunicaba el consultorio con el cuarto inaccesible y los hizo pasar. Volvió a la consulta sin decirles nada. No le importaba si había quedado con ellos para cenar a las nueve de la noche, ni que ya fueran las nueve y diez. Solo pensaba en Alins. Volvió a donde estaba ella y trabó la puerta que daba acceso al cuarto inaccesible.

—Se ha terminado nuestra hora —dijo ella y buscó en su cartera el dinero para pagar.

—¡Tú no te mueves de ahí! —le ordenó Dante.

Alins se levantó con rapidez. No entendía ese cambio de humor en Dante, pero algo le decía que lo mejor era irse de allí.

Ángela y Uriel habían quedado encerrados y daban golpecitos en la puerta mientras llamaban a Dante, que hacía caso omiso de su presencia.

—¡Siéntate! —le gritó a Alins.

—¡No te permito que uses ese tono conmigo!

—Vas a escuchar todo lo que tengo que decirte de una vez. Es importante. Para ti y para mí.

Cuando Alins, intrigada por las palabras de él, volvió a sentarse, los golpes en la puerta se intensificaron; se volvieron violentos.

Alins supo que no quería estar allí. Dante estaba fuera de sí y maldecía a la puerta y a quienquiera que estuviera del otro lado.

—Tengo que irme. Mi tren sale dentro de veinte minutos.

—Te llevo hasta tu casa. No importa. Es imperioso que hablemos —su voz parecía la de alguien que estaba suplicando.

Los golpes en la puerta lo cubrieron todo. Dante se mesó el cabello y le pidió un segundo a Alins.

—Tengo que irme.

Fue lo último que dijo ella. Luego salió rápidamente, sin que Dante pudiera alcanzarla. Resignado, abrió la puerta del cuarto inaccesible y dejó pasar a su cuñada y a su hermana.

—Disculpa. No sabíamos que estabas con alguien —dijo Ángela en nombre de los dos—. Nos preocupamos porque nos dejaste a oscuras y encerrados.

—Ya está —dijo Dante y aceptó, a su manera, las disculpas que le ofrecía su cuñada.

—¿Era una paciente? —preguntó Uriel.

—Lo fue en algún momento. Ahora solo espero volver a verla.

Alins salió corriendo de la sala de consulta, atravesó la de espera y bajó por las escaleras. Cuando llegó a la calle, una bocanada de aire la reanimó. Comenzó a caminar hacia la estación de tren. Se dio cuenta de que tenía el dinero en la mano. No le había pagado la sesión.

CAPÍTULO 14

Alins se negaba a atenderlo y Dante estaba al borde de la desesperación. Desde hacía tres días estaba intentado por todos los medios dar con ella. Nunca estaba en su casa. Incluso fue hasta allí una vez sin resultados. Después de tocar el timbre insistentemente, una París nerviosa se asomó y, sin siquiera saludarlo, le dijo que su madre no estaba y que no sabía cuándo regresaría.

Había recorrido todas las galerías de la ciudad con la esperanza de dar con ella, y su búsqueda había resultado inútil. Se había vuelto tan escurridiza como un pez.

Para colmo de males, Yago lo había invitado a una fiesta en la casa de su padre, y Dante no quería enfrentarse a él sin antes haber hablado con Alins.

Soltó el pie del acelerador al llegar a una curva cerrada. La casa de su padre se encontraba en Altea, en lo alto de una colina escarpada donde se congregaba la élite de la gran ciudad. Dante detestaba la opulencia: esas monstruosas casas que no guardaban ningún orden ni armonía con el entorno, que salpicaban el paisaje de aberraciones inmobiliarias.

La casa se encontraba abierta y con las luces encendidas. Se escuchaban risas que llegaban desde el salón. Dante sintió una cierta agresividad: no soportaba las fiestas. Había querido negarse, pero Yago lo había invitado en tono conciliador, y Uriel le había insinuado lo buena que sería su presencia allí, su padre le había pedido que asistiera y, por último, su abuelo se lo había ordenado. Así, en riguroso orden, uno tras otro lo habían llamado. Dante se bajó del vehículo con rapidez y dirigió los pasos hacia la casa. Pasó de largo la piscina iluminada. Entró por la puerta de servicio y subió las escaleras hasta la planta que albergaba la biblioteca. Necesitaba un poco de soledad antes de enfrentar a su familia, en especial a Yago. Después de unos minutos, decidió sumarse a los festejos. Bajaba los peldaños de la escalera con celeridad cuando Uriel llegó hasta él con una amplia sonrisa en la boca.

—¡Llegas tarde! —lo amonestó.

—La gran tragedia de mi vida —respondió resignado.

—Te estamos esperando.

El ánimo alegre de su hermano lo contagió.

—Espero que esta vez no me hayas preparado ninguna broma. En especial, ninguna con zapatos.

Uriel volvió a reír mientras le pasaba el brazo por el hombro. Juntos cruzaron el vestíbulo y la biblioteca que tenía las amplias puertas que daban al salón abiertas de par en par. El bullicio lo tomó un tanto desprevenido. Había muchos rostros que no conocía.

—¡Aquí llega la oveja negra de la familia!

La alusión de su padre le hizo alzar una ceja. Todos los rostros se borraron

cuando sus ojos se toparon, precisamente, con la causa de su insomnio. La tenía delante, después de días de buscarla, al fin la tenía delante. Alins abrió los ojos desmesuradamente cuando se percató de quién había entrado junto a Uriel. Se tensó inconscientemente. ¿Por qué la miraba de esa forma tan extraña?

—Dante permite que te presente a...

Dante cortó a su hermano Yago con brusquedad. El muy hipócrita se dirigía a su encuentro, llevando a Alins de la mano hacia él.

—Ya nos conocemos —fue la seca respuesta.

—No sabía... —Alins había perdido la voz.

El silencio se hizo patente e incómodo.

—La conocí una tarde en la puerta del edificio en donde tienes el consultorio. Fui para recordarte el cumpleaños del abuelo —aclaró Yago sin que la sonrisa abandonase sus labios.

—¿Por qué no me dijiste...? —Alins se volvió hacia Yago, pero dejó la pregunta sin terminar.

Ricardo decidió tomar las riendas del asunto:

—¡Qué cosas tiene la vida! Resulta que ya os conocíais —lo había dicho como si fuese algo que carecía de importancia.

—No me digas que tú sabías de la relación de Alins conmigo y nunca le dijiste que eras mi hermano. —Yago impuso a la frase un ligero tono de acusación cariñosa.

—Nunca se mencionó tu nombre en nuestras citas. Solo me contó cosas de un hombre con el que se veía. Como profesional uso el apellido de mamá, por lo que ella no podía relacionarnos.

Alins suspiró con un alivio momentáneo. Sin embargo, la tranquilidad se esfumó de inmediato. Todo era tan complejo: su psicólogo era el hermano de Yago. Todo resultaba tan repentino y sorprendente.

—¡Pero es maravilloso! —la voz de Isobel hizo que Dante apretara los puños a sus costados—. Esta coincidencia facilita las cosas.

Dante le lanzó una mirada asesina a su hermano menor: había caído en la trampa cuidadosamente entretejida. Todos creían que él no iba a hacer ningún escándalo delante de ella. ¡Qué equivocados estaban!

—¡Necesito hablar un momento contigo, Alins! —dijo Dante y ella se dio vuelta y lo miró con la sorpresa pintada en el rostro.

—Este no es el momento, hijo, estamos en medio de una celebración.

La inoportuna interrupción de su padre lo alejaba cada vez más de ella. Dante se resentía por momentos.

—¡Disculpadme! Necesito hablar con mi paciente ahora.

Alins ahogó una exclamación cuando Dante la asió de la mano y la condujo con cierta brusquedad hacia uno de los dormitorios de la planta superior. Ella lo siguió más por no hacer un escándalo que porque quisiera hacerlo.

—¡No hasta después del brindis! —Yago la interceptó antes de alcanzar el primer escalón.

Dante fulminó a su hermano con la mirada. Yago lo desafió. Alins no comprendía nada y, en medio de esa batalla de voluntades, el abuelo decidió que ya se había perdido demasiado tiempo.

—Muchacha, deja a estos dos pollos y vente con un verdadero gallo. Lo que tenga que decirte uno u otro tendrá que esperar hasta más tarde.

Dante contempló consternado cómo su abuelo se llevaba a Alins sin que él pudiese hacer nada al respecto. Hizo amago de seguirla, pero Yago lo detuvo.

—Dante, por favor. No hagas una escena de la que luego es posible que te arrepientas.

—¿Cómo puedes manipularla así? —le preguntó lleno de ira.

—Sencillo: hago lo mejor para ella.

La respuesta lo irritó aún más:

—¡Debería partirte la cara!

—Esta noche tendrás que decidir si le destrozas la vida o no —dijo Yago y sonó como una amenaza. Luego continuó conciliador—. Mírala cuando esté conmigo. Si aún así crees que no me ama, lo aceptaré.

La vacilación de Dante fue todo lo que necesitaba Yago.

—¡Aún tengo una conversación pendiente con ella!

Su hermano negó con la cabeza.

—Sabes que no te lo voy a permitir.

—¡No puedes impedírmelo!

—Entonces demostrarás lo egoísta que eres y lo poco que te importa su felicidad. —Las palabras duras que había dicho se clavaron como dardos venenosos en Dante—. Nuestro parentesco ha quedado aclarado satisfactoriamente. Deja que los acontecimientos sigan su curso. Es todo lo que te pido.

Dante miró a su hermano entre la duda y la ira sin saber cuál de los dos sentimientos saldría ganando.

—¡Pides demasiado!

—Eres tú el que trata de ponerse en una posición ventajosa con respecto a ella.

—¡Pero es que tengo esa ventaja!

—Hermano, la quiero para mí, y haré lo que sea necesario.

Yago se dio media vuelta sin esperar a que su hermano lo siguiera. Dante se mesó el pelo en un estado salvaje de agitación. Todos se habían aliado para manipularlos a los dos. Ella seguía en la ignorancia más absoluta, y él, de momento, tenía que tragarse la retahíla de insultos hacia sí mismo y hacia todos.

Volvió sobre sus pasos hacia la sala y apuró dos vasos de whisky. No quería hablar con nadie. Y con quien sí quería hablar, no estaba allí.

CAPÍTULO 15

Alins sentía una opresión en el estómago. La situación se había vuelto demasiado incómoda, y ella no estaba acostumbrada a guardar las formas de esa manera tan artificial.

¿Por qué se sentía Dante tan ofendido de verla entre su familia? Ella no tenía la culpa de que Yago hubiese resultado ser un familiar cercano. ¿Por qué no se interesó en saber más cosas sobre su familia? Ahora pagaba las consecuencias. Se sentía avasallada y sin comprender del todo el cosquilleo intranquilo que le había producido verlo allí. ¿Por qué tenía ese empeño en hablar con ella? ¿Deseaba advertirle sobre qué? ¿La consideraría inferior para entrar a formar parte de la familia? ¿Le importaría a ella eso? Tanto el padre como el abuelo se habían mostrado encantados. Entonces, ¿por qué le importaba tanto la opinión que pudiese tener el al respecto?

Había sido una sorpresa saber que eran hermanos, pero ella en ninguna sesión había revelado el nombre de la persona con la que se veía, tan solo la forma en la que lo había conocido.

Todo se complicaba cada vez más.

Tener a Dante como familiar político iba a resultar muy difícil. Le había llegado a contar cosas muy íntimas sobre ella y, cada vez que lo mirase, sería un fiel recordatorio de lo vulnerable que estaría en su presencia. Estaba en clara desventaja y no llegaba a descifrar el persistente malestar que sentía.

No encajaba en ese ambiente. Con solo ver la casa, se había dado cuenta de que Yago pertenecía a otro mundo que no era el suyo. Su familia nadaba en dinero y ella en recibos que se acumulaban. Un escalofrío la recorrió por entero, pero sacudió su cabeza: había dado un paso y debía ser consecuente.

—Parece que no disfrutas de la velada. —Alins volvió la cabeza hacia Ángela, la cuñada de Yago, y le ofreció una sonrisa.

—Me siento fuera de lugar —Ángela la miró de arriba abajo en un escrutinio concienzudo, pero no ofensivo.

—Logras que el resto de las mujeres resultemos sobrecargadas.

Alins jamás hubiese esperado palabras de ánimo. Volvió a mirar su atuendo, era el mejor que tenía. Gracias a Dios que le había hecho caso a su hija para comprarlo aquella vez que visitaron la tienda de *Carolina Herrera*. El precio aún rebajado resultaba exorbitante, pero su hija había insistido tanto que no pudo negarse a complacerla. La prenda tenía buen corte y la calidad de la tela era excelente. Se había colocado en los pies los únicos zapatos decentes que reservaba para las exposiciones, y la blusa de seda blanca le aportaba un toque de elegancia al conjunto. Se veía medianamente aceptable.

—¡Gracias!

—Lo verdaderamente bello emana de ti sin que te des cuenta.

El tuteo la había sorprendido. Miró a la mujer que le ofrecía una sonrisa cálida.

—Es el cumplido que desea escuchar toda mujer —dijo Alins y le devolvió la sonrisa.

—Soy mujer. Sé qué es lo que desearía escuchar en una situación así.

Ella le siguió el juego. Buscó con los ojos a Yago, pero no lo vio por ningún sitio. Sí veía con total claridad a Dante parado en el mismo sitio y vaciando vasos de licor a medida que el camarero pasaba. La ponía nerviosa con sus miradas insistentes ahora que había reaparecido.

—¿Y qué deseo escuchar en este momento? —Ángela la estudió un momento:

—Que todo va a salir bien y que el paso que has decidido dar es el adecuado — Alins volvió sus ojos con rapidez, porque eso exactamente era lo que necesita oír—. ¿Desde hace cuánto te trata Dante?

Alins dudó antes de responderle.

—Unos cuatro meses más o menos.

—Confío que tu neurosis no sea permanente como la mía.

Ella rió a su pesar.

—Solo algunos miedos irrazonables que, imagino, tienen todas las mujeres.

—Debe de haberte resultado toda una sorpresa descubrir que tu psicólogo es hermano de tu novio.

Alins entrecerró los ojos mientras escuchaba.

—Creí, al principio, que vivía en el edificio, no se me ocurrió pensar en nada más, porque, sinceramente, importaba bien poco. Nuestras conversaciones suelen versar sobre nosotros, no sobre la familia.

Alins no esperaba que Ángela le tomara afectuosamente la mano.

—¿Por qué seguimos esperando aquí? —preguntó nerviosa.

—Hay que hacer tiempo para la hora de la cena.

Alins casi tartamudea:

—Pero si son cerca de las diez de la noche —dijo asombrada.

—Aún falta una hora para el primer plato. Nunca se debe comenzar antes de las once ni después de las doce.

—En una hora más estaremos todos como borrachos —comentó incrédula.

—Es lo mejor. Por si la comida no está a la altura —dijo Ángela y Alins volvió a reír.

—¿Dónde está Yago? —siguió buscándolo con la mirada.

—Imagino que hablando con su abuelo en la biblioteca.

Alins no llegaba a comprender por qué la había dejado sola.

—Necesito ir al baño, serías tan amable de...

—Yo te llevaré —intervino bruscamente Dante.

No esperó una negativa de ella ni un consentimiento de su cuñada; la asió con

firmeza del codo y la condujo entre el laberinto de habitaciones hasta las escaleras traseras. Alins sabía que la casa era enorme, pero no comprendía por qué la apartaba de todos.

—¿Vas a llevarme al baño o a meterme en un laberinto?

Él no le contestó. Siguió guiándola en silencio. Llegaron a unas escaleras que conducían a la bodega o eso le pareció.

—Necesito hablar contigo.

—Y yo necesito ir al baño —replicó.

—Donde te llevo hay un pequeño aseo que se usa para no tener subir cuando estamos lavando las botellas.

Entonces había deducido bien: la llevaba a la oscura y tenebrosa bodega.

—Esta casa es inmensa —intentó conversar mientras seguían bajando las escaleras.

Alins pensó que, si seguían bajando, iban a llegar hasta la playa.

—Ahí, en ese pequeño cuarto, está el aseo. Te espero aquí.

Ella no pudo ver bien la habitación, porque la luz era muy tenue. Hizo lo que tenía que hacer y se adecentó un poco. Cuando volvió de nuevo a salir, él se encontraba en la misma posición que cuando entraron, pero había cerrado la enorme puerta.

—No pensaba escaparme —soltó con humor.

—Ni yo te lo iba a permitir.

—Estás muy susceptible.

—¿Qué yo...? —Dante bufó incrédulo—. ¿No vas a casarte con mi hermano!

Alins se quedó parada, con la vista fija en sus ojos que chispeaban, ante esas palabras dichas intempestivamente.

—¿Y por qué divina orden no iba a hacer algo así?

—Antes debes saber una cosa sobre Yago.

Alins se tensó un momento antes de preguntar:

—¿Está loco? ¿Tiene una enfermedad terminal? ¿Es un asesino? ¿Un narco? —la ironía de sus preguntas era una forma de mostrar su enfado.

Dante negó a todas y cada una de las preguntas.

—¿Entonces?

—Te ha mentado.

La aclaración casi la saca de sus casillas.

—Lo sé —respondió algo azorada.

—Tengo que mostrarte algo.

—¿Ahora? —preguntó completamente estupefacta.

Los ojos de Alins se abrieron de forma desmesurada, cuando vio que él sacaba un pañuelo del bolsillo y caminaba hacia ella con dudosas intenciones.

—¿Qué haces? —preguntó.

—Darte una razón.

El corazón de Alins había comenzado a dar saltos mortales.

—¿Una razón? —volvió a preguntar tan sorprendida como recelosa.

—La razón por la cual no puedes casarte con mi hermano.

Dante llegó hasta Alins. Ella dio un paso involuntario hacia atrás, pero él siguió en su persecución hasta que la atrapó contra la pared. Con una mano le sujetó la cabeza, mientras ella negaba entre jadeos.

—Necesito que confíes en mí.

"¿Qué pretende con ese pañuelo?", pensaba Alins, pero dijo:

—¡Esto no es una buena idea!

Seguía dando manotazos para impedir que él le vendase los ojos con el pañuelo.

—No voy a hacerte daño. —Le susurró para tranquilizarla.

—Eso le decía mi madre al conejo antes de cortarle el cuello para después cocinarlo —respondió ácida.

—¡Alins! —la amonestó—. Prometo no cocinarte.

—¡Es que no acierto a comprender por qué me quieres tapar los ojos! —dijo, rebelde.

—Confía en mí. Por favor.

La súplica le hizo bajar los brazos sumisa. Permitted que le vendara los ojos con la seguridad de que, de todos modos, vería algo. Se equivocó: la escasa luz no le permitía ver a través del pañuelo. Lo que sí le llegó fue el fuerte aroma que desprendía y esa sensación conocida la llenó de aprensión.

Dante la iba dirigiendo por la sala con cautela.

—Necesito que te sientes sobre mis rodillas —Alins había comenzado a protestar como una posea—. Prometo no hacer nada que te incomode. Tu bienestar es lo primordial para mí.

Ella terminó por sentarse sobre sus rodillas. Con sus fuertes brazos la fue atrayendo hacia sí y con sus labios comenzó a susurrarle palabras al oído. Alins no supo cuándo cesaron las palabras y comenzaron los besos: estaba tan paralizada por la sorpresa que abrió la boca y lo besó como un acto reflejo.

La lengua de él se deslizó con tremenda suavidad en su interior. Alins había dado un respingo involuntario, aunque terminó perdiéndose en la sensación que le provocaba su sabor. Dante tornó el beso profundo y completo: iba saboreándola y descubriéndola recodo a recodo. Bebía sus jadeos uno a uno. Alins ahogó un gemido ante lo inesperado del deseo que la invadió. Subió fieramente por su estómago y salió por su garganta quemándola. Recordaba esa forma de besar. Le costaba aceptarlo, pero la recordaba.

¡Qué demonios le estaba haciendo!

La mano de él había descendido por el escote de su blusa y la había abierto. Dejaba un reguero de fuego allí por donde pasaba. Debía detenerlo, lo sabía, pero se

estaba perdiendo en las sensaciones deliciosas que le provocaba. Dante se apoderó de un pecho y ya no lo soltó: jugó, pellizó y acarició su contorno de forma sensual. Alins se abandonó hacia atrás. Cuando la boca recorrió la base de su cuello para detenerse en su oreja, le produjo una descarga eléctrica que la dejó atontada.

—"No puedes verme, porque yo lo he decidido así; y no puedes hablar, porque me has hecho una promesa." —Alins se tensó como una cuerda: reconocía sus propias palabras.

¡Las había dicho en la *limousine*!

—"No tienes elección. La tuviste cuando te hice llegar mi mensaje, pero ahora es tarde para arrepentirse." —Dante siguió recordándole aquel momento.

Alins se levantó de golpe y se arrancó el pañuelo con violencia. Lo taladró con ojos empañados del más absoluto asombro. Mil imágenes acudieron a su cabeza. Ella trataba de ordenarlas, aunque sin éxito. Dio dos pasos hacia atrás sin poder emitir ningún sonido. No podía darle un sentido a sus pensamientos. Comenzaron a golpear la puerta que él había cerrado con llave. Dante se levantó y fue hacia Alins que retrocedió hasta que su espalda tocó el botellero que alcanzaba el techo. Estaba tan aturdida como confusa. Seguía teniendo la blusa abierta y se miró como si no supiese el motivo por el que la tenía desabrochada. Cerró los botones apurada, con excesiva brusquedad.

CAPÍTULO 16

Dante miró sus ojos acusadores, cargados con la más fría incertidumbre. Había tomado el camino más corto, pero, durante una milésima de segundo, evaluó si esa imprudencia no le iba a resultar muy cara.

—¡Yago te ha contado! ¿Cómo ha podido?

El nudo de la garganta le impedía seguir hablando. La traición y la vergüenza se pasearon por su rostro en partes iguales.

—Yago no me ha dicho absolutamente nada —fue su escueta respuesta.

—¿Y entonces?

Alins no comprendía nada: si Yago no le había dicho nada a su hermano, entonces, ¿cómo sabía lo que sabía? Abrió los ojos horrorizada. Se tapó la boca para ahogar un grito y trató de contener el llanto que pugnaba por salir por sus ojos. ¡No podía ser cierto! Los ojos de él le dijeron la verdad sin necesidad de pronunciar palabra alguna.

—¿Por qué? —fue lo único coherente que atinó a decir mientras intentaba contener los temblores.

Dante hizo un amago de acercarse, pero ella con una mano alzada se lo impidió.

—Creí que me citabas a mí. Tu nota llegó hasta mí casa. Creí que necesitabas ayuda y no lo dudé ni un momento.

Alins movió sus ojos confusos.

—¿Cómo? —pero no hizo falta que él le respondiera. Ya tenía la respuesta. Alins quería desaparecer, que se abriera el suelo y se la tragara. Sin embargo, seguía allí a su pesar—. ¡Dios mío! ¡No puede ser cierto!

Se tapó el rostro con las manos, aunque no pudo impedir que el rubor aflorara a través de sus dedos temblorosos. Era tanta su humillación, que recobrar su orgullo le iba a resultar imposible. La puerta de la bodega se había abierto al fin. Yago bajaba los peldaños con furia determinada. Alins parecía ausente, mientras intentaba entender cómo había pasado todo aquello. Se sentía incapaz de pensar con calma. Estaba hecha un mar de lágrimas y, lo peor de todo, no podía sentir nada, salvo un profundo vacío en el que caía sin remedio.

Subió los ojos al rostro de Dante intentado convencerse de que todo era un error, de que nada había sucedido como temía. La confirmación que él le daba con lo adusto de su gesto la asustó. Volvió a taparse la boca ante la necesidad imperiosa de ponerse a gritar.

Yago solo tuvo que mirarla un momento para saber el desenlace de la excursión de Dante con Alins al baño. Sus amenazas habían resultado vanas: su hermano había hecho todo a voluntad como siempre. El rostro desencajado de ella lo preocupó. Estaba completamente pálida.

—¿Qué has hecho? —la pregunta de Yago consiguió sacarla de su aturdimiento.

Regresó al presente con un espasmo doloroso. Miró a ambos hermanos con la pregunta de quién era más culpable: si el que había callado o el que había omitido. Fue incapaz de decidir quién le producía más furia en ese momento.

—Lo que tendría que haber hecho cuando me subí a aquel maldito coche.

Alins le dedicó una mirada cargada de desprecio.

—¿Por qué no lo hiciste? —le preguntó mordaz.

—Me arrancaste una promesa con una invitación, ¿recuerdas? —le respondió calmado.

Alins inspiró con profundidad. ¿Pretendía echarle la culpa a ella? ¿Después de todo?

—La invitación no era para ti.

Dante entornó un poco los ojos.

—Pero fui yo el que la recibí.

Alins deseaba arrancarle esa flema de autocontrol. Quería no le hablara como un psicólogo, sino como un hombre. Ella estaba a punto de derrumbarse y él no se había despeinado siquiera.

—Estabas en el lugar y en el momento equivocados —dijo Yago, y los dos volvieron sus ojos hacia él.

—¿Tú lo sabías? —preguntó ella.

Yago no tuvo más remedio que asentir. Alins caminó hacia él con determinación en sus pasos. Una vez que lo tuvo al alcance le soltó un bofetón cargado de ira. Yago esperaba esa reacción.

—¿Sabías y callaste? ¡Maldito cabrón! —Dante hizo amago de ir con ella, pero Alins lo detuvo con una mirada pétrea.

—A ti no puedo abofetearte —hizo una pausa—. Me repugnas demasiado hasta para eso.

Alins comenzó a subir las escaleras y dejó en cada escalón un fragmento de su orgullo herido, aunque que no le importó.

—¿Lo has estropeado todo!

La acusación de Yago traía a Dante sin cuidado. Sus ojos seguían el ascenso de ella por las escaleras.

—He hecho lo correcto —fue su escueta respuesta.

—¿Lo correcto? —preguntó Yago hastiado—. Has inclinado la balanza a tu favor —le espetó dolido—. Pero aún no he dicho mi última palabra y te vas a sorprender mucho.

Yago comenzó a subir por la escalera con rapidez. Dante hizo lo mismo, pero con más energía.

Alins se ahogaba. Intentó respirar con fuerza para tratar que el aire circulara por sus pulmones. Había sentido un golpe, aunque no un golpe físico. Era, en todo caso, un

golpe contra su estado emocional.

Se sentía incapaz de decidir qué paso debía dar a continuación, qué hacer, con qué descargar su furia que era tanta.

Cómo dolía: la confesión había penetrado por cada uno de sus poros quemándola como brea ardiente. Necesitaba irse de inmediato, pero ignoraba en qué lugar de la casa estaba. El ascenso le resultaba desconocido. Sus rodillas temblaban, y no le quedó más remedio que apoyar su espalda contra la pared. Una arcada había subido desde su estómago a su garganta y había quedado atrapada allí. Inspiró varias veces intentando recuperar las fuerzas. Decidió volver, sin embargo, escuchó los pasos de Yago y Dante subiendo. Quiso escapar y fue hacia arriba. Iba a vomitar si no conseguía salir a la calle. Detuvo sus pasos indecisa. Miró a izquierda y a derecha. ¡Odiaba aquella casa! Tropezó y comenzó a caer hacia atrás. Manoteó en el aire buscando algo a que aferrarse, pero su esfuerzo fue inútil y cerró los ojos vencida.

No podía levantar la cabeza. Parecía que le habían partido el cráneo por la mitad. Los ojos le pesaban de tal manera que creyó que sus párpados estaban hechos de granito. Inspiró profundamente para infundirse ánimos y abrió los ojos lentamente. La luz la cegó y contempló un rostro de alguien que se había inclinado sobre ella.

—Te has dado un buen golpe —la voz de su hija la trajo de vuelta al presente.

—¡Me duele todo!

La sonrisa de su hija la ayudó a reponerse.

—Pero caíste en blando. Has tenido mucha suerte.

Alins se incorporó en la cama y se sentó. Aguantó como pudo el mareo que la sacudió en ese momento.

—¿Dónde estoy? —preguntó mientras se masajeaba la frente.

—En casa de los Monster.

Alins se mordió el labio inferior intentado contener un gemido.

—¿Qué haces aquí?

Su hija le colocó un rizo detrás de la oreja.

—Afortunadamente, mi nombre estaba en tu teléfono móvil.

La madre frunció el ceño.

—¿Te han llamado con mi propio teléfono?

—Se supone que en él tienes todos tus contactos, los datos de tu casa y de tus familiares más cercanos.

Era tan simple que la convenció. Entonces contó lo que le había pasado:

—Me caí por las escaleras.

Su hija resopló incrédula:

—Caíste sobre Yago, y él sobre Dante. Has armado una buena: casi les rompes la crisma a los dos.

Alins no podía ni siquiera sonreír sin que le doliese.

—¿Están peor que yo? —París negó con la cabeza.

—Son hombres —hizo una pausa—. Tienen demasiado aire en la cabeza como para hacerse daño. —Alins quiso reprenderla por sus dichos, pero la situación no ameritaba una reprimenda—. ¿Qué te pasó? —preguntó París.

—Tenía ganas de vomitar y, en mi prisa por salir a la calle, tropecé. No pude agarrarme a nada y caí como un saco de cebollas —París rió al imaginarse a su madre de la forma en la que se describía—. Tenemos que irnos —ordenó la mujer.

París negó con la cabeza.

—El médico ha dicho que debes descansar.

Ella no le hizo el menor caso.

—No me voy a quedar aquí, y es mi última palabra.

Su hija volvió a reír.

—Dudo que quieras salir en camisón.

Hasta ese momento, no se había percatado de que no llevaba su ropa puesta, ni sus zapatos, ni el moño que tan cuidadosamente había elaborado.

—¿Qué ha pasado con mi ropa? —su hija alzó los hombros.

—Cuando me trajeron aquí, solo emitías gruñidos como un animal dormido.

Alins la miró con una advertencia que perdió toda autoridad luego del gesto de dolor que la acompañó.

—¿Quién te trajo?

—Tu psicólogo, ese señor tan guapo que parece un modelo de revista, y que...

—Alins la cortó de inmediato.

—¡Suficiente! —París le hizo caso en el acto, algo inusual en ella, pero el momento lo requería—. Tengo que encontrar mi ropa. —Alins comenzó a buscar con la mirada.

—Para lo que vas a hacer no necesitas la ropa.

Alins se volvió rápido y tuvo que cerrar los ojos por el mareo. Dante estaba apoyado en el marco de la puerta y había intervenido en la conversación.

—Y tanto que la necesito —dijo Alins y él alzó una ceja con extrañeza.

—Debes estar en observación durante veinticuatro horas: órdenes del médico.

Ella se asió al poste de la cama, no se había dado cuenta antes de que tenía postes, luego le respondió:

—Estaré en observación, pero en mi casa, con mi hija. Y es mi última palabra.

Seguía con la vista buscando su ropa sin encontrarla.

—Una caída como la tuya puede tener consecuencias.

Alins no lo miró siquiera. Vio su ropa doblada en una silla cercana al armario y sus zapatos. Necesitaba salir de allí cuanto antes.

—¡No puedo quedarme aquí!

—Descansa al menos hasta mañana.

Alins negó con la cabeza lo que le hizo dar un pinchazo en el cuello. Se dejó

caer en la cama de nuevo y volvió a cerrar los ojos.

CAPÍTULO 17

Se había esfumado el dolor de cabeza, y la música iba llenándola poco a poco hasta que sus sentidos se despertaron por completo. Reconoció la melodía, "Un bel di vedremo", el aria de *Madama Butterfly*, la que más le gustaba a ella y su hija lo sabía. Abrió los ojos apenas para comprobar si la luz podía dolerle o no. Se dio cuenta de que estaba todo muy oscuro. Se incorporó y no sintió ningún mareo ni molestia. Miró el arcón que estaba a los pies de la cama y vio su ropa pulcramente doblada y limpia. Bajó los pies al suelo y se sentó para levantarse.

—Me alegro de que ya estés mejor.

Alins no pudo evitar un respingo involuntario. Yago se encontraba sentado en un sillón entre el enorme armario y el escritorio, y era el que le había hablado.

—Es hora de que me vaya —replicó con acidez.

—Antes debemos conversar —ella negó con un gesto bastante elocuente mientras seguía escuchando la melodía de fondo.

—¿Es un CD? —preguntó curiosa.

Yago negó con la cabeza.

—En cuanto tu hija vio el piano de cola, no la hemos podido despegar de allí. Nos ha estado torturando sin tregua —Alins sonrió a pesar suyo. París adoraba los pianos—. No está sola, Dante está con ella. —Yago parecía haberle leído el pensamiento.

—¿Tu hermano también toca? —él asintió.

—Todos estudiamos piano de pequeños, pero Dante es el único que sentía fascinación por tocar. Él quería ser músico, pero nuestro padre se opuso y no le quedó más remedio que estudiar exactamente lo mismo que Uriel y que papá.

Alins comprendió en esas palabras muchas cosas.

—¿Pintas? ¿O también es mentira? —le preguntó a Yago que se puso de pie y se acercó a ella.

—Cada uno de nosotros tiene una habilidad artística diferente: Dante la música, Uriel escribe, yo pinto —Alins chasqueó la lengua—. Seguimos teniendo una charla pendiente.

—Pero yo no deseo tener esa charla —le contestó terca.

—Mis sentimientos siguen siendo los mismos —dijo él.

—Pero los míos han cambiado, y de qué forma —siguió ella.

—Entonces Dante ha ganado.

Alins abrió la boca y la cerró. La volvió a abrir salvo que ningún sonido salió por ella hasta unos instantes después:

—Para vosotros todo se convierte en una competición. Lo único importante parecer ser quién gana —declaró enfadada—. No importa si se hieren sentimientos, si

se destruye la voluntad de una persona. No, lo verdaderamente importante es quién pasa por encima de quién.

—Estás completamente equivocada.

Alins lo miró con dureza.

—¿Sabías quién era yo cuando me viste entrar al edificio donde tiene tu hermano la consulta?

Yago negó con la cabeza y lo creyó por un instante. Luego comprendió que también le mentía en eso: ella le había contado en el primer encuentro que hacía terapia y que en ese edificio tenía la consulta su psicólogo. Y Dante era el único en esa especialidad allí. Era obvio que Yago sabía que era paciente de su hermano al momento de topársela en la calle. La furia la invadió, pero decidió serenarse y seguir indagando:

—¿Tu hermano sabía de tu interés en mí? —Yago asintió.

—Me advirtió que te dejara en paz.

La respuesta fue inesperada para Alins.

—¿Por qué no lo hiciste?

—Me sentía realmente interesado en nuestra relación.

Pensó que exageraba.

—¿Una mujer viuda con una hija de catorce años? Inaudito.

—Admito que no eres la más hermosa de las mujeres —comenzó él.

—¡Gracias! —le espetó ella dolida en su vanidad, aunque era consciente de la veracidad de esa afirmación.

—Disculpa mis palabras; no pretendía ofenderte. —Alins aceptó la disculpa—. Destilas dulzura por cada poro de tu cuerpo.

—¿Crees que vas a ablandarme con zalamerías? —le respondió seca.

—Tú me has preguntado por qué. Yo solo trato de responderte. —Ella continuó callada—. No eres muy alta —calló un momento como si tuviera que elegir las palabras—. Tienes la medida exacta para que un hombre sienta que puede protegerte. Posees una personalidad arrolladora: confiada y alegre, una combinación que nos resulta explosiva a los hombres.

—Ya lo has dejado claro —lo cortó seca.

—No tenía ni idea de que mi hermano también estaba interesado en ti.

Alins se mostró escéptica.

—Nunca mostró indicio alguno sobre eso.

—Dante es único, un maestro, escondiendo sus sentimientos.

—Su interés, en caso de que lo hubiera, estaba fuera de lugar.

—No sabes cómo me alegra que pienses así.

—Ya no importa lo que piense, porque ambos estáis descalificados.

—Esto no es un juego. Tú misma lo dijiste.

—Vosotros, los dos, lo habéis convertido en una competición, y yo me he alzado

como único jurado. Estáis descalificados, expulsados, el juego queda declarado nulo.

—No puedo creer que te lo estés tomando a broma.

Alins podía estar tomándose la situación de muchas formas, pero, desde luego, no así.

—¿Y cómo debería tomarme toda esta farsa? —Yago permaneció callado; y ella decidió sincerarse del todo, no dejar ningún cabo suelto—. No te amo como piensas, Yago —la miró con franca sorpresa—. Me gustabas y quería acostarme contigo, pero no te amo.

—Yo no necesitaba acostarme contigo para saber que deseaba unir mi vida a la tuya —dijo él, como si estuviera defendiéndose.

—¿Pensabas proponerme matrimonio? —Alins no podía creerlo: de todos los hombres en el mundo, tenía que ir a parar con un puritano—. ¿Así sin más? ¿Sin conocerme realmente?

—Creía que te conocía.

—¡No me conoces en absoluto!

—Te conozco más de lo que te imaginas.

De nuevo la sospecha la zarandeaba.

—¿Leíste los informes que tu hermano escribía sobre mí?

No hizo falta que respondiera: su cara culpable se lo indicó, y ella no encontró la forma de sujetar su furia.

—¡Luego hablaré con él! ¡Cómo puede hacerle eso a una paciente!

—Dante no tiene la culpa de mi curiosidad. Ser el pequeño de la familia ha hecho que me malcriaran un poco.

Alins iba a contestarle, pero una voz que conocía muy bien se lo impidió. El castigo en forma de pies y manos estaba despachándose a gusto, parecía que con el padre de la familia.

—Haz el favor de decirle a mi hermana que bajaré enseguida —pidió Alins. Yago asintió:

—Seguimos teniendo una conversación pendiente —le recordó.

—Pero será cuando yo lo crea conveniente —respondió, seca.

Yago no sabía qué esperar cuando cruzó el vestíbulo y se dirigió al salón. De seguro que no esperaba encontrarse con ese demonio pelirrojo con ganas de pelearse con quien se le pusiera adelante. La mujer giró con rapidez y lo escudriñó de pies a cabeza con descaro.

—¿Dónde está mi hermana? —su timbre de voz era potente.

—Bajará enseguida —le respondió con calma.

—¿Cómo nadie la ha llevado al hospital para un reconocimiento exhaustivo?

—Nuestro médico es muy competente —fue la seca respuesta de Ricardo—. Creímos, además, que no le haría ningún bien estar horas esperando en la sala de urgencias. —Si Ricardo creyó que con sus palabras frías la iba a amedrentar, se

equivoco.

Yago se dedicó a observarla con detalle: nunca había contemplado semejante carácter en un metro sesenta de altura. El pelo parecía un nido de víboras serpenteantes: podía llevar toda una vida contar los rizos rebeldes. Le recordó a la Gorgona. Tenía los ojos del verde más limpio y transparente que él hubiese visto nunca. La mujer, consciente del escrutinio, hizo una mueca de exasperación.

—¡Tía Sibila!

Yago no se sorprendió del nombre: le quedaba como un guante hecho a medida. La cara de la mujer se iluminó cuando vio a su sobrina que corría hacia ella. El abrazo entre las dos tomó a todos por sorpresa. Dante la seguía con paso renuente.

—Es un placer conocerla, Sibila.

Ella no le correspondió. Lo miraba con una severidad y un desprecio que no quería ocultar.

—¿Cómo está tu madre, Beatriz? —Dante alzó las cejas ante el nombre:

—¿No se llama París? —Sibila miró a Dante con arrogancia.

—Es un mote estúpido, un sobrenombre desafortunado.

Beatriz decidió intervenir, antes de que su tía se ganase que la echasen a patadas. Ese carácter prepotente era un peligro.

—Ese sobrenombre me lo pusieron mis abuelos, y con mucho cariño. Lo sabes de sobra, tía. —Todos guardaban silencio—. Es porque fui concebida en París —aclaró.

Su tía la interrumpió:

—Todo comenzó con una broma del pasado y que sigue hasta hoy —miró a su sobrina—. Menos mal que no fuiste concebida en Ciudad Asquerosa.

—¡Tía! —le recriminó su sobrina mientras hacía una mueca de disgusto con la boca.

El taconeo en el vestíbulo les indicó a todos que Alins se acercaba hasta ellos. Dante la devoró con los ojos a medida que se acercaba: se había dejado el pelo suelto y no iba maquillada, algo que a él le gustaba muchísimo. Adoraba su naturalidad, tan lejos de la superficialidad a la que estaba acostumbrado. Alins no le dirigió la mirada; solo contemplaba a su hermana a medida que avanzaba. Dante sabía que ella necesitaba tiempo. Y tiempo le daría, pero no mucho. Con un par de horas estaría bien.

—¿Qué tal tu vuelo de regreso? —Sibila resopló con hastío:

—Soporífero. Odio esos pequeños habitáculos donde no puedes estirar las piernas.

Yago pensó que era la queja más tonta que había oído en su vida: ese metro sesenta cabía hasta en una caja de zapatos.

—Fíjate —siguió—, tus queridos anfitriones no me han ofrecido ni un vaso de agua.

La queja grosera hizo que Yago la mirase con desdén: cada segundo crecía su antipatía hacia lo que consideró una bruja.

—Una falta imperdonable —intervino Dante.

—¿Nos vamos? —apremió Alins sin darle tiempo a ninguno para invitarlas a que se quedasen más tiempo: estaba deseando salir de allí. Siguió con las preguntas—. ¿Has traído tu coche?

Sibila miró a su hermana mayor fastidiada y comentó:

—Sabes que lo dejé en el mecánico antes de emprender el viaje.

Alins se sintió amonestada. A pesar de los tres años de diferencia, muchas veces parecía que Sibila era la hermana mayor.

—¡Vamos de una vez! —dijeron al unísono Sibila y Beatriz.

Las tres mujeres se despidieron sin dar lugar a que ninguno de los tres hombres que las miraban sorprendidos pudiesen objetar algo. La sala quedó en silencio durante un momento.

—Tenemos que hablar, Yago —dijo Dante.

Su hermano asintió, todavía conmocionado por la visita.

CAPÍTULO 18

Quería pensar. Necesitaba tener la mente ocupada en cientos de cosas para no pensar: regar las plantas, limpiar el patio, doblar la ropa, recoger las cosas tiradas por todos lados. Si tenía las manos ocupadas, la mente seguía el mismo derrotero. Cambió la planta de maceta, aún era un poco pronto para replantarla, pero ella había adelantado el trabajo. Llenó la maceta de terracota cocida con la tierra húmeda, tuvo cuidado de no estropear las raíces y volvió a llenarla con la tierra restante. Aprisionó suavemente los lados y recogió el resto de tierra que había caído en la mesa. Alzó su vista un momento hacia el hermoso patio interior que, aunque pequeño, albergaba una mesa, cuatro sillas y un columpio con un toldo que adoraba. La mayoría de las plantas ya habían sido replantadas, tan solo quedaba una...

—Por lo menos no se te mueren.

Alins volvió la cabeza a la voz de su hermana.

—Las plantas necesitan cuidados, amor y ellas te corresponden con su belleza —le respondió.

—Yo las quiero, pero se me mueren todas y cada una que planto.

—Puedes dar gracias de que no son maridos —le sonrió.

—¡Eso no ha sido gracioso!

Alins miró la forma que tenía su hermana de usar el columpio: Sibila cruzó una pierna sobre otra y comenzó a mecerse con suavidad.

—¿Cómo has podido ser tan estúpida?

"No ha me ha dejado contar ni hasta tres", pensó cuando la escuchó.

—Una de las dos tiene que ser la cabeza hueca para que se cumplan las estadísticas —soltó Alins irónica.

Sibila bufó incrédula.

—¡Demonios! Pero qué guapo es —Alins alzó las cejas con un interrogante—. ¿Con cuál te vas a quedar? —quiso saber Sibila.

La pregunta no le hizo gracia en absoluto a Alins.

—Parece mentira que frivolices con algo tan serio.

La reprimenda no surtió el efecto que quería. Alins le hizo un gesto a su hermana para que se moderase, cuando vio que su hija traía una bandeja.

—¡Odio el té! —dijo casi gritando.

Siempre tenía que ser la nota discordante.

—Estás en mi casa, en mi columpio y beberás lo que te ofrezca —Sibila se reincorporó y ayudó a su sobrina a acercar la mesita con la merienda.

—Esta vez te has superado.

—Gracias, tía.

—Me refería a tu madre.

Alins explotó.

—No puedes mantener la boca cerrada, ¿verdad? —preguntó agriamente.

—Tu hija es una persona adulta y te puede ayudar a tomar la decisión correcta

—Alins comenzó a beber de su taza para no tener que replicarle con las palabras duras que su hermana se merecía—. ¿Con cuál de los dos te quedarías, Beatriz? —preguntó Sibila, y Alins tosió estrepitosamente.

Volvió los ojos furiosos hacia su hermana.

—Con Dante, sin lugar a dudas —respondió la chica.

Alins miró a su hija con cautela.

—Pues para vuestra completa información, no pienso quedarme con ninguno.

Tanto tía como sobrina la miraron con un gesto cómico que decía: "¡Estás loca!"

—Yo también me quedaría con Dante, sin dudarlo —afirmó Sibila.

Alins pensó que su hermana se moriría si mantenía la boca cerrada.

—Pero tienes que quedarte con alguno porque vas a tener un bebé, mamá.

Fue Sibila esta vez la que tosió hasta casi descomponerse. Alins miró a su hija con resignación ante lo que se avecinaba.

—De todas las estúpidas redomadas, bobas, pusilánimes, tenía que ser mi hermana.

—Yo también te quiero —respondió Alins con acritud.

—Estamos en el siglo veintiuno. Parece mentira que hayas caído como una jovencita de quince años ante su primer amorío clandestino —Alins siguió tomando el té sin inmutarse—. ¿Acaso se habían terminado los preservativos en el mundo? ¿Habían declarado la píldora ilegal y su uso quedó penado de muerte? —Alins entrecerró los ojos un segundo:

—Me dijo que no podía tener hijos.

Tanto hija como hermana bufaron llenas de aprensión.

—El preservativo no solo es una protección para que no se produzcan embarazos. Podría haber tenido sida, sífilis o gonorrea —le espetó colérica.

—Bueno, reconozco que me precipité. Estaba tan concentrada planeando mi seducción que se me escaparon algunos detalles.

—¿No te diste cuenta de que no era Yago?

Alins miró a su hija con vergüenza. Le daba mucho calor tener que contestar cosas tan íntimas delante de su hija, pero ella ya no era una niña y podía entender.

—Desconecté la luz del interior del vehículo y le vendé los ojos; no le permití hablar; pasé a la acción tan rápido que en el camino me olvidé de preguntarle quién era. Además, yo no imaginaba a otra persona. Nunca supe que esa no era su dirección. Y son hermanos: es decir, son parecidos en su complexión física.

—Vamos, no te engañes: podías haberte acostado con el jardinero y no te habrías dado cuenta —opinó Sibila que sabía escupir veneno—. Cuando descubriste que te habías equivocado de hermano, ¿qué? —Sibila hizo la pregunta sin reparos.

—Casi me muero de la impresión. Me sentí estafada, como si hubiese sido víctima de un juego de ellos dos. Pero me sobrepuse. "A lo hecho pecho", es lo que nos solía decir papá.

—¿Y ahora qué? —volvió a preguntar su hermana.

—Ahora aguantaré el chaparrón cuando venga.

Esa respuesta no convenció a ninguna de las dos.

—Deberías pensar en él, o en ellos. La criatura tiene un padre, aunque tú no lo hayas elegido, y hay soluciones ante estos imprevistos. Conozco una clínica que...

—¡No! —gritó Alins, furiosa.

—Yo tampoco quiero, tía. Es la parte más emocionante de todo este lío. Imagínate: tener en casa un bebé sin las complicaciones del padre.

Alins miró a ambas, indecisa. Afirmaba con vehemencia, pero no estaba tan segura de lo que decía.

—Debes dejar de meterle esas ideas a mi sobrina —dijo Sibila con severidad.

—Esas ideas evitarán que cometa errores garrafales como los que comete la madre —respondió con mordacidad—. Tomé una decisión errónea, lo sé, pero no puedo retroceder —aseveró convencida.

—Hay otra parte implicada que olvidas.

Alins cabeceó pensativa para luego decir:

—No lo olvido. Solo sucede que no puedo considerarlo aún.

—¿Sientes algo por Dante? —preguntó Sibila con cautela.

Su hermana meditó un momento antes de responder:

—Al principio de nuestras citas, atracción inmediata junto con una enorme curiosidad —calló un momento—. Tiene ese gesto de pesar, como si algo lo afligiera permanentemente, pero, aun así, no pierde la sonrisa. Me encantan su seguridad y su aplomo. Sí; en un principio, me afectó físicamente. Tenéis que reconocer que es un hombre imponente, un modelo de revista. Sin embargo, luego, asumí la relación de psicólogo-paciente sin problemas.

—Deberías darle una oportunidad —le recomendó su hija con un hilo de voz.

—¿Qué te hace pensar que la desea? —preguntó con tranquilidad.

—¿Podrías llegar a enamorarte?

La pregunta de Sibila le hizo meditar en profundidad:

—Sí —reconoció con humildad. Sin embargo, enseguida agregó—, pero un hombre así solo puede hacer infeliz a una mujer.

—¿Por qué, mamá?

—Porque, además de poseer un atractivo arrollador y ser rico e inteligente, es peligroso. Peligroso porque es y será perseguido por las mujeres durante toda su existencia —hizo un pausa—. Una siempre se preguntaría si es la única en su vida.

—Tienes demasiados complejos —intervino Sibila y, luego, resopló con fastidio.

Alins miró a su hermana con cierta aspereza. Ella sabía lo que decía. También sabía que no era el tipo de mujer que le gustaba a Dante. No era el tipo de mujer que encajaría jamás en su familia. Recordaba perfectamente cómo era Isobel, la mujer del padre de los *Monster* como los había bautizado Beatriz, con su *tailleur Valentino*, su esbelta figura, su pelo perfectamente peinado y su perfume *Dior* de edición limitada.

—¿Y qué me dices de Yago? —Alins al fin rió.

—Yago es perfecto para un revolcón de fin de semana —dijo entre risas. Sibila se contagió y, por primera vez en la tarde, mostró los dientes, pero no para gruñir.

—La de cosas que le haría yo en un fin de semana —dijo cuando la carcajada menguó.

—¿Y por qué Yago no te resulta peligroso? —quiso saber París.

Alins miró a su hija con interés tras la pregunta insólita por lo madura. Parecía ser la única que no bromeaba con la situación. Respondió con sinceridad:

—Yago tiene un carácter más afable, risueño. Quería, incluso, asumir la responsabilidad por el bebé cuando estaba exento de ella.

Alins comenzó a reír por lo absurdo de la situación: una risa histérica y ausente de alegría, pero que no podía contener.

—Parece increíble que te rías de algo tan serio —dijo París y Alins volvió a estallar en carcajadas.

—Menos mal que Dante tuvo el atino suficiente de contarte la verdad.

Alins se retorció ante cada palabra que le decían. Se estaba comportando como una demente, pero, por paradójico que les resultara a su hermana y a su hija, era la única forma de mantener la cordura.

—¡Deja de reírte! —la amonestó Sibila, pero Alins no podía parar.

Sonó el timbre de la puerta, y Beatriz se levantó rauda.

—¡Te voy a golpear con la tetera si sigues riéndote así!

Alins sabía que su hermana era capaz de eso y más, pero ella no dejó de reír hasta que vio la imponente presencia en el patio. Se le borró la sonrisa de inmediato. La traidora de su hermana y la compinche de su hija desaparecieron como por arte de magia. Alins entrecerró los ojos, como si no quisiera ver y, a la vez, no quisiera perderse detalle. Dante ocupó la silla de Beatriz sin invitación.

CAPÍTULO 19

—No puedes evitarme siempre, y estoy cansado de tus evasivas.

Ella vio cómo Dante se pasaba la mano por el pelo con aplomo. Su autocontrol la sacaba de quicio. Sintió el alocado impulso de alborotarle el pelo negro; se contuvo a duras penas.

—Nunca he tenido intención de darte nada —respondió seca, aunque algo sofocada.

—No contestas mis llamadas.

Alins se sentó derecha, exagerando el gesto, como si estuviera ante una corte marcial. Luego habló con la seriedad de un acusado frente al tribunal:

—Mi teléfono móvil sufrió un pequeño percance en la pecera.

Lo que dijo, sin embargo, iba en contra de la posición vehemente que llevaba al contestar. Le gustaba provocarlo con la ironía. Los ojos de Dante fueron hasta la pequeña pecera de la sala que contenía varios peces de colores y que era visible desde el patio.

—Me gusta tu casa —dijo de pronto.

—Gracias.

—Espero que estés bien.

—Gracias —reiteró.

—¿De qué te reías cuando llegué?

—De nada importante —una sonrisa asomó entre tanta pose de acusado. Dante le pidió silencio: apoyó un dedo sobre los labios de Alins; luego, le tomó la mano con la suya, pero Alins no se lo permitió. Tironeó hasta soltarse. Lo miró: ya no quería seguir jugando a hacerse la irónica.

—Hemos contraído una responsabilidad juntos.

El tono de la conversación definitivamente había cambiado.

—Siento las mismas ganas de abofetearte que de desaparecer, Dante. No me lo pongas todavía más difícil: no deseo hablar sobre ello, todavía no.

—¿Y cuándo será ese momento?

Ella no esperaba un tono tan amargo. Pensó en las pocas cosas que sabía de Dante: sabía que había perdido un hijo. Entendió por qué este tema era tan importante para él. Sin embargo, no estaba preparada para hablarlo y se mantuvo en sus trece,

—Cuando yo lo crea conveniente; ni un segundo antes —dijo una Alins a la que le costaba mantener la calma.

—Te debo una disculpa, pero tú me debes otra —hizo una breve pausa. Alins se escondía roja de furia y vergüenza detrás de la tetera que había traído su hija—. Y no pienso hablarle a esa tetera que está entre tú y yo.

—Entre nosotros hay un abismo de distancia que no se puede superar.

Dante, sentado, cruzó una pierna sobre la otra.

—Es natural que te muestres resentida ante los resultados inesperados.

—No me psicoanalices; te lo prohíbo terminantemente.

—¿Tanto lamentas que sea yo y no mi hermano? —el rechazazo, directo al estómago se dijo Alins.

—¿Por qué tu hermano dijo que no podía tener hijos? —preguntó contra toda razón.

—Eso deberías preguntárselo a él —respondió con calma.

—¿Y tú? —él no sabía por qué le preguntaba eso.

—Te ha quedado claro que puedo tenerlos.

Alins se mordió el labio con duda.

—Mi problema no te afecta —calló un momento—. Soy capaz de resolverlo sola.

Algo brilló en los ojos de él que se tornaron momentáneamente turbios, enojados.

—Deseo hacerme cargo de lo que hemos hecho.

Alins meditó solo un segundo.

—¡No será necesario!

—Créeme que lo es.

—Y yo digo que no.

—Y yo te digo que sí. —Alins estaba perdiendo la paciencia. Dante siguió—. Mi hermano ha reconocido que no estás enamorada de él —Alins alzó las cejas con una muda pregunta—. Lo que resuelve nuestro problema.

—Hasta donde yo sé, no tenemos ningún problema.

—Entonces no tendrás inconveniente en que nuestra boda se celebre dentro de dos semanas.

Alins se quedó petrificada ante esa afirmación. ¿Era una propuesta? ¿Era una imposición?

—¿Perdón?

—Mi hijo no será ilegítimo.

Alins sentía que las orejas comenzaban a hervirle. ¡No podía creer lo que estaba escuchando! Quería casarse y hacer el cuento de la familia feliz. ¿Acaso un psicólogo no debía comportarse distinto de un beato?

—No estamos en la Edad Media —respondió con acidez—. Hoy día las mujeres no necesitan estar casadas para llevar adelante una vida, criar a sus hijos, tener éxito en una carrera.

—No sigas por ese camino, por favor —la cortó de forma suave, aunque enérgica—. No sigas esa línea —pidió con cierta dulzura.

Le dolía saber que ella podía tener razón.

—¿Qué no...? —Alins tragó en seco. Estaba tan irritada que olvidó preguntarse

cómo se sentiría él—. Tengo la decisión total sobre mi vida y sobre la vida que llevo en mi vientre, Dante.

El la miró con arrogancia negando. Había cambiado de estrategia: había dejado de lado la tristeza de los recuerdos.

—¿Quieres ver que no? —Alins se mordió el labio inferior pensativa. No sabía qué decir y esa duda hizo que él ocupara el espacio de la conversación y siguiera hablando—. Ha quedado claro que ambos nos sentimos enormemente atraídos, que existe una poderosa atracción sexual.

Alins aferró los brazos de la silla con fuerza mientras lo escuchaba con atención. Luego contestó:

—Puedo sentirme atraída por un bulldog y no desear casarme con él.

Dante se inclinó hacia adelante. Ella estaba al alcance de su mano y sus palabras lo ponían beligerante. Quería tomarla entre sus brazos y demostrarle que lo que le decía era verdad.

—La atracción sexual no puedes negarla.

Alins ni lo intentó.

—Me siento atraída por todo aquel que lleva pantalones y que ostenta la edad de más de dieciocho años.

Dante tensó la mandíbula. Decidió cambiar de ángulo:

—Quizás no estoy enfocando todo este asunto bien.

Alins le ofreció una sonrisa cáustica.

—¿Quizás? ¡Vamos progresando! —exclamó seca.

—Aún así vas a casarte conmigo.

Alins se levantó como para encararlo, como si fueran dos luchadores que tienen que enfrentarse cara a cara. Estaba demasiado furiosa para recordar que él le llevaba demasiada ventaja en altura y que iba a quedar claramente humillada.

—¿Con el mandato divino de quién? —preguntó llena de furia.

—Con el mandato del padre de tu hijo. —Alins utilizó su arma más poderosa. Aquella que atemorizaba a Dante.

—Hijo que aún está por nacer.

Él tensó tanto la mandíbula que Alins creyó que se la iba a partir. Hacía esfuerzos denodados para contenerse.

—Me siento atraído por ti —dijo, al fin, como si nada hubiera sido dicho antes, como si fuese la primera cosa que le decía a una mujer desconocida a la que veía por primera vez en un bar. Alins volvió la cabeza—. Creo que es un buen punto de partida para iniciar una relación más seria.

Alins explotó.

—¿Pero de qué higuera te has caído? —él no le respondió, y ella terminó por sentarse con cierta brusquedad—. No deseo casarme contigo, Dante. Es más, no pienso siquiera considerarlo.

—¿No me encuentras atractivo?

—¿Buscas una adulación? —ahora negó con la cabeza.

Ella prosiguió.

—Las víboras me parecen atractivas, pero no metería una jamás en mi cama — Dante no se inmutó ante el insulto. Ella no se detuvo a esperar que él dijera algo—. El matrimonio está fuera de esta discusión aquí, porque, si hubiese sido un marido lo que buscaba, créeme, hace muchos años que ya estaría casada otra vez. Y nada, pero nada, más lejos de mi intención.

—Una mujer necesita la protección de un hombre —dijo y se sintió un tanto retrógrado diciendo esas cosas.

Lo contrario de lo que le hubiera dicho a cualquier paciente mujer que le planteara una situación similar. No creía en lo que decía, pero iba a llevarlo hasta las últimas consecuencias. Intuyó que Alins iba a golpearlo con la tetera, con la maceta, con lo que fuera, pero seguro que iba atacarlo si seguía con esa petulancia.

—Acepto que he contraído una cierta responsabilidad contigo —admitió al fin. Él estuvo a punto de interrumpirla, pero ella no se lo permitió—, pero yo decido cuánto estoy dispuesta a asumir de ella.

—Tienes algo más que una cierta responsabilidad conmigo.

Dante se levantó y algo en el brillo de sus ojos la hizo temblar.

—¡No te acerques!

Él solo sonrió.

—Voy a demostrarte qué clase de responsabilidad has contraído conmigo.

Alins iba retrocediendo hacia el columpio. Dante la iba cercando en su terreno como un lobo al acecho.

—Si te acercas más, gritaré.

Dante le ofreció esa sonrisa que tanto había llegado a admirar.

—Sibila y Beatriz hace mucho rato que dejaron la casa.

¡Demonios! Ella no se había enterado de ese pequeño detalle, tan cegada estaba por la presencia de Dante que no se había percatado de cuándo habían salido a la calle su hija y su hermana.

—¡Basta! No tienes que demostrar nada —volvió a decirle, aunque sin convicción.

—Nunca te creí cobarde.

Ella se resintió, pero siguió retrocediendo. La parte posterior de sus piernas había alcanzado el columpio. Las manos de él llegaron hasta sus hombros. Los ojos de Dante la miraban como hipnotizándola, y Alins se perdió en su mirada y sus brazos.

—No te haces una idea de las imágenes que evoco desde la noche de la *limousine* —Alins había perdido la voz. Quería contestarle algo, pero las palabras, sencillamente, no salían. Dante continuó—. No poder verte, pero sí sentirte me nubló el juicio. Me volviste loco con tu olor. La suavidad de tus manos, tus palabras

sensuales e intrigantes. Si no te beso otra vez, voy a estallar.

Dante había bajado la boca hasta casi rozar la de ella. Alins empujó con sus manos el pecho de él sin poder moverlo ni un milímetro.

—Debo hacerte una advertencia —confesó Dante. Alins seguía sin poder decir nada—. Jamás volverás a tener todo el control.

La boca de él descendió hasta la de ella: la quemó con una descarga eléctrica; tan potente era su beso. La lengua caliente se movía como una serpiente sinuosa que buscaba y encontraba cada rincón que ella se empeñaba en mantener oculto. Le abrió los dientes y le mordisqueó los labios de forma insistente hasta que ella, por fin, se rindió al beso. Dante seguía exigiendo, pero, a la vez, entregaba tanto como pedía. Con una mano entrelazó su pelo y le echó la cabeza aún más hacia atrás para darse un festín con su cuello. Alins se sentía incapaz de pensar o de analizar la rendición que estaba a punto de ofrecerle. Sintió la boca de él suave y húmeda deslizarse por su mejilla hasta alcanzar el lóbulo de su oreja. Nada la había preparado para las constantes pulsaciones que habían comenzado a subir desde su vientre hasta su pecho. La mano de Dante alcanzó los botones de su blusa y los fue desabrochando uno a uno. Metió el pulgar en el encaje de su ropa interior y delineó el pezón que se volvió duro ante la dulce invasión inesperada. De la garganta femenina salió un gemido gutural de placer. Dante seguía sometiéndola con su lengua que había vuelto hacia su boca, mientras su mano dejaba el pezón, que parecía protestar por el abandono, para aferrarse a sus nalgas y atraerla más hacia él. Alins pudo notar su miembro endurecido y siguió abandonándose a sus caricias. Apenas fue consciente de que la sentaba en el columpio sobre sus rodillas. Tan solo se percataba de la facilidad con la que él accedía a su cuerpo ansioso, y que su cuerpo le respondía con toda la pasión que tenía guardada.

Dante detuvo el beso y ella abrió los ojos con sorpresa.

—Tendrás más de esto cuando accedas a casarte conmigo.

Alins tardó un momento en entender sus palabras. Solo sintió el aire frío que agitaba sus senos que habían quedado descubiertos. Él se marchaba con una sonrisa en la boca.

—¡Maldito cabrón! —le reprochó, pero Dante acababa de salir por la puerta.

CAPÍTULO 20

Dante se sentía relajado. Por primera vez en mucho tiempo, podía tomar café en la casa de su padre sin que su cuerpo delatase tensión alguna. Isobel aún le traía malos recuerdos, pero, que su padre y su abuelo lo hubiesen apoyado en la decisión de casarse con Alins, lo llenaba de una cierta paz. Aunque fuera transitoria. Tanto Ricardo como su abuelo habían comprendido el gran error que podía cometer Yago si continuaba en su decisión obstinada de casarse con Alins.

Uriel se había posicionado a favor de su hermano menor, así como Ángela, con lo cual la familia había quedado claramente dividida en dos bandos. Sin embargo, Dante creía sinceramente que, cuando su hermano comprendiese, recapacitaría.

—¿En qué estaría pensando esa cabeza hueca? —Fabio no pudo contener la recriminación.

Dante salió en defensa de su hermano, a pesar de todo.

—A los dos nos ha pasado lo mismo con respecto a Alins: su personalidad ha nublado nuestro juicio. Ha sido conocerla y no poder pensar en nada más.

—Tiene una belleza serena —Isobel hizo el comentario mientras se servía algo de beber.

—Pero no pertenece a nuestro círculo.

A Dante no le gustó en absoluto la alusión de su padre a su estrato social.

—Precisamente es lo más atrayente de ella —dijo—, tiene un concepto de igualdad que me sobrecoge.

—Destila sensualidad por cada poro de su cuerpo —remarcó Fabio, y Dante, aunque no dijo nada, admitió que su abuelo tenía toda la razón.

—Lo más sorprendente es que ella ni se percata —acotó Ricardo casi en un susurro.

Isobel hizo un gesto mohíno con los labios perfectamente maquillados. Luego comentó:

—No tiene un gramo de superficialidad en su cuerpo. Y ya quisiera yo tener esa figura después de haber dado a luz a una hija —Dante miró a su madrastra mientras decía esas palabras—. ¿Hace mucho que es viuda? Me hubiera gustado preguntárselo.

Dante no sabía si ella traía algo entre manos al mostrarse tan interesada. Sin embargo, no se preocupó.

—Diez años —respondió lacónico.

—Con una hija casi adulta. ¿La hija es anterior a su matrimonio?

—La hija es de otra relación. No sé mucho de eso. Creo que fue un encuentro pasajero. Luego se casó y no tuvo hijos con su marido. Unos años después enviudó. Fin de la historia —dijo Dante un poco irritado.

—¿Cómo se le puede haber puesto un nombre tan feo a un jovencita tan

encantadora? —intervino Ricardo para calmar las aguas que comenzaban a agitarse.

—Su nombre es Beatriz. El apodo se lo pusieron, porque fue concebida en París según he podido llegar a saber: su tía lo suelta a diestro y siniestro.

Dante bebió de su café con la mirada un tanto perdida.

—¡Esa sí que es una mujer peligrosa! —Ricardo sonrió ante la exclamación de su padre.

—No puede negar su sangre italiana —comentó Dante, y su abuelo lo miró con sorpresa.

—Como si tú tuvieras horchata en las venas —replicó.

—También tengo la sangre italiana que usted me ha legado —dijo Dante entre risas—. Eso sí, disuelta en horchata.

Ricardo sintió que su corazón se alegraba al ver el semblante de su hijo tan relajado. Hacía mucho tiempo que no lo veía sonreír de esa manera tan especial y dio gracias en silencio a la mujer que había conseguido precisamente eso.

—Me hace mucha ilusión ser bisabuelo; he de reconocerte el mérito —comentó Fabio.

Dante lanzó un quejido entre alegre y resignado.

—Mi nieto y mi hijo se van a llevar muy poco —observó Ricardo y sonrió a su mujer. Esa sonrisa no escapó a los ojos de Dante: ¿la había juzgado mal? ¿Miraba realmente con ternura a su padre? ¿O su creciente felicidad le hacía ver intenciones donde no las había?

—Tienes que tratar de hablar con tu hermano y solucionar vuestras desavenencias.

Dante asintió pensativo.

—No os he dado las gracias por vuestro apoyo —dijo.

Ricardo miró a su hijo un tanto afectado.

—La razón está de tu parte —afirmó el abuelo.

Dante le sonrió.

—Ojalá mi hermano lo viese de la misma forma.

Isobel intervino en ese preciso momento:

—Se encuentra en la misma posición en la que estabas tú no hace mucho con respecto a tu padre —le recordó con alevosía.

—No hace falta que nos recuerdes cosas que ya están olvidadas —le reprochó Ricardo.

—Tienes razón —respondió Dante—. Por eso, confío en que mi hermano tenga más sentido común que yo.

—Yo no estaría tan seguro. Si de algo puede presumir ese muchacho es de tener la terquedad italiana de mis antepasados —agregó el abuelo mientras se recostaba en el sillón.

Ese comentario le arrancó a Dante una sensación incómoda que ya no se le fue en

toda la tarde.

Yago seguía meciendo la pierna mientras escuchaba la suave melodía y se perdía entre fotos y postales. El álbum estaba lleno de imágenes de Beatriz de todas las edades, y en todas las posturas y eventos. Alins seguía intentando atrapar los peces para limpiar la pecera. Todo aquel que viese la escena podía haber caído en un error y pensar que eran una familia compenetrada y feliz.

—Aquí estás realmente horrorosa.

Beatriz paró de inmediato de tocar aquello que tanto le gustaba a Yago. Saltó de la banqueta del piano y se sentó en el único trozo de sofá que no tenía nada encima.

—Aquí se me habían caído los dientes. Es normal que mi belleza se viese alterada ante ese acontecimiento natural de la vida.

—¿Dónde han ido a parar tus pecas? —Beatriz rió ante la pregunta.

—He crecido y ese problema se ha solventado solo.

Alins lanzó una exclamación cuando uno de los peces cayó al suelo y comenzó a saltar por su vida.

—De verdad que no entiendo cómo siguen vivos esos peces después del trato que les das —comentó sin poder evitarlo.

Alins lo miró con severidad, pero consiguió recoger el pez a tiempo.

—Si vuelves a traer a esta casa algo vivo, juro París que te lo haré comer crudo.

Yago no pudo reprimir una sonrisa ante el comentario. Alins se acercó y se interesó por las fotografías:

—¡Vaya por Dios! Esto es una foto de ET —le dijo a Beatriz que le respondió con un pequeño codazo, enfadada.

—Si sigues con ese humor... —dijo la muchacha dirigiéndose a su madre. Alins la cortó a tiempo. Se alejó de nuevo hacia la pecera. Mientras caminaba, comentó—. Yo cuando vi esa foto, creí que me había equivocado y había enfocado a un cerdo recién nacido.

Beatriz le tiró un cojín a su madre que lo esquivó con soltura.

—Has sido el bebé más hermoso que he visto en mi vida —sentenció Yago con una sonrisa que contagió a la muchacha.

—¿Y ahora? —preguntó coqueta.

El no perdió tiempo en responder:

—Si tuvieses unos años más, juro que no podrías escaparte de mi anzuelo.

Alins chasqueó la lengua enfadada.

Una foto en particular le llamó poderosamente la atención.

—Tienes una mancha de nacimiento.

Beatriz miró la foto que él señalaba: en ella estaba boca abajo sobre una manta amarilla y desnuda a la edad de nueve meses.

—Está tan escondida —Yago le lanzó una mirada pícaro—, que va a ser la

perdición de los chicos cuando traten de buscarla.

Alins lo llamó al orden con una mirada.

—Yo tengo una parecida, pero justo en la otra nalga —confesó Yago, y Beatriz abrió los ojos con sorpresa ante la revelación—. Pero la mía no es una mariposa, sino un elegante abejorro.

—Mi madre tiene una fresa justo debajo del ombligo —contó Beatriz. Yago la miró con curiosidad, pero también con una lascivia que no ocultó.

—Me encantaría verla —dijo Yago e intentó sonar anhelante.

Alins se dio vuelta y lo miró con severidad. Luego, lo amonestó divertida:

—Esa actitud recalcitrante te ha costado quedarte sin dulces —el sonido del timbre les hizo alzar la cabeza—. Aquí llega mi castigo con pies y manos. Ve a abrir, Beatriz. Debe de ser Sibila —soltó Alins.

Beatriz se levantó para abrirle la puerta a su tía. La perfecta armonía quedó interrumpida con la llegada de Dante. Nadie lo esperaba y tampoco nadie esperaba ver su ceño fruncido. Pero Dante tampoco contaba con encontrarse allí a su hermano menor como si fuese algo habitual en su rutina visitar la casa de Alins.

—Buenas tardes.

La sonrisa de Alins se borró al instante.

—¡Qué grata sorpresa, Dante!

Las palabras de bienvenida de Beatriz tomaron por sorpresa a su madre. Luego se dio cuenta de que intentaba irse como el otro día y dejarla sola en el fuego cruzado de los dos hermanos.

—Si sales por esa puerta, regalaré tu ropa a Cáritas —le dijo Alins a su hija en un susurro. Más que una amenaza era una súplica.

Beatriz se quedó en el sofá.

—¿Te unes a la fiesta? —preguntó Yago, y Dante miró a su hermano con ojos enfurecidos.

—No esperaba encontrarte aquí.

Su hermano asintió.

—Eso es evidente —comentó con suspicacia.

—¿Un café? —preguntó Alins antes de que ocurriera una catástrofe en su salón.

—Necesito hablar contigo —fue la lacónica respuesta que obtuvo.

—Últimamente, necesitas hablar mucho. Insólito viniendo de alguien que suele ganarse la vida escuchando —comentó Yago mordaz.

Alins lo miró y le hizo un gesto: "baja la velocidad", le decía. Lo último que necesitaba era una reyerta en su casa, y menos entre hermanos.

—Ahora no es el momento apropiado —contestó a Dante.

—Llevo dos semanas intentando hablar contigo.

—Llevo dos semanas muy ocupada.

—Dame una cita y acudiré a ella.

Yago carraspeó y, a pesar del pedido de Alins, intervino:

—Creía que eras tú el que daba las citas.

Dante lo miró con un brillo peligroso en sus ojos de acero. Alins medió entre los dos.

—Este viernes a las siete cuarenta y cinco de la tarde.

Dante entendió y salió tan calladamente como cuando llegó. En la sala reinó el silencio durante un momento.

—¿Y mis dulces?

La pregunta de Yago sorprendió a Alins. De repente, él la devolvía a la inocente armonía que habían vivido antes de la llegada de Dante. ¿Cómo podía estar tan relajado ante la animosidad de su hermano al verlo en casa de ella? ¿A qué se debía ese amago de sonrisa que trataba de ocultar? Alins no entendía nada, pero, como un detective despistado ante las falsas pistas, comprendió que debía indagar un poco más.

CAPÍTULO 21

—Pasa, Alins.

Ella no pudo ocultar una sonrisa: volvía a estar allí, a la última cita de los viernes. Las cosas habían cambiado, pero el lugar conservaba algo de lo especial que habían sido para ella las sesiones con Dante. Fue derecha a la sala de consulta y, como siempre, dejó sus cosas y esperó junto a la ventana. Dante debía de estar en el cuarto inaccesible, supuso. Aquel del que salían cuchicheos y golpes la última vez que había tenido una entrevista con su psicólogo.

— ¡Buenas tardes! Es la hora de nuestra cita —dijo él.

Ella se sobresaltó. La había encontrado perdida en sus recuerdos, mirando por la ventana la explanada y con la guardia baja. No le había dado la oportunidad de prepararse para el encuentro.

—Hola —fue la escueta respuesta al saludo efusivo.

—Estás muy hermosa esta tarde —comentó Dante.

Alins no pudo menos que mirar su atuendo y dudarlo: su falda hippie con grandes flores era la antítesis de la elegancia femenina. Completaban el cuadro sus botas planas y su jersey azul de lana.

—Gracias.

Él le sonrió, y ella deseó borrarle la sonrisa. ¿Por qué su presencia le producía esa belicosidad, esas ganas de lucha continua?

—Espero que no me cobres la sesión de hoy.

Dante alzó las cejas. Decidió tomarse la afrenta con humor:

—Solo una palabra, y tendrás todas mis sesiones gratis.

—¡Quítateme de delante, Satanás, que me escandalizas! —le respondió alzando una mano.

—Evangelio según Mateo, 16: 23. —Ella quedó estupefacta—. Mi abuelo es italiano. Mi madre española. La tradición católica siempre está presente. Creo que, en definitiva, me hice psicólogo no para complacer a mi padre, sino para sacudirme un poco tanta religión. Eso sí, a la boda en la iglesia nunca he renunciado —dijo entre risas, aunque parecía que hablaba en serio.

—Gracias por la lección de catecismo. Me hubiese apenado mucho morirme sin saber dónde se encontraba la cita —ella no iba a tirar la toalla: estaba todavía en el primer round.

—Siéntate, Alins.

Ella obedeció sin chistar. Él bajó la vista a su vientre, y ella se puso nerviosa automáticamente ante el anhelo que observó en los ojos que la miraban.

—¡Mi respuesta sigue siendo no!

Dante alzó los ojos con insolencia.

—Pero aún no sabes la mía —respondió calmadamente.

—Estoy aquí para zanjar esta cuestión de una vez por todas.

—Me alegra que pienses así. Todo es más fácil si cooperamos.

Ella estaba cada vez más incómoda.

—No pienso permitirte que analices mis decisiones —Dante entrecerró los ojos, cauto.

Debía elegir sus palabras con precisión.

—Te guste o no, Alins Vera, tengo que ver con alguna de ellas. En especial, con una que tomaste sin las precauciones del caso.

Alins se removió nerviosa en la silla.

—Eso aún está por verse —respondió enfadada.

—¡Cuidado, Alins! —ella lo miró con cierto recelo ante la advertencia—. No querrás tenerme como enemigo.

—¡Ni como amante!

Dante sonrió ante la exclamación.

—Vamos, esa cuestión ya quedó resuelta en tu casa. Está claro que sí.

Alins casi se ahoga al escucharlo.

—¿Cómo te atreves? —no la dejó responder.

—Solo estoy pidiendo espacio, espacio en tu vida.

—No es espacio lo que pretendes —dijo ella, y él alzó las cejas con curiosidad—. Deseas alzarte como un conquistador absoluto, y no pienso permitirte.

—Prueba impedírmelo y comprobarás lo lejos que puedo llegar en mi afán de conquista.

—Esto no es un juego —le recriminó.

—Todo en la vida puede ser un juego: uno pierde, otro gana.

—Demasiado simple viniendo de alguien que se gana la vida analizando los motivos más oscuros y secretos de la gente —contestó con enfado.

—¿Por qué tanto enojo, Alins?

—Por la forma en la que has tratado todo este asunto nuestro desde el principio —contestó algo airada—. Podías haberme sacado de mi error en el preciso momento que oíste mi voz en el coche. Sabías que yo me veía con tu hermano. No dijiste nada, como ahora —hizo alusión al silencio de Dante y lo recriminó—. Participaste gustoso porque querías. Casi te aprovechaste de mí: de lo que sabías, de lo que te había confiado en este mismo lugar. Dejaste que Yago conociera mi historia a través de tus informes. Todo eso hiciste, pero no pudiste abrir la boca para sacarme de mi error.

Dante decidió intervenir.

—Ha llegado la hora de que escuches mi verdad —anunció. Alins guardó silencio de inmediato—. Admito mi parte de culpa en nuestro encuentro. Debí de dejar claro que era yo y no Yago el que estaba contigo en la *limousine*, pero no tenía modo de saber que la invitación no iba dirigida a mi persona. En mí defensa te diré

que, si pones en un vaso de cóctel un exceso de ego, la mitad de curiosidad y tres cuartas partes de pasión, obtienes a un hombre abrumado por las sensaciones y por el deseo. En una palabra: me obtienes a mí. —Alins iba a protestar, pero él se lo impidió—. Juro por mi honor que no supe en ningún momento que me confundías con otro. Creí en mi orgullo, en mi vanidad, que esa escena estaba preparada única y exclusivamente para mí. Descubrirlo fue tan desagradable que aún siento escalofríos cuando lo recuerdo. —Dante hizo una pausa. Alins parecía más calmada, como si comenzara a entenderlo—. No pude pensar en protegerte, porque me sentí desbocado por todo lo que me hacías. Perdí el control de una forma me produce vergüenza y orgullo a la vez. Yo que siempre sé controlarme, me desaté justo en el momento en que no debía. Y cuando traté de hablar contigo, me soltaste la bomba de la indiferencia encima de mi cabeza —Dante soltó el aire y la miró con un brillo en los ojos—. Has de reconocer que puedo estar tan molesto como tú, que puedo sentirme tan engañado como tú.

Alins se mordió el labio de forma pensativa.

—Podrías haberte callado. Podrías haberme dejado con mi error.

Dante le ofreció una mirada seria.

—¿Lo habrías preferido? —Alins negó inmediatamente con la cabeza. Él siguió—. No podía quedarme quieto viendo de qué forma mi hermano construía una relación con los pilares de barro.

Ella pareció molestarse.

—No eres juez de nadie —le espetó dolida.

—Te ha tocado bregar con la peor parte, lo sé —la mujer pareció no entenderlo; él se apresuró a explicarle la situación tal y como la veía—. Hay dos hombres que están interesados en ti y que además son hermanos. Con uno de ellos has contraído una responsabilidad importante, tal vez a pesar tuyo, que es el hijo que está en camino; con el otro, no has tenido tiempo ni de intimar.

Alins lo cortó bruscamente:

—Estás manipulándome y lo sabes.

—Estoy poniendo las cartas encima de la mesa, no te confundas.

—Ahora vas a escucharme tú y sin perderte una sola sílaba de lo que te diga —dijo Alins, y él asintió—. Decidí soltarme la melena con un hombre atractivo y del cual podría haberme enamorado sin lugar a dudas. Por muchas cosas, por ejemplo: por lo encantador, alegre y optimista que ha demostrado ser cada día —Alins hizo una pausa y vio que Dante se ponía tenso, pero que, de todos modos, seguía callado—. Descubro, para mi sorpresa, que mi soberbia actuación ha sido vista y probada por otro público distinto del que estaba invitado.

—Lo cuentas como si fuera un cuento de hadas. Llevar a la práctica una fantasía implica, justamente, quitarle las cosas que solo suceden en la fantasía. La realidad es diferente, Alins. Y tú estás por fuera de los márgenes de esa realidad.

—¡Disculpa! Es que tu realidad tiene unos márgenes muy estrechos —le replicó antes de continuar—. Obvié algunos detalles importantes como... —Dante la interrumpió:

—¡Preservativos!

Ella lo miró con dureza, pero asintió: en algo él tenía razón.

—No estoy acostumbrada a seducir a hombres de mundo.

—Ni lo estarás jamás —él lo dijo como un cumplido: por eso le gustaba tanto, porque su simplicidad no cuadraba entre los hombres y mujeres de mundo.

Ella lo taladró con la mirada.

—¿Ves? A eso me refiero, esa prepotencia me supera —hizo una pausa, quería volver a su relato—. Las cosas que te dije —balbuceó—. Las cosas que te hice —no supo cómo continuar—. Hemos llegado a un punto en el que no hay retorno —sentenció.

—Salvo lo de atarme, el resto me gustó bastante. Tanto que apenas puedo controlar el impulso de saltar sobre ti ahora, y tumbarte encima del escritorio para hacerte alguna de las fantasías que tengo contigo desde aquella noche.

—Estoy aquí para ofrecerte un acuerdo —le recordó ella: no iba a entrar en su juego de seducción; no otra vez.

—¡No aceptaré un acuerdo!

—Aún no sabes lo que vengo a ofrecerte —le respondió algo encrespada porque su postura era inamovible—. Un fin de semana al mes, parte de las vacaciones y fiestas.

—Quiero el lote completo —declaró él.

—¡Estás loco!

—Ni te imaginas lo loco que puedo llegar a estar —Alins encogió los hombros—. La ley está de mi parte, Alins. Si no puedo tenerte a ti, estos son mis términos. Y más te vale que los aceptes, porque no podrás optar por nada más te lo aseguro. —Hizo una breve pausa, como para darse ánimos—, la custodia la tendré yo.

Alins creyó que deliraba.

—Ningún juez te la dará jamás. Eso si es que logras ver al niño —le soltó con desdén.

Dante la miro de pies a cabeza de una forma tan dura que ella se sobrecogió.

—Esta vez, Alins, no me mantendré de brazos cruzados: hace seis años no me quedó más opción, pero te juro que esta vez no. Quiero a este hijo, y también a ti, pero si no te tengo, entonces lucharé por el bebé.

—Pues ya no tenemos nada más que decir.

Dante asintió con la cabeza.

—¡Recuerda mis palabras! —le recordó agriamente.

—No te tengo miedo, ni vas a conseguir que te lo tenga.

—Y yo no soy tu enemigo, ni vas a conseguir que lo sea.

Alins terminó por mostrarle una sonrisa llena de desagrado. Se levantó sin despedirse y abandonó la consulta más llena de aprensión que cuando llegó.

CAPÍTULO 22

Yago seguía mirándola con el ceño fruncido, una leves líneas surcaban su frente concediéndole una apariencia más severa. La citación judicial que Alins sostenía en su mano le preocupaba enormemente; llegaba a producirle un terrible dolor de cabeza, ya que era consciente de las repercusiones negativas y perjudiciales que implicaba para ella.

—¿Por qué hace esto? —la pregunta con voz desolada le hizo fruncir el ceño a él todavía más.

—Desea establecer su paternidad legal.

Alins seguía mirando la citación con incredulidad.

—Pero esto no es necesario.

—Mi hermano cree que sí.

Meditó un segundo antes de responder:

—¡Pero es absurdo! Pugna por algo que no ha nacido todavía.

—Así se asegura de que nacerá.

Ella lo miró sin comprender.

—Yo nunca pondría en peligro al niño de forma voluntaria —Yago asintió.

—Pero Dante no tiene modo de saberlo —la mujer no pudo decir nada, perpleja—. ¿Qué le dijiste la última vez que hablaste con él? —Alins trato de recordar las palabras y, al momento, se puso pálida.

—Que ningún juez le daría la custodia. Que, además, antes tenía que ver al bebé alguna vez —las palabras que le había dicho bien podían interpretarse de la manera en que Dante las había entendido—. Pero no me refería a un... a eso que él piensa.

—Dante pasó por algo parecido hace seis años —contestó el hombre.

Alins comenzó a entender cuando él le había dicho: "hace seis años no me quedó más opción".

—¿Qué le ocurrió hace seis años?

—Isobel se practicó un aborto en Londres sin que él pudiese hacer nada para evitarlo; removió cielo y tierra, pero su esfuerzo fue en vano.

—¿Isobel? —preguntó con un hilo de voz. Yago asintió.

—Era la prometida de Dante antes de casarse con mi padre.

Alins estaba aún más confundida que antes. Esa perfecta Barbie se había deshecho del hijo de Dante. ¿Por qué motivo? Cualquiera que hubiera sido, se había ganado la antipatía de Alins desde ese preciso momento.

—De todos modos, no era necesario solicitar ante un juez una prueba de paternidad, podría, simplemente, haberme contado con todas las letras cuál era su temor.

—De esta forma, mi hermano se asegura también de que no darás al bebé en

adopción —Alins iba a decir algo, pero Yago no se lo permitió—. Como padre legal tendrá derecho a pedir al tribunal que decida sobre su custodia e incluso presentar un plan de crianza. Te acaba de hacer un gol en el último minuto.

—¡Está loco! —exclamó ella.

Yago negó con la cabeza.

—Está en medio de un huracán emocional.

—¡Yo no tengo la culpa! —Yago la miró con un extraño brillo en sus ojos y después dijo—. Podías haber prescindido de los ojos tapados y la boca cerrada.

Ella se ruborizó intensamente.

—Tengo que hacerlo entrar en razón.

—Dante no permitirá que vuelva a repetirse.

—¿Qué no se repita qué?

—Perder a otro hijo. No va a quedarse fuera. Esta vez no.

Alins apretó los labios con furia.

—Yo misma fui a ofrecerle un acuerdo amistoso.

—Para él no fue suficiente; no después de lo que pasó. Ha sufrido lo indecible por ese niño que no llegó a nacer. Se ha sentido terriblemente culpable e impotente. Ha pagado un alto precio emocional.

—¿Lo defiendes? —preguntó confusa—. Porque defenderlo a él significa perjudicarme a mí.

—Lo comprendo, no es lo mismo.

—¿Y si le ofrezco una custodia compartida? —lo había dicho pensativa.

—Conociéndolo, Dante lo querrá todo. No se conformará con días sueltos al mes.

Alins estalló:

—¡Pero no puede tenerlo todo, porque entonces yo me quedaría fuera!

Yago se mantuvo en silencio. Esperaba a que ella se calmara. Alins retomó la palabra:

—¿Qué puedo hacer? —le preguntó.

—Aceptar sus términos.

—Tengo que elegir: o me quemo en las brasas o me frío en la sartén. Es increíble —siguió—. Otro hombre cualquiera se sentiría encantado de no tener que asumir ningún tipo de responsabilidad.

Yago la interrumpió:

—Mi hermano no entra dentro de los cánones establecidos.

—¿Por qué dices eso? —la miró con intensidad antes de responderle.

—Es un hombre de principios, un caballero.

—Entonces solo tienes que regalarle el caballo, una espada, y a rescatar doncellas —le replicó.

—¡No tiene gracia! —dijo Yago, pero no pudo ocultar la sonrisa.

—Desde luego que sí. —Alins terminó por mostrar ella también una sonrisa—. De todos los hombres del mundo, voy y seduzco al menos idóneo para ello.

—¿Te sientes atraída por él? —Yago hizo la pregunta muy suavemente. Alins lo miró entrecerrando los ojos.

—Es un hombre muy apuesto —respondió concisa—. Sería muy fácil enamorarse, pero esa necesidad imperiosa de dirigirlo todo sobrecoge, espanta. Una mujer estaría completamente anulada por él —Alins se quedó pensativa un momento y, después, concluyó—. Es por eso que me niego a enterrarme en un foso, aunque lo haya cavado yo misma.

—Pero ya no puedes hablar por ti sola.

—Una sola vez. Lo hicimos una sola vez —susurró con la cabeza hundida en los hombros—, y me quedo embarazada.

—¡Tú encontrarías la aguja en el pajar! —dijo Yago entre risas.

—Conmigo se confirma la regla de "con una vez es suficiente".

El letrado comenzó a reír junto a ella.

—¿Por qué dices eso?

Alins lo miró con ternura en sus ojos castaños: Yago había demostrado en esas semanas ser de una ayuda emocional excepcional. Visitaba tanto su casa que ya parecía que vivía en ella, pero no le importaba. Todo lo contrario: había llegado a descubrir a un buen amigo que solo le reportaba buenos consejos y sonrisas. ¿Por qué ese demonio que era hermano de Yago no podía ser igual de accesible?

—Ya me ocurrió con Beatriz. Me quedé embarazada a la primera.

—Entonces también se confirma contigo la estadística de "la mujer es el único animal que tropieza dos veces en la misma piedra". —Alins le dio un codazo cariñoso. Yago volvió a tomar su taza de café—. Mi hermano es una buena persona.

Lo miró repentinamente seria.

—Nunca he dudado de la calidad de Dante como persona.

—¿Y como amante? —esta vez sí le dio un codazo con fuerza.

—No bromees con algo así. —Alins calló un momento—. Me hieren tus palabras.

—Todavía estoy dolido de que me confundieras con él, que lo besaras, y que no supieras que no era yo.

Alins pensó que Yago tenía también motivos para estar molesto.

—¿Volvemos otra vez a lo mismo? —lo regañó con suavidad.

—Voy a darte unos consejos legales útiles que te serán de ayuda —dijo él, Alins calló—. Síguelos al pie de la letra.

Tenía que enfrentarse a un careo con Dante sin la presencia de abogados; así lo había solicitado ella, y él había dado el visto bueno para su tranquilidad. Se habían citado en terreno neutral: uno de esos modernos edificios que alquilaban oficinas a la

gente de negocios que llega a la ciudad. Proveían, incluso, cuando era requerido, una secretaria bilingüe para los extranjeros. Quedaba en la misma explanada donde él tenía su consultorio. Alins había cuidado su aspecto: bajo ningún concepto podía permitirse el lujo de mostrar su nerviosismo. Comenzó a taconear impaciente en el suelo. Confiaba en que no la hiciese esperar mucho tiempo para no incrementar su confusión. La puerta se abrió y Dante cruzó por ella. Alins no se levantó; continuó sentada con el rostro serio y decidido. Dante la estudió de pies a cabeza con gran interés y le ofreció la sonrisa que tanto admiraba ella y que en ese momento le produjo un cierto desagrado.

—Cada día estás más hermosa.

Alins no pudo callarse:

—¡Le dijo el zorro a la gallina antes de comérsela!

A Dante se le borró la sonrisa. Tomó asiento y esperó que ella comenzase. Alins tenía los nervios a flor de piel, se sentía ligeramente mareada y el nudo en su estómago le impedía tragar con normalidad.

—Tenemos que llegar a un acuerdo —dijo ella. Dante siguió silencioso, pero sin dejar de mirarla—. Tras considerar los pros y los contras de tu demanda, mi abogado me ha aconsejado que te ofrezca una custodia compartida en buenos términos.

Dante se pasó los dedos por la mejilla. Fijó los ojos en el vientre de ella ligeramente pronunciado y no escondió un brillo de deseo que ella entendió a la perfección.

—Parece que no te has dado cuenta de que tengo la sartén por el mango.

Alins apretó los labios con enojo.

—Es un trato en buenos términos, Dante, tendrías que considerarlo.

—¡No! —fue la abrumadora respuesta.

—¿Por qué no? —le costaba aceptar su reticencia.

Él se recostó en el respaldo de la silla y le ofreció una sonrisa calculada que dejó al descubierto sus perfectos y alineados dientes blancos.

—Quiero que nuestro hijo tenga una familia —Alins se encogió levemente por la firmeza de su tono.

—No estamos... —él la interrumpió:

—En el Medioevo, lo sé, pero tengo mis principios. No deseo bajo ningún concepto que mi hijo crezca sin un entorno familiar. Tendrás que casarte conmigo.

La había dejado perpleja.

—¿Prefieres un matrimonio conmigo, aunque te deteste? ¿Prefieres que tu hijo crezca en una familia, aunque en ella no haya amor? —Dante cruzó una pierna sobre la otra con clara despreocupación.

—Sabes perfectamente que no me detestas. Y que entre nosotros hay deseo, y tal vez amor.

—No puedo casarme contigo. —Alins trató de que su tono fuese conciliador.

—No tienes más opción —le respondió él, altanero.

—Esta pugna solo hará infeliz a nuestro hijo.

Dante tensó la mandíbula ante sus palabras.

—¡Cásate conmigo y todo esto se habrá acabado! —Alins cerró los ojos un instante para tratar de buscar las palabras que lo calmasen:

—¿Por qué no aceptas mi negativa? Tus razones no son del todo válidas, y lo sabes.

Dante inspiró antes de contestar.

—Te deseo, sé que me deseas, vamos a tener un hijo: son razones válidas para mí.

—Entonces me temo que tendremos que dejar que un juez decida por nosotros.

Las palabras de ella no lo amilanaron. Dante sacó de su lujoso maletín de cuero una carpeta que le lanzó por encima de la mesa con la fuerza necesaria para que quedara frente a ella. La instó a que la abriese. Alins lo hizo renuente y comenzó a leer los informes. Su cara iba perdiendo el color a medida que las líneas iban formando palabras delante de sus ojos. Eran informes psicológicos, certificados por otro profesional y no la hacían ver del todo equilibrada. El nudo de su garganta se había cerrado y le impedía pasar el aire a sus pulmones.

—¡Maldito bastardo insensible! ¡Has fraguado estos informes! ¿Quién es el que los firma? ¿Uno de tus lacayos? ¿Quién eres? ¿Don Corleone?

—¿Nos entendemos ahora? —fue todo lo que él dijo.

Lamentaba tener que jugarle sucio, pero no le quedaba otra opción. En su fuero íntimo, sabía que nunca usaría algo así contra Alins. De hecho, el psicólogo que firmaba los informes no existía: lo había inventado para amedrentarla. La alusión a *El Padrino* lo divirtió en el fondo: era de origen italiano y se sentía cerca de don Corleone.

Alins bajó los ojos derrotada.

—¿De verdad utilizarías esto para...? —no pudo acabar la pregunta.

—Estoy dispuesto a todo.

—Podrías perder a pesar de tus esfuerzos —le recordó agriamente.

—¿Estás dispuesta a comprobarlo? —Alins lo pensó un momento y negó.

—Tú ganas —respondió desabrida.

—Mañana a la una y cuarto en el ayuntamiento —ella seguía en la misma posición vencida y anonadada pues para contraer matrimonio se necesitaban papeles —. Un amigo mío se ha encargado de todos los trámites. Se lo encargué hace un par de semanas.

—¿Mi partida de nacimiento literal también?

—Se ha ocupado de todo el papeleo legal —contestó serio.

La mujer entrecerró los ojos pensativa. Desde luego que Dante no había perdido el tiempo.

—Deseo firmar un acuerdo antes de mañana —él alzó los ojos con curiosidad.

Alins sacó de una carpeta marrón que había dejado sobre una de las sillas, unos folios pulcramente redactados. Dante leyó la primera página con recelo, cuando hubo acabado alzó sus ojos para mirarla absolutamente estupefacto.

—Es la condición que reclamo para acceder a casarme contigo.

Alins podía esperar cualquier reacción por parte de Dante. Sin embargo, el escrutinio concienzudo que hizo del contrato que ella le entregó la dejó temblando como una hoja, y expectante, como si una ráfaga pudiera arrancarla de la sala como la hoja de un árbol.

—No hablas en serio.

Alins asintió con la cabeza.

—Es mi deseo que renuncies a los derechos maritales que te concederá nuestro matrimonio. Lo que dice el contrato básicamente es eso: que nuestro casamiento es un fraude, una formalidad, un marco para criar a nuestro hijo. Estoy obligada a vivir contigo, pero no a acostarme contigo. Firma, es todo lo que pido.

—Te bastará mi palabra.

Alins negó con la cabeza.

—Las palabras suele llevárselas el viento, y hoy se ha movido una brisa molesta aquí —le respondió sarcástica.

Dante la taladró con sus ojos tan intensamente que Alins comenzó a ponerse nerviosa. Le sostuvo la mirada con tesón, sabía que Dante iba a capitular, pero esa certeza no impidió que un cierto sentimiento de arrepentimiento asomara. Trató de borrarlo de inmediato. Cuando la miraba así, con ese ceño fruncido, su estómago subía hasta su garganta y le provocaba un deseo que la desconcertaba. Con movimientos lentos y concisos, Dante sacó la pluma de su maletín y firmó en el lugar requerido.

—No has leído la letra pequeña —le indicó.

—Confío en ti —respondió sin un parpadeo.

—Bien.

—Ahora te toca a ti firmar una separación de bienes: necesito proteger mis intereses.

Alins alzó los hombros en un gesto despreocupado. Dante le pasó un papel que firmó tras leer el contenido de forma rápida. Alins hizo amago de levantarse. Dante le sonrió calculador.

—Por favor no te vistas de blanco —dijo con ironía.

La mujer cerró los ojos y juró que iba a hacer de su vida un infierno.

CAPÍTULO 23

La plaza de la Santísima Paz estaba demasiado bulliciosa a esa hora de la mañana. Alins había dejado su Renault en la zona azul. Miró brevemente su atuendo y maldijo otra vez su impetuosidad. Había estado toda la noche rumiando su impotencia: las ganas del desquite habían sido tremendas. Seguían siéndolo. Ella había tenido que aplacar su ánimo que bullía incesante, pero la venganza se servía fría.

Observó de nuevo su atuendo: el blanco le sentaba perfecto.

Caminó los pasos que la separaban de la plaza del ayuntamiento y sus ojos se entrecerraron ante el gentío que había allí congregado. Rostros desconocidos y la mayoría demasiado felices para importarles la cara de duelo de ella: sin lugar a dudas acababa de terminar otra ceremonia. Alins volvió los ojos a su hija que la miraba con cierta reticencia mal disimulada, y un incipiente ánimo en la mirada de Beatriz le sacó una sonrisa a su alma. Le apretó la mano en un gesto de cariño.

—Haces lo correcto, mamá.

Alins alzó una ceja interrogante. ¿Cuándo Dante había conquistado a su hija en su beneficio?

—Llegas puntual —las palabras de Yago le hicieron volver la cabeza.

—¿Qué haces aquí? —la pregunta le salió como un graznido.

—Los amigos están para lo bueno y para lo malo —le sonrió con verdadero cariño—. Además soy tu padrino —ella lo miró atónita—. Imaginaba que no lo habías previsto.

—¿Él sí lo ha hecho? —preguntó con acritud.

—¡Te va a sorprender mucho! Mi hermano Dante es la planificación personificada —contestó con humor.

Juntos emprendieron la subida al edificio emblemático de la bella ciudad levantina. Alins alzó los ojos al cielo y comprobó que el sol había decidido por sí mismo brillar ese día. ¿Acaso el clima no podía estar de su parte y lanzar rayos que dejasen la ciudad temblando?

La sala estaba abarrotada, y Alins se detuvo justo en la puerta con la duda pintada en el rostro. Su hija le susurró unas palabras al oído que ella atesoró en su corazón. Yago tomó la mano que ella posó sobre su brazo izquierdo y, sacándose la flor que llevaba en el ojal, la sostuvo de la oreja de ella. La mujer le agradeció el gesto con una sonrisa.

Cuando ambos enfilaron el largo pasillo con Beatriz detrás para actuar de improvisada dama de honor, los ojos de Alins brillaron con determinación. ¡Se quedó estupefacta! Su hermana Sibila estaba esperándola al lado de Dante. ¿Cómo había sabido ella? ¡Maldición! La mayoría de sus amigos estaban sentados en las primeras

filas de la izquierda y el corazón le dio un vuelco inesperado que hizo que los ojos se le llenasen de lágrimas. De todos modos, no se dignó mirar a Dante. Después le mataría, ahora solo pretendía mantener su decisión en pie. La familia de él se encontraba situada en los bancos de la derecha.

Yago la iba dirigiendo con pasos lentos, cuando comenzó a sonar una melodía nupcial que terminó por descolocarla completamente. Sentía ganas de gritar: ¿con qué derecho había planeado todo sin consultarle? Al llegar justo al lado del lugar en el que la esperaba Dante, Yago se hizo a un lado y su hermana le ofreció el bello ramo de novia que ella había obviado a propósito.

No podía mirarlo: si lo hacía, su decisión se iría al traste y saldría huyendo de allí. Apenas escuchaba las palabras que les estaba diciendo el juez. Trató de prestar atención a sus palabras y, cuando comprendió que le estaba pidiendo su aprobación, soltó un escueto "sí". La respuesta de él fue enérgica y contundente. Se quedó inmóvil cuando Dante le colocó el anillo y, enseguida, mecánicamente, lo imitó. Pensó que con eso se terminaba el consabido ritual, pero él le tenía reservada una sorpresa más: le rodeó la cintura con un brazo, la acercó hacia él y le sostuvo la barbilla. El beso lento y dulce le supo a retama, pero mantuvo la compostura con todo el autocontrol que pudo.

Oía las felicitaciones de sus amigos y les dio las gracias que se merecían. Las luces la cegaban, pero ella no perdía la sonrisa que no era todo lo fría que anhelaba. Dante cogió su cintura y ya no la soltó: marcaba, de ese modo, su posesión sobre ella.

Alins supo que le esperaba una dura lucha de voluntades.

El improvisado banquete tenía lugar en *El Poblet*, uno de los restaurantes del afamado Quique Dacosta. Quedaba en la ciudad de Denia, al lado de su hermosa playa. Alins se dejó guiar sin una protesta. Según palabras que oía de los diferentes invitados al evento, era el mejor restaurante de la provincia, uno de los tres mejores del país y su chef uno de los cinco mejores del mundo. Alins se sentía ausente, más que estar allí, parecía que miraba lo que sucedía allí, como si mirara una película.

La mesa nupcial solo tenía dos asientos y presidía la zona privilegiada del moderno y atractivo comedor. El sofisticado menú elegido por Dante no decepcionó a ninguno de los asistentes: de entrada, gamba roja de Denia acomodada sobre arroz bomba gelatinizado con polvo de crustáceo y carbón vegetal; luego, arroz Denia con morillas y fondo de gelatinización de pato; después, lubina asada y abrigada con diferentes hinojos salvajes; y, de postre, zanahorias confitadas acompañadas de una pectina de mandarina y helado de coco. Alins se perdía entre los nombres extravagantes de algunos platos. Se dejó servir por él, ahora su esposo, y con más nervios que hambre se dedicó a jugar con la comida.

—Estás de enhorabuena no de pésame.

Ella giró el rostro hacia Dante que la miraba con interés, y sin abandonar la sonrisa en la boca.

—La verdad es que no tengo apetito —fue su lacónica respuesta.

—El chef se sentirá ofendido sí no ve que aplaudes su esfuerzo y su creatividad mostrando un mínimo interés por lo que tienes en el plato.

A Alins le importaba bien poco ese detalle.

—Todo este montaje me parece fuera de lugar —le replicó cansada.

—Nuestro hijo querrá ver plasmada en imágenes la felicidad de sus padres en este día tan memorable.

Ella creyó que a él se le había ido la olla, peor aún, algún tipo de virus le había infectado el cerebro y se lo había vuelto gelatina.

—Nuestro acuerdo tenía implícita una boda íntima, y no está opereta.

Dante alzó su copa de vino y bebió antes de preguntarle:

—¿Acuerdo?

—Trato, negocio, llámalo como quieras. —Alins no tenía ganas de discutir.

—Yo lo llamo unión legal entre un hombre y una mujer.

Ella no pudo contenerse:

—¿De enamorados? —Dante bajó sus ojos grises hacia ella ante la impertinente pregunta:

—De personas que se profesan un sentimiento mutuo de excitación que las lleva a cortejar o expresar ese sentimiento mediante una promesa.

—¡Había olvidado tu facilidad de palabra!

Dante le ofreció una sonrisa que ella no valoró, no podía hacerlo en ese momento en el que se sentía desamparada.

—Toda esta opereta como tú la llamas no ha sido orquestada en tu honor, puedes quedarte tranquila.

—¿En honor a quién, entonces?

Dante la observó atentamente.

—Nuestro hijo tendrá una infancia normal, una casa normal y un montón de fotos con todo su esnobismo para poder alardear delante de sus amigos.

Alins se mordió el labio.

—¿Por qué es tan importante para ti? —Dante obvió la pregunta y siguió adelante, contándole sus planes.

—Beatriz se quedará al cuidado de tu hermana la semana que estemos fuera.

Ella ni comía ni dejaba de pensar. Tamborileaba los dedos en el blanco mantel.

—¿Quieres ver que no? —le preguntó enfadada—. No llevo bien que dirijan mis pasos.

—Pero no tienes opinión sobre esto.

Alins se hizo una promesa de aguantar hasta que finalizase el banquete, pero ni un segundo más.

—Estás colocándome en una situación difícil.

—He prometido protegerte —le recordó los votos.

—No se protege poniendo el pie sobre la cabeza de uno para que se ahogue en el Vinalopó.

A Dante le hizo gracia la comparación, y no pudo ocultar una sonrisa.

—El Vinalopó está tan seco como el desierto de tabernas. Sonríe, nos están haciendo una foto.

"¡Qué cansada estoy!", pensó abatida. Alins no pensó en ningún momento que se debía al embarazo. El banquete se le hizo interminable, la despedida de los invitados más y el continuo escudriñamiento de su hermana había terminado por crisparle los nervios.

—Estaré bien con la tía Sibila, y tráeme algún recuerdo de Italia —le dijo Beatriz al oído poco después.

Alins parpadeó con sorpresa. ¿Cómo sabía su hija adónde iba si no lo sabía ella misma? ¿Italia? El sueño de cualquier estudiante de Bellas Artes. ¿Cuándo lo habría decidido él? ¿Por qué no le había consultado? Se sentía estúpida: él hacía todo a voluntad.

Los invitados se despedían y ella sonreía forzosamente. Le dolía la mandíbula de tanto mantener la mueca vacía que los otros podían apreciar como una sonrisa. Dante la iba dirigiendo hacia la salida del restaurante.

—Tu coche se lo llevará tu hermana.

Alins no respondió. Seguía mirando a su hija que demostraba una felicidad que ella no lograba entender: ¿qué les había contado él para que ambas participasen en esa pantomima? ¿Por qué su hija se mostraba encantada con ese viaje de bodas? ¿Cuándo se había decidido todo? ¿A dónde la conducía él? Dante la llevaba del codo y la dirigía con paso decidido hacia su Porsche. Los invitados los despedían con las manos alzadas; ella apenas había dicho una palabra desde el postre.

Cuando Alins vio el deportivo plateado hizo una mueca agresiva.

—¿Adónde me llevas? —preguntó.

—A mi casa —le respondió y se corrigió en el acto—. A nuestra casa.

—¿Y luego?

—Nuestro vuelo sale a primera hora de la mañana.

—Te has tomado muchas molestias —lo criticó con ironía.

—Todo estaba preparado desde hace varias semanas.

Alins tenía que haberlo imaginado.

—¿Qué seguro estabas de que cedería!

El tono con que lo dijo dejaba en claro que se sentía manipulada.

—Solo apuesto si sé que puedo ganar.

—¿Aunque sea un premio de consolación?

Dante bajó los ojos hacia ella y le mostró un amago de sonrisa.

—Estás muy guapa de blanco. Me gusta que no me hayas hecho caso.

Alins sintió ganas de golpearlo: había pretendido molestarlo creyendo que no

soportaría verla con ese color. Se dio cuenta, de la forma más amarga, de que podía manipularla a voluntad para que hiciese lo que él pretendía. Solo le bastaba un comentario para hacerla reaccionar.

—No siempre te va a resultar todo tan fácil —respondió ofendida.

—Soy bueno en mi profesión.

Alins chasqueó la lengua con fastidio, y Dante aprovechó para ayudarla a meterse en el reducido habitáculo del deportivo. Le abrochó el cinturón y se aseguró de que no le apretase. A Alins todos esos gestos de galantería le molestaban enormemente.

—¡No soy una inválida! —protestó enérgica.

—Eres mi responsabilidad. Me preocupa tu comodidad y, por cierto, nunca hubiese utilizado esos informes que te mostré. De hecho, son falsos. El psicólogo que los firma no existe: lo inventé.

Alins abrió la boca para insultarlo, pero decidió mantenerse callada. Aún guardaba un as en la manga y necesitaba estar lo más serena posible para poder dar el golpe de gracia con la sangre fría. Que la hubiese chantajeado con los informes desfavorables sobre su estado emocional para luego reconocer que eran de mentira la llenó de cólera. La venganza es un plato que se sirve frío, se recordó, y ella estaba picando el hielo.

CAPÍTULO 24

Se lo tenía que haber imaginado, el fastuoso apartamento tenía una vista impresionante a la plaza; el paseo de la explanada estaba bastante cerca, justo al cruzar la calle. Alins entró con paso renuente, mientras Dante encendía todas las luces y corría las cortinas del salón para que ella tuviese una vista del puerto a esa hora de la tarde. Alins miró a su alrededor y vio que sus maletas estaban listas a un lado de uno de los dormitorios. La pudo la curiosidad: comenzó a indagar habitación por habitación. El apartamento tenía un total de seis dormitorios, una amplia cocina a la que no le daba el sol, y que estaba revestida de un mobiliario tan frío, que ella pensó que sobraba el congelador. Había un total de cuatro baños, uno de ellos de estilo oriental muy bien logrado que le arrancó una mueca divertida. Las paredes estaban pintadas de un gris perla suave que se veía realzado por los muebles modernos en negro. Las alfombras grandes y mullidas le parecieron innecesarias en una ciudad que presumía de disfrutar de más de trescientos días de sol al año, y con temperaturas cálidas en invierno y tórridas en verano.

—¡La casa ideal para una familia con niños! —dijo con ironía.

Si no lo decía, se atragantaría.

Dante la miró con una media sonrisa en la boca, con el hombro apoyado en el marco de la puerta. La observó con detenimiento: estaba preciosa examinándolo todo como si fuese un inspector de hacienda. El corazón se le encogió dolorosamente.

—Podrás hacer algunos cambios cuando regresemos.

Alins apretó los labios tras el comentario.

—¡No pienso vivir aquí! —dijo y, por un segundo, olvidó el acuerdo.

Dante no se inmutó.

—Es lo suficientemente grande para vivir los cuatro con comodidad. Beatriz está encantada con su dormitorio.

Alins se tensó.

—Ya veremos qué hacemos a la vuelta.

Dante siguió mirándola sin perder la sonrisa.

—Me gusta cuando me incluyes en tus planes.

Alins cerró la boca y lo miró con una advertencia al comprender el doble sentido de sus palabras. Ese demonio de Dante era demasiado guapo: embriagaba sus sentidos.

—¡Ni te imaginas los planes que tengo para ti!

Dante aceptó las palabras de ella como una invitación. Se fue acercando y Alins comenzó a retroceder al mismo tiempo. Se le notaba la alarma reflejada en los ojos. Estar cerca de él era sumamente peligroso para su estabilidad emocional.

—¡No te acerques más!

Dante desoyó sus palabras. Alins alzó una mano que se quedó pegada al pecho de él involuntariamente cuando alcanzó la distancia que lo mantenía separado de ella.

—¡No te haces ni una idea de lo loco que me vuelves! —Alins intentaba con la palma de su mano mantenerlo a distancia, pero no lo conseguía.

—Tenemos que hablar seriamente.

Dante comenzó a intimidarla con su altura.

—Soy capaz de hacer dos cosas al mismo tiempo.

Ella ya no podía retroceder más, su espalda había llegado a la pared.

—¡Entonces eres único en tu género!

—Es lo primero que me sedujo de ti: tus respuestas rápidas —dijo él divertido.

Alins no pudo callarse:

—¡Y yo gastando el sueldo en una *limousine*! —no podía parar las manos de él que se movían por todo su cuerpo, quemándola.

—¡Basta! ¡No puedo pensar!

Dante le mostró una sonrisa depredadora.

—¡No quiero que pienses, sino que sientas! —le dijo con una voz pesada, grave.

La boca de él se deslizaba por su cuello buscando el lóbulo de su oreja, mientras su mano subía por la espalda hasta encontrar la base de su nuca. Alins echó la cabeza hacia atrás para permitirle de forma inconsciente el acceso a su cuello. Dante aprovechó al máximo la oferta de ella y siguió en su exploración. Sus besos eran deliciosos.

—Tengo que hacerte una advertencia —soltó Alins entre gemidos.

—La advertencia ya te la hice yo —respondió él muy creído de sí mismo.

—Si sigues intentando seducirme —le costaba hablar: él le hacía perder el control—, te quedarás sin dinero.

Dante separó la boca del cuello de ella y la miró sin comprender.

—¿Dinero? —preguntó aún aturdido por las sensaciones que le provocaba su perfume.

—¿No recuerdas lo que firmaste? —Dante se separó apenas unos centímetros para escudriñarla mejor. Alins no perdía la sonrisa—. Fuiste muy hábil manejando tus cartas. Eres un duro negociador —le dijo burlona —las cejas de él se alzaron interrogantes, Alins se escabulló de sus brazos y buscó su bolso con la mirada. Lo alcanzó y sacó los papeles que él había firmado antes de la boda—. Pero yo tenía que cubrir mis espaldas —siguió ella.

Fue agitando los folios hasta llegar a donde estaba él. Se los dio con una sonrisa de triunfo. Dante fue leyendo la letra pequeña sin perder la apostura.

—¿Médicos sin Fronteras? —preguntó y vio cómo Alins asentía ceremoniosamente—. ¿Qué te hace pensar que me importa tanto el dinero?

Alins pensó la respuesta un momento:

—Veamos. Primero insistes en hacer una separación de bienes para que, en caso

de que te abandone, no pueda desplumarte, y luego dices que no te importa el dinero. ¿Para qué la separación de bienes entonces? Vamos, Dante: no soy tan ingenua. Un poco te lo concedo, sí, pero no tanto —dijo Alins divertida, disfrutando de ese triunfo parcial—. Alguien me aconsejó muy bien.

Dante no dudaba de quién estaba detrás de ese consejo.

—Mi hermano Yago tiene los días contados —susurró.

—Es un magnífico abogado.

—Creí que te atraía más su faceta de pintor.

Alins rió ante el recuerdo.

—Pero ha resultado más beneficiosa para mí su carrera de leyes. Lo de Médicos sin Fronteras ha resultado una idea maravillosa. Mira que a mí no me gustan los asuntos legales, así que me cuesta entenderlos. Y no porque no me funcione la cabeza, sino, simplemente, porque no me atrae hacer el esfuerzo de entender. Pero Yago me explicó todo con claridad: el matrimonio es también un contrato que implica muchas cosas: vivir juntos, asistir a eventos sociales y también acostarse. Sin embargo, mi acuerdo te proponía dejar en claro que nuestro matrimonio es solo por conveniencia. Y como tal solo incluye los aspectos visibles a los otros. Desde luego, la cama está lejos de ser un "aspecto visible". Nuestra unión es artificial y solo para criar a nuestro hijo. Tú mismo lo reconoces en el documento. Y para hacerlo más interesante, la penalidad. Si insistes en llevarme a la cama, si acaso lo logras, entonces perderás tu dinero: irá a parar directo a la asociación que yo elija —tomó un respiro y agregó finalmente—: Yago me lo explicó todo de manera tan sencilla que me encantó. Y no tengas miedo: yo sí pienso usar estos papeles si los necesito —concluyó con una sonrisa de triunfo en los labios.

Dante la miró excesivamente serio.

—¡Te subestimé! —Alins negó nuevamente con la cabeza.

—Me has ido llevando a tu terreno mediante la manipulación. Estos papeles me permiten conservar un poco de control sobre mi vida.

Dante cruzó los brazos en el pecho y adoptó una pose amenazadora.

—Puedes abanderar esos papeles tanto como quieras, pero no vas a estar lejos de mi cama —dijo él terco, como si no hubiera comprendido lo que ella había dicho o como si no la hubiera escuchado,

Alins inspiró suavemente.

—¿Quieres un poco de té?

Dante abrió la boca por la sorpresa cuando la vio dirigirse hacia la cocina y comenzar a abrir todos los armarios en busca de la infusión. La siguió como un perrito faldero.

—¿No puedes hablar en serio?

—Ambos hemos firmado acuerdos —hizo una pausa—. Si yo estoy dispuesta a cumplir el mío, ¿por qué tú no puedes hacer lo mismo?

—¿Me estás utilizando? —ella se giró para mirarlo incrédula.

—Eres el rey de la manipulación, ni loca soñaría con estar a tu altura.

—Sabes que te deseo.

Alins encogió los hombros con indiferencia mientras ponía en una tetera unas bolsitas de hierbas. Luego alcanzó dos tazas de un estante superior: escogió para sí la que tenía una vaca pintada, la del sapo verde se la dejó para él. Al fin alzó el rostro y lo miró.

—Yo deseaba muchas cosas y las has obviado en tu propio beneficio.

Dante siguió mirándola con un ardor mal disimulado.

—Encontraré una forma de impugnarlo.

Alins le obsequió una de sus mejores sonrisas.

—Es tu dinero, haz lo que quieras —no dijo nada más.

Tomó la bandeja del té y se dirigió con pasos suaves hacia el salón. A mitad del pasillo se volvió para preguntarle.

—¿Vienes?

Dante siguió parado. La miraba atónito, mientras ella le daba nuevamente la espalda y se dirigía con total libertad al salón. La siguió con la duda dibujada en el rostro. Miró las blancas hojas que se burlaban de él desde sus líneas negras.

Había minimizado el poder de respuesta de Alins. Seguía mirando entre la incredulidad y el fastidio su propia copia de renuncia a cualquier vínculo sexual con ella. Tenía que elegir entre el cuerpo de Alins que tanto deseaba y su dinero. Si decidía lo primero, todos sus ingresos acumulados irían a parar a la ONG Médicos sin Fronteras en un donativo altruistamente generoso. Si elegía su dinero, jamás tendría acceso a los placeres carnales que le confería la autoridad del matrimonio, y que él sabía perfectamente, que lo había obtenido un tanto arbitrariamente. ¿En qué lugar del camino se había convertido la víctima en verdugo? Volvió a repasar lo acordado por si había algún resquicio por el que tal vez podría impugnarse el acuerdo. Vio en cada letra pactada la mano escondida de su hermano menor y se enfureció de nuevo por esa terca manía de él de entrometerse en sus asuntos.

Ahora el viaje a Italia le parecía un aciago vacío de su intento por ganarse la completa sumisión de ella en el aspecto sexual. Sabía que él no le era indiferente, y que él corría con esa ventaja, pero el contrato actuaba como un muro que ella había erigido en torno a sí misma para protegerse.

Dante pensaba que no podría escalarlo por más empeño que pusiese. Italia, se dijo, tal vez allí encontraría la solución.

CAPÍTULO 25

¡Estaba agotado y frustrado! Le resultaba imposible seguirle el ritmo. ¿En qué demonios había pensado cuando pensó en Roma, una ciudad llena de monumentos para los últimos días de la luna de miel? Volvió a mirarla entre la incredulidad y el fastidio: Alins estaba ruborizada y tenía el pelo revuelto. Escuchaba con absoluto fervor al guía que le contaba al grupo la historia sobre la *Bocca della Verita* en la iglesia de Santa María de Cosmedín. Una vieja iglesia que, en la pared tenía una imagen esculpida que representaba el rostro de una supuesta deidad con barba y cuernos. Todos los orificios de la cara estaban abiertos. Según una antigua leyenda, había que introducir la mano en la boca del rostro representado. Esta se cerraba y devoraba a toda persona que fuese mentirosa. Alins estaba haciendo precisamente eso con una chispa de diversión en sus ojos castaños, mientras el guía, un descarado italiano de ojos inquisitivos, la miraba con un dejo de admiración que no ocultaba, y que a Dante le resultó molesto. La deseaba con una intensidad que lo dejaba atónito. El esfuerzo que suponía estar junto a su lado y no acceder a ella, le estaba pasando factura. Apenas podía pegar un ojo sabiendo que Alins dormía plácidamente sin ninguna preocupación tan cerca de él y tan inalcanzable al mismo tiempo.

Estaba a punto de volverse loco.

—¡Ven, Dante! ¡Prueba tú!

Él negó con la cabeza de la misma forma que se había negado por completo a subir corriendo los ciento treinta y cinco peldaños de la escalinata de la *Piazza di Spagna*, como sugería la tradición. Cuando pensó en Italia para su luna de miel, no creyó, en ningún momento, que iba a convertirse en una especie de maratón para verlo todo. Necesitaba descansar. Ya no podía seguirla de aquí para allá, y Alins parecía incansable, como uno de esos conejos del comercial de Energizer. Un monumento más y su paciencia cruzaría un límite. Alins se había retirado del grupo y se acercó a él con una pregunta en los ojos.

—¿No te diviertes? —Dante no negó ni asintió.

—Estoy cansado. De veras lo estoy.

Alins sonrió por el comentario.

—Solo nos queda un día y tenemos que aprovecharlo al máximo.

Dante abrió los ojos. Estaba cansado, y parte de ese cansancio tenía que ver con la energía que le consumía su deseo: no poder canalizarlo, no poder hacerle el amor, lo dejaba más agotado que si lo hicieran a toda hora.

—No hay ningún turista que haya caminado por Roma tanto como nosotros —dijo un tanto resignado.

Alins no se ofendió: estaba tan llena de vida y se sentía tan plena de entusiasmo que la crítica se la tomó casi en broma.

—Te recuerdo que esta noche y mañana me pertenecen —le dijo él.

El resto del grupo comenzaba a marcharse para visitar otra atracción turística. Alins tomó a Dante por la mano para incitarlo a moverse. El siguió clavado al suelo.

—Fue una promesa —le recordó ella—. Aún quedan lugares para visitar y que no quiero regresar al hotel —agregó.

Dante negó otra vez con la cabeza.

—Me voy a un bar, quiero beber algo —respondió sin dejar de mirarla.

Alins hizo una mueca como si fuera una niña consentida.

—Ven con el grupo a ver la escalinata —lo animó.

—¡Ya hemos estado en *Piazza di Spagna*! Además, yo quiero tomarme una cerveza y escuchar algo de música de forma relajada.

Alins lo miró desilusionada.

—Entonces nos veremos en el hotel —respondió resignada.

Dante percibió las ganas de volar sola que ella tenía y le sujetó las alas con ternura, pero con determinación.

—¡Alins Rossi! —la llamó.

Ella se dio vuelta de inmediato al oírlo, le sorprendía que la llamara por su apellido que no era el suyo. Sabía que en Italia las mujeres perdían el propio cuando se casaban, pero el matrimonio de ambos se había celebrado en España.

—Si crees por un instante que vas a despacharme como a una carta por correo certificado, quiere decir que no me conoces. Deberías darte un descanso. Si no lo haces por ti, hazlo por el bebé —la amonestó, aunque con una voz demasiado suave.

—Pero yo quiero seguir conociendo Roma.

—Me merezco un descanso, Alins; me has llevado de aquí para allá como una mochila a tu espalda. Tú te mereces un descanso.

Alins se sintió un poco avergonzada porque él tenía razón. En esos días, ella había devorado todas las visitas a la bella ciudad de Roma, y Dante había mostrado una paciencia y empatía sorprendentes. ¡Y seguía siendo tan guapo! Sus huesos crujían cada vez que él la miraba de esa forma tan especial.

—Las próximas treinta y seis horas me pertenecen en exclusiva —dijo, casi exigió, Dante.

Alins miró el grupo que ya había desaparecido. Asintió, accedió a su pedido. Sin embargo, Dante, al ver su rostro de desilusión, no pudo evitar decirle:

—¡Que vas a tomarte una cerveza conmigo, no un vaso de cianuro!

—Me voy a perder tantas cosas.

Dante alzó una ceja y agregó risueño:

—O vas a descubrir otras.

Alins ignoró el doble sentido que proponía la última frase él.

Se estaba comiéndose la fruta que les dejaba, cada día, el servicio del hotel.

Vagó con sus ojos por la lujosa suite que tendrían que abandonar al día siguiente. Dante se encontraba en la recepción ocupándose de la cuenta de la semana gloriosa que habían pasado en Roma.

Una sonrisa se dibujó en sus labios, cuando vio los dos dormitorios adyacentes a la salita en la que se encontraba ella. Mantenerlo a distancia había sido mucho más difícil de lo que imaginaba, pero ella siempre había enarbolado el acuerdo firmado como si fuese un escudo. Dante había hecho honor a su palabra y, tras darle las buenas noches, se había retirado a su dormitorio sin ninguna queja o ruego. Esto se había repetido cada una de las seis noches que habían pasado juntos en la ciudad. Qué cara le estaba resultando mantener su determinación: su cuerpo traidor y ansioso lo seguía deseando cada segundo del día. Recordaba de forma nítida el modo en que él la había besado, la había acariciado, y que eso había hecho que su piel se incendiara como una pira. Trataba de sostener el acuerdo que lo mantenía alejado de ella, pero lo que realmente deseaba era dejarse acariciar por él. Estaba loca de remate, pero ella sabía que, si cedía en ese punto, su batalla habría acabado. No quería que él controlara su vida completamente. Alins necesitaba, de momento, ese dominio sobre la relación.

¿Por qué demonios tenía que ser tan atractivo? ¿Por qué la desarmaba esa mirada anhelante que no ocultaba nunca, y que la seguía por todas partes? Sentía ganas de gritar anunciando su rendición, pero esa debilidad podía costarle cara en el futuro, cuando ya no pudiese controlar ningún aspecto de su relación con él. ¡Maldita su suerte!

Terminó de comerse las frutas y decidió que ya era hora de vestirse para la cena. Acababa de darse una ducha y seguía con la bata del hotel puesta. Miró la botella de champaña de la que aún quedaba más de la mitad. Apuró su copa, maldijo y se sirvió más. Hacía tanto tiempo que no se excedía un poco. La botella la miraba con burla y eso la hizo decidirse por completo. Estaba harta de que le marcaran las pautas a seguir: toda su vida había estado dirigida, ordenada por otras personas. Tenía ganas de rebelarse y esa botella le parecía el comienzo adecuado: necesitaba el valor para intentar mantener un acuerdo absurdo y encontrar la serenidad necesaria para enfrentar una vida en común con el demonio de pelo negro.

Lo deseaba hasta un punto inconcebible, con unas ansias que la devoraban, pero estaba presa de sus palabras. Debía respetar el acuerdo, por más ridículo que le resultara en ese momento.

—No debes beber alcohol.

Dante estaba parado en la puerta de la suite mirándola de forma penetrante. No lo había oído llegar. La irritaba su actitud: él no sugería, sino ordenaba. Bebió de un trago más de su copa larga, elegante.

—Solo es un poco de uva pisada: hace que me sienta bien.

—¿Bebes a menudo?

Ella negó con la cabeza. Dante siguió mirándola con censura. Alins trató de

demostrarle que había bebido muy poco, pero, cuando trató de levantarse, sufrió un ligero mareo que le arrancó una carcajada por lo absurdo de la situación. Trató de justificarse sabiendo que se merecía con creces ese ceño fruncido. Tal vez, el alcohol la estuviera afectando. Si él continuaba mirándola así no iba a poder contenerse más e iba a arrojarse a su cuello para besarla y acariciarla.

—Estoy harta de beber cerveza sin alcohol. Me va a salir por las orejas — protestó sin sentido.

Dante llegó hasta ella para ayudarla a mantener el equilibrio. La bata con el logotipo del hotel bordado se le había abierto por el cuello, lo que hizo que Dante tuviera una visión perfecta de uno de sus senos. Desvió la mirada: debía hacerlo, de lo contrario no podría evitar arrojarla a la cama y hacerle el amor. Contra todo pronóstico, Alins no dijo nada cuando Dante le puso las manos en la cintura y le aseguró el cinturón antes de acercarla hacia sí.

La miró con intensidad; ella le sostuvo la mirada sin pestañear.

—Podrías ser modelo.

Dante la iba llevando hacia uno de los dormitorios. Le contestó con calma:

—Eso ya me lo has dicho.

Alins no lo escuchaba.

—Eres tan hermoso. Bello y cariñoso, como Mac. Dante alzó las cejas curioso.

—¿Mac? —preguntó.

—MacGregor, el perro de mi hija. Aunque ya no vive con nosotros. Beatriz resultó ser alérgica a los perros. Sibila lo adoptó —comentó pausadamente: la lengua se le enredaba.

—¡No sabes cuánto me alegra que me compares tan hermoso como el perro de Sibila!

Alins no entendió el sarcasmo. Ella no se lo había dicho para enojarlo, simplemente, le había dado ternura su actitud contenedora y asoció esa ternura al cariño que Mac le prodigaba. De todos modos, se sentía tan extrañamente bien que decidió jugar un poco con él sin medir las consecuencias.

—Te mereces un beso —Dante la miró durante un instante tan largo que Alins dudó—. Un beso de gratitud por ser tan buen caballero —siguió Alins. Dante evaluó las palabras que había escuchado: había esperado tanto ese momento.

—¡Guárdate tu gratitud, no la necesito! —dijo fingiendo estar enojado.

Ella no se esperaba esa respuesta seca. Pese a todo, le rodeó el cuello con los brazos.

—Eres muy alto —continuó ella—. Acabo de darme cuenta de que me gustan los hombres altos.

Alins se había puesto de puntillas, Dante se acercó a ella.

—¡Estás jugando con fuego!

El aviso llegó demasiado tarde, cuando ambas bocas se encontraron perdieron la

capacidad de razonar: los labios de Alins sabían a fruta y a champaña. Beber de ella resultaba embriagador. Dante comenzó una danza con su lengua explorando, delineando la suavidad de su forma. Alins gimió ante las sensaciones maravillosas que él lograba transmitirle. Su fuerza la estaba mareando todavía más. Dante la iba llevando hacia atrás sin separar la boca de sus labios. Había descendido un brazo que cerró con posesión en la cintura de ella. Con la otra le sujetó el mentón a su requerimiento. Alins se sentía completamente segura en sus brazos y se abandonó a las caricias que tan magistralmente la recorrían.

—Tienes manos de pianista —farfulló.

Dante no dejaba su cuello.

—Nuevamente te repites.

Alins rió con voz cantarina mientras sentía las diversas emociones que la lengua de él le imprimían en la piel. Sentía como si fuera un sendero de lava candente.

—Hoy me gustaría ser piano —lo incitó ella.

Dante alzó levemente la cabeza para mirarla. Alins era consciente de cómo podía interpretar él sus palabras. Las había dicho para eso. La espiral de cosquillas que comenzaba a subir desde el vientre de Alins hasta su pecho le impidió pensar fríamente. Lo deseaba y era la última noche que pasarían en Roma.

—Puedo tomarme lo que has dicho como una invitación.

Dante pareció dudar un segundo. Alins se sorprendió al verlo dubitativo: ¿acaso él no entendía lo que ella quería? ¿Cómo tenía que explicárselo? ¿Esperaba que ella le suplicase?

—Yo solo quería darte un beso —trató de justificar lo que había dicho. Dante no pensó mucho en el tema. Ya no le importaba, aunque le costara caro.

—¡Y me lo vas a dar!

Sin saber cómo, Alins se encontró sentada en su cama. Dante había apoyado una rodilla en el mullido colchón de plumas y la iba inclinado hacia atrás. La espalda de Alins tocó la sedosa colcha. Solo entonces, Dante separó su boca de la de ella.

—Esta vez seré yo el que esté encima y con el control.

El hombre se apoyó sobre los codos. Se inclinó para saborear la dulzura de sus labios. Eran jugosos, incitantes. Su mano izquierda fue introduciéndose por la abertura de la bata sin despegar los labios de su boca. Que ella estuviese desnuda debajo de la prenda simplificaba mucho las cosas, y eso lo puso de cero a cien en menos de un segundo.

Alins apenas era consciente de lo placenteras que le resultaban las caricias de él. Sin percatarse siquiera, comenzó a mover la parte inferior de su cuerpo. Dante gimió al sentirla: ella no lo dejaba pensar con sus movimientos eróticos.

Se apartó ligeramente para situarse en posición y desabrocharse los pantalones. Alins lo ayudó con la camisa de forma apresurada. Dante le sostuvo el rostro con manos expertas. Deseaba observarla cuando ella lo recibiera. Ver el éxtasis reflejado

en sus ojos le impidió pensar con coherencia. Empujó hondo y fue como introducirse en el paraíso. Dejó el peso de su cuerpo sobre sus codos; y Alins, al verse libre, elevó las caderas. Cada embestida le generaba un gemido largo y profundo que no podía contener. La bata había quedado completamente abierta. Dante comenzó a acariciar uno de los pezones con dedos diestros hasta que se puso enhiesto. Cuando consiguió lo que quería, pasó al otro pecho para rendirle el mismo tributo.

Seguía dando lentas embestidas, como si quisiera medir el movimiento.

Alins entrelazó las piernas alrededor de la cintura de él y lo siguió en la danza. Cuando se movió más rápido, los gemidos entrecortados le indicaban que ella había alcanzado el punto de su liberación. Una última embestida y se enterró en lo más profundo de ella: lanzó un bramido que lo dejó sorprendido por la intensidad. Después se quedó completamente inmóvil.

CAPÍTULO 26

Le dolía la cabeza y le martilleaba. Le parecía imposible embriagarse apenas con dos copas de champaña. Bueno, si quería ser sincera, con alguna más. No sabía si abrir los ojos o mantenerlos cerrados para darle la espalda al bonito día que amanecía; optó por lo primero. Notó, con completo bochorno, que estaba desnuda bajo las sábanas de satén azul, y de golpe recordó a la perfección cada uno de los detalles de su particular despedida de Roma.

¡Había vuelto a hacerlo!

Lo había seducido de nuevo y no sabía muy bien en qué quedaba lo del acuerdo. Teóricamente, él, a partir de ese momento, sería pobre. Había mantenido durante varios días a Dante a raya con la excusa del contrato. Ahora tendría que negociar nuevamente con él otros términos parecidos, si es que él quería conservar su fortuna. De todos modos, la maldita vanidad de Dante no iba a permitirle retomar lo pactado. Iba a luchar con uñas y dientes para tenerla a ella sin perder nada. Podía siempre decir que él había sido seducido.

—Ha quedado demostrado que no sabes beber.

Cuando alzó los ojos, contempló de qué forma él la escudriñaba. Con el hombro apoyado en el marco de la puerta del dormitorio, sostenía en la mano un vaso. Se lo acercó solícito con la sonrisa brillándole en los labios.

—Toma. Desayuna algo.

Ella se tomó un trago largo.

—¡Esto no son naranjas! —Dante le ofreció una sonrisa cómplice.

—Es un reconstituyente de vitamina B, es bueno para el bebé.

Alins se recostó en la almohada sin ser consciente de su desnudez; Dante la observó sin una pizca de vergüenza.

—Tienes unos pechos preciosos —dijo ante la sorpresa de Alins—. Toda tú eres preciosa.

Ella subió la sábana hasta taparse la garganta. Se sentía tan sofocada como complacida por sus palabras.

—Son demasiado pequeños —adujo.

Él negó de forma enérgica.

—Unos más grandes habrían sufrido el rigor de la ley —ella lo miró sin entender, y entonces él agregó—. De la ley de gravedad —terminó la frase entre risas y ella lo imitó.

Luego, Alins cambió el semblante. Fue como si se hubiera despertado de un sueño y recordó todo: la noche en la *limousine*, las instancias de su casamiento, el contrato que limitaba la actividad sexual entre ellos. Y que lo habían roto, y que no sabía cómo volver atrás, porque ella no podía negarse a sí misma que había deseado a

Dante tanto como él a ella.

—Tenemos que hablar —dijo muy seria.

Las risas habían quedado olvidadas.

—Vamos, Alins, no empieces. Disfrutemos de la mañana —propuso Dante un tanto fastidiado.

—Entonces, la ONG Médicos sin Fronteras estará contenta.

—¿Ahora vienes a blandir el contrato? ¿Lo de anoche fue una trampa?

Alins iba a protestar, pero Dante la calló con un gesto. Ella lo miraba asombrada buscar algo en un bolso. Luego volvió con dos folios en la mano. Buscó en el último y le señaló uno de los últimos párrafos.

—Te mentiría si te dijera que yo no me preocupé por el contrato. Anoche, mientras tú dormías lo revisé una y otra vez.

—No entiendo. No hay mucho que revisar.

—Sin embargo, yo encontré algo que parece que mi hermanito no ha previsto. Te leo: "Cláusula Decimoctava: El presente contrato tendrá validez solo dentro del territorio español."

—¿Y?

—¿Cómo que "y"? Estamos en Roma. Es decir, aquí no tiene validez este papel —dijo y lo arrojó sobre la cama.

Alins estaba sorprendida. Tomó los folios y los leyó perpleja. Buscó los que ella misma conservaba y los comparó. Luego sonrió.

—Lo lamento por los muchachos de Médicos sin Fronteras.

—Tengo pensado hacerles un donativo —sugirió Dante con felicidad.

—Te tomo la palabra —dijo Alins.

Rompió las dos copias del contrato en varios pedazos.

—Hacía días que venía planeando hacer eso, ¿sabes? —Dante se acercó a ella. Alins lo tomó del cuello de la camisa y le dio un beso apasionado.

—Funcionamos muy bien juntos, ¿no te parece? —le susurró él.

—Soy muy mala negociando, ya te habrás dado cuenta. Cedo muy rápido a las pretensiones del otro.

Dante le colocó un mechón de pelo detrás de la oreja en una actitud cariñosa.

—Eres la única mujer que me tienta hasta la locura. Ese detalle es lo único que debería importarte.

Alins se puso seria de repente.

—El matrimonio es un plato que no puede sazonzarse solamente con atracción mutua —musitó apenas en un susurro.

—¿Y dudas de que no tengamos otros condimentos?

—No; no lo dudo. Además, quiero que funcione.

Dante le alzó la barbilla para que lo mirase a los ojos.

—Vamos a hacer que funcione. Corremos un riesgo si no resulta como queremos,

pero hay que intentarlo.

—¿Merecerá la pena? —Dante se mostró sorprendido.

—La familia siempre merece la pena, no lo olvides nunca —dijo un tanto solemne.

Después rió, le hizo cosquillas y se arrojó encima de Alins para colmarla de besos.

CAPÍTULO 27

Habían pasado dos meses desde el regreso de Roma y todo iba de maravillas, todo, salvo que Alins había aprovechado que el "rey Dante", como lo llamaba, se encontraba en un Congreso en Dublín para modificar sus aposentos y, en definitiva, todo el castillo. Alins, en un arrebatado, había remodelado completamente la enorme vivienda. Había sustituido la cocina gris por otra en colores crema y verde manzana. Las que antes eran paredes desnudas, ahora estaban, unas pintadas en alegres colores, y otras empapeladas con motivos florales. La mayoría del mobiliario había sido sustituido por otro más cálido y funcional, que iba desde el colonial al clásico pasando por líneas actuales depuradas. Ninguno padecía de la modernidad del minimalismo. La única habitación que se había librado de la purga era el despacho de él. La puerta se había mantenido cerrada a cal y canto. Algún espacio tenía que poder conservar el "rey Dante", algún dominio que no hubiera sido sometido por la reina de la casa. Además, Alins no deseaba que él sufriese un vahído cuando contemplase la invasión sin medias tintas que había sufrido su casa.

Las inmensas alfombras habían sido sustituidas por esterillas de fibras vegetales. Alins había tenido que vaciar uno de los dormitorios para poder meter el piano de su hija. Había dispuesto macetas con flores y plantas, y en las ventanas había colgado unas bonitas cortinas en color amarillo que producían una sensación de bienestar inmediato. Había tirado la pared de uno de los dormitorios que estaba adosado a la cocina para crear un bonito y práctico comedor: basta de llevar los platos de la cocina al salón y del salón a la cocina. El comedor, pintado en color ocre, tenía una de sus paredes, la que daba al vestíbulo, revestida de pavés en color ámbar. La mesa de teca hacía juego con las sillas y le daba a la nueva sala del palacio un aspecto informal y relajado.

La casa de Alins se mantenía cerrada. Dante le había sugerido venderla o alquilarla, pero ella no terminaba de decidirse, así que había optado por mantenerla cerrada de momento. Como su embarazo seguía su curso natural, se había visto en la obligación de dejar su puesto de trabajo en la galería. Además, había tenido que atender a un montón de papeleo por el cambio de instituto de su hija. Pero no se quejaba: el aplomo de Dante compensaba su innata naturaleza activa. Los dos trataban de poner lo mejor de sí mismos en cada faceta de su vida en común, aunque las ideas un tanto antiguas de él chocaban a menudo con las progresistas de ella. Beatriz se había adecuando a su nueva situación de forma excepcional, y Alins seguía asombrándose de la enorme capacidad de adaptación de la juventud a los avatares de la vida.

¡Ah! Si para ella fuese tan fácil.

La puerta sonó y ella abrió con una sonrisa. Frente a ella estaba Yago que traía

una botella de vino.

—¡Vamos a brindar por tu ingreso en la familia!

Alins se echó atrás para permitirle el paso.

—¡No pienso beber vino! —le contestó con humor y recordando la resaca que padeció en Roma.

—Es la costumbre entre los Rossi.

Alins lo miró tratando de ver si bromeaba o no. Luego dijo a modo de defensa:

—Afortunadamente, sigo siendo una Vera.

Yago chasqueó la lengua con humor y le dio un consejo casi en un susurro:

—Que mi hermano no te oiga o...

Alins no quiso escuchar lo que Yago iba a decir.

—Tu hermano es un hombre comprensivo, paciente.

Yago iba a protestar, pero prefirió cambiar de tema.

—También vengo a devolverle la llave que tengo en mi poder —dijo con una formalidad fingida.

Alins alzó las cejas. Parecía ser otra de las tradiciones de los Rossi que todos tuvieran las llaves de todos.

—Dante no querrá que la devuelvas —comenzó ella, —pero sería bueno que dejaras de darle esta dirección como tuya a tus conquistas.

Yago sonrió con astucia.

—¡Mi plan funcionó! —dijo contento.

Alins no daba crédito a sus oídos.

—¿Tenías un plan? —Yago tuvo la decencia de parecer avergonzado.

—Sabía que Dante no podría darle la espalda a un reto.

Alins se encrespó. ¿Cuándo acabarían los secretos?

—¿Un reto? ¿De qué hablas? —le preguntó con un hilo de voz.

—Tengo que pedirte una disculpa —dijo tímido.

—A este paso, ya no puedo llevar la cuenta de las disculpas que me debes —respondió irónica—. Ven, siéntate conmigo en la terraza y me cuentas todo.

Yago la siguió obediente.

—¿Este monstruoso apartamento tiene terraza?

Alins no le contestó. Lo invitó a que se sentase en un precioso sillón orejero de caña; ella lo hizo en el columpio.

—¡Te has traído el columpio! —soltó sorprendido.

—Me he traído muchas cosas de mi casa. Entre ellas, el sentido común, con la falta que me hace —hizo una pausa, como si fuera necesario pasar página—.

¿Qué decías de una disculpa? —lo instó mientras comenzaba a devorar unos panecillos de nueces. Le ofreció uno a Yago que aceptó con gusto; luego, se recostó en el sillón y lo devoró en un segundo.

—Mi encuentro contigo fue premeditado.

Alins no se sorprendió.

—Lo sé —respondió comprensiva.

—Premeditado, pero no de la forma que piensas.

Ella echó la espalda hacia atrás para mirarlo con más detenimiento.

—Te escucho, aunque estoy segura de que no me van a gustar tus palabras.

—Déjame antes que te explique cómo es mi hermano.

Alins negó con la cabeza.

—No quiero que me hables mal de él.

Yago alzó las cejas con sorpresa.

—Esas palabras te honran, Alins —dijo mientras le guiñaba un ojo. Jugaba a ser solemne solo para matizar sus palabras—. Debo, sin embargo, ponerte en antecedentes para que comprendas por qué he actuado así. —Ella permaneció en silencio—. Dante ha sido toda su vida un hombre de ideas claras y expectativas elevadas. Pocas personas han podido estar a su altura. Siempre se ha destacado en todo: ha sido el mejor hijo, el mejor estudiante, el mejor deportista...

Alins lo interrumpió.

—Eso no son defectos.

Yago asintió.

—Tiene una personalidad absorbente. Todo a su alrededor queda anulado por su incansable modo de ver la vida y de actuar en ella —Alins se recostó un poco más—. Nunca ha tenido citas de una sola noche o rabieta; no ha sido desobediente, sino todo lo contrario. Su docilidad nos sacaba a Uriel y a mí de quicio. Mi padre henchía el pecho lleno de orgullo cada vez que hablaba de su hijo Dante —ella se permitió una ligera sonrisa—. La única mujer que parecía haberse ganado el podio que significaba estar con Dante fue Isobel —Alins no habló, pero frunció los labios con desagrado—. Y él la anuló por completo. Terminó sus estudios y no pudo ponerse a trabajar, porque mi hermano se impuso con sus ideas arcaicas. O tal vez porque él quería ser el protagonista absoluto de esa relación. Isobel es una excelente ingeniera informática, pero eso no viene a cuento.

—Sigue —lo apremió ella.

—La aisló de todos sus amigos, de su familia. Isobel es sueca —aclaró, pero Alins siguió en silencio. Recordaba un acento un tanto duro en ella, con las erres un poco arrastradas, la vez que la había visto, pero muy disimulado. Como si hubiera olvidado la manera de hablar de su país—. Fue muy duro para ella dejar a su familia y amigos y venir a España para estar con él. Mi hermano pareció no valorar ese esfuerzo y la hizo muy desdichada. La ahogaba con su control.

—¿Y? —Alins siguió animándolo.

—Isobel encontró consuelo en mi padre —Alins lanzó un bufido, incrédula—. Dante viajaba mucho. Ella estaba sola y muy asustada. Suma dos más dos y tienes la solución.

—¿Por qué no se casaron?

Yago alzó los hombros.

—Isobel no se decidía a hacerlo. Ahora en la distancia creo que no le faltó razón. Dante se tomó tremendamente mal cuando Isobel, sin consultárselo siquiera, decidió no tener al hijo de ambos —Alins lo iba a interrumpir, pero él no se lo permitió—. No la estoy excusando. Creo que ambos fueron culpables de que todo saliera mal. Solo que tampoco puedo decir que Dante sea tan víctima como siempre ha creído que es. Los hechos se dieron así. Ella ya había decidido dejarlo. Tenía en mente volver con los suyos a Suecia. Y el bebé no iba a tener familia. Luego pasó lo que pasó con mi padre.

Alins meditó en las palabras de Yago. Permanecieron en silencio unos instantes.

—¿Cómo sigue la historia? —preguntó con seriedad.

—Dante se aisló de la familia, dejó de tratar a sus amigos y se encerró en sí mismo de una forma que nos preocupaba a todos. Tanto mi padre como mi abuelo trataron de llegar hasta él, pero no lo permitió. De todos modos, tengo que admitir que los métodos de papá y del abuelo nunca fueron los mejores: son muy rígidos y serios. Nunca le brindaron demasiada comprensión. Dante, sin embargo, siguió alejándose de nosotros y de todo.

—¿Y tú? ¿Hiciste algo por él? —se interesó ella.

—Yo actué como espía durante años para mi padre —Alins lo miró y Yago desvió los ojos—. Era la única vía abierta que Dante mantenía —el hombre calló un momento para tomar aire—. Cuando leí los informes que escribía sobre ti, y juro que cayeron en mis manos por casualidad, supe, sin lugar a dudas, que una mujer había conseguido despertar su interés de nuevo. Y mi esperanza creció como una semilla en tierra fértil: podíamos recuperar a Dante.

Alins tensó la espalda.

—Y decidiste hacer de Cupido —dijo casi con despecho.

Yago no lo negó.

—Tenía que sacarlo del pozo emocional en el que se había encerrado. Y mi plan dio resultado.

Alins lo miró con intensidad. Odiaba ser manipulada.

—¿Y si me hubiese enamorado de ti? —Yago sonrió al escuchar su crítica.

—Yo no estoy a la altura de tus expectativas; era bastante improbable.

—¡Válgame Dios! —exclamó atónita.

—Lo sabía antes de provocar el encuentro contigo. Sabía que mi hermano no le iba a dar la espalda a un reto. —Alins se molestó enormemente por sus palabras.

—Podías haber errado el tiro —le dijo ofendida.

—Tú buscabas una aventura esporádica y, de haber sido necesario, yo te la hubiese provisto.

—¡Vaya, muchas gracias por el sacrificio al que estabas dispuesto a llegar! —

comentó sarcástica.

Yago sonrió ante su ironía.

—Sabía que no sería necesario. Dante reaccionó como un toro ante un trapo rojo que se agita delante de sus narices. Tomó las riendas de inmediato para satisfacción de todos.

—¿Y qué te hace pensar que yo puedo aguantar ese talante controlador y posesivo? —su cuñado sonrió abiertamente ante la pregunta.

—Su interés hacia ti ha quedado claramente demostrado. Haría cualquier cosa para no perderte, incluso dejar de lado esa manía controladora —hizo una pausa y siguió con su relato—. El día que te presenté como mi futura esposa fue determinante. De haber podido, Dante me hubiese arrancado la cabeza y la hubiese insertado en la punta de una lanza. Mi padre no cabía en sí de gozo al contemplar su falta de control.

Alins se sentía mortificada.

—¡Todos conspirasteis contra mí! —concluyó.

Yago inclinó la cabeza en señal de sumisión.

—Y por eso es la disculpa que vengo a ofrecerte.

Ella mantuvo un silencio incómodo. Luego comenzó a hablar:

—Desde que conozco a tu hermano fuera de la consulta, ha controlado todos y cada uno de mis pasos. Me habéis sacrificado por él, para salvarlo. Me debes, no, me debéis algo más que una disculpa.

—Mi hermano es otro hombre gracias a ti.

Alins se levantó de golpe.

—¡Me voy a tomar una cerveza! ¡La necesito!

Yago se quedó mirando su marcha estupefacto. La siguió a la cocina sin replicar.

—No deberías tomar alcohol...

No pudo terminar la frase ante la mirada que ella le dedicó.

—¡Puedo y lo haré!

Alins sacó dos Budweiser heladas. Yago aceptó la suya con un agradecimiento.

—Tomar un poco de vino o cerveza no es perjudicial para el bebé —remarcó Alins antes de beber el primer trago. Yago amplió la sonrisa ante su tozudez—. Para que lo sepas, no he cumplido el acuerdo, lo mantuve durante seis días, pero al séptimo...

Yago alzó las cejas con burla al oírla.

—Dios se tumbó a la bartola para ver qué había hecho.

Alins entrecerró los ojos ante sus palabras bromistas.

—¿Más citas bíblicas? —Yago la miró con una sonrisa, pero no le respondió—. Además, mi abogado no me avisó que el contrato no tenía validez fuera del país.

Yago rió con ganas. Luego le preguntó serio:

—¿Creíste en algún momento que podrías mantenerlo? —Alins amagó a arrojarle la lata de Budweiser a la cabeza y fingió estar ofendida. Siguió bebiendo sin

contestarle—. Es de dominio público la fuerte atracción sexual que sentís el uno por el otro. Cada vez que estoy cerca de vosotros dos, tengo miedo de sufrir quemaduras de primer grado —dijo Yago.

Alins tosió al atragantarse cuando escuchó sus palabras.

—Nunca vi a mi hermano...

Alins lo interrumpió con una mano.

—No, no me lo digas. Sé un buen cuñado y sigue manteniéndome en la ignorancia.

Yago se terminó su cerveza. Alins dejó su lata y se dirigió hacia el salón con Yago tras sus pasos.

—¿Estoy perdonado?

No le contestó de inmediato, se tomó su tiempo para pensarlo. Encendió el equipo de música y se volvió a mirarlo.

—¡No! —dijo en voz muy alta, para tapar la música que salía del equipo.

Yago juntó las manos en un gesto de súplica.

—¡Haré lo que me pidas! —ahora sí le devolvió la sonrisa.

—Está bien, tú organizarás la comida familiar en mi nombre, esa que me ha pedido tu hermano que prepare. Buscarás el lugar, los amigos y toda lo que ello conlleva, sólo así te perdonaré — Yago asintió de inmediato.

—¿Lo sellamos con un abrazo de hermanos?

El hombre había abierto sus brazos de par en par y Alins aceptó de inmediato el ofrecimiento de reconciliación. Asió la cintura de su cuñado y cerró los ojos un instante, otro después escuchó un carraspeó.

—¿Qué demonios estáis haciendo?

¡Era Dante! ¿Cuándo había vuelto? Ninguno de los dos lo había oído llegar. Alins volvió sus ojos hacia él sorprendida.

—Estábamos haciendo las paces —contestó franca.

—¿Abrazándoos? —su voz sonaba incrédula.

—No es lo que imaginas —Yago trató de calmar la tensión que se palpaba en la estancia.

—¡No te haces ni una idea de lo que imagino cuando os veo juntos! —la luz se había encendido en la mente de Alins.

—Creíste que... —no pudo terminar ante la incredulidad que sentía.

—¿Qué puedo creer cuando veo a mi mujer abrazar a otro hombre?

—Tu hermano ha venido a ofrecerme una disculpa y yo la he aceptado de buena fe.

Yago y ella podían ver la duda brillar en sus pupilas.

—¿Pensáis que podéis manipularme?

Alins y Yago se miraron al unísono un segundo antes de estallar en carcajadas. Dante los miró ofendido.

—¡Y encima os reís en mis narices! —ninguno de los dos fue capaz de parar las carcajadas.

Dante avanzó con mirada peligrosa hacia su hermano pero Alins se interpuso entre los dos, se volvió un momento hacia su cuñado y le instó con un gesto a que cooperase.

—Yo hablaré con tu hermano —él entendió—. Dale saludos a mi suegro y recuerda el trato que tenemos.

Dante avanzó otro paso y la mano de Alins se posó en su pecho para detenerlo.

—¿Qué trato? —Yago ya salía por la puerta.

—Estaba hablando con mi abogado —él se pasó la mano por el pelo revuelto, Alins, cuando vio el gesto, comprobó lo cansado que se veía—. Has regresado muy rápido.

—Parece que no lo suficiente —le espetó, y Alins se mordió el labio ideando cómo tranquilizarlo.

—Me alegro de que estés de vuelta.

Dante pasó la mano por la nuca de ella y la atrajo hacia su boca. Alins no se esperaba el beso ávido que le dio, pero terminó tan rápido como había comenzado. La cogió por los hombros y la fue llevando hacia el sofá. La tumbó sobre los mullidos cojines y atrapó de nuevo su boca con hambre voraz.

—Deja al menos que... —no la dejó terminar.

—¡No! —la cortó de inmediato—. Estoy ansioso por comprobar cuánta alegría demuestras ante mi regreso —le dijo en tono de broma.

Se había calmado. Los celos lo fulminaban, pero sabía que no pasaba nada entre Yago y Alins. Su hermano podía ser muchas cosas, pero no un traidor. Y Alins... Alins lo amaba. Dante aprisionó la boca de ella sin darle opción a que le respondiera. Desabrochó con dedos diestros los botones de su blusa que se abrieron a su exploración urgente. Alins no era capaz de pensar cuando la boca de él se movía sobre la de ella y ejercía una infinita persuasión. Sin embargo, fue capaz de introducirle la mano por la bragueta para acariciar su miembro pulsante.

—Tú estás muy alegre —le dijo—. O eso parece.

Dante no la oyó. Siguió buscándola con besos para alzarse con el triunfo.

CAPÍTULO 28

No podía creerlo. ¿Dónde demonios estaban sus trajes? Dante siguió abriendo las puertas correderas del vestidor intentado encontrar su ropa.

—¡Alins! —la llamó a viva voz.

Dante la vio en el preciso momento en que ella entraba al dormitorio con un canasto de ropa recién planchada. Entrecerró los ojos. Alins había desoído su consejo de mantenerse ociosa. Aunque no había despedido a las dos mujeres que mantenían su casa en perfecto estado de limpieza y orden, ella seguía en su afán de supervisarlo todo. Ninguno de los razonamientos de Dante había servido para hacerla cambiar de idea.

—¡No encuentro mi ropa! —ella dejó el cesto encima de la cama y se volvió hacia él con una mueca.

—La tienes delante de la cara.

Dante giró con rapidez y clavó los ojos con absoluta estupefacción en las variadas camisas de alegres colores, y en los numerosos pantalones deportivos.

—¿Esperas que me vista como un florero? —Alins apretó los labios para ocultar una sonrisa.

—Necesitabas renovar tu vestuario.

Dante inspiró profundamente antes de responderle, y contó hasta cinco.

—Tengo una profesión seria. Necesito mis trajes.

Alins se mordió el labio.

—Te he dejado cuatro: el gris claro, el gris medio, el gris perla y el gris oscuro —Dante se mesó el pelo con cierta impaciencia.

—¿Y el resto? —Ya temía la respuesta.

—Los del Centro Retro se han sentido muy agradecidos por nuestro donativo, aunque un tanto extrañados de que todos los trajes fuesen iguales.

—¿Con qué derecho...? —comenzó pero Alins lo interrumpió.

—Tengo que velar por tu comodidad, mantener tu ropa limpia, tu estómago saciado, tu pene erecto. ¿Quieres que siga?

Dante no la dejó que continuara en esa línea. No quería desviar el tema de conversación. Aunque, de todos modos, la idea de comprobar cuán bien ella hacía esa última tarea, lo tentaba demasiado.

—Redecoraste la casa a mis espaldas y ahora esto —dijo intentando parecer furioso.

Ella separó las piernas y cruzó los brazos: las cuatro horas de charla que había tenido que soportar por atreverse a decorar el apartamento sin contar con la aprobación de su marido, aún se le aparecían en sueños como una pesadilla.

—Si sigues por este camino de reproches, mañana cocinaré enfadada. Ya sabes

lo que puede suceder. Probarás la paella del enfado de Alins, y sabrás lo que es bueno.

Dante no continuó por esa línea. Las manos de Alins en la cocina resultaban soberbias, salvo cuando se enfadaba. En dos ocasiones había probado la acidez de su respuesta y esperaba no hacerlo nunca más.

—¿Dónde están mis camisas Armani? —ella no dijo nada, y Dante se temió lo peor.

—¡No! No me lo digas. Prefiero ignorarlo —la mujer se acercó un paso hacia él con un dedo levantado en actitud amenazadora.

—Tu ropa estaba enferma —dijo con absoluta seriedad. Dante la miró serio—. Tu casa estaba enferma. Tú estás enfermo. —Alins le ofreció una sonrisa conciliadora—. Vives en la tierra del sol, pero te alimentas de oscuridad. Yo soy la razón que ha llamado a tu puerta para recuperarte del abismo en el que te encuentras encerrado.

—Mi ropa no tiene nada que ver con los abismos o la oscuridad. Soy un profesional que debe dar una imagen consecuente con lo que se espera de él. Por Dios, Alins, un psicólogo debe verse sobrio.

Alins no iba a tirar la toalla.

—Hoy escogeré la ropa por ti.

Dante miró su vestido de flores multicolor, sus medias blancas caladas y su cola de caballo. Su mujer se vestía sin ninguna seriedad, y lo peor: su atuendo más que espantarlo, lo seducía. Estaba perdiendo el norte. Iba a tumbarla de espaldas en el lecho e iba a introducirse en ella sin desvestirla para poder contar las flores de su vestido con cada embestida.

Recuperó la serenidad a duras penas.

—Quiero mis trajes.

Alins le sonrió.

—Yo te compraré otros.

Dante iba a sufrir un escalofrío.

—Podrás acompañarme, pero yo elegiré mi ropa. Aceptaré gustoso tus sugerencias, lo que no quiere decir que las siga al pie de la letra.

Alins debía intervenir: si lo dejaba continuar, le estaría calentando las orejas hasta la hora de la cena y no pensaba permitirselo.

—¿Dudas de mi buen gusto?

Dante se mordió la lengua a duras penas para no ofenderla. Estaba magníficamente de pie sosteniéndole el pulso.

—Está claro que tenemos gustos diferentes y que tenemos que aprender a respetarlos —dijo él conciliador.

La sonrisa de Alins lo puso alerta de inmediato. Parecía una gata relamiéndose tras beber un platito de leche.

—¡Primera lección aprendida! —le dijo como si fuera una alumna aplicada y le

dio un ligero beso en los labios.

Dante vio la forma sinuosa en la que ella se dirigía al armario y, sin pompa ni ceremonia, comenzó a recoger las camisas y a tirarlas encima de la cama.

—Yago vendrá a recogerlas más tarde.

Abrió la boca y la cerró con sorpresa.

—¿Yago?

—Beatriz lo ha ayudado a renovar su vestuario de camisas y pantalones. Por qué se ha dejado aconsejar por ella, lo ignoro, pero le pedí como un favor que me prestase aquellas que había adquirido recientemente para ver qué tal quedaban en mi vestidor —Dante apretó los dientes. Había caído en la trampa. Había creído que esas eran sus nuevas camisas.

Respiró aliviado.

—Has de reconocer que queda muy colorido y alegre —opinó Alins.

—¿Y mis trajes? —Alins le sonrió con falsa dulzura.

—Como quería darte un incentivo para gastar el dinero que ganas a manos llenas gracias a incautos como yo, solo te he dejado cuatro. Y los puedes combinar con esas cuatro camisas.

Alins le señalaba un rincón del vestidor mientras se dirigía hacia el armario.

—Este traje gris combina con esta camisa blanca —lo decía y, al mismo tiempo, se lo ponía en las manos—. Este otro traje gris, con esta otra camisa blanca —hizo lo mismo—. Con el tercer traje gris...

Dante explotó:

—Soy capaz de captar una indirecta.

Ella no se contuvo:

—¡Estoy iluminada! El cuarto traje gris, con la cuarta camisa blanca.

—Admito que soy algo monótono a la hora de elegir mis trajes. —Ella pensó que había obtenido no una declaración sincera, sino un acta de rendición.

—Para eso estoy yo aquí: para contrarrestar esa necesidad tuya de adorar al diablo de la sombra y lo oscuro.

Dante se prometió que iba a mantener la boca cerrada. Alins se dirigió hacia la cama donde habían quedado las camisas de Yago desparramadas y tomó una en color rosa con una determinación en sus ojos.

—Esta quedará estupenda dentro de ese traje gris que sostienes en la mano como un trofeo ganado con malas argucias —le puso la camisa en los brazos y se dirigió hacia los cajones de la derecha. Sacó una corbata gris con unas finísimas rayas en color rojo—. Y esta corbata dará el toque final.

Dante miró la camisa horrorizado.

—¡No pienso ponerme una camisa rosa!

Alins lo escudriñó de pies a cabeza con intensidad y, por lo menos a él le pareció que era así, deseo mal disimulado.

—Pues es una pena porque esa camisa resalta el brillo plateado de tus ojos de una forma seductora e irresistible.

La entrepierna de Dante se endureció violentamente,

—No vas a manipularme —dijo tratando de controlarse.

—Solo pretendo que estés guapo.

Dante dudaba de las palabras de su esposa cuando las decía de forma tan melosa.

—Aceptaré ponerme la camisa si me das tu permiso para elegir tu próximo vestido.

Alins asintió de inmediato, y Dante frunció el ceño.

—Los próximos vestidos que me pondré, por lo menos hasta que nazca el bebé, tendrán forma de globo. Acepto que elijas todos los que quieras.

A Dante le pareció que había perdido terreno y no sabía dónde.

Yago miró a su hermano con cierta burla en sus ojos. Dante sabía exactamente qué era lo que estaba mirando él de forma tan petulante.

—Yo tengo una camisa igual —dijo entre risas. Dante se veía furioso. Yago siguió—. Beatriz tiene un gusto exquisito en la combinación de colores. Sería una magnífica pintora.

Dante asintió. Yago terminó por recostarse en la silla que antaño ocupara Alins en sus visitas.

—Tengo un paciente que llegará en pocos minutos.

—Son escasos los minutos que necesito de tu atención. Necesito revisar el acuerdo de separación de bienes de mi cliente: Alins Vera.

Dante cruzó una pierna sobre otra de forma pausada sin perder el aplomo.

—Ah, el maldito contrato. Todavía está vigente, ¿verdad?

Yago le sonrió.

—Ese es el que tengo que revisar.

—Mi mujer te está pagando con mi dinero, no lo olvides.

El hermano sonrió más ampliamente.

—Mis honorarios los paga una bruja de pelo rojo y ojos verdes que no se fía de ti ni un pelo.

Dante alzó las cejas extrañado.

—Ten cuidado o perderás tus calcetines sin que te des cuenta. Sibila no se fía ni de su sombra.

Yago se rió, y chasqueó la lengua divertido.

—Tarde para la advertencia, hermano. Esa bruja me ha despojado hasta de mis calzoncillos Calvin Klein de la suerte. Me tiene comiendo a sus pies, qué digo, estoy moviendo la colita ansioso porque me obsequie con una mirada seductora. Es más —dijo con resignación—, te diría que a mí me gusta estar allí, aguardando que ella me

dé una señal.

Dante terminó por reír ante la chanza de su hermano.

—Pareces un perro mirando un hueso duro.

Yago asintió con una sonrisa en los labios.

—Búrlate. El hueso está duro, pero yo tengo tiempo. En cuanto al contrato...

Dante le hizo un gesto con la mano abierta: no hacía falta que Yago siguiera. Él ya tenía la solución al tema del contrato. Sin embargo, decidió aprovechar la situación y burlarse un poco su hermano:

—Olvidalo. Destruiremos la copia juntos, si quieres. Ven a comer con Sibila y lo hacemos delante de ella.

CAPÍTULO 29

¡Demasiado lejos! ¡Su mujer había ido demasiado lejos!

La consulta de Dante se parecía más un jardín de botánica que un lugar para recibir pacientes. Alins se había extralimitado en sus funciones. Otra vez. Dante miró atónito el cambio en el mobiliario. Seguía parado justo en el vestíbulo de la entrada que dividía las diferentes áreas de la consulta. Las paredes estaban pintadas en un suave color crema, y las sillas negras habían sido sustituidas por dos sillones de piel marrón claro.

Dante había estado de viaje por Edimburgo y, a su regreso, había encontrado su despacho completamente cambiado. Nada quedaba de la sobriedad con la que él lo había decorado. Era demasiado tarde para cancelar a sus pacientes y reacomodar el lugar a como estaba antes. Los atendió uno a uno. Y uno a uno fue sorprendiéndose cuando ellos agradecían el cambio, cuando notaba que se abrían más y que las sesiones se hacían más profundas y relajadas a la vez.

Llamó a su casa para hablar con Alins. Beatriz atendió el teléfono.

—Mamá está ultimando los trámites de unos cuadros de *Várese* para Ricardo en la galería Palacios.

Dante se sentía frustrado. Nunca podía seguirle el rastro a su mujer. La llamó a su teléfono móvil.

—¡Dante! ¿Cuándo has regresado? —su voz a través de la línea denotaba sorpresa.

—Esperaba verte en el aeropuerto —protestó él.

No había podido evitar que su voz sonase un tanto decepcionada.

—Tengo un día de locos —afirmó y, luego, calló unos segundos—. Los cuadros de *Várese* han resultado un dolor de cabeza que ya he solucionado al fin.

—Deberías tomarte las cosas con más calma en tu estado —sugirió Dante.

La risa de Alins fue perfectamente audible desde el teléfono.

—Si sigo sin hacer nada, terminaré por hablarle a las piedras. Tanto ocio me parece contraproducente para mantener el juicio —Dante iba a decir algo, pero Alins se le adelantó—. Tengo que dejarte. ¿Nos vemos esta noche? ¿Preparas la cena? —Dante terminó por asentir a regañadientes—. Solo tienes que poner a hervir pasta; la salsa la he dejado preparada esta mañana —Dante volvió a asentir—. Asaltaré la bodega de tu padre para robarle una botella de vino tinto. Nos vemos, mi amor.

Alins colgó, y Dante se percató de que no había hecho ninguna referencia al cambio en su consultorio. Estaba perdiendo facultades o Alins era más astuta de lo que parecía. ¿Y por qué diablos tenía que preparar la cena después de un viaje largo y tedioso? Porque le gustaba. Ver a Alins sentada en el taburete de su cálida cocina tomando un vaso de zumo de tomate mientras él preparaba algo para los tres, lo

relajaba, distendía sus músculos y le hacía olvidar el arduo día de trabajo. Alins siempre escuchaba con suma atención todas las cosas que él le decía y, en ocasiones, intervenía con comentarios agudos y llenos de humor que conseguían hacerlo reír. Su vida había cambiado por completo, pero, aún así, pensaba en no darle tregua esa noche. Estaba hambriento de ella: hacía dos semanas que no la veía.

Beatriz estaba inusualmente pensativa. Dante observó de qué forma jugaba con su comida sin apenas llevársela a la boca. Decidió iniciar una conversación ligera.

—¿Qué tal el día, Beatriz? —la aludida negó con la cabeza y siguió en silencio—. ¿No tienes hambre? —nuevamente la muchacha volvió a negar, pero Dante no se rindió—. A veces surgen ocasiones en las que debemos meditar antes de tomar una decisión importante. En ocasiones el corazón y la cabeza no se quieren poner de acuerdo. En esos casos, debemos buscar el asesoramiento de alguien que nos conozca lo suficiente para poder aconsejarnos sin que por ello debamos sentir que invade nuestro espacio personal. —Estaba casi dándole una discursillo: parecía su cháchara profesional—. Es importante elegir con acierto el conducto que va a canalizar nuestro deseo mediante una decisión acertada.

Tanto madre como hija miraron a Dante con la boca abierta.

—Todas las edades son difíciles, pero aquella en la que se entremezclan el ansia por crecer y la añoranza por dejar la niñez es la más peligrosa de todas, aunque la más elemental —las dos seguían calladas—. Estás poco comunicativa esta noche. Algo insólito en ti y me pregunto, sin que por ello creas que estoy invadiendo tu terreno, si puedo decir algo que mejore la comunicación en la mesa y haga que te sientas mejor.

Alins estaba a punto de dejar caer una lágrima por las palabras que escuchaba, le parecía sumamente conmovedor el interés que Dante mostraba por la preocupación de Beatriz. Sin embargo, decidió ponerle un poco de humor a la charla.

—Si estás pensando perder la virginidad con Pedro, he de hacerte una advertencia: ingresarás en un convento de clausura en Toledo. Si, por el contrario, has fallado en algún examen por mirar la televisión en vez de estudiar, tienes el piano prohibido durante toda la semana.

—¡Mamá! —Beatriz terminó por reír ante las amenazas.

Dante escudriñó a Alins aún con la sorpresa dibujada en el rostro. Acababa de tirar por la borda años de estudio psicológico sobre la forma de abordar el comportamiento humano ante las dudas y las decisiones difíciles.

Alins entendió perfectamente la mirada de él.

—Advertencias directas, querido Dante, suelen disuadir de tomar decisiones apresuradas.

Dante seguía callado analizando la explicación de su esposa.

—Lo tendré en cuenta para la próxima vez que decidas hacer algo sin mi

consentimiento —dijo aludiendo a los cambios en su consulta.

Alins comprobó cómo sus palabras, incluso en broma, podían volvérselo en contra.

—Funciona con los niños, no con los adultos, mi amor —se excusó.

—¡Mamá! ¡Ya no soy una niña!

—Disculpa, Beatriz, en ocasiones olvido lo rápido que creces.

Dante las miraba con un brillo de humor en sus ojos.

—El abuelo Ricardo me ha hecho aceptar algo, y sé que te va a hacer enfadar mucho.

Alins detuvo el tenedor a medio camino de la boca al escucharla. ¿Desde cuándo su suegro se había convertido en el abuelo de su hija? Beatriz supo lo que pensaba su madre, aun sin que pronunciara palabra.

—Es muy bonito tener un abuelo.

Dante seguía callado esperando no sabía qué.

—¿Lo crees conveniente? —preguntó Alins.

Beatriz asintió con una sonrisa que borró el ceño fruncido de su madre. Ambas pisaban un terreno peligroso, y Alins decidió tener cuidado.

—Él mismo me pidió el favor de llamarlo así. No pude resistirme.

—Si es lo que realmente deseas... —dejó la frase sin concluir para que Beatriz siguiera con su confesión.

—Desea regalarme por mi cumpleaños un *Steinway amp; Sons* de cola.

Tanto Dante como Alins se miraron al unísono: un piano *Steinway amp; Sons* de cola podía costar como mínimo unos veinte mil euros.

—No puedes aceptar un regalo tan caro —respondió la madre.

La desilusión en el rostro de su hija resultaba evidente, pero no la conmovió.

—Deberíamos analizar juntos los pros y los contras de tomar una decisión así —intervino Dante conciliador.

Alins comenzó a tamborilear los dedos en la mesa antes de decir:

—Es un detalle por parte de tu padre querer obsequiar un piano a una niña que va cumplir quince años, sin embargo, es un regalo excesivamente caro que, de ningún modo, Beatriz podrá apreciar hasta que no aprenda lo que cuesta ganar el dinero.

Dante la escuchaba en silencio, sin perder detalle. Miró subrepticamente a Beatriz y le indicó con un gesto casi inadvertido que no interviniese.

—No es que nos mostremos desagradecidas —continuó Alins con firmeza—, pero hay que poner un límite. Mi hija debe aprender a valorar lo que ya tiene. El piano que usa se lo he comprado con mucho esfuerzo y trabajo hace menos de dos años. Antes tenía que practicar en el instituto.

Beatriz empañó sus ojos y apretó su boca preparándose para replicar. Dante sabía que, de un momento a otro, iba a comenzar una discusión sin precedentes entre madre e hija. Quiso mediar para calmar las aguas.

—Dejaremos esta conversación para otro día más apropiado. La cena es el momento que ansío durante todo el día para disfrutar de las mujeres más hermosas del mundo —tanto madre como hija lo miraron con recelo, pero secundaron su sugerencia—. Esta pasta me ha salido soberbia —afirmó Dante, y la cena retomó su cauce.

CAPÍTULO 30

Alins se sentía feliz. Su hija seguía abrazada a su suegro.

Y ambos charlaban animadamente. La celebración familiar era todo un éxito. Yago había cumplido su acuerdo a la perfección. Desvió los ojos de su hija y buscó con ellos, entre la muchedumbre, a su esposo: el celoso, controlador y maravilloso amante que tenía por marido. Aún le temblaban las orejas por el último sermón de más de dos horas que había tenido que soportar sobre su intención de rechazar el *Steinway amp; Sons* para Beatriz. Finalmente, había ganado el piano. Y Alins y Dante habían llegado a un acuerdo: Beatriz se ganaría en parte el regalo con recitales en la casa de Ricardo para invitados eventuales, y también se ocuparía de los peces, el canario y el gato de la madre de Pedro hasta que ambos regresaran de viaje. Alins también había hecho algunas concesiones más: le consultaría decisiones en el futuro, en especial las remodelaciones. Dante, a cambio, intentaría dominar su necesidad de controlarlo todo sobre ella.

Con tal de no escuchar nunca más una charla de esas, era capaz de vender su alma al diablo. ¿Se acostumbraría alguna vez a tener que analizar cada decisión que tomaba por insignificante que fuese? Dante lo razonaba todo, lo hablaba todo: nada quedaba sujeto a la eventualidad. A veces, ella sentía ganas de gritar y comenzar a tirar papeles por la ventana para dar salida a su espontaneidad.

Alins bajó los ojos hacia su vaso lleno de agua. En las etapas finales del embarazo, el vino había quedado relegado. También era parte del acuerdo: le había prometido tomar solo bebidas sin alcohol. Cada negativa iba acompañada de una explicación, de un por qué, un cómo, un cuándo. Era demasiado para ella que no analizaba ninguna de las decisiones que tomaba.

Dante iba hacia Alins con un plato de canapés en la mano derecha y una chispa en sus ojos que conseguía aplacar su mal genio. Esos ojos que ella conocía y que encerraban la necesidad de hacerle el amor todo el tiempo. A pesar del embarazo, él insistía en ir encima, lo que, a veces, resultaba más parecido a un paso de comedia que a una situación erótica. De todos modos, el sexo era espectacular. Y si venía con risas, más.

—Mi padre está loco con Beatriz. Lo tiene comiendo de su mano.

Alins le mostró una media sonrisa, mientras aceptaba el plato que le tendía, lo devoró en cuestión de segundos.

—Quiero más.

Dante hizo un gesto negativo con la cabeza.

—No es bueno que te atiborres, recuerda que debes comer para dos no por dos.

Alins chasqueó la lengua con fastidio.

—No puedo beber, no puedo comer, no puedo conducir. ¡Estoy cansada!

Dante aguantó su estallido con aplomo. Estaba preciosa con esa mueca de fastidio.

—Esta noche compensaré tu enorme apetito por todo.

Alins le dio un codazo con cariño. Su apetito sexual estaba plenamente satisfecho, lo que quería satisfacer eran otros apetitos.

—Tengo apetito ahora y no entiendo tu negativa a que sacie mi hambre de comida.

Ella miró en derredor por si alguno de sus cuñados le traían algo más de comer; de tanto privarse se estaba quedando en los huesos.

—Te recuerdo que tienes que comer para dos no por dos. Deberías entenderlo.

Los ojos de Alins lo miraron resignada tras el consejo. Hizo amago de irse, pero Dante la retuvo por la cintura. Alins vio consternada que su cuñado Uriel venía hacia ellos con las manos vacías.

—Felicidades, cuñada. ¡La fiesta es todo un éxito!

Dante detenía sus intentos de soltarse y buscar comida como si fuese una loba hambrienta, pero Ángela había escuchado su oración: venía hacia ella y le traía otro plato lleno de mini bocaditos salados, pero Dante lo alcanzó antes de que llegaran a su mano. Ella le ofreció una mueca que prometía "¡ya me vengaré!". Se moría de ganas de ir a un McDonald's, con lo que a ella le gustaban, pero sabía que si lo hacía, Dante la sermonearía hasta el cansancio. Le daría un menú de reprimendas.

—Nunca he visto tantos conocidos juntos.

El comentario de Ángela le arrancó una sonrisa y la sacó de sus pensamientos repletos de hamburguesas, bacón y queso cheddar. La fiesta la había preparado Yago y el mérito se lo llevaba ella: así daba gusto organizar eventos. Yago había demostrado ser un perfecto colaborador.

—Estás estupenda, aunque mi hermano te tenga sujeta como una estatua —dijo Uriel, y Alins le ofreció una cálida mirada ante sus amables palabras.

La mano de Dante se ciñó con más fuerza sobre su cintura, cuando vio que Yago se dirigía hacia ellos con una mueca burlona y escondiendo algo detrás de la espalda con la mano derecha.

—¡Compórtate! —le recriminó ella.

Dante le respondió con aplomo.

—Soy el rey del comportamiento.

Pero la mano en su cintura le mostraba a todo el que mirase lo posesivo que podía ser.

—Tienes que dejar que tu esposa atienda a los invitados —sugirió su hermano.

Dante hizo caso omiso al consejo de su hermano menor. Yago le puso un plato de canapés en las manos que Dante no alcanzó a interceptar. Alins lo miró con adoración, mientras comenzaba a devorarlos uno por uno.

—La fiesta es en honor a ella, y en honor a su entrada en nuestra atípica familia.

A Dante ese detalle le importaba poco, siguió mirando con severidad cada bocado que Alins se llevaba a la boca. La vio relamerse, y el deseo de besar esos labios humedecidos lo dejó sin respiración.

—¡Por Dios! ¡Tengo un hambre canina! —la exclamación de deleite al masticar el alimento no pasó desapercibida.

La providencia estuvo de parte de ella, cuando el abuelo se acercó hasta Dante y lo arrastró hacia el gentío para que hablase con un invitado en particular y dejase el acecho sobre su esposa. Tanto Uriel como Ángela suspiraron más relajados al verlo que se distraía con amigos. Alins seguía masticando.

—¡Deliciosos!

Había cerrado los ojos para memorizar el sabor de los canapés: el de crema de aguacate estaba soberbio.

—No puedo creer que te esté matando de hambre —dijo Yago que no abandonaba la sonrisa, mientras observaba el plato vacío en las manos de Alins.

—El obstetra le aconsejó que vigilase mi dieta, y tu hermano se lo ha tomado al pie de la letra.

Más que a queja, las palabras de Alins sonaron a resignación.

—¿Te acompaña en tus visitas al obstetra? —Ángela hizo la pregunta con los ojos llenos de extrañeza.

—Intento cambiar las visitas de improviso para esquivarlo, pero tiene un sexto sentido que me pone de los nervios. Siempre consigue saber cuándo las tengo, y te aseguro que el médico tiembla cuando lo ve aparecer por la puerta tras de mí. De todos modos, es el hijo de los dos, y yo valoro mucho que él me acompañe. Hice todo sola cuando tuve a Beatriz.

Yago lanzó una carcajada al aire que hizo volver varias cabezas. Imaginar a su ansioso hermano en un consultorio lleno de mujeres le parecía divertido.

—Comprendo a Dante —intervino Uriel—. Yo tampoco querría perderme ninguna consulta.

Ángela lo miró con ojos almibarados.

—Seguro que ya ha decidido el nombre, lo que estudiará y con quién deberá casarse —dijo el menor de los hermanos.

Alins miró a Yago tras esa observación con el ceño fruncido.

—¡No tiene gracia! —le respondió un tanto preocupada.

A pesar de la personalidad absorbente de su marido, no le simpatizaba que hablasen a sus espaldas.

—Sí que la tiene —seguía riéndose a mandíbula batiente—. Lo que me parece insólito es que no le haya ordenado al bebé el sexo que tiene que tener antes de asomar la cabeza a este mundo.

Este último comentario le valió un codazo en las costillas, Alins se había puesto inusualmente seria.

—Algún día, en algún lugar —comenzó a decir con voz fría—, una mujer volverá tu mundo al revés, y demostrarás un talante controlador aún más severo que el de tu hermano.

Yago se calló al momento tras escucharla. Después soltó:

—¿Acaso es eso una maldición gitana? —de nuevo volvió a estallar en carcajadas.

Alins barajó la idea de darle otro simpático codazo, pero terminó uniéndose a la risa: su advertencia había sonado ciertamente ridícula.

—¡Emanuele!

Alins volvió los ojos al invitado que miraba a Yago con una sonrisa pintada en la boca. Vestía pantalón de sport color caqui y una camisa blanca debajo de un jersey a rayas rojas.

—¡Alberto! —ambos hombres se abrazaron—. ¡Después de tanto tiempo, insistes en llamarme así! —dijo Yago haciendo el papel de ofuscado.

Uriel y Ángela volvieron su rostro a la voz conocida. Alberto había sido el amigo más íntimo de Yago: amigo y compinche de juergas y libertinaje en la adolescencia y en la juventud. Hacía varios años que vivía en Nueva York, por lo que fue una sorpresa para él que volviera a la ciudad después de tanto tiempo y resolvió invitarlo a la fiesta familiar.

—Reconoce que te gustaba que te llamara así. Era tu "nombre de guerra". No querías que las mujeres supieran tu verdadero nombre —reveló el invitado con ojos sapientes—. Si sigues soltero, podríamos divertirnos. Nunca digo que no a una juerga contigo: las últimas han sido memorables.

Yago asintió al mismo tiempo que le ofrecía una copa. Se volvió hacia Uriel y sus dos cuñadas.

—Alberto, ya conoces a mi hermano mayor y a su encantadora esposa Ángela. —Alberto les mostró una sonrisa—. Permite que te presente a Alins, la esposa de mi hermano Dante —Alberto ofreció una inclinación de cabeza que aceptaron todos con naturalidad—. ¿Nos disculpáis? Tenemos algunos asuntos que tratar en privado.

Alins aceptó las disculpas de su cuñado. Vio cómo se alejaban ambos hombres entre bromas hacia el interior de la casa, y volvió su rostro hacia Uriel.

—¿Por qué lo ha llamado Emanuele? —preguntó en un susurro.

Uriel la miró extrañado: Alins se había puesto mortalmente pálida.

—Es su segundo nombre, en honor a nuestro abuelo.

Alins estaba sorprendida por el segundo nombre de Yago. Le había traído unos recuerdos que ella creía que no volverían a surgir. Ahora que había logrado una vida perfecta con el controlador de Dante. ¡Tenía que ser una coincidencia! Pero algo en el interior de ella la instaba a tratar de averiguar más sobre la familia de su marido. El juego de emociones en su rostro pasó desapercibido para Uriel y Ángela.

—Disculpadme, necesito ir al baño —dijo Alins y comenzó a caminar de forma

rápida tratando de llegar hasta los dos hombres que se habían introducido en la casa.

Necesitaba hablar con Yago.

Los había visto dirigirse hacia la biblioteca y se deslizó de forma furtiva hacia el despacho que comunicaba las dos estancias. Afortunadamente, las grandes puertas estaban parcialmente abiertas. Alins caminó hacia las cortinas que estaban echadas y que quedaban muy cerca de la puerta entreabierta. Iba a husmear como una espía y estaba mal, pero nada en el mundo podía separarla de esa pared. Escuchó con perfecta nitidez la voces de Yago y de Alberto que llegaban hasta ella desde la otra habitación.

—¡Volvamos a París! —escuchó decir a Yago—. ¡Sería un viaje estupendo! Debo aprovechar, amigo mío, que no estás en Wall Street haciendo millones y que por fin te has tomado unas vacaciones.

—Siempre es un placer volver a la "ciudad luz", aunque no sería lo mismo. Tenemos unos cuantos años más —opinó Alberto y giró el vaso de whisky que le había ofrecido Yago; Alins pudo oír el tintineo de los cubitos al chocar entre ellos.

—La última vez que estuvimos allí fue memorable. —Alins aguzó el oído, pues Yago había bajado el tono de voz.

—Yo solo recuerdo las resacas —recordó Alberto. Yago rió, y su amigo continuó—. ¿Aún te acuerdas de la chica parisina? —la mujer intuyó que había hecho un gesto negativo, aunque no podía verlo desde donde estaba.

—¿Cuántos años hace? ¿Cuándo fue que estuvimos allí?

—Como si no te acordaras. No ha pasado tanto tiempo. Fue en el año noventa —dijo Alberto un tanto incrédulo—. Bueno, lo importante es que, después de quince años, volveremos a París.

—En el hotel había un congreso sobre... —el invitado lo interrumpió.

—¿Asististe al congreso? —preguntó el amigo.

Yago negó con una carcajada.

—¡Ja! Ni loco, y nos quedó pendiente tomar la última copa por ese maldito artista que revolucionó nuestra estancia al alquilar toda la planta, ¿recuerdas?

Yago siguió ofreciendo detalles de su estancia en el hotel de París. Alins ahogó un jadeo: demasiadas coincidencias. Ya no estaba tan segura de querer seguir escuchando a escondida la conversación que mantenía su cuñado con el invitado. Supo que debía salir de forma sigilosa de la habitación. Cuando ya llegaba a la puerta, la voz de Dante la dejó paralizada.

—Te he estado buscando por el jardín —afirmó.

Las voces en la otra habitación habían cesado de repente.

—Tenía que ir al baño —se excusó.

—Ángela me lo dijo —continuó él,

Alins seguía en silencio, sin poder ofrecer una excusa convincente que explicara su presencia en el despacho de Ricardo. Su actitud resultaba de lo más sospechosa.

Cuando vio a su cuñado aparecer por el hueco de la puerta, deseó que la tierra la tragase. Todo se complicaba.

Dante seguía observándola con sumo interés.

—Quería llegar al baño, pero estaba un poco mareada y decidí sentarme cinco minutos.

Dante y Yago se acercaron hacia ella con el semblante preocupado.

—¿Te encuentras mejor?

No se había sentido peor en su vida. Alberto asomó su cabeza por el hueco abierto entre las dos estancias.

—Vamos, Yago. Sí seguimos aquí, perderemos el vuelo —le dijo.

Yago le hizo un gesto con la mano, pidiéndole que aguardara un instante. Miraba a su cuñada realmente preocupado.

—¿Os marcháis de viaje? —preguntó Alins.

No se reconoció su propia voz; tuvo que carraspear antes de poder formular la pregunta en un tono casual.

—Solo es un fin de semana. Lo hemos decidido hace un instante. Nos vamos al aeropuerto de inmediato. He visto en Internet con mi Blackberry que hay un vuelo vía Barcelona que sale a las siete de la mañana.

—Vamos, Yago —insistió el hombre—, vamos a tu casa, a preparar tus maletas que las mías las tengo listas.

Dante no pudo contenerse de decir:

—Conociéndote, será un fin de semana de juergas alocadas y desmesuradas. Aún no me explico cómo siguen admitiéndote en el Ritz.

El gemido femenino hizo que Dante regresara su atención a ella. Alins no sabía cómo la sostenían las piernas. Las coincidencias empezaron a parecerle demasiadas.

—Adoro a las mujeres parisinas —dijo Alberto casi gritando.

—Conozco el Ritz: hace años yo también me hospedé allí —anunció Alins.

Los ojos de Dante se oscurecieron al escucharla, pero ella estaba tan concentrada en su cuñado que no se percató de la mirada de su marido. Yago alzó una ceja con curiosidad y dijo:

—¡Qué divertido! Tal vez hayamos estado en el mismo hotel, pero sin conocernos.

—¡Vaya! Sí que es un mundo pequeño este —opinó Alberto al que el whisky lo estaba afectando.

Alins negó con la cabeza repetidamente, pero sin apartar los ojos de Yago.

—Yo no me hospedé en el Ritz en el año noventa —declaró Alins como si lo hiciera ante un policía, pero estaba mintiendo. Se encontraba realmente mal por toda esa situación—. ¡Necesito aire! ¡No puedo respirar! —fue lo último que dijo.

Su mano subió hasta su garganta y cerró los ojos con fuerza, pero, antes de caer, Dante la sujetó en sus brazos.

No quería abrir los ojos. El destino, el infame sino que se encargaba de ponerlo todo en su lugar, había soltado su hacha encima de su cabeza causándole un daño irreparable. Cuando todo en su vida comenzaba a rodar suavemente, el caprichoso azar volvía a jugar con ella y sus sentimientos, como si Alins fuese un títere sin voluntad, igual que hacía quince años. O no era para tanto. Le gustaba exagerar. "Como buena mujer", habría dicho Dante, si pudiera escuchar sus pensamientos. Las revelaciones de Yago: mismo año, mismo hotel, misma habitación en la que había concebido a Beatriz no necesariamente indicaban que hubiera sido Yago el de esa noche en el hotel. Aunque esto también se lo decía para tranquilizarse. Era como si un ángel y un demonio estuvieran posados en cada uno de sus hombros y le susurraran cosas: que el destino se encarnizaba con ella, que no podía ser verdad, que las casualidades no existían, que la vida seguía leyes de causa y efecto y no encuentros y desencuentros como en las películas de Hollywood.

Lo que Alins no podía discernir era cuál era de los dos era el ángel y cuál el demonio.

¡Dante! No quería pensar qué coincidencia artera lo había puesto en su camino para volver su mundo al revés. ¿Estaba casada con el hermano del padre de su hija? ¿Su cuñado era tío y padre a la vez? "Tienes que cerciorarte: todo puede ser una coincidencia", opinaba el ángel. "No te engañes a ti misma", ordenaba el demonio. ¿Qué debía hacer ahora? Se sentía avergonzada y culpable, terriblemente culpable. ¿Debía indagar? ¡Por supuesto! No podía dejarlo todo como estaba. Aunque se sentía incapaz de pensar con lógica, no podía permitir que sus sospechas quedaran sin confirmar. Sacudió con una mano cada hombro, como si espantara de una vez al ángel y al demonio. De ahora en adelante solo se escucharía a sí misma. Entendía, o creía hacerlo, los avisos que el destino había agitado delante de sus narices sin que hiciese nada por percatarse de ellos. Beatriz tenía la misma marca de nacimiento que Yago. Tocaba el piano: la veta artística de los Rossi la tenía marcada en su misma esencia. La enorme afinidad que demostraba con Ricardo: ¡su abuelo!, ¡su verdadero abuelo! De todos modos, se dijo que el destino era lo que cada uno se forjaba, por lo que ella debía ir a buscar el suyo: debía confirmar las sospechas y dejar de alarmarse. Lo mejor sería marchar al frente de las filas y no esconderse y lamentarse de sí misma. "A lo hecho, pecho", se lo repitió casi como un mantra.

—Nos has dado un buen susto.

La voz tan querida la estremeció: Dante. No se sentía preparada para sostenerle la mirada, aún no. Sabía que si lo miraba, se quebraría.

—Sé que estás despierta.

Alins se decidió a abrir los ojos apenas una línea.

—Me siento mal.

Su marido asintió con la cabeza. Alins se dio cuenta de que estaba sentado en la

orilla del enorme lecho a su lado.

—Este es el resultado por atiborrarte tanto de comida —dijo él con toda las ganas de comenzar un nuevo sermón.

¿Nadie se había percatado de que su desmayo y malestar no eran debido a la comida? Respiró aliviada, entonces.

—Tienes razón, mi amor.

—Si no llego a sostenerte, hubieses caído al suelo y te habrías lastimado.

Alins solo trató de insuflarse un poco de aire.

—¡Quiero irme!

Dante bajó los ojos hacia sus manos que retorcían las sábanas sin compasión. Tomó una de ellas. Alins tuvo el impulso de soltarse, pero no lo hizo. No podía soportar su contacto, no cuando se sentía tan vulnerable, pero no quería que él lo supiera.

—Cuando te encuentres mejor nos iremos.

Alins gimió lastimosamente.

—Por favor, déjame sola. —Dante iba a hablar, iba a decirle que no: lo presentía—. ¡Por favor, Dante, por favor!

—Está bien. Saldré a decirles a todos que ya te encuentras mejor, y que no hay motivos para preocuparse.

Alins asintió con la cabeza en apenas un gesto. Dante abandonó la alcoba y salió por la puerta en silencio.

¡Huir! ¡Quería huir en ese momento!

Se incorporó en la blanda cama y posó sus pies en el frío suelo. Tanteó buscando sus zapatos, pero no los encontró. Buscó sus cosas y se mesó el pelo con los nervios circulando a cien por sus venas. Pediría un taxi. El Paseo de San Juan estaba plagado de ellos.

¡Beatriz! ¿Cómo iba a dejarla sola?

Su teléfono móvil. ¿Dónde estaba su teléfono?

Sus zapatos: otra vez los zapatos. Otra vez tenía que jugar a la Cenicienta. Alins se sujetó la cabeza para detener el constante martilleo dentro de ella: sentía cada latido golpearla con furia. Inspiró con profundidad intentado calmar las náuseas. Tomó una decisión de inmediato: tenía que llamar a Sibila y tenía que hacerlo con urgencia.

CAPÍTULO 31

Sibila apenas podía creer las palabras de Alins. Seguía sosteniendo la taza en las manos sin beber de ella, en un intento por no perderse ni un detalle. Su hermana seguía buscando algo en los cajones del baño principal. No podía recordar qué necesitaba.

—¿Estás segura? —preguntó Sibila.

Alins alzó sus bellos ojos, llenos de angustia.

—¿Cuántos Emanuele podría haber en París en el Ritz en la habitación setecientos cinco en el año noventa?

—¿Qué piensas hacer?

—Buscar pruebas.

Sibila hizo una mueca incrédula.

—¿En el baño? —preguntó.

Alins se mesó el pelo agotada.

—Yago dejó algunas pertenencias aquí antes de que su hermano se casase conmigo —Sibila parecía no entender. Alins siguió—, vas a hacerme un enorme favor —ella ya se lo imaginaba—. Necesito una prueba de paternidad.

—Yo soy arquitecta, por si no lo sabes —dijo en tono de burla.

—¿Tu ex sigue trabajando en Biozell?

—Ya veo a dónde vas. Y te digo que no.

—Vamos, necesito que le digas que me haga la prueba de ADN; no recurriría a él si no fuera indispensable.

—Mi respuesta sigue siendo no.

—¿No trabaja más allí?

—Creo que sí, pero es un administrativo. Mejor le pregunto a Alejandra que sí es bioquímica y que trabaja en el laboratorio.

—Eres la mejor hermana que alguien podría tener, aunque para demostrarlo, te lleve tanto tiempo.

—Deberías mantener la boca cerrada —dijo de golpe Sibila.

El consejo molestó a Alins.

—Me he dado cuenta de que la vida se encarga de poner cada cosa en su sitio, por más que uno mantenga la boca cerrada y se empeñe en ocultarlas.

Sibila la censuró con la mirada.

—Analiza los inconvenientes de callar y los de hablar: luego toma una decisión.

Alins se mordió el labio pensativa.

—Sé lo que tengo que hacer, y no es precisamente mantenerme de brazos cruzados.

Se masajeó la nuca para aliviar la tensión acumulada, mientras seguía buscando

entre los enseres del baño.

—¿Eres feliz con Dante? —preguntó Sibila. Alins asintió sin dudarlo ni un instante. Su marido seguía con ese férreo control sobre todo, pero ella se sentía segura y cuidada. Vivir con Dante era como caminar por un camino espinoso, aunque lleno de hermosas flores—. No te atormentes, hermanita, déjalo todo como está.

Alins suspiró largamente.

—Si algún día Yago descubre mi silencio, el enfrentamiento estará asegurado. Siento escalofríos solo de pensarlo.

—Tal vez tengas en la mano el arma que necesitas blandir ante Dante para obtener tu libertad.

Alins negó vehementemente: en esos meses había aprendido a respetar las ideas y pensamientos de él. Lo deseaba con una intensidad que la cegaba.

¡Lo amaba!

—Jamás le haré sufrir de forma voluntaria; no podría perdonármelo.

Sibila la miró con curiosidad disimulada.

—¿Desde cuándo...? —dejó la pregunta incompleta.

Alins sabía perfectamente a qué se refería ella con esas palabras.

—Desde el primer día en que lo vi en su consultorio. Me lo negué a mí misma por terquedad, pero lo amo desde entonces.

Sibila soltó el aire poco a poco.

—Díselo. Dile lo de Yago. Cuéntale tus sospechas.

Alins ahogó una exclamación.

—¡No puedo!

—¿Y entonces?

—Buscaré pruebas. Cuando las encuentre, decidiré. De ser necesario, me marcharé.

—Una salida cobarde para una decisión aún más cobarde.

—Es la más acertada.

Sibila creía que no lo tenía tan claro.

—Papá decía siempre: "¡La verdad, aunque nos lleve a la tumba!" —Alins sintió que su estómago se encogía al recordar esas palabras en boca de su hermana—. Habla con Dante; exponle tus dudas.

—¡Qué solución! ¿Cómo no se me había ocurrido? —exclamó con sarcasmo—. Me acercaré y le diré: "Querido esposo, te presento a la posible hija de tu hermano Yago. Aunque no tienes de qué preocuparte: fue un encuentro amoroso sin importancia. Estaba borrachísima y me acosté con un desconocido. Nuestro retoño será primo y hermanastro a la vez".

Sibila entrecerró los ojos con cautela ante el dolor que mostraban las palabras de su hermana.

—Tu marido es el más adecuado para comprenderte: se gana la vida intentando

entender a los demás. ¡No tenías la culpa! ¡Tú no buscaste esto!

Alins la miró entre la vergüenza y el arrepentimiento, pero, para sus adentros, agradecía sus palabras.

—Tenía tantas ganas de aventura que me perdí en el camino.

—Habla entonces con Yago.

—¿Has perdido el juicio? Se te debe de haber escurrido por algunos de los planos de tus dibujos, porque no entiendo cómo puedes sugerir algo así. Hablaré con él cuando esté completamente segura. Cuando la prueba de ADN sea contundente. No antes.

—Quizás te sorprenda el resultado. Por eso debes hablar ahora.

—¡Por supuesto! ¿Cómo no lo había pensado? Le podría decir: "Yago, te presento a tu posible hija. Aquella hija que pudimos haber concebido en París en el año noventa en la habitación setecientos cinco del Ritz. ¿No me crees? Créeme: me colé en tu habitación creyendo que era la mía y *viola*. Aquí tienes el posible resultado.

—Estás en una situación difícil es cierto, pero superable.

—Tu frialdad aún consigue sorprenderme.

Sibila no se molestó por sus palabras.

—Ya te he dicho lo que yo haría.

—Pero no es lo que deseo oír.

—Y no vas a oírlo nunca. —La voz de Sibila había pasado de la preocupación a la acusación en un segundo—. Dante, a pesar de ser arrogante, soberbio, prepotente, duro... —Alins la interrumpió con un gesto—, se merece una explicación de tu parte antes de pensar siquiera en hacer nada o abandonarlo sin decirle una palabra —Sibila siguió amonestándola verbalmente—. O callas o haces las cosas como debes.

Alins apoyó las manos en el mueble para las toallas.

—¡Iba todo tan bien! —exclamó agobiada—. Beatriz, ¿de qué forma puedo explicarle? Me consume la vergüenza.

Sibila esta vez se apiadó de ella.

—Tu hija es maravillosa: te comprenderá. Pero debes hablar primero con Dante, después con Beatriz y, según el resultado, con ese licenciado de Yago.

Alins meditó las palabras de su hermana con atención.

—Cuando tenga la prueba de paternidad en mis manos, decidiré lo que hago.

Sibila aceptó.

—¿Qué necesitas? Conseguiré lo que sea de Alejandra. Incluso que no quedar registros, a menos que los quieras expresamente. No dejar registros suele ser muy conveniente.

—Mi mundo se derrumba, y tú te lo tomas a broma. Sé que Yago dejó un cepillo de dientes en la casa: será suficiente con eso —tras revolver en los cajones varias veces, lo encontró al fin.

—Presiento que todo se desplomará encima de mi cabeza irremediablemente.

—Tomaste una decisión hace quince años. Sigue con ella a pesar de los contratiempos que surjan.

—Estoy asustada.

—Lo sé.

—Estoy enamorada.

—También lo sé.

—Voy a sufrir mucho.

Sibila hizo una mueca burlona.

—¿Vas? Llevas sufriendo desde los dieciocho años hermanita. Es hora de que te liberes de esa carga del pasado y la disfrutes de una vez. Disfruta de tu vida.

Alins la miró con ojos empañados.

—Algún día, Sibila, un hombre entrará en ese corazón tuyo, tapiado a los sentimientos amorosos, y volverá tu ordenada y metódica vida al revés. Te verás arrastrada en una vorágine de sentimientos contradictorios que te anularán el juicio y la razón. Entonces, y solo entonces, serás capaz de comprenderme.

—Estás a punto de comprobar si Dante es merecedor de tu cariño —dijo Sibila después de una reflexión—. Me alegro de que por fin hayas llegado a la encrucijada del camino que tomaste cuando regresaste de París hace quince años. ¡Y dame ese cepillo de una buena vez! —Alins lo metió en una bolsita y se lo entregó junto con el de Beatriz—. Una prueba de sangre sería más efectiva.

Alins asintió.

—Pero tendría que dar muchas explicaciones y no quiero apresurarme si resulta que todo ha sido una sospecha sin fundamento.

—Me debes un favor.

Alins hizo un gesto negativo con la cabeza bastante elocuente.

—Te deberé mi felicidad si resulta que mis sospechas son infundadas.

Dante se sentía mordido por la duda. Sospechaba algo, pero no sabía qué era lo que lo ponía suspicaz. Desde hacía varios días, Alins no le permitía un acercamiento, y no entendía del todo esa negativa a hablar con él sobre nada. Veía su tristeza salir por cada poro de su cuerpo. Tuvo la certeza de que algo muy grave ocurría, y se sentía incapaz de alcanzarla, de conmoverla lo suficiente para que confiara en él de nuevo. Todos los años de preparación profesional no le servían para lograr que el único corazón que realmente le importaba abriese la puerta a su llamada.

Alins continuaba alejándose de él sin remedio.

Seguía contemplándola en silencio sin que ella se percatase. Se encontraba sentada en el bello escritorio ordenando las diversas invitaciones a reuniones sociales que recibían. El rostro serio y concentrado había perdido la chispa alegre que la caracterizaba. Alins había suspendido todos los eventos de las cuatro semanas

siguientes sin darle explicación alguna. Dante se acercó. Ella notó su presencia, pero siguió en la misma postura erguida sin volverse. Con un suspiro, terminó por marcharse del despacho sin una palabra.

Alins cerró los ojos para contener las lágrimas que pugnaban por salir de sus ojos. Había estado consciente en todo momento de la presencia de él a su espalda, pero no podía permitir que encontrase un resquicio en el muro que se había elevado entre ellos, que él consiguiera la manera de encararla. Se sentía impotente e incapaz de tener una conversación ecuánime con Dante. Su futuro pendía de un hilo, su estabilidad emocional seguía en la cuerda floja.

Se sentía vencida, triste, y no podía tomar una decisión todavía. Maldijo al destino, a la vida por jugar con crueldad con ella. ¿Por qué había caído en el ojo del huracán de nuevo? Se ahogaba intentando recuperar el aliento, pero cada bocanada de aire era como un golpe que recibía. No podía recuperarse de la angustia. No encontraba el valor para enfrentar de una vez por todas a su marido. Ni a su supuesto amante del pasado. Se encontraba en una calle sin salida, sin poder dar un paso hacia delante o hacia atrás: estaba paralizada de miedo.

—El feliz esposo acaba de marcharse.

Alins volvió la cabeza al oír la voz de su hermana. Traía en las manos un sobre cerrado.

—No he oído la puerta. ¿Cómo entraste?

—Dante la abrió justo antes de que yo llamara. Un condenado a muerte tendría mejor ánimo que él.

Alins se levantó y comenzó a dar los pasos para acercarse; Sibila al ver su rostro vencido apretó los labios con fuerza.

—Aquí tienes el resultado.

La mano de Alins tembló cuando la extendió para que Sibila le acercase el sobre blanco con el logotipo de Biozell. Esperó pacientemente a que Alins lo abriese. Alins se tomó todo el tiempo del mundo, miró largamente el sobre antes de decidirse, inspiró profundamente mientras rasgaba la parte sellada. Sacó su contenido. Caminó hacia el salón sin mirar por dónde iba; Sibila la seguía de cerca.

Alins tomó asiento en el cómodo sofá sin despegar los ojos del folio que iba leyendo sin que su rostro mostrase el menor indicio de emoción.

—Estoy a punto de sufrir un infarto —dijo ansiosa Sibila. Alins siguió en silencio. No alzó sus ojos hacia su hermana. Estaba concentrada en las líneas que tenía delante del rostro—. Bueno, dime, vamos de una vez, ¿qué dice?

Alins alzó sus ojos que ahora sí mostraban un brillo extraño.

—El cálculo de la probabilidad alcanza el noventa por ciento.

Sibila inspiró el aire de tal forma que casi se ahoga. El silencio de Alins la conmovió. La vio como ausente y comprendió que debía ayudarla.

—Debes actuar ya —Alins negó con la cabeza: su mundo se había derrumbado

sobre ella de forma implacable—. Sigues en la misma actitud pasiva de hace una semana y esto debe terminar.

—No quiero precipitarme, debo hacer lo correcto y no sé cuál es el camino.

—¡Toma la iniciativa! ¡Hace quince años lo hiciste!

—Hace quince años no le hacía daño a nadie.

—Deberías hablar con Beatriz, al menos —le aconsejó la hermana.

Alins gimió.

—¡No! ¡Todavía no puedo!

—Debe saber quién es su padre y que está vivo.

—¡Basta, Sibila! —protestó—. Por favor. ¡No puedo más!

—Tiene un padre joven, sano y apuesto —dijo la hermana y recordó cuánto le gustaba—. Estoy convencida de que Yago estará encantado de la hija que le has dado. No importa lo que sucedió hace quince años: Beatriz debe saber que Yago es su padre.

Alins miró con dureza a su hermana sin responderle.

—¡Mamá!

Ambas hermanas volvieron la cabeza al oír la voz de Beatriz. La vio parada en el umbral del salón con la mochila aún colgada a la espalda. Maldijo a su hermana una y otra vez por sus palabras.

—¡Hija!

Beatriz no esperó las palabras de su madre: soltó la mochila en el suelo y le brindó una mirada de odio que le arrancó la piel del corazón de cuajo. Beatriz salió por la puerta sin decir nada; Alins volvió los ojos a su hermana con una ira ciega.

—¿Estás satisfecha?

Sibila seguía callada con la vergüenza coloreándole las mejillas.

—No tenía ni idea...

Alins la cortó.

—Tú nunca tienes ni idea.

Acto seguido comenzó una carrera loca para alcanzar a Beatriz y darle la explicación que había omitido durante muchos años.

CAPÍTULO 32

¡No encontraba a su hija por ningún lado! La había buscado durante horas infructuosamente. Ninguno de sus amigos sabía de ella. Cada segundo de angustia se lo había ganado, pero, aun así, se le rebelaba el alma por la injusticia.

La muchacha no había vuelto a las clases de informática ni se encontraba en el Conservatorio. La desesperación estaba comenzando a minar las escasas fuerzas que aún tenía. Por un breve instante, el nombre de Yago cruzó por su mente. ¿Cuánto habría escuchado su hija? ¿Estaría todo realmente perdido? ¿Podría alcanzarla en su bondad alguna vez? Llamó de inmediato al teléfono móvil de Sibila por sí a ella se le ocurría algún lugar donde pudiese estar su hija. Sibila le sugirió con voz pausada que quizás habría ido al encuentro de él y el único lugar posible era la casa de Ricardo en Altea. ¿Cómo no se le había ocurrido? Si la estupidez alcanzase las copas de los árboles, ella llegaría hasta lo más alto del bosque con el primer premio.

Pisó el acelerador de su Renault y enfiló la sinuosa carretera: llegar hasta ella era lo único que importaba en ese instante.

La magnífica mansión estaba iluminada. Dejó el coche entre la verja de entrada y la fuente redonda. Detuvo el vehículo con un chirrido de ruedas y corrió hasta la casa con impaciencia mal disimulada. Subió los escalones que la separaban de la puerta de entrada y llamó con insistencia. Alguien del servicio le abrió la puerta con la misma cara seria y un saludo sobrio. A ella no le importó. Se dirigió con rapidez a la sala donde oía risas y conversaciones.

—¡Ricardo!

Su suegro volvió la vista hasta ella con la sorpresa dibujada en el rostro: en la sala estaban reunidos Uriel, el abuelo y Yago que se encontraba con el hombro apoyado en la enorme chimenea, con aire desenfadado.

—¡No encuentro a Beatriz! Pensé que podría estar aquí —dijo exaltada.

Lo que Alins decía hizo que Ricardo se incorporase de golpe y la mirara con seriedad.

—¿Cómo que no encuentras a Beatriz?

Alins tragó a fuerza de voluntad. Ricardo estaba perplejo. Ella intentó dar una explicación en su nerviosismo atropellado.

—Hemos tenido una discusión y, desde este mediodía, no sé nada de ella.

La voz se le quebró durante un segundo, se sentía incapaz de calmar su corazón desbocado.

—¡Hay que llamar a la policía!

Alins no había pensado en la posibilidad de que a su hija le hubiese ocurrido algo malo.

—¡Dios mío! —exclamó angustiada—. ¡Ayúdame! —le pidió a Yago para

sorpresa de todos.

—Estará con alguno de sus amigos —dijo para calmarla.

Alins escuchó las palabras de Yago y negó repetidamente.

—Los he llamado a todos incluso al Conservatorio, la Academia. ¡Voy a volverme loca! ¡No sé qué hacer!

—¡Hay que llamar a la Policía de inmediato! ¡Cada segundo que perdemos cuenta! —ordenó Fabio, el abuelo.

—Te acompañaré —se ofreció Yago.

—¡No será necesario! —la voz de Dante le hizo volver la cabeza.

Su hija se encontraba en el umbral de la puerta tomada de la mano de él. Alins no sabía si respirar con alivio o derrumbarse en el suelo ante la mirada fría que observó en su marido que no perdía detalle de la mano de Yago en el brazo de ella ni de su postura protectora.

Beatriz, sin mirar a su madre, hizo algo completamente inesperado, se soltó de la mano de Dante y enfiló los pasos que la separaban de Yago. Alins seguía clavada en el suelo y con la garganta oprimida viendo el desastre cernirse encima de su cabeza para estallar con una explosión sorda: ¡sabía lo que iba a ocurrir! Pero estaba clavada al suelo y sin habla. El rostro de Beatriz, excesivamente serio, seguía con los ojos fijos sin perder su objetivo, y con una mueca de desprecio en la boca. Yago amplió la sonrisa a medida que la veía acercarse hacia él. Ya estaba prácticamente a su lado. Beatriz tragó saliva y, acto seguido, lo abofeteó con fuerza.

El silencio cayó como plomo entre los presentes.

—¡Hijo de puta! —Alins se llevó la mano a la garganta en un intento de que el aire pasase por ella—. ¡Nunca te perdonaré! ¡Jamás! —gritó Beatriz, y Yago siguió mirándola completamente estupefacto—. ¿Vienes mamá? —Alins no podía moverse. Tenía la vista fija en el rostro de Yago sin decidirse a nada.

—¿Qué demonios significa esto?

Yago explotó a destiempo, sujetó el brazo de Beatriz antes de que se diese la vuelta. La muchacha lo miró con un odio negro.

—¿Cómo pudiste desentenderte de todo? ¿No tenías honor? Mi madre ha cargado con todo el peso y eso no es justo. —Si concediesen un premio al desconcierto, Yago habría sido el finalista indiscutible—. Me has hecho mucho daño con tu actuación; ni te imaginas lo que siento por ti —siguió Beatriz implacable.

—¿Actuación? ¿Qué actuación? —la pregunta dicha en voz baja le puso a Alins los pelos de punta.

Dante parecía expectante.

—La chica parisina —dijo Beatriz para aclarar de una vez. Yago seguía sin comprender—. Hace quince años —le recordó ella con acritud—. Hotel Ritz en París, habitación setecientos cinco. ¿Tan poco te importó que ya no recuerdas tu participación en mi concepción?

El rostro de Dante había palidecido hasta un punto alarmante. Alins seguía en la misma postura quieta y silenciosa. Yago abrió los ojos espantado. El jadeo involuntario de Ricardo quebró el silencio de la sala. Beatriz siguió mirando a Yago con ira y frustración: la rabia le salía a borbotones por la boca.

—Un hombre que se acuesta con una mujer sin protegerla para luego desentenderse, no tiene decencia. Nunca fuiste ni serás mi padre —le escupió las palabras una a una con veneno.

—¡Dios bendito! —exclamó Ricardo.

Beatriz volvió su rostro.

—Así que, después de todo, sí puedo llamarlo abuelo —las palabras de Beatriz dirigidas a Ricardo hicieron que las piernas de Alins temblaran violentamente. Dante la miraba con ojos desolados y confundidos. Yago se mesaba el pelo con nerviosismo y perplejidad.

—¡Dios bendito! —volvió a exclamar Ricardo, y sus palabras los zarandearon a todos. Beatriz tomó la mano de su madre y la instó a que la siguiese.

—La tía Sibila me ha contado todo.

Alins seguía con la boca cerrada. Cuando vio que Dante avanzaba con pasc firme hacia ella, perdió el último resquicio de valor que le quedaba. Había sido consciente de todas y cada una de las emociones que habían cruzado en el rostro de él tras la declaración de Beatriz: asombro, dolor, cólera y, por último, una profunda decepción. Ante el temible enfrentamiento que sabía le esperaba con él, hizo lo más imprudente y desacertado: huyó como un cobarde con la mano de su hija aferrada en la suya. Ninguno de los hombres en la sala hizo amago de detenerlas.

—¡Explícate, Yago! ¿Qué significa todo este enredo? —las palabras de Ricardo lo devolvieron a la realidad de un golpe.

Yago había recuperado el color y el habla.

—No tengo nada que explicar.

Dante avanzaba hacia él con la amargura saliendo por sus ojos. Yago lo miraba detenidamente, sin pestañear.

—¿Por qué esa niña te ha llamado "padre"? —dijo Fabio completamente desconcertado.

Miraba a sus dos nietos sin entender la animosidad que se demostraban.

—Porque ella cree, indudablemente, que soy su padre —aseguró Yago con una sonrisa llena de prepotencia y arrogancia a la vez.

—Eres un patán. Todo te resulta cómico —intervino Dante colérico.

Yago rompió en carcajadas que les hizo enarcar las cejas a todos.

—¡Qué hija más guapa tengo! ¡Qué regalo más inesperado! —siguió riendo con desparpajo.

Dante lo miró intentando controlar la ira que bullía en su interior y Yago le devolvió el gesto con mirada perentoria sin abandonar la sonrisa.

—¿Cómo saldrás de esta, Dante? Me muero de ganas por saberlo —el aludido siguió mirándolo con severidad. Yago comenzó a frotarse las manos al mismo tiempo que comenzaba a salir de la sala sin abandonar la risa—. ¿Quién lo iba a decir? —siguió con burla para que todos lo oyeran—. Tiene el mismo mal genio del abuelo, pero estoy absolutamente encantado; no todos los días descubre uno que tiene una hija y tan hermosa.

—Dante, ¿qué pasa? ¿Por qué se comporta así tu hermano? —Ricardo seguía tan desconcertado como antes.

Alins no encontraba consuelo. Beatriz se había negado en redondo a conversar con ella, le había pedido un tiempo que no tenía y había cerrado la puerta de su habitación a cal y canto. Todo se había precipitado cuesta abajo y sin remedio.

—¡Yo hablaré con ella!

Alins pegó un respingo involuntario ante la seca afirmación de Dante. Despegó su frente de la puerta cerrada del dormitorio de Beatriz y carraspeó intentado encontrarse la voz. No lo había oído llegar. Intentó encontrar en su rostro algún indicio de lo que pensaba. Desde que había huido de la mansión de Ricardo, no había pensado en las consecuencias de lo que podía suceder a continuación. Carraspeó nerviosa.

—Dante, yo... —él no la dejó terminar: con una mano alzada le pidió un silencio que ella le otorgó encantada.

—Ahora lo más importante es Beatriz.

Alins asintió con el nudo aún en la garganta.

—Nunca he pretendido herirte, de veras.

Dante negó con la cabeza.

—Después hablaremos. Ahora permíteme que hable con ella. Beatriz es mi máxima preocupación en estos momentos.

Alins se hizo a un lado para que Dante tuviese un mejor acceso a la puerta.

—Gracias, Dante.

Él no le respondió. Golpeó con los nudillos la madera de forma tan suave que Alins pensó que Beatriz no podría oírlo.

—Cariño —dijo—, vengo a cumplir la promesa que te hice hace unas horas. Tengo los folios de los que te hablé.

Tras unos momentos que a Alins le parecieron interminables, la puerta se abrió como por arte de magia y se volvió a cerrar delante de las narices de Alins. Iba a comenzar a comerse las uñas por la impaciencia. Ambos le habían dado la espalda y la habían dejado fuera como un felpudo. Sin embargo, Alins fue lo suficientemente honesta para reconocer que Dante era el más indicado para tratar de llegar hasta el corazón herido de su hija.

CAPÍTULO 33

Beatriz abrió al fin la puerta con inesperada fuerza.

Alins seguía sentada en el suelo, esperando. Durante dos horas había temido, llorado, y hasta prometido cosas para que todo volviera a la normalidad, aun sabiendo que no se podía lograr lo imposible. Cuando vio los ojos llenos de lágrimas de su hija, el corazón se le encogió dolorosamente.

Creyó que Dante no había logrado su objetivo.

—¡Mamá! —Beatriz se arrodilló junto a ella y la abrazó con inusitada fuerza—. Tengo que ir corriendo a contarle a tía Sibila que... —no continuó. Alins estaba muda—. No me esperes a dormir. Me quedaré con ella esta noche: un taxi me está esperando en la puerta de casa; Dante me ha contado todo y yo... después hablamos.

En el instante en que terminó de decirlo, se levantó y se marchó tan rápido que Alins no fue consciente de que se había quedado abrazando el aire. Dante la miraba desde el marco de la puerta con el semblante demasiado serio, demasiado herido.

Alins cerró los ojos con cansancio.

—¿Qué le has dicho? —inquirió preocupada.

Dante con una mano la ayudó a reincorporarse. Mano que ella no rechazó porque necesitaba consuelo.

—La verdad —contestó él.

Alins no entendía a qué verdad se refería. Movié con energía los músculos de sus piernas que se habían quedado dormidas debido a la espera.

—¡Está feliz! —exclamó asombrada—. No puedo creerlo: no me ha dirigido ni un solo reproche —reconoció.

El nudo en su estómago se había aflojado al fin, y se acercó a Dante para darle una caricia tierna de gratitud. Él la entendió a la perfección: ella había estado nadando en las aguas de la incertidumbre. Creía que Beatriz la llenaría de acusaciones y, ante la ausencia de ellas, experimentaba un sosiego inesperado.

—¿Estás cansada?

¿Cansada? Estaba muerta de miedo, pero Dante no dejaba traslucir ninguna emoción en su rostro. Alins sabía que había llegado su hora, la hora de las explicaciones lacerantes.

—¿Dante? —preguntó temblorosa.

Él siguió guiándola hacia el dormitorio que compartían hasta hacía unas semanas con una complicidad de amantes desafortunados. Con cada paso que daba, la inseguridad iba creciendo dentro de ella, sin que pudiese hacer nada al respecto: no sabía de qué forma encararlo sin causarle una herida.

—¿Estás muy enfadado?

—Terriblemente enfadado. Estoy a punto de estallar. De todos modos, quiero

hablar contigo con tranquilidad.

—Entonces, quizás, deberíamos esperar hasta que...

Dante le cerró la boca con un beso salvaje. Alins no lo esperaba en modo alguno. Ella no acertaba a entender el por qué de ese castigo tan dulce que había urdido Dante para atormentarla. Él comenzó a profundizar el beso. Cuando la cordura regresó a él tan rápida como un rayo y, justo cuando iba a terminarlo, ella abrió más los labios para incitarlo a que continuase. Con sus manos aprisionó su nuca y lo atrajo todavía más hacia ella. Ambas lenguas danzaban al compás de una música que solo escuchaban ellos. Las manos de Dante comenzaron a moverse con el ritmo de su boca hambrienta. Alins experimentó miles de sensaciones que subían desde su estómago hacia su garganta, y que comenzaron a manifestarse en el interior de sus mejillas. La lengua de Dante era como el terciopelo que acaricia la piel desnuda. Ella, al principio, respondió con un entusiasmo imprudente y temerario ante la precariedad de su situación. ¡Alins quería más, mucho más! Poco importaban las desavenencias, las mentiras, la loca rueda de la verdad que giraba alrededor de ella con una amenaza velada e implacable. Dante abandonó sus labios húmedos. Ella aún mantenía los ojos cerrados. Sintió la boca de él en el comienzo de su oreja y miles de cosquillas atenazaron sus nervios. La tensión acumulada de los últimos días le hizo flojear las rodillas. Tuvo que asirse a sus brazos duros para no terminar en el suelo. Dante fue deslizándose los labios justo donde terminaba el lóbulo y una descarga eléctrica la recorrió por entero. Hizo una breve presión con sus labios en el cuello y comenzó, eufórico, a recorrerlo con su lengua. Alins lanzó un gemido involuntario de placer, y Dante alzó la cabeza al oírla. Se detuvo de inmediato. Ella abrió los ojos al notar el aire frío sobre la humedad de su cuello. Él le daba la espalda con las manos en las caderas y la respiración jadeante.

—¡Pero qué estoy haciendo! —exclamó él.

El mundo se le cayó encima aplastándola. Esas solas palabras le habían dicho todo.

—Entiendo.

Alins trataba de recoger los restos de orgullo que habían quedado esparcidos bajo sus pies: había pretendido que él comprendiese cuánto lo necesitaba, pero era tarde para soluciones mágicas. Con un suspiro de resignación, abrió en silencio la puerta del vestidor y sacó una bolsa de viaje vacía. Tenía una clara determinación en sus manos y una promesa en sus ojos. Comenzó a llenarla, mientras vaciaba cajones.

Dante alzó las cejas completamente estupefacto.

—¿Me puedes explicar qué haces? —Alins no lo miró.

—Creo que es evidente: me marchó, te dejó, abandono tu vida. No puedo esperar que comprendas. Nada de lo que he hecho ha sido malintencionado, pero entiendo que sea difícil de sobrellevar para ti. Créeme cuando te digo que también lo es para mí — Dante abrió la boca para responder algo, pero Alins siguió—. Tuve una aventura de

la que no me enorgullezco, pero no puedo cambiar lo que está hecho. No escogí a tu hermano: el destino se encargó de cruzarnos en el mismo camino, casi como un libretista desprevenido. Y yo estoy cansada de justificar un arrebato, una noche de pasión en mi juventud, el haber tenido sexo con un extraño. Puedes decir lo que quieras, pero tú sabes que es algo natural. Solo que en mi caso ha traído una consecuencia: Beatriz. Estoy harta de esconder la cabeza por una decisión que tomé hace años con respecto a mi hija. Es una soberana estupidez tener que rendir cuentas ahora, y no pienso malgastar ni un minuto más haciéndolo. ¡Maldigo la hora en la que entré a tu consulta! ¡Maldito seas tú por hacerme perder la cabeza y volver mi mundo al revés! ¡Maldito mi corazón porque te ama y no puedo hacer nada por evitarlo!

Alins seguía buscando y guardando su ropa de forma furiosa. Quiso serenarse un momento. Precisaba volver a mirarlo sin derrumbarse.

—¿Estás buscando esto? —la voz profunda le hizo levantar la cabeza de golpe. Dante mantenía uno de sus zapatos a la altura de los ojos. Su fuerte mano lo balanceaba en su cara, mientras él la miraba con ojos enigmáticos. Los recuerdos de París se resumieron en ese gesto de él. ¡No podía ser!

—¡Tú recogiste mi zapato del café! —concluyó Alins tan estupefacta que le costaba asimilarlo. Dante asintió en silencio—. ¿Estabas con Yago en el hotel?

—Deja que te explique —dijo y mientras lo hacía sacó una pequeña bolsa de plástico que escondió detrás de su espalda—. Asistí con mi padre y con Uriel a un Congreso en París. Yago nos acompañó como tantas veces. —Alins contuvo la respiración—. Estaba a punto de marcharme del café del hotel, cuando mis ojos descubrieron a la muchacha más hermosa e incitante que había visto jamás. Miraba unos dibujos de la ciudad con candor, atesorando cada visión con una sonrisa. Hizo una pausa, reflexivo—. Tu risa aún consigue derretirme. —Siguió con su relato, mientras Alins se sentaba sobre la cama un tanto azorada—. Mi padre dormía en la misma suite que Uriel. A mí me tocó aguantar a mi hermano menor en otra, la setecientos cinco, si mal no recuerdo. Yago devoró su estancia en la ciudad como un hambriento, nunca se acostó antes de las nueve de la mañana. Llegaba de juerga con Alberto, que lo seguía a todos lados, desayunaba y dormía durante el día. Casi nunca estuvimos los dos juntos en la habitación que compartíamos —Alins buscó una almohada y la abrazó contra su pecho—. Ese Congreso fue el más aburrido de todos. Yo adolecía de un terrible dolor de cabeza. Me tomé un calmante excesivamente fuerte para que no siguiera aumentando, porque si no, no iba a poder asistir al cierre de la convención. Bebí champaña sin recordar el calmante que había tomado un momento antes: la falta de costumbre hizo que me hiciese efecto de inmediato. Sentí cómo el alcohol y la droga comenzaban a nublar mi juicio. Conseguí llegar a la habitación a duras penas. Yago seguía de juerga por la ciudad con su inseparable Alberto. Me metí en la cama y cerré los ojos. Lo siguiente que recuerdo fue un cuerpo cálido y ansioso buscándome, tentándome. Oía como el perfume de la muchacha del

café y me encontré devolviendo los besos y las caricias como un hambriento —Alins se cubrió el rostro con la almohada—. Cuando desperté y comprobé que no había sido un sueño, era tarde para encontrar a la misteriosa muchacha que me había obsequiado con la noche más maravillosa de mi vida. Solo tenía de ella este par de sandalias. — Dante extrajo de la bolsa las sandalias y se las mostró. Alins las había reconocido pues eran las que había dejado en la habitación setecientos cinco del Ritz de París—. Sometí a todas las mujeres del hotel a un exhaustivo reconocimiento que casi me cuesta la expulsión y la vergüenza de mi familia. Parecía el Príncipe con tus sandalias en la mano, buscando a su Cenicienta. Pero mi ángel seductor se había evaporado como por arte de magia y tuve que volver a mi rutina con el alma rumiando de impotencia. Gasté semanas buscándote, pero no tenía nada a lo que aferrarme, solo esto.

—Me dieron una tarjeta equivocada —explicó—, la setecientos cinco. Creí que era la de mi habitación, la setecientos quince. Nunca había dormido en ese cuarto, porque me habían cambiado ese mismo día, ya que una estrella de música había ocupado el piso en el que me encontraba antes. Yo también estaba bastante achispada: había asistido al espectáculo del *Moulin Rouge* y los sentidos se me desataron por completo. Creí que hacía el amor en mi imaginación. Cuando me di cuenta de que había hecho el amor con un desconocido, sentí tanta vergüenza que me marché corriendo sin mirar atrás.

—¿Por qué no me buscaste cuando te diste cuenta de que fui real? ¿No sentiste curiosidad?

—En el hotel no me quisieron dar ningún dato. Husmeé en un sobre y pude ver que decía: "Monsieur Emanuele". Nada más.

—Nunca te hubiese dado la espalda —dijo Dante apurado por decirlo. Alins lo sabía—. ¿No me reconociste el día que pisaste mi consultorio por primera vez? — Alins negó con la cabeza un tanto azorada; Dante dejó caer los hombros desilusionado—. De entre un millón de mujeres, yo sería capaz de reconocerte aún con los ojos cerrados; sería capaz de encontrarte por el olor de tu perfume. —Alins sintió que sus mejillas se ruborizaban—. Cuando te vi aparecer en mi consulta quince años después, el corazón se me detuvo de golpe. Durante semanas navegué entre la duda. ¿Era mejor abordarte, como quería, o seguir entre las sombras oyéndote? Me sentía dividido entre mi deseo de hombre y mi deber como psicólogo. Juro que nunca he odiado tanto la profesión que ejerzo.

—No tenía ni idea —deslizó Alins aún abrazada a la almohada.

—La tarde que vi a mi hermano darte un beso en la explanada, sentí que la tierra se abría y me engullía con un hambre voraz. Decidí, en ese mismo instante, que iba a formar parte de tu vida sin importar lo que tuviese que hacer para conseguirlo. — Dante calló un momento antes de continuar. Alins recordó la trampa que Yago le había tendido a su hermano. Lo conocía bien: no iba a rechazar un desafío—. Tu

actuación en la *limousine* me brindó la oportunidad que buscaba desesperadamente.

Alins cerró los ojos un momento. Quería pensar cómo seguir: la vida le brindaba una oportunidad que ella no iba a desaprovechar.

—¿Tenías sospechas sobre Beatriz?

—No en un primer momento. Luego, las cosas se fueron aclarando en mi mente. Demasiado tarde. Comprendí todo, cuando ella vino a mi consulta hecha un manojo de nervios tras hablar con tu hermana Sibila. En ningún momento me dijo lo que había descubierto. Solo me hizo prometerle que la acompañaría hasta la casa de mi padre en Altea, pues tenía algo muy importante y urgente que hacer —hizo una pausa y se mesó el cabello—. Cuando vi que abofeteaba a Yago y lo insultaba, dejé de respirar. Cuando lo llamó "padre" dejé de sentir que me latía el corazón. Confirmé mis sospechas, cuando Beatriz le soltó lo de "la chica parisina, habitación setecientos cinco, Ritz de París".

—Todas las coincidencias apuntaban a Yago —intervino Alins—. El mismo hotel, la misma habitación, lo descubrí en la fiesta gracias a Alberto. Yo solo sabía que el padre de Beatriz se llamaba Emanuele.

—Los tres nos llamamos Emanuele: mi padre, mi abuelo. Es un nombre que ha estado en la familia por generaciones. Todos lo tenemos como segundo nombre.

—¿Y la prueba de paternidad? Hice una prueba de paternidad con un cepillo de Yago y dio en un noventa por ciento positiva. ¿Cómo lo explicas?

—Alins —continuó él muy paciente—, la prueba de paternidad dice que había ADN Rossi. Lo tiene cualquiera de nosotros. Ya no hay dudas. Beatriz es nuestra hija. La que concebimos en una noche de amor en París que nos marcaría para toda la vida. —La miró un instante conmovido. Luego, le preguntó—. ¿Por qué no hablaste conmigo en un principio?

—Me sentía demasiado desgraciada. No quería hacerte sufrir por algo que había pasado hacía muchos años. Ni Beatriz ni tú teníais la culpa de mis decisiones. Sentí que mi castillo se desmoronaba, justo cuando todo parecía sonreírme.

—Cuando la escuché recriminarle a Yago su supuesto desdén, quise bailar de alegría, reír como un poseso, besar a todo el mundo por la felicidad que me embargaba. Acudí a la llamada de auxilio de mi hija antes de encauzar la verdad contigo de una vez por todas.

—¿Por qué no me dijiste la primera vez que acudí a tu consulta que me conocías? —le recriminó.

Dante la miró un tanto abochornado.

—¿Qué podría haberte dicho? —Alins esperó—. "¡Caramba! ¡La señora del zapato perdido en el café de París!".

Alins no pudo contener una sonrisa. La dicha comenzaba a aflorar y se cubrió el rostro otra vez con la almohada, pero ya no por vergüenza.

—He sido una tonta.

—¿Tonta? En absoluto. Has sido... —Alins le cerró la boca antes de que continuase.

—¡Te compensaré! —dijo ella, y Dante hizo gestos como si sacara cuentas.

—Te va a llevar toda una vida compensar las noches de insomnio que sufro desde que te conozco —concluyó divertido.

—Tu rechazo de hace un momento, me desconcertó, me dolió —admitió ella con timidez.

—¡Alins! ¡Vamos! Tenía que contarte todo antes de hacerte el amor como un loco. ¿Crees que yo podría unir mi cuerpo al tuyo con nuestros corazones separados por la incertidumbre?

—Creo que el amor no tiene en cuenta esos insignificantes detalles.

—¿Me amas? —quiso saber él.

—¿Me amas tú? —preguntó osada—. Porque yo sí lo amo, señor Rossi. He cometido la torpeza de amar a quien sabe mis más recónditos secretos.

—Y yo llevo amándote quince años.

Alins parpadeó con sorpresa.

—¡Solo me viste una vez! —exclamó incrédula.

—Supe que te hospedabas en el mismo hotel que yo y te seguí como un tonto a todas partes durante esos cuatro días. Me sentaba cerca de ti en los restaurantes, paseaba como un turista más viendo monumentos para seguir contemplándote en silencio. Me reía con tus risas, aunque no fuesen dirigidas a mi persona, aunque ni siquiera supieses que yo estaba allí. —Dante inspiró durante un segundo—. Cuando al fin me decidí a abordarte aquella tarde en el café, huiste como una cobarde. No me obsequiaste ni siquiera una mirada de interés —Dante se sentó también en la cama—. ¡Gracias! —le dijo luego de unos minutos.

—¿Por qué?

—Por traer a mi hija al mundo y custodiarla hasta que yo la encontrase. Por amarla contra viento y marea con ese amor que te engrandece y que te honra. No te imaginas lo que significa todo eso para mí. —Alins sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas, cuando lo escuchó tan tierno—. ¿Crees en el destino? Yo he comenzado a creer, aunque eso no esté tan bien visto entre psicólogos.

—Lo he maldecido mucho a lo largo de estos días: me venció el miedo y la desesperación.

—Ven junto a mí, mi amor, y te convenceré de lo contrario.

Alins aceptó su mano abierta con una trémula sonrisa.

—¡Soy tan feliz de que seas el padre de Beatriz! ¡Lo encontré por fin y es el hombre que amo!

—Tienes que hacerme una promesa —dijo divertido. Alins asintió rápidamente—. Nunca más otorgarás mi paternidad a otro —Alins no lo entendió—. Dos veces me has quitado el mérito para dárselo a mi hermano. Es suficiente.

—No fue conscientemente, ¡lo juro! Mi subconsciente me traiciona. Espere, espere señor Rossi, me acostaré. Esta cama servirá como diván, dígame por qué lo hago. ¿Por qué lo hago? —dijo como una actriz de culebrón entre risas.

Dante la miró intensamente. Se rió junto a ella. Luego, comenzó a desabrocharle los botones de su camisa celeste.

—Y debes empezar por decirme que me amas. Llevas años de atraso.

Alins necesitaba saber una cosa más antes de arrancarle la ropa.

—¿Qué le has contado a Beatriz? —preguntó.

—Secreto profesional.

—Todo esto, ¿la marcará? Quiero saber... —no la dejó continuar.

—No puedo revelarte los secretos entre padre e hija. Mi niña no me lo perdonaría. —Alins respiró muy aliviada. Él hablaba de su hija con una naturalidad absoluta, como si hubiera ejercido de padre para ella desde el primer día—. ¡Dímelo, Alins! —reclamó él.

—Te amo desde el mismo día que entré en tu consultorio y vi tus manos de pianista. Te amo incluso desde antes, en el recuerdo de nuestra pasión parisina.

Dante la iba recostando en la cama con cuidado mientras la miraba con profunda intensidad.

—Te ha costado lo tuyo reconocerlo —le espetó en broma.

—Antes tenía que dar forma a tu cabeza cuadrada de italiano.

Dante se rió a carcajadas sin soltar su cintura con una mano. Con la otra le desabrochaba el *brassiere* de encaje rojo. Al verlo, parpadeó con sorpresa.

—Siempre consigues sorprenderme con esta mezcla de colores —dijo.

Alins le tironeó el pelo con cariño.

—Nunca más vas a nadar en la monotonía.

Dante atrapó su boca y ya no la soltó. Trazó con la lengua el contorno de los labios llenos de ella. Su mano se había adueñado de uno de sus pechos como si fuese un trofeo ganado con el último aliento de su garganta. Alins gimió por las sensaciones que comenzaron a desplegarse por su cuerpo produciéndole pequeños estallidos de placer. Dante bajó la mano hasta su falda y se la desabrochó con audacia para tener un mejor acceso a su vientre. Alins comenzó a desabrocharle la camisa blanca con torpeza. Él le brindó la ayuda que le solicitó con una mirada anhelante: ambos quedaron desnudos pegados el uno al otro. Dante delineó con un dedo las pequeñas estrías que ya se advertían en el abdomen de ella y le brindó una sonrisa complacida. Alins trató de taparse, pero él no se lo permitió.

—Con Beatriz no me salieron estrías.

Dante observó la vergüenza de ella y la comprendió.

—Son medallas de honor por tu valentía.

Las mejillas de Alins se ruborizaron violentamente.

—Las mujeres estamos en clara desventaja con respecto a vosotros.

Dante la hizo girar media vuelta y él se puso de costado a su lado. Se inclinó sobre ella para susurrarle al oído de forma queda e insinuante.

—Un hombre va a la guerra y mata a seres humanos. Cuando vuelve lleno de cicatrices, se le ofrecen honores. Vosotras no matáis, creáis vida: esas marcas deberían ser enaltecidas con todos los honores que os merecéis.

Alins sintió un nudo en la garganta al escucharlo.

—Dante, todavía tengo muchas preguntas para hacerte: ¿qué dijo tu abuelo? —él la miró incrédulo y fingió darle una orden.

—O te pones en posición horizontal ahora mismo o no respondo de mí.

Alins se arrojó a sus brazos.

EPÍLOGO

Alicante, 2010.

Alins seguía de brazos cruzados mirando la puerta. Se sentía impotente por su incapacidad para hacer razonar a su hija. Iba a ser uno de los días más importantes en la vida de Beatriz, y se negaba a salir de su habitación. Los mellizos, Esteban Emanuele y Lorenzo Emanuele, que ahora tenían cuatro años y que continuaban la tradición familiar del segundo nombre, seguían burlándose de su hermana mayor sin piedad. Yago seguía esperando sin abandonar la sonrisa y el gesto desenfadado.

—¡Abre la puerta de una vez! —solo había silencio detrás de la puerta de madera de haya.

—¡Bea, bea, bea, sal que no eres fea! —cantaban los mellizos sin compasión.

—¡Niños! Volved a cantar esa horrible estrofa y juro que no podréis sentaros en una semana.

—¿Quieres que pruebe yo? —el ofrecimiento de Yago la hizo negar con la cabeza.

—Su terquedad me exaspera hasta un punto insospechado. Dante es el único capaz de hacerla razonar —Alins suspiró con profundidad y cerró los ojos ante el silencio que seguía reinando en la habitación—. Abre la puerta, Beatriz.

Los mellizos volvieron a abrir la boca que cerraron de inmediato ante la mirada de seria advertencia que la madre les dirigió. Ambos eran igualmente traviesos, pero completamente diferentes en su aspecto físico. Lorenzo tenía el pelo negro y los ojos verdes: una mezcla explosiva. Esteban tenía los ojos grises y el pelo entre castaño y pelirrojo: otra mezcla aún más explosiva. Los dos adoraban a su hermana mayor, pero eso no impedía que la hicieran blanco de sus burlas. En cambio, para Beatriz, ambos eran la luz de sus ojos: amaba a esos dos monstruitos con un amor incondicional que hacía que Alins suspirara llena de felicidad por ellos.

—¿Qué crees que ha pasado? —preguntó Yago.

Alins alzó sus hombros con un interrogante.

—Estaba completamente arreglada y, de pronto, se ha sentado en la cama y no me ha permitido la entrada. Lleva así más de una hora.

—Pues todos están esperando impacientes —comentó su cuñado.

—¿Crees que me ayudas así, con esa actitud? —Yago no ocultó la sonrisa que le producía el desasosiego de ella.

—¿Qué ocurre?

Tanto Alins como Yago volvieron la cabeza a la entrada apresurada de Dante en el vestíbulo que comunicaba los dormitorios.

—¡Papá!

La exclamación de júbilo de los mellizos le arrancó una sonrisa amorosa. Alins contempló a su marido con un brillo de orgullo en sus ojos castaños. Llevaba el frac algo arrugado. Seguramente, había conducido a toda velocidad para llegar a la casa.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Alins sorprendida.

—¡Evidentemente se necesita mi ayuda!

Alins carraspeó por la afirmación: le molestaba tener que admitirlo, pero Dante era inmensamente necesario en ese momento. Y en cada momento de su vida.

—Soy perfectamente capaz de hacer que mi hija salga de esa habitación yo misma.

Dante no la escuchaba. Alcanzó los pasos que lo separaban de la puerta y llamó con los nudillos suavemente.

—Cariño, vengo a cumplir la promesa que te hice. Traigo los folios.

Alins enarcó las cejas con escepticismo, pero la puerta se abrió como por arte de magia. Volvió a cerrarse un segundo después, dejando tanto a Alins como a Yago perplejos.

—¿Qué promesa? ¿Qué folios? —preguntó Yago.

—No tengo ni idea, pero siempre consigue que le abra la puerta cuando le dice esas mágicas palabras.

—¡Venid muchachos! El tío Yago os va a dar una golosina.

Ambos niños lo siguieron como encantados por una bruja.

Alins siguió esperando en la puerta, pero se sentó en la silla que había adosado a una parte de la pared. Ya se había acostumbrado a quedarse fuera de las conversaciones cuando surgían "contratiempos", como los llamaba Dante.

Tras veinte minutos de espera, la puerta se abrió milagrosamente. Tanto padre como hija salían abrazados y sonriéndose mutuamente.

—Disculpa mamá, pero me venció el pánico. —Dante la apretó más contra sí mismo.

—Tienes el vestido un poco arrugado —le dijo con ojo crítico.

—Nadie se dará cuenta, porque estaré sentada.

Alins se reincorporó y los miró a ambos con el ceño fruncido.

—¡No me gustan los secretos! —dijo un tanto ofendida.

—Papá ha prometido estar conmigo.

Alins parpadeó sorprendida.

—¿En el escenario?

—Entre bambalinas y será mi director particular.

Alins resopló complacida. Beatriz tenía que dar un concierto en el teatro de la ciudad que la vio nacer. Toda la familia se había congregado a las puertas de la casa para saludar a la artista Rossi, la mejor pianista de toda la provincia. Dante se había adelantado para prepararlo todo, pero al ver que su hija no llegaba a la hora convenida supo, de inmediato, que algo ocurría.

—¿Dónde están los traviesos?

—Yago los ha sobornado con una golosina.

—Tenían que estar aquí para acompañarla.

—En vista de que su padre, tú, has llegado hasta aquí y has dejado al resto esperando en el teatro, él ha creído necesario esperarnos allí.

—Quiero conducir el deportivo —pidió Beatriz.

Alins miró el vestido largo color celeste de su hija que ya estaba bastante maltrecho y no pudo contener la lengua.

—¡Ni ordenándomelo Dios mismo te dejaría conducir ese coche!

La exclamación de Alins les hizo soltar la carcajada tanto al padre como a la hija. Dante buscó a su mujer, la tomó de la cintura y aprisionó su boca con un beso hambriento y fiero. Una de sus manos sostuvo la nuca de ella que le impidió la retirada a tiempo. Indagó con su lengua. Alins le correspondió como siempre con un entusiasmo absoluto. El beso terminó demasiado rápido tras el carraspeo de Beatriz que los seguía mirando con una mirada de fastidio supremo. Cuando Dante la soltó, lo hizo con una promesa con sus ojos de lo que les esperaba más tarde.

—¡Mamá! —exclamó Beatriz risueña—. Ahora estás más desaliñada que yo.

Alins trató de arreglarse un poco el pelo sin conseguirlo, pero sin que le importase en absoluto. Iba a escuchar el concierto de su hija. Estaba feliz por eso. Y porque después tenía una cita. La última cita de la tarde.